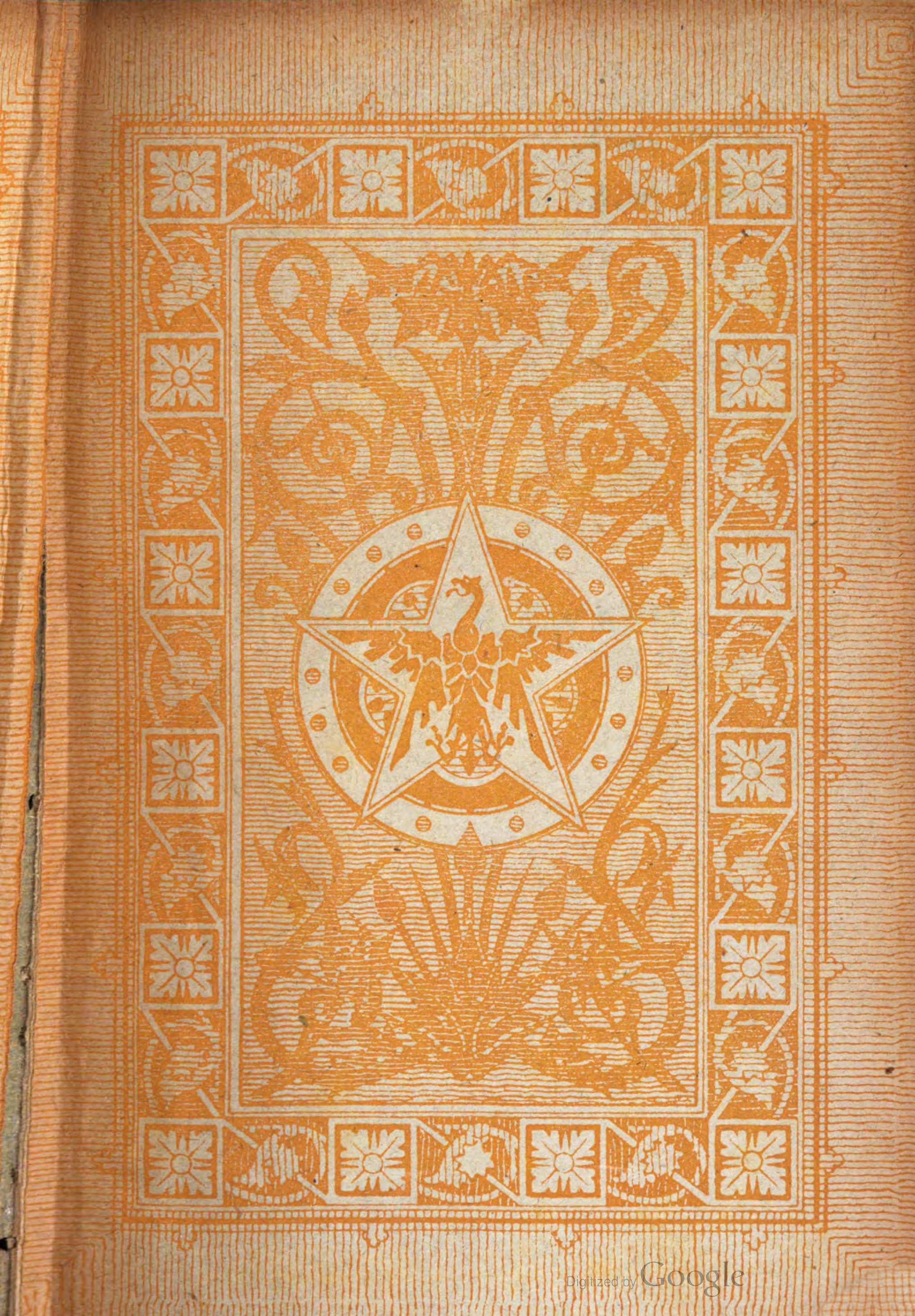

WALTER SCOTT
QUINTIN DURWARD





QUINTIN DURWARD

QUINTÍN DURWARD

NOVELA HISTORICA

DE

SIR WALTER SCOTT

VERSIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

ILUSTRACIÓN ALEMANA

TOMO PRIMERO

BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 166
1910

Establecimiento tipográfico de la Casa Editorial Maucci



Walter Scott



INTRODUCCION AL QUINTIN DURWARD

La acción de esta novela pasa en el siglo XV, en cuya época así el feudalismo, nervio un día y sostén de la nación, como los sentimientos caballerescos que cual espíritu vivificador le animaran, comenzaban ya á caer en desuso y olvido por parte de esos menguados que cifran toda su felicidad en la obtención de ciertos objetos de uso personal, blanco único de sus deseos. Verdad es que en épocas anteriores habíase manifestado igual egoísmo, mas lo es también que ahora, por vez primera, publicábase sin rebozo como móvil y principio de acción. La caballería tenía un mérito y es que sus máximas, por exageradas y fantásticas que hoy nos parezcan, fundábanse todas en la generosidad y la abnegación, sin las cuales difícil fuera concebir la virtud acá en la tierra.

Entre los primeros que ridiculizaron y abandonaron los principios de abnegación, en que tan cuidadosamente se instruía y educaba entonces á todo joven caballero, descollaba Luis XI de Francia, monarca tan profundamente egoísta é incapaz de abrigar propósito que no favoreciera su ambición, codicia y afán de goces personales, que tentado está uno á tomarle por una encarnación del mismo demonio, á quien se hubiera dado facultad ilimitada de corromper en su origen todas nuestras ideas sobre el honor. Y cuenta que Luis poseía en grado superlativo esa causticidad que sabe ridiculizar cuanto se hace en provecho ajeno, hallándose, por consiguiente, en las mejores condiciones para desempeñar el papel de burlón implacable.

Bajo este punto de vista, tengo por más feliz la concepción del carácter y razonamientos de Mefistófeles, el ángel malo del original «Fausto» de Goethe, que no las de Byron y hasta que la del Satán de Milton. Estos dos eminentes escritores han dado al Espíritu del Mal algo que realza y dignifica su maldad: una resistencia constante é indomable contra el mismo Omnipotente; un altivo desprecio de los sufrimientos, opuesto á toda sumisión; todos esos atractivos, en fin, que han inducido á Burns y otros á considerar el Angel de las tinieblas como á verdadero héroe del «Paraíso Perdido.» El gran poeta alemán, por lo contrario, ha hecho de su demonio tentador un sér, que, inaccesible por su parte á toda pasión, diríase que no alienta sino para aumentar con sus malas artes y tentaciones la masa del mal moral y reavivar con sus seducciones esas pasiones amortiguadas, que, á no ser por él, jamás hubieran turbado la sosegada existencia del hombre, blanco de sus asechanzas. Con tal mira, hállase dotado Mefistófeles, al par que Luis XI, de una causticidad incisiva y desdeñosa, empleada incesantemente en vilipendiar y hacer desmerecer todos aquellos actos que derechamente y sin asomo de duda no redunden en provecho propio.

Bien se permitirá, hasta á un autor de obras de mero pasatiempo, que por un momento se revista de gravedad y pueda así acriminar toda política, pública ó privada, cuya base descanse en los principios de Maquiavelo ó en las prácticas de Luis XI.

Las crueldades, perjurios y suspicacia de este príncipe, las hacía más odiosas, lejos de atenuarlas, la vil y humillante superstición que en cuerpo y alma le dominaba. Su devoción para con los santos, que ostentaba tan aparatosamente, pudiera equipararse al mezquino afán de aquel empleado, que para ocultar ó atenuar las malversaciones de que le acusa su conciencia, procura sobornar á fuerza de dádivas á cuantos tienen el deber de vigilarle, intentando de tal suerte perpetuar un sistema de fraude por la corrupción de lo incorruptible. No de otro modo pudiéramos explicarnos la peregrina idea de nombrar á la Santísima Vir-

gen condesa y coronela de sus guardias ó el artificio de atribuir á una ó dos fórmulas de juramento, con exclusión de toda otra, fuerza real de obligar, guardando rigurosamente el secreto de la que tenía por verdaderamente obligatoria, cual si fuera uno de los más trascendentales secretos de estado.

A una total carencia de escrúpulos, y hasta, por lo que se ve, del más leve sentimiento de obligación moral, reunía Luis XI una gran firmeza de carácter y una sagacidad innata, con tal refinamiento en su sistema político, habida razón de los tiempos, que algunas veces, por dar oído á sus sugestiones, vióse lanzado más allá de lo que se había propuesto.

Probablemente no hay retrato, por sombrío que sea, que no ofrezca en su colorido algún toque menos obscuro. Luis XI comprendió los intereses de Francia y en cuanto pudo identificarlos con los suyos propios, veló por ellos con la mayor fidelidad. El supo sacar ilesa la nave del estado de entre los escollos de aquella crisis terrible, que se conoce con el nombre de «Guerra del bien público,» y es de presumir que cualquiera otro rey, menos cauto y contemporizador ó más impetuoso y sincero que Luis XI, hubiera fracasado en la empresa de desunir y dispersar la formidable liga que contra su soberano formaron los grandes vasallos de la corona de Francia. Adornaban asimismo á Luis algunas dotes personales, no incompatibles con su carácter público. En sociedad era animado y decidor; acariciaba á su víctima como el gato que juguetea con ella mientras se dispone á asestarle el golpe de gracia, y nadie como él fué capaz de encarecer y ponderar la superioridad de los principios de mezquino y grosero egoísmo con que se propuso reemplazar aquellos estímulos más nobles que sus mayores habían debido al elevado espíritu de la caballería.

Este sistema, en efecto, iba por entonces haciéndose viejo, y hasta en los tiempos de su apogeo revelaba en sus principios tanta exageración, tanto idealismo, que forzosamente debía verse expuesto al ridículo siempre que, cual

moda añeja, perdiera su prestigio y pudieran esgrimirse contra él las armas de la sátira sin excitar el disgusto y horror ni levantar el grito unánime de reprobación con que á guisa de blasfemia se las hubiera acogido en épocas más remotas. En el siglo XIV apareció un hato de mofadores que pretendían suplir por otros medios lo que había en la caballería de verdaderamente útil, escarneciendo sus extravagantes y nimios principios de honor y virtud y motejándolos abiertamente de absurdos, por estar realmente fundidos en un molde de extremada perfección, inasequible en la práctica á seres imperfectos. Si un mancebo ingenuo y de ánimo levantado se proponía adoptar los pundonorosos principios heredados de su padre, se le denigraba groseramente como si bajara al combate empuñando la larga tizona del buen viejo, ridícula por su forma, aunque fuera de Toledo el temple de su hoja y de oro purísimo su ornamentación.

Así fué cómo se dejaron de lado los principios caballerescos y se suplió la ayuda que podían prestar con estímulos menos dignos. Al entusiasmo que impulsaba á todos á la defensa de su patria, substituyó Luis XI los servicios del soldado mercenario, siempre pronto á guerrear, persuadiendo á sus súbditos, entre los cuales empezaba á figurar la clase mercantil, que era preferible dejar á esos mercenarios los riesgos y fatigas de la guerra proporcionando á la corona los medios con que pagarlos, que no exponer ellos la vida en defensa propia. No costó mucho trabajo convencer con tales razonamientos á los mercaderes. No obstante, no fué todavía en tiempo de Luis XI cuando se consiguió excluir de las filas del ejército á los propietarios ricos y á los nobles; mas ese artero monarca fué quien abrió el camino, y, prosiguiéndolo más tarde sus sucesores, lograron al fin poner en manos de la Corona todas las fuerzas militares del Estado.

Adelantóse igualmente á su siglo en alterar los principios que habían regulado hasta entonces las relaciones entre ambos sexos. La Belleza, según el sistema establecido por las reglas de la caballería, era, en teoría al menos, la divi-

nidad suprema y dispensadora de mercedes; el Valor era su esclavo, una mirada suya le infundía aliento, y por hacerle el más ligero servicio daba gustoso la vida. Y aunque no pueda negarse que en este, como en otros puntos, se extremaba el sistema hasta la más descabellada exageración, de lo cual nacían no pocos escándalos, así y todo, solían ser éstos tales, que Burke pudiera clasificarlos entre aquellos «en que la liviandad, purificada de todo materialismo, se despoja á medias de su culpa.» En cuanto á Luis, era muy de otra manera. Su voluptuosidad era vulgar; ansiaba el placer sin el más mínimo asomo de sentimiento y menospreciaba el sexo cuyos favores solicitaba: todas sus queridas pertenecían á la más ínfima clase y son tan indignas de compararse con la noble, aunque culpada, Inés Sorel, como lo era Luis de parangonarse con su heróico padre, que libertó á la Francia del yugo abominable de los ingleses. Entresacando sus favoritos y ministros de entre la hez del pueblo, mostraba también Luis el poco respeto que le merecían las preeminencias debidas á la posición ó al nacimiento, y aunque esta conducta pudiera ser no sólo perdonable sino meritoria, siempre que la voluntad del monarca hubiera sacado á luz el talento escondido ó el mérito modesto, cambia ya de aspecto cuando vemos que el Rey elevaba á la categoría de favoritos á hombres como Tristán el Ermitaño, jefe de su mariscalato ó policía; siendo evidente que un príncipe semejante no podía ser nunca «el primer caballero del reino,» como Francisco I entre sus sucesores se apellidaba galantemente á sí mismo.

Y si tan graves defectos empañaban el carácter de Luis XI, sus dichos y acciones, así privadamente como en público, no eran lo más á propósito para hacérselos perdonar. Su palabra, prenda que todo hombre honrado estima sagrada y cuya menor violación constituye un crimen, según el código del honor, era por él tenida en tan poco que la rompía sin el menor escrúpulo y con el pretexto más frívolo, agravando á menudo esta falta con la perpetración de los delitos más horrendos. Si quebrantaba así la fe jurada personalmente, no trataba con mucho mayor miramiento la

del público. El envío de una persona de ínfima condición, disfrazada de heraldo, á Eduardo IV, en aquellos tiempos en que los heraldos eran considerados como los sagrados depositarios de la fe de pueblos y naciones, fué una audaz impostura, de que poquísimos hombres, á excepción de ese príncipe poco escrupuloso, se hubieran atrevido á hacerse culpables.

En una palabra, las costumbres, sentimientos y acciones de Luis XI, eran del todo incompatibles con las doctrinas de la caballería, y su carácter mordaz inclinábase naturalmente á ridiculizar un sistema basado á su modo de ver en el mayor de los absurdos, ya que su principio fundamental consistía en consagrar las fuerzas, el tiempo y el talento á la realización de objetivos que en el orden natural de los sucesos, ninguna ventaja personal podían reportar.

Es más que probable que al desechar de esta manera casi abiertamente todo vínculo impuesto por la religión, el honor y la moral, cuya influencia reconocen generalmente los hombres, proponíase Luis alcanzar grandes ventajas en sus tratos con personas que se tendrían por obligadas, al tiempo que él conservaba su libertad. Bajaba á la arena, por decirlo así, como el andarín que ha roto las ataduras que contienen todavía á sus rivales y que por lo tanto espera triunfar. Mas diríase que la Providencia, siempre que existe algún riesgo especial, hace aparecer junto á él alguna circunstancia que ponga sobre aviso á los que peligran. Así, la desconfianza constante que inspira todo personaje notado de desleal, es para él lo que el cascabel á la serpiente ponzoñosa: acaba todo el mundo por preocuparse más de sus intenciones que de sus palabras, y los recelos que excita su solapado carácter contrarían sus intrigas más de lo que puede favorecerlas la elasticidad de su conciencia. Tal sucedió con Luis. Su ejemplo provocó en las demás naciones europeas repugnancia y aprensión más bien que deseos de imitarle, y la gran ventaja que llevaba en astucia y sagacidad á no pocos de sus contemporáneos, dió por resultado ponerles á todos en guardia. Hasta la institución de la caballería, aunque mucho menos extendida que

antes, sobrevivió á ese monarca licencioso que tanto había hecho para empañar su brillo, y mucho tiempo después de la muerte de Luis XI todavía inspiraba al «Caballero sin Tacha y sin Miedo» y al denodado Francisco I.

Aunque bajo el punto de vista político el reinado de Luis había sido tan afortunado como él mismo pudiera desear, es lo cierto no obstante que el espectáculo de su lecho de muerte bastaría por sí solo á contrarrestar las seducciones de su ejemplo. Recelando de todo el mundo, pero singularmente de su propio hijo, emparedóse en el Castillo de Plessis y confió exclusivamente la seguridad de su persona á la dudosa fidelidad de sus mercenarios escoceses. Jamás salía de su aposento, á nadie admitía en él é importunaba con sus oraciones á todos los santos del cielo, no para alcanzar el perdón de sus pecados sino la prolongación de su vida. Con una pequeñez de ánimo que mal se compadecía con sus maliciosas maquinaciones, abrumaba á exigencias á sus médicos, quienes al fin acabaron por insultarle y saquearle. Impulsado por un afán desapoderado de vivir, envió á buscar á Italia unas reliquias supuestas y lo que es más extraordinario todavía, á un pobre patán, sin instrucción y sin seso, que indudablemente por holgazanería se había encerrado en una cueva y se abstenía de comer carne, pescado, huevos y lacticinios. Este hombre, á pesar de su ignorancia supina, fué reverenciado por Luis como si se tratara del Papa en persona, y para tenerlo propicio fundó dos conventos.

No era lo menos singular de todas esas prácticas supersticiosas el que aparentemente no se les trasluciera otro móvil que la salud del cuerpo y la felicidad terrenal. Estaba severamente prohibido por Luis aludir á sus pecados cuando se rogaba por su salud, y una vez que un clérigo, por orden suya, recitaba una oración en la que se imploraba á San Eutropio la salud del rey, así para el cuerpo como para el alma, mandó Luis omitir estas últimas palabras, pretextando que no era prudente importunar al santo bendito con demasiadas peticiones á la vez. Quizás se le figuraba que no haciendo memoria de sus crímenes, se bo-

rrarían éstos de la de los celestiales patronos, cuyo favor invocaba en beneficio de su cuerpo.

Tan grandes fueron las merecidas torturas del lecho de muerte del tirano, que Felipe de Comines, parangonándolas metódicamente con las innumerables crueldades cometidas por orden suya, habida razón de ambas, declara: que en su opinión las angustias de la agonía de Luis fueron tan horribles que compensan todos sus crímenes, de suerte que, después de cumplir en el purgatorio una cuarentena razonable, todavía la divina misericordia podría hallarle en disposición de ser admitido en las regiones superiores.

Fenelón ha depuesto también contra este príncipe, cuya vida y modo de gobernar describe en el siguiente notable pasaje:

«Pygmalión, devorado por una sed insaciable de riquezas, hácese de día en día más miserable y odioso á sus súbditos. Llega á ser un crimen en Tiro poseer grandes riquezas; la avaricia le vuelve desconfiado, suspicaz, cruel; persigue á los ricos y teme á los pobres.

»Mayor crimen es todavía en Tiro ser virtuoso, pues Pygmalión supone que los buenos no pueden soportar sus injusticias é infamias; como la virtud le condena, enfurécese é irrítase contra ella. Todo le agita, le inquieta, le remuerde; tiene miedo de su sombra; pasa día y noche en vela; los dioses, para confundirle, le colman de tesoros y él no se atreve á poner mano en ellos. Lo que anhela para ser feliz, es precisamente lo que le impide serlo. Echa menos cuanto da, teme siempre perder, su único afán es ganar.

»No se le ve casi nunca; vive en la soledad, triste y abatido, en el fondo de su palacio; sus mismos amigos no se atreven á acercársele por miedo de hacérsele sospechosos. Terrible guardia mantiene siempre desnudas las espadas y enhiestas las picas en torno de su casa. Treinta aposentos que se comunican entre sí y cada uno de los cuales tiene una puerta de hierro con seis grandes cerrojos, son el lugar de su retiro; nunca se sabe en cuál de esos

aposentos duerme y se asegura que no duerme nunca dos noches seguidas en el mismo, por miedo de que le asesinen. Los dulces placeres y la amistad, más dulce todavía, le son desconocidos. Si alguien le incita á buscar la alegría, su conciencia le dice que huye de él, que rehusa entrar en su pecho. Sus ojos hundidos arden con fuego siniestro y feroz y giran continuamente en sus órbitas; presta oído al menor rumor y se sobresalta en seguida; está pálido, demacrado; en su rostro siempre contraído píntanse sombrías preocupaciones. Calla, suspira, arranca del pecho profundos gemidos, no puede ocultar los remordimientos que desgarran sus entrañas. Los manjares más exquisitos le dan asco. Sus hijos, lejos de ser para él una esperanza, son motivo de espanto, pues les ha convertido en sus enemigos más peligrosos. En su vida tiene momento seguro; no alienta sino á fuerza de verter la sangre de cuantos teme. Insensato, que no ve que su crueldad, en la que ha puesto su confianza, será la causa de su muerte! Alguno de sus criados, tan desconfiado como él, librará el mejor día al mundo de este monstruo.»

La muerte terminó al fin, el 30 de Agosto de 1485, el instructivo, aunque horroroso espectáculo de los sufrimientos del tirano.

La elección de este personaje notabilísimo como protagonista de la novela—pues ya se comprenderá que la intriguilla amorosa de Quintín no desempeña en ella más que un papel secundario,—facilita mucho la tarea del autor. En el siglo XV ardían en toda Europa innumerables disensiones, debidas á tan diversas causas que casi fuera precisa una disertación histórica para ilustrar al lector inglés y prepararle á admitir la posibilidad de las extrañas escenas que van á desarrollarse ante sus ojos.

En tiempo de Luis XI, toda Europa hallábase trastornada por conmociones extraordinarias. En Inglaterra, el efímero triunfo de la casa de York había terminado las guerras civiles más en apariencia que en realidad. La Suíza iba afirmando esa libertad que tan valientemente supo defender más tarde. En Alemania y Francia, los grandes vasallos de

la Corona se esforzaban en emanciparse de su yugo, mientras Carlos de Borgoña por la fuerza y Luis más mañosamente por medios indirectos, cuidaban de reducirles á la obediencia de sus respectivos soberanos. Mas si Luis con una mano contenía y sojuzgaba á sus vasallos rebeldes, intrigaba con la otra para socorrer y concitar á las grandes ciudades comerciales de Flandes contra el Duque de Borgoña, á lo cual las inclinaban ya de suyo su opulencia é irritabilidad natural. En las comarcas de Flandes más pobladas de bosque, el Duque de Gueldres y Guillermo de la Marck, conocido por su ferocidad con el nombre de Jabalí de los Ardennes, habían renegado de su carácter de caballeros é hidalgos para entregarse á violencias y brutalidades, propias tan sólo de bandidos.

Mil secretas intrigas se urdían á un tiempo en las diversas provincias de Francia y Flandes; numerosos emisarios del inquieto Luis, gitanos, peregrinos, mendigos ó agentes disfrazados de tales, iban esparciendo doquiera el descontento que con miras políticas procuró siempre mantener vivo ese monarca en los dominios de Borgoña.

Entre tal abundancia de materiales, difícil había de serle al autor escoger los más inteligibles é interesantes. Y en efecto, confiesa ingenuamente que aunque haya usado con latitud de la facultad de separarse de la verdad histórica, está muy lejos de figurarse que haya acertado á dar á la trama de este argumento una forma agradable, compacta y asaz inteligible. Los episodios son del todo imaginarios; pero el enredo, en su parte más esencial, está al alcance de cuantos tengan idea, por somera que sea, del feudalismo.

En ningún punto eran tan universalmente reconocidos los derechos de un señor feudal como en su facultad de disponer de la mano de una vasalla. Puede verse en esto tal vez una contradicción con las leyes civiles y canónicas, que declaran libre el matrimonio, mas la jurisprudencia feudal y municipal, siempre que un feudo pasaba á manos de una hembra, reconocía en el señor el derecho de señalar á aquella el marido de su elección. Tiene esto su explicación en que, siendo en su origen el feudo una gracia debida á la

munificencia del señor, éste se hallaba todavía interesado en que el casamiento de su vasalla no lo pusiera en manos de un enemigo. Por otra parte, hay razón para sostener que esta limitación en la elección de marido podía imponerla exclusivamente á su vasalla el superior de quien provenía originariamente el feudo. Nada tiene, pues, de inverosímil, que una vasalla de Borgoña se acogiera á la protección del rey de Francia, á quien el propio Duque de Borgoña prestaba vasallaje, ni hay que recusar la probabilidad de que Luis, tan poco escrupuloso como era, hubiera formado el designio de hacer traición á la fugitiva, obligándola á una alianza que viera con malos ojos, ya que no con temor, su formidable pariente y vasallo el de Borgoña.

Permítaseme añadir que esta novela, que ha alcanzado en su patria mayor popularidad que otras que la habían precedido, ha obtenido también éxito insólito en el continente, donde sus alusiones históricas despertaban recuerdos más conocidos.

Abbotsford, 1.º de Diciembre de 1831.

———

INTRODUCCION

Y en fin, hombre que ha sufrido pérdidas!
SHAKSPEARE.—«Mucho ruido por nada».

Cuando el buen Dogberry recapitula y enumera todos los títulos que tiene á la respetabilidad y que á su entender hubieran debido librarle del epíteto injurioso que le regala el señor Caballero Conrado, es muy de notar que el título que alega con más énfasis, no sea ni «el tener dos batas» —cosa de no poca importancia en cierta ex-capital que yo me sé,—ni el «ser un pedazo de carne tan agraciado como el que más en Mesina,» ni siquiera y como argumento concluyente el «ser persona asaz rica,» si no principalmente «el ser hombre que ha sufrido pérdidas.»

Efectivamente, he observado en todas ocasiones que los preferidos de la fortuna, sea por no deslumbrar con todo su esplendor á los peor tratados por ella, sea por considerar que es tan honroso para la misma el haberse encumbrado á despecho de las contrariedades como lo es para una fortaleza el haber sostenido un sitio, sea de ello lo que fuere, he observado, repito, que los tales nunca dejan de hablaros de los quebrantos que les ocasionan los malos tiempos que corren. Rara vez os sentaréis á una mesa bien servida sin que los huecos entre copa y copa de Champagne, Rhin ó Borgoña deje de llenarlos vuestro anfitrión, si es capitalista, con sus lamentaciones sobre la baja del interés del dinero y la dificultad de hallar empleo al que por lo mismo duerme improductivo en sus arcas; ó, si es hacendado, con lastimosos pormenores sobre los atrasos y descenso de las rentas. El efecto es seguro. Los convidados suspi-

ran y, moviendo la cabeza al compás de la de su huésped, miran el aparador cargado de plata, paladean una vez más los riquísimos vinos que circulan profusamente en torno á la mesa y no pueden menos de apreciar toda la ingénita bondad de quien, á pesar de tales quebrantos, continúa prodigando, en obsequio á sus amigos, los restos de su fortuna; ó bien, y esto es más lisonjero todavía, consideran cuánta debe ser la magnitud de ésta, ya que, invulnerable ante las pérdidas, sufre sin menoscabo, como el tesoro inextinguible del generoso Abulkasem, tan incesantes y copiosas sangrías.

Esta manía de quejarse reconoce sin embargo sus límites, pareciéndose á la que tienen todos los valetudinarios de hablar de sus achaques: mientras sólo se trata de sus dolencias crónicas, no hay pasatiempo más delicioso. Pero todavía no conozco á nadie, cuyo crédito esté realmente comprometido, que se entretenga en hablar de la disminución de sus recursos; y por otra parte, mi médico, que es tan bueno como inteligente, me asegura que es raro que el que ha cogido una buena calentura ó cualquiera otra de esas graves enfermedades que

con crisis mortal predicen
al hombre un próximo fin,

halle en sus sufrimientos tema muy divertido de conversación.

Habida razón de cuanto precede, no puedo ya por más tiempo disimular al lector que no soy tan impopular ni desafortunado que no tenga mi parte en las calamidades que afligen en la actualidad á los capitalistas y hacendados del Reino Unido. A los autorcillos, cuya ración se reduce á una chuleta de carnero, puede regocijarles que el precio baje á tres peniques la libra, y hasta si tienen hijos, pueden congratularse de que no les cueste más arriba de seis un gran pan de munición; nosotros empero que pertenecemos á la clase de los arruinados por la paz y la abundancia— nosotros que poseemos tierras y ganados y vendemos lo

que esos infelices tienen que comprar,—nosotros nos sentimos inclinados á la desesperación por las mismas razones que harían iluminar todas las buhardillas de Grub-Street, si cabe en lo posible imaginar siquiera que en Grub-Street les sobren alguna vez cabos de vela á tal propósito. Vengo, pues, con orgullo á reclamar aquí mi parte en los infortunios que afectan tan sólo á las gentes acomodadas, y, como Dogberry, me declaro «persona bastante rica,» si bien, al propio tiempo, «hombre que ha sufrido pérdidas.»

Llevado del mismo espíritu de generosa emulación, de poco tiempo acá he echado mano del remedio universal contra esa pequeña «sin-dineritis» que me aqueja, yendo á pasar una corta temporada en un clima meridional. Con ello, al paso que me he ahorrado muy buenas carretadas de carbón, he tenido también el gusto de excitar, con motivo de la decadencia de mi fortuna, generales simpatías entre aquellos mismos que, de seguir derrochando mi hacienda en festejarles, viéranme ahorcar impávidos. Así, mientras yo bebo mi «vin ordinaire,» mi cervecero se apercibe de que mengua el despacho de su cerveza floja; mientras yo apuro mi botella de «cinq francs,» mi ración diaria de Oporto quédase en la bodega de mi tabernero; mientras humea en el plato mi «cótelette à-la-Maintenon,» el majestuoso lomo cuelga de un garfio en la carnicería del aldea, con dolor de mi amigo, el del delantal azul. En suma, cuanto aquí gasto, lo echan menos en casa; y ni los pocos sueldos que me saca el «garçon perruquier,» ni siquiera el mendrugo que le echo á su perrito rabón y de ojos colorados, dejan de ser «autant de perdu» para mi antiguo amigo el barbero y el honrado Trusty, el mastín que me guarda la casa. De esta manera, no puedo dar un paso sin que tenga la dicha de saber que mi ausencia es notada y sentida por cuantos, á trueque de conservar la parroquia de mis herederos, asistieran á mi entierro sin la menor emoción. Justo es, sin embargo, que de este cargo de egoísmo é indiferencia exceptúe solemnemente á Trusty, mi perro guardián, cuyos halagos tengo motivos para creer más desinteresados que los de muchas personas que me

ayudaban á gastar alegremente los bienes que debo á la liberalidad del público.

Lástima que para alcanzar en su patria tan generales simpatías, deba uno someterse á no pocas incomodidades personales. Ya dijo Horacio: «si quieres que yo llore, empieza por llorar tú,» y en verdad que muchas veces tentaciones me dan de llorar al pensar que he tenido que cambiar mis gustos domésticos, que la costumbre convirtió en necesidad, por equivalentes extranjeros, que el capricho y el amor de novedades han puesto de moda. Mi estómago inglés de pura raza echa menos, con rubor lo confieso, la hermosa tajada de buey, aderezada á usanza de Dolly, que se sirve caliente al salir del fuego, bien tostada por de fuera y sonrosada apenas se le hunde el cuchillo; y ya puede Very amontonar en su «carte» manjares exquisitos y transformar al infinito la ortografía de sus «Bifticks de Mouton,» que nada basta á compensar la falta de mi plato favorito. Además, el hijo de mi madre no le sabe tomar el gusto al aguachirle, y hoy día en que la cebada tan poco vale, apostaría cualquier cosa que una doble medida de John Barley-Corn debe haber transformado «la pobrecita cerveza floja de nuestros hogares» en un licor cien veces más generoso que ese brebaje ácido y desabrido, que se honra por aquí con el nombre de vino, aunque por su fuerza y calidad á lo que más se asemeja es á agua del Sena. Los vinos de precio, cierto, no son malos; nada hay que objetar al Château-Margot y al Sillery; con todo, no hay quien me haga olvidar las generosas cualidades de mi añejo y excelente Oporto. ¿Qué más? Sin negar que el «garçon» y su gozquecillo sean un par de animales muy graciosos y hagan mil monadas bastante divertidas, hay que reconocer sin embargo que había más picardía en el guiño con que el buen Packwood solía comunicar al lugar las nuevas de la mañana, que en todas las cabriolas que pudiera hacer «Antoine» en una semana; así como en el meneo de la cola del viejo Trusty había más simpatía humana y perruna que en la paciencia de su rival «Toutou» en tenerse

sobre las patas traseras, pongo por caso, un año seguido.

Estas muestras de arrepentimiento vienen tal vez algo tarde y confieso (pues debo ser del todo franco con mi amigo el Público,) que en parte las ha acelerado la conversión de mi sobrina Cristinita á la antigua fe papal, por arte de cierto clérigo muy ladino de nuestra vecindad, y el casamiento de mi tía Dorotea con un capitán de caballería á «demi-solde,» que es todo un caballero de la Legión de Honor y que á estas horas, según él afirma, no fuera menos de Mariscal de campo, si nuestro antiguo amigo Bonaparte viviera y continuara ganando batallas. En cuanto al asunto de Cristinita, debo confesar que en Edimburgo se le había vuelto de tal modo la cabeza corriendo á razón de cinco tertulias cada noche, que, si bien abrigo mis dudas sobre las circunstancias y motivos que determinaron su conversión, no pude menos de alegrarme de que al fin pensara seriamente en algo, sea lo que fuere: además de que poco se perdió, pues el convento me desembarazó de ella por una pensión muy razonable. Mas el casamiento terrenal de mi tía Dorotea fué ya cosa muy distinta de las celestiales bodas de Cristina. En primer lugar, produjo á mi familia una pérdida de dos mil libras en títulos del tres por ciento, ni más ni menos que si se hubiera hecho tabla rasa con el gran libro de la deuda; porque, ¿quién demonios había de figurarse que una mujer, con sus cincuenta años de experiencia encima se había de casar con un esqueleto francés, cuyas piernas y brazos, iguales en longitud, semejaran dos compases entreabiertos, colocados perpendicularmente uno sobre otro y girando en un quicio común, que holgadamente bastara á representar su cuerpo? Todo lo demás se iba en bigotes, felpas y pantalones. En 1815, por la mitad de la fortuna que ha rendido ahora á este espantajo militar, hubiera podido mi tía ver á sus pies todo un regimiento de cosacos de carne y hueso. En fin, no hay que hablar más de ello, tanto más cuanto había dado en la flor de citar á Rousseau por el sentimiento: —ya está dicho todo.

Desahogada así mi bilis contra un país, que no por ello

deja de ser un país muy agradable y del cual no me puedo quejar, pues fuí yo quien le buscó y no él quien vino á buscarme, vengamos al punto concreto de esta mi Introducción, punto que tal vez, mi querido Público—si es que puedo esperar en la continuación de tus favores (aunque, á decir verdad, los que te galantean no pueden fiar mucho en la constancia y uniformidad de tus gustos,)—consiga en parte indemnizarme de los perjuicios y pérdidas que me ha acarreado el haber llevado mi tía Dorotea al país del sentimentalismo, de los bigotes negros, de los muslos delgados, de las buenas pantorrillas y de los miembros sin cuerpo (pues te afirmo que el tal, según dicho de mi amigo Lord L..., es un puro picadillo de despojos; todo patas y alas.) Si de la lista de retirados hubiera elegido mi tía un ceremonioso montañés de Escocia ó un elegantillo de la verde Erín, no hubiera dicho una sola palabra; pero tal como han ido las cosas, ¿cómo es posible contener el resentimiento ante la gratuíta expoliación de que hemos sido víctimas los herederos legales y los albaceas testamentarios? Pero, en fin, «calle de una vez mi negra inquina» y ofrezcamos á nuestro querido Público un asunto más agradable para nosotros y más interesante para los demás.

A fuerza de tragar la pócima ácida, de que he hecho mención más arriba, y de fumar uno y otro cigarro, en lo que no soy novicio por cierto, debe saber el Público que poquito á poco, un sorbo tras otro y sin dejar el cigarro de la boca, he llegado á trabar cierto conocimiento con un «homme comme il faut,» uno de los pocos ejemplares, que todavía se encuentran en Francia, de nobleza chapada á la antigua; de esas personas que, á guisa de estatuas mutiladas de añejos y olvidados dioses, imponen todavía cierto respeto y veneración, hasta á aquellos que no tributan de grado uno y otra.

Al entrar en el café del pueblo, me llamó la atención desde el primer día la singular gravedad y compostura de este caballero, su cariñoso apego á las medias y zapato bajo en menosprecio de las medias botas y pantalones, la «croix de Saint Louis» que ostentaba en el ojal y la peque-

ña escarapela blanca que asomaba en la presilla de su viejísimo sombrero. Había en su aspecto algo que interesaba, y su gravedad, contrastando con el bullicio que reinaba en torno suyo, atraía las miradas, como las atrae por su misma rareza la sombra de un gran árbol solitario en medio de una pradera bañada por el sol. Para entrar en relaciones con él, me permití aquellas pequeñas libertades que consentían las circunstancias, la localidad y las costumbres del país, esto es; me senté cerca de él, y, mientras fumaba mi cigarro, pausadamente y sin apenas echar humo, íbale haciendo ese corto número de preguntas que en todas partes, y sobre todo en Francia, puede permitirse un extranjero, sin arriesgar la nota de impertinente. El marqués de Hautlieu, que tal era su título, fué tan lacónico y conciso como lo consentía la galantería francesa: á todo me respondió, pero ni me hizo una sola pregunta ni me animó á que prosiguiera interrogándole.

La verdad es que, poco accesible á los extranjeros, de cualquiera nación que fuesen, y hasta á sus mismos paisanos, cuando no les conocía, mostrábase el marqués especialmente esquivo para con los ingleses. Provenía acaso este sentimiento de la tradicional y mal amortiguada antipatía entre ambas naciones; ó dimanaba tal vez de ideas preconcebidas que le hacían ver en ellos un pueblo altanero, metalizado, para quien los títulos de nobleza, cuando no van acompañados de una fortuna desahogada, son motivo de burla y de lástima á un tiempo; ó pudiera ser también que, al pensar en ciertos acontecimientos recientes, se sintiera mortificado, como francés, por los mismos triunfos á que debía su amo verse restaurado en el trono y él mismo reintegrado en la posesión de una hacienda empobrecida y de un «château» semi-arruinado. Pero sea lo que fuee, su malar voluntad nunca revistió otra forma que la de ese apartamiento pasivo, y siempre que algún extranjero apelaba á su influencia para cualquier asunto, la otorgaba invariablemente con toda la cortesía de un francés y de un caballero que sabe lo que se debe á sí propio y lo que exige la hospitalidad nacional.

Al fin, no sé por qué casualidad, descubrió el marqués que la persona que de algún tiempo acá frecuentaba su café, era natural de Escocia, y esa circunstancia vino á favorecerme en extremo. Díjome que algunos de sus antepasados eran de origen escocés y que hasta tenía idea de que en lo que él se complacía en denominar la provincia de «Hanguisse» en dicho reino, debía existir algún pariente lejano de la familia. Reconocido este parentesco por ambas partes á principios del siglo pasado, durante su destierro (pues ya se deja entender que el márqués se había alistado en el ejército de Condé y compartido todas las amarguras y penalidades de la emigración,) se había casi decidido á trasladarse á Escocia para darse á conocer á sus parientes y reclamar su protección: mas, bien pensado todo, dijo, no se empeñó en presentarse á ellos en una situación que les hubiera hecho poco favor ó que tal vez hubieran creído que podía acarrearles molestias ó desdoro; así es que finalmente se resolvió por confiar en la Providencia y sortear las contrariedades como mejor le fuera posible. Cómo lo hizo es cosa que he ignorado siempre, mas tengo la íntima convicción de que en nada amancilló su dignidad, pues el excelente anciano se mantuvo aferrado á sus opiniones y leal á su fe, en buena como en mala fortuna, hasta que el tiempo le restituyó viejo, indigente y abatido, á aquel país que había abandonado en la flor de la juventud y en el apogeo de la riqueza, animado contra los que le expulsaran, de un encono vengativo, que los años habían dulcificado ya, convirtiéndolo en paciente resignación. Algo había en el carácter del marqués, especialmente en lo que toca á sus preocupaciones políticas y de clase, que me hubiera dado que reir á haberle conocido en días de mayor prosperidad; pero, en la posición en que se encontraba, hasta en el caso de que esas preocupaciones no hubieran sido, como eran, puras y honradas, ajenas á toda mira bastarda ó interesada, había que respetarle, como se respeta siempre al confesor ó al mártir de toda religión, aunque no sea precisamente la nuestra.

Gradualmente fuimos intimando y por espacio de seis se-

manas tomamos juntos nuestro café, fumamos nuestro cigarro y apuramos nuestra «bavaroise,» sin que de parte y otra las ocupaciones interrumpieran gran cosa nuestros coloquios. Habiendo, no sin dificultad, dado en la clave de sus interrogatorios sobre Escocia, gracias á una feliz conjetura de que la provincia de Hanguisse no podía ser otra que nuestro condado de Angus, me vi en el caso de poder contestar más ó menos satisfactoriamente á cuantas preguntas me dirigiera relativas á sus allegados de aquel país, quedando no poco sorprendido al ver que el marqués estaba enterado de la genealogía de algunas familias distinguidas del mismo, mucho mejor de lo que podía yo figurarme.

Por su parte, fué tan grande su satisfacción por las comenzadas relaciones, que al fin creyóse obligado á tomar la resolución de convidarme á comer en el castillo de Hautlieu, nombre que no podía ser más apropiado, por levantarse el edificio en una eminencia que dominaba las orillas del Loira. Distaba unas tres millas de la aldea en que había yo fijado temporalmente mi residencia, y al contemplarle por primera vez, no pude menos de perdonar á su propietario el encogimiento y mortificación, de que daba muestras, al recibir un convidado en el asilo que se había formado entre las ruínas del palacio de sus mayores. Con un buen humor, que evidentemente encubría un sentimiento más profundo, fueme poco á poco preparando para la visita que iba á hacer, y para ello tuvo holgada ocasión, mientras me conducía en su pequeño cabriolé, tirado por un gran caballo normando, al antiguo castillo.

Los restos de éste se extienden á lo largo de un precioso ribazo que domina las orillas del Loira, el cual ofrecía en otro tiempo una serie de gradas, primorosamente adornadas de estatuas, grupos de rocas y otros hermosos artificios, por las que podía bajarse de terraplén en terraplén, hasta las mismas márgenes del río. Toda esta decoración arquitectónica, así como los parterres de olorosas flores y los busquecillos de exóticos arbustos que la completaban, habían cedido el lugar, años hacía, á las labores más pro-

ductivas del viticultor; pero los restos, que por su solidez sobrevivieron á la destrucción, todavía son visibles y á par de los arriates y bancales, dan claro testimonio de la parte activísima que tomó aquí el arte para realzar la naturaleza.

Pocas nos quedan ya de esas quintas en perfecto estado de conservación, pues la versatilidad de la moda ha transformado en Inglaterra lo que en Francia ha destruído la ira y el furor popular: de mí sé decir, no obstante, que comparto la opinión de la autoridad más abonada de nuestros días en tales materias y creo con él que hemos extremado nuestro gusto por la simplicidad y que las inmediaciones de una mansión señorial requieren una ornamentación más cumplida que la que pueden dar de sí la arena y el césped. Norabuena que no se pretenda desnaturalizar con adornos artificiales una situación de suyo pintoresca; pero en la inmensa mayoría de las posesiones, paréceme indispensable mayor ornamento que el que hoy se acostumbra, para velar la descarnada pobreza de una gran casa, que se levanta solitaria en mitad de un prado, tan aislada é independiente al parecer de cuanto la rodea, como si se hubiera escapado de la ciudad para ir á tomar el aire.

Cómo ha venido á cambiar el gusto de un modo tan súbito y radical, es cosa verdaderamente singular y que no se explica sino por aquel principio que motiva la respuesta de los tres amigos en una de las comedias de Molière: para curar la melancolía de una muchacha pídeles su padre remedio, y ellos le aconsejan que alhaje su aposento con pinturas, tapices ó porcelanas, según el ramo de comercio á que cada uno respectivamente se dedica. Tomando ejemplo de esto, descubriremos tal vez que en lo antiguo el arquitecto era quien trazaba los jardines y explanadas que rodeaban la vivienda y, naturalmente, desplegaba en ellos su arte adornándolos con estatuas y jarrones, pabellones y escalinatas, terraplenes y balaustradas; al paso que el jardinero ocupaba un lugar secundario y cuidaba tan sólo de acomodar el reino vegetal al gusto del día, recortando los cercados en forma de verdes murallas con sus torres y

almenas y dando á los árboles sueltos cierto aspecto escultural. Mas, de entonces acá, la rueda ha dado una vuelta: hoy el artista-jardinero, como se intitula, está casi al nivel del arquitecto, y de aquí que el primero haga un empleo tan inmoderado y hasta violento del pico y el azadón, y que las ostentosas labores del segundo hayan venido á degenerar en una simple «ferme ornée,» tan acomodada á la simplicidad de que hace gala la naturaleza en torno suyo, como lo consiente el aseo y regalo indispensables en las avenidas de una residencia señorial.

Retardada en gran manera la celeridad del vehículo, por la maciza complexión de Juan Roast-beef, al que supongo que el caballo normando maldeciría de tan buena gana como allá en remotos tiempos execraban sus compatriotas la obesidad de un estólido siervo sajón, bien se ha necesitado la larguísima digresión que acabo de hacer para darle tiempo de subir la cuesta por una tortuosa calzada, actualmente en pésimo estado, á cuyo extremo se divisaba una larga hilera de ruinosos y destechados edificios enlazados con el ala occidental del castillo.

—Debo dar á usted, como inglés, una explicación—dijo el marqués,—á fin de que se haga cargo de las razones que tuvieron mis antepasados para enlazar con el edificio principal esa hilera de caballerizas. No ignoro que en Inglaterra es costumbre edificarlas á cierta distancia, pero en mi familia ha sido hereditaria la pasión por los caballos y como á mis ascendientes les gustaba ir á verlos con frecuencia, así, teniéndolos cerca, podían hacerlo más cómodamente de lo que en otro caso les hubiera sido posible. Antes de la Revolución, tenía yo treinta hermosos caballos en esta serie de edificios hoy arruinados.

Este recuerdo de una magnificencia pasada se le escapó inadvertidamente, pues en general evitaba toda clase de alusión á su antigua opulencia. Hízolo sosegadamente, sin dejar traslucir ni vanagloria por su primitiva grandeza ni pretensiones á la conmiseración por haberla perdido. De todos modos, despertó en ambos reflexiones desagradables y continuamos silenciosamente nuestro camino hasta que,

llegados á la que fué antes portería, de un chiribitil habilitado en un rincón de ella salió sonriendo alegremente y mostrando una dentadura que más de una duquesa hubiera podido envidiar, una «paysanne» francesa, viva como una centella, de ojos negros como el azabache y refulgentes como dos diamantes, la que vino á tomar las riendas mientras bajábamos del cochecito.

—Madalenita tendrá que hacer hoy de palafrenero—dijo el marqués inclinando graciosamente la cabeza en contestación á la ceremoniosa reverencia que la criada hizo á monseñor,—pues su marido ha ido al mercado; y en cuanto á La Jeunesse, la multitud de cargos que desempeña casi le ha vuelto la cabeza. Madalenita—prosiguió el marqués, mientras pasábamos bajo la gran puerta de entrada, coronada de antiguos escudos señoriales mutilados, que ocultaban casi por completo el musgo y la grama, sin contar las ramas indómitas de los arbustos silvestres,—Madalenita era ahijada de mi mujer y la habíamos hecho educar para camarera de mi hija.

Estas palabras, dichas sin intención, diéronme á entender que el marqués era marido sin esposa y padre sin hija, viniendo esta circunstancia á aumentar el respeto que me inspiraba aquel desdichado anciano, quien, sin duda, en todo cuanto se refería á su actual situación, debía hallar harto motivo para entregarse á melancólicas reflexiones.

Después de una corta pausa, continuó diciendo con tono más alegre:

—Va usted á divertirse con mi pobre La Jeunesse, que, donde usted le verá, tiene diez años más que yo (el marqués pasa de los sesenta.) Me recuerda á aquel actor del «Roman Comique,» que desempeñaba él solo todos los papeles de una comedia, pues pretende reunir en su pobre persona los cargos de mayordomo, cocinero, ayuda de cámara, toda una retahila, en una palabra. Algunas veces me trae á la memoria un personaje de la «Brida de Lammermore,» novela que usted habrá leído sin duda alguna, pues está escrita por uno de los literatos de su tierra de usted, «qu'on appelle, je crois, le chevalier Scott.»

—¿Supongo que quiere usted decir sir Walter?

—Sí, señor, él mismo—respondió el marqués.

Esto nos dió pie para desviarnos de recuerdos más penosos, pues tuve que rectificar dos equivocaciones de mi buen amigo francés. Respecto de la primera no lo conseguí sin dificultad, porque, aunque al marqués no le gustaban los ingleses, como había estado tres meses en Londres, se apreciaba de dominar las más enrevesadas dificultades de nuestro idioma y apelaba á cuantos diccionarios existen, desde Florio para abajo, empeñado en convencerme de que «Bride» debía significar brida. Y llevaba tan alto su escepticismo en esta cuestión filológica, que en vano fué que yo me atreviera á indicarle que en toda la novela ni una sola vez se trataba de brida, pues con el mayor comedimiento y muy ajeno de pensar con quien hablaba, repuse que toda la culpa de esa inconsecuencia se la tenía el malaventurado autor. Tuve luego la candidez de manifestar á mi amigo, que, por motivos que nadie podía saber tan bien como yo, podía asegurarle que mi distinguido compatriota, el escritor de quien hablaré siempre con el respeto debido á su talento, no era responsable de las obrillas que el público le atribuía tan generosa como precipitadamente. Llevado del impulso del momento, hubiera ido quizás más allá remachando mi negativa con una prueba palmaria y de toda evidencia, cual fuera declarar á mi contrincante que nadie más que yo podía en realidad haber escrito esas obras, puesto que yo en persona era su autor; mas el marqués me evitó el disgusto que me hubiera ocasionado el descubrirme de esta suerte, replicándome, con mucha sangre fría, que se alegraba de que tales bagatelas no fueran escritas por una persona de condición.

—Las leemos—dijo,—del mismo modo que escuchamos los chistes de un comediante ó que escuchaban nuestros abuelos las de un bufón de profesión, es decir, con gran hilaridad, hilaridad, sin embargo, que sentiríamos excitara en nosotros quien pudiera alegar mejores derechos para alternar en nuestra sociedad.

Esta declaración me devolvió toda mi habitual cautela

y quedé con tal recelo de descubrirme que ni siquiera me atreví á explicar á mi aristocrático amigo que el caballero, á quien había nombrado, debía su posición, por lo que había oído decir, á ciertas obras que, sin impropiedad, pueden calificarse de novelas en verso.

Es lo cierto que, entre otras injustas preocupaciones, que ya he señalado antes, había contraído el marqués tal horror, mezclado de desdén, hacia toda clase de autores, excepto aquellos que componen in-folios sobre leyes ó teología, que todo escritor de novelas, leyendas, poesías sueltas, artículos de periódico ó de crítica literaria, era mirado por él como mira la gente los reptiles venenosos, esto es, con tanto miedo como repugnancia. El abuso de la prensa, en su sentir, especialmente en los grados inferiores, había emponzoñado en toda Europa las fuentes de la moral, y poco á poco volvía á recobrar la influencia que los clamores de la guerra habían amortiguado. Todo escritor, con exclusión de esos de mayor calibre y peso, se le antojaba afiliado á la mala causa, desde Rousseau y Voltaire hasta Pigault-le-Brun y el autor de las novelas escocesas; y aunque no podía negar que las leía «pour passer le temps,» sin embargo, lo mismo que Pistol al tragarse su puerro, al tiempo de devorar el contenido, execraba la tendencia de la obra que llevaba entre manos.

Tanto bastó para que retirara la ingenua confesión que mi vanidad me sugiriera, y procuré, por lo tanto, traer el marqués á nuevos detalles sobre la mansión de sus antepasados.

—Aquí—dijo,—se alzaba el teatro en cuyas tablas alcanzó mi padre permiso para que pudieran representar algunos de los primeros actores de la Comedia Francesa, siempre que venían á visitarle el rey y madame de Pompadour, lo que ocurrió más de una vez; allá, más al centro, había la sala baronial, donde el señor feudal ejercía su jurisdicción cuando él en persona ó su Baile tenían que juzgar á algún reo, pues no ignoráis que éramos, como vuestra antigua nobleza escocesa, señores de horca y cuchillo, ó de «fossa cum furca,» como dicen los juristas; debajo de ella hay la sala

de interrogatorios, para las cuestiones de tormento; y ciertamente me pesa que derecho tan ocasionado á abusos se haya concedido á nadie jamás. Pero—añadió, con un sentimiento de dignidad, realzado por el recuerdo de las mismas atrocidades cometidas por sus antepasados bajo aquellas fuertes rejas que me señalaba—tal es el efecto de la superstición, que aun hoy en día no hay aldeano que se atreva á acercarse á esa mazmorra, donde es fama que en otros tiempos la ira de mis antepasados cometió grandes crueldades.

Al acercarnos á la reja y mientras manifestaba cierta curiosidad por ver de cerca esta morada del terror, de sus subterráneas concavidades salieron agudas carcajadas, que, por lo que luego descubrimos, provenían de un bullicioso grupo de muchachos que habían escogido aquella caverna abandonada para teatro de un alegre juego á la gallina ciega.

Quedóse de momento algo corrido el marqués, y para disimular, apeló á su «tabatière;» mas se repuso al instante y observó que aquellos eran los niños de Magdalena, que se habían familiarizado ya con los supuestos horrores de aquel antro.

—Además—prosiguió,—á decir verdad, estos pobres niños han venido al mundo en una época en que las pretendidas luces han ahuyentado á un tiempo la superstición y las creencias; y á propósito, esto me recuerda que olvidé advertiros que hoy es «jour maigre.» No tengo más convidados que vos y el «curé» de la parroquia y no quisiera ofender á sabiendas sus sentimientos. Además de que—continuó con más firmeza y desechando toda reserva,—aleccionado por la desgracia, profeso sobre este punto principios muy distintos de los que me inculcara la prosperidad, y doy gracias á Dios de no avergonzarme de confesar que observo los preceptos de mi religión.»

Dime prisa á contestarle que si bien podían diferir de los de la mía, las prácticas religiosas de toda comunión cristiana me inspiraban el mayor respeto, pues estaba convencido de que, aunque bajo formas diferentes, todos ado-

rábamos al mismo Dios según el gran principio de la redención, y si al Todopoderoso no pluguiera esa variedad de cultos, las prácticas rituales se nos hubieran prescrito tan por menor como se especifican en la ley de Moisés.

No tenía por costumbre el marqués estrechar la mano, pero en esta ocasión cogió la mía y la estrechó cordialmente, única manera quizás cómo, en tal ocasión, podía ó debía un católico ferviente mostrar la conformidad de sus sentimientos con los míos.

Las explicaciones y observaciones precedentes y otras muchas á que dió lugar la inspección de aquellas vastas ruínas, nos ocuparon todavía durante dos ó tres vueltas que dimos por la larga plataforma del castillo y cosa de un cuarto de hora que permanecimos sentados en un pabellón de piedra, adornado con el escudo de armas del marqués, cuya bóveda, aunque algo descalzada por los costados, se mantenía íntegra y ofrecía la solidez necesaria.

—Aquí—dijo volviendo á tomar el tono de una parte de su conversación,—me place sentarme, ya al mediodía para resguardarme del calor, ya al caer de la tarde, cuando expiran los rayos del sol en la vasta superficie del Loira. Aquí, según las palabras de vuestro gran poeta, á quien, aunque francés, conozco más á fondo que muchos ingleses, me gusta descansar

«Mostrando el código de la dulce y amarga fantasía.»

Me guardé muy mucho de poner objeción alguna á esta variante de un pasaje bien conocido de Shakspeare, pues tengo para mí que hubiera sufrido gran menoscabo la reputación de nuestro gran poeta á los ojos de un juez tan delicado como el marqués, si hubiera probado á éste que, según todas las demás autoridades, había escrito:

«Rumiando el pisto de la dulce y amarga fantasía.»

Demás de que me bastaba con la primera discusión literaria que habíamos tenido, ha tiempo—aunque no antes de

los diez años de haber salido del colegio de Edimburgo,—que estoy convencido de que el toque de la conversación no estriba en dejar demostrada á todo evento la superioridad propia, sino en aumentar, perfeccionar y corregir el caudal de conocimientos que se poseen, con la autoridad ajena. Dejé, pues, al marqués, que «mostrara su código» á su gusto y me vi recompensado con una erudita disquisición en que adujo gran copia de razones, sobre el estilo florido de arquitectura que se introdujo en Francia durante el siglo XVII. Con notable buen gusto fué indicando sus méritos y sus defectos y después de tocar algunos puntos en el mismo sentido que ha motivado mi digresión de hace poco, alegó en su favor otros motivos, que se fundan en la asociación de ideas que su vista excita en nosotros.

—¿Quién se atrevería—dijo,—á destruir deliberadamente las terrazas del castillo de Sully? ¿Es posible pisarlas sin que se nos venga á la memoria la imagen de aquel hombre de estado, tan eminente por su ejemplar integridad como por la firmeza é infalible sagacidad de su juicio? Si fueran menos espaciosas, menos macizas ó si el menor detalle alterara su austeridad, ¿cabría ya imaginarlas teatro de sus patrióticas meditaciones? Y me diréis si uno de nuestros salones modernos sería lugar á propósito para que, sentados el duque en una poltrona y la duquesa en un «tabouret,» dieran lecciones de valor y lealtad á sus hijos, de modestia y humildad á sus hijas, de rígida moral á unos y á otros, mientras de pie y en corro, todo aquel plantel de nobleza escucha con la mayor atención, sin levantar los ojos del suelo ni atreverse á replicar ó á sentarse siquiera, á no ser por mandato expreso de su señor y padre? No, caballero—prosiguió el marqués, animándose;—destruid el regio pabellón en que tenía lugar esta escena edificante y alejaréis del ánimo la verosimilitud, la veracidad de todo el cuadro. ¿Y cómo figurarnos tampoco á ese noble par y gran ciudadano paseándose por un «jardín anglais?» Vaya, que tanto valdría representárnoslo vestido de frac azul y chaleco blanco en vez de su jubón á la Enrique IV y su «chapeau à plumes.» ¿Y cómo hubiera podido

menearse entre el tortuoso laberinto de lo que hoy llaman una «ferme ornée,» en medio de la doble fila de guardias suízos, que habitualmente formaban su escolta? Representáos su rostro, su barba, sus «hauts-de-chausses à canon,» sujetos al jubón por mil «aiguillettes,» cintas y lazos; ponédmelo luego en un «jardín anglais» de nuestros días y ¿quién no lo tomará por un viejo loco, que ha dado en la manía de vestirse como sus tatarabuelos y á quien un destacamento de gendarmes conduce al «Hôpital des Fous?» Mas contemplad ahora, si es que existe todavía, esa larga y magnífica terraza, en que el leal y eminente Sully solía dar dos veces al día un paseo solitario, embebido en los patrióticos proyectos que meditaba para aumentar la gloria de Francia; ó bien, en aquella otra época posterior y menos risueña de su vida, vedle llorar pensativo el asesinato de su inolvidable amo y la infausta suerte de su patria, desgarrada por los partidos políticos; sobre ese noble fondo de arcadas, esparcid luego jarrones, estatuas, urnas y todo cuanto puede anunciar la proximidad de un palacio ducal y entonces no se notará discordancia alguna entre las diversas partes del cuadro. Los «factionnaires» con sus arcabuces, cuadrándose en los extremos de la larguísima explanada, señalan la presencia del gran señor feudal, puesta más de relieve todavía por la guardia de honor que le precede y le sigue, en alto las alabardas, la apostura marcial y majestuosa como en presencia del enemigo, y sin embargo, animados todos, como quien dice, por la misma alma de su ilustre jefe; midiendo sus pasos por los suyos, andando cuando él anda, parándose cuando se pára, acomodando todos sus movimientos á las más ligeras alternativas ocasionadas por las fluctuaciones de su ánimo y girando con precisión militar en torno de aquel que parece centro y móvil de sus armadas filas, como el corazón es centro de vida y energía para el cuerpo humano. Si os da risa un paseo tan poco conforme con la ligereza y libertad de nuestras actuales costumbres—añadió el marqués, pretendiendo sondear mi rostro con una mirada escrutadora,—¿os avendríais acaso á destruir esotra terraza por

la cual paseó la hechicera marquesa de Sévigné y á la que van unidos tantos recuerdos como despierta en nosotros la lectura de sus encantadoras cartas?

Algo fatigado de tan larga disertación, con la cual tengo para mí que el marqués tan sólo se propuso esclarecer las bellezas naturales de su propia terraza, que, á pesar de su ruinoso estado, no necesitaba por cierto de recomendación tan solemne, participé á mi amigo que acababa de recibir de Inglaterra el diario de un viaje por el mediodía de Francia, escrito por un estudiante de Oxford amigo mío, poeta, dibujante y muy instruído, en cuyo libro se lee una descripción tan animada é interesante del castillo de Grignan, morada de la hija idolatrada de madame de Sévigné y durante largas temporadas residencia de esta misma, que cualquiera que la haya leído y se halle á cuarenta millas á la redonda del castillo en cuestión, no podrá menos de hacer una excursión para visitarlo. Sonrióse el marqués con muestras de satisfacción, preguntóme el título de la obra y escribió á medida que yo dictaba: «Itinerario de un viaje por Provenza y las orillas del Ródano, hecho en 1819, por Juan Hughes, maestro en artes por el colegio de Oriel, en Oxford,» observando, de paso, que ahora no podía comprar libros para el castillo, pero que recomendaría el pedido de este «Itinéraire» en la librería de la ciudad vecina, á la cual estaba «bonnè.» Mas he aquí el cura—dijo interrumpiéndose;—su presencia nos advierte que es hora ya de hacer punto en nuestra discusión. También he visto á La Jeunesse, que daba la vuelta al viejo pórtico de la terraza para ir á tocar la campana y avisar que la comida está pronta; ceremonia completamente ociosa para tres personas que nos sentamos á la mesa, pero que no podría suprimirse sin que el pobre viejo se me muriera de pesar. Haced ahora como quien no le ha visto, pues los servicios inferiores desea desempeñarlos de incógnito; mas, en cuanto la campana haya cesado de tocar, se nos aparecerá radiante en su calidad de mayordomo.

Así diciendo, nos dirigimos hacia la parte oriental del

castillo, única que quedaba todavía habitable en el vasto edificio.

—La «Bande Noire»—dijo el marqués,—al devastar el resto del castillo para aprovechar el plomo, la madera y otros materiales, me hizo involuntariamente un favor; el de reducirlo á proporciones más adecuadas al estado de fortuna de su actual propietario. El gusano ha encontrado en la hoja espacio suficiente para alojar su crisálida: ¿á qué preocuparse pues de que los reptiles hayan devorado el resto del arbusto?

En esto llegamos á la puerta. Apareciósenos en sus umbrales La Jeunesse, mostrando en su continente la más solícita servicialidad y el más profundo respeto; en su rostro, aunque surcado por mil arrugas, vagaba, pronta á corresponder á la más pequeña palabra que le dijera su amo con afabilidad, una sonrisa que dejaba ver su bellísima dentadura, blanca y firme á despecho de los años y de las enfermedades.. Sus medias de seda limpias, lavadas tantas veces que ya habían tomado un viso amarillento; su coleta atada con una escarapela, el canoso bucle á cada lado de la escuálida mejilla; la casaca color de perla, sin cuello; el solitario, el «jabot,» las vueltas de encaje en los puños, el «chapeau-bras,» todo, en fin, indicaba que La Jeunesse consideraba la presencia de un convidado en el castillo como un acontecimiento insólito, al que por su parte debía corresponder con el mayor aparato y ostentación posibles.

Mientras contemplaba este singular, aunque fiel servidor, que indudablemente había heredado de su amo las preocupaciones al propio tiempo que la ropa usada, no pude menos de reconocer allá para mis adentros la semejanza, que ya me había hecho notar el marqués, entre él y mi Caleb, el leal escudero del señor de Ravenswood. Empero un francés, un hombre de muchos oficios por naturaleza, sabe adaptarse con más facilidad y soltura al desempeño de multitud de servicios, de lo que es posible esperar de la lentitud insoportable de un escocés. Superior á Caleb

en destreza, aunque no en celo, La Jeunesse parecía multiplicarse según las exigencias del momento y atendía á sus variadas funciones con tal presteza y asiduidad, que para nada se echaban de menos los servicios de otro criado.
La comida, especialmente, fué exquisita. La sopa, aunque «maigre,» epíteto que los ingleses le dan en son de burla, tenía un gusto riquísimo y el guisado á la marinera de sollo y anguilas, me reconcilió, á pesar de ser escocés, con este último pescado. No faltaba tampoco un «petit plat de bouilli» para el hereje, tan bien condimentado que la carne, al paso que conservaba todo su jugo, era tierna y sabrosa en extremo. El «potage» y otros dos principios que le siguieron, estaban igualmente muy bien aderezados, pero la obra maestra, la que el viejo «maître d' hôtel» consideraba como una verdadera maravilla y que puso sobre la mesa con una sonrisa de satisfacción como gozándose en mi sorpresa, fué una inmensa «assiette» de espinacas, no formando una superficie plana y uniforme tal como suelen presentarlas nuestros inexpertos cocineros de la orillita del río, sino con altos y bajos, simulando colinas y valles, por los cuales veíase huir un gallardo ciervo, perseguido por una jauría de aulladores sabuesos y una vistosa comitiva de jinetes con sus cuernos de caza, látigos y cuchillos de monte, hecho todo ello, sabuesos, cazadores y ciervo, de pan recortado con gran arte y tostado después. Con el gozo que le produjeron los elogios que no dejé de tributar á este «chef d' æuvre,» confesó el buen viejo que le había costado muy cerca de dos días el dejarlo del todo listo, y luego, no queriendo apropiarse más gloria que la que le cabía de derecho en tan brillante pensamiento, añadió que monseñor mismo se había dignado darle algunas ideas muy oportunas y hasta había tenido la condescendencia de ayudarle personalmente en la ejecución de algunas figuras principales. Sonrojóse un poco el marqués á este «éclaircissement,» sin duda para él excusado, pero confesóme que había querido sorprenderme con una escena del poema, tan popular en mi país, «Milady Lac.» Respondíle que tan espléndido «cortège» más bien semeja-

ba una gran cacería de Luis XIV que de un pobre rey de Escocia, y que el «paysage» más se parecía á Fontainebleau que á los yermos de Callender. Saludó galantemente en contestación á mi cumplido y reconoció que tal vez el recuerdo del traje de la anntigua Corte de Francia, en tiempo de su esplendor, había extraviado un poco su imaginación. La conversación tomó luego otro giro.

Los postres fueron exquisitos, el queso, la fruta, la ensalada, las aceitunas, los «cerneaux,» y el delicioso vino blanco, cada cosa en su género, eran «impayables.» El buen marqués no disimulaba su satisfacción al ver que su huésped hacía honor sinceramente á sus méritos.

—Después de todo—dijo,—y aunque sea confesar una necia debilidad, no puedo menos de congratularme de poder ofrecer todavía á un extranjero cierta hospitalidad que parezca agradarle. Creedme, no es sólo por orgullo que nosotros, «pauvres revenants,» vivimos tan retirados excusando los deberes de la hospitalidad. Verdad es que entre nosotros los hay, y demasiados por cierto, que vagan errantes por los castillos de sus padres, mas bien como almas en pena de los difuntos propietarios que como seres vivientes reintegrados en sus propiedades; pero, con todo, si no cultivamos la sociedad de los extranjeros que vienen á visitarnos, débese más bien á vosotros mismos que á nuestra susceptibilidad. Nos hemos formado de vuestra opulenta nación la idea de que sois especialmente aficionados al «faste» y á la «grande chère;» que amáis el regalo y los goces de toda clase, y como en general los medios de que podemos disponer para recibiros son tan limitados, de ahí que nos sintamos imposibilitados del todo para hacer tales gastos y desplegar tal ostentación. A nadie le gusta ofrecer lo mejor cuando tiene motivo para presumir que no ha de agradar, y como muchos de vosotros publicáis vuestros apuntes de viaje, al señor marqués le haría probablemente poquísima gracia ver puesta en letras de molde, para eterna memoria, la modesta comida que haya podido ofrecer á un milord inglés.

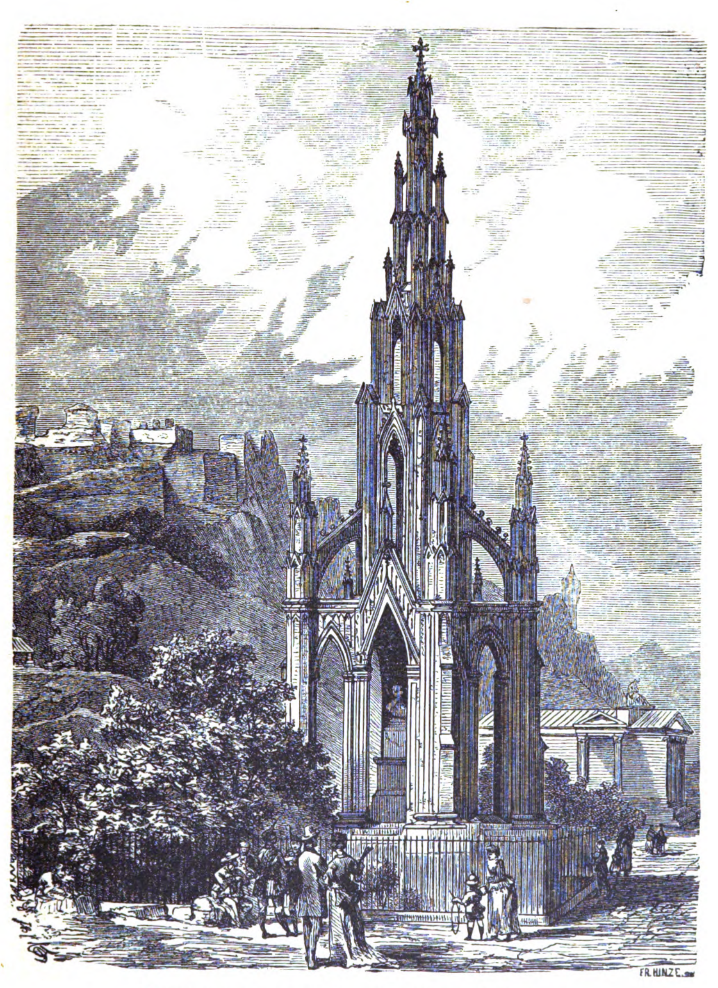
Interrumpí al marqués para declarar que si jamás me

daba la idea de publicar mis memorias de viaje, no sería sino para hablar de esa comida como de la mejor que había probado en mi vida. Contestóme mi interlocutor con una inclinación de cabeza manifestando que, ó yo no debía tener el mismo gusto que mis compatriotas, ó en lo que se decía había de haber gran exageración. Dióme las gracias particularmente por haberle mostrado el valor de los bienes que todavía le quedaban.

—Lo útil—dijo,—en Hautlieu, como en todas partes, ha sobrevivido sin duda á lo suntuoso. Las grutas, las estatuas, los invernáculos, los criaderos de plantas exóticas, el templo y la torre, se han venido abajo; mas la viña, el «potager,» los frutales, el «étang,» subsisten todavía; y una vez más se felicitó de que sus productos combinados hubieran bastado á componer un conjunto, que hasta un inglés aceptara como una comida tolerable. Sólo espero—prosiguió,—que me convenceréis de la sinceridad de vuestros elogios, aceptando la hospitalidad del castillo de Hautlieu, siempre que no tengáis otros compromisos preferentes, mientras permanezcáis en estos alrededores.

Apresuréme á aceptar una invitación, hecha con tal finura, que el invitado parecía ser quien hacía y no quien recibía el obsequio.

Cambiamos luego de conversación y hablamos de la historia del castillo y de sus cercanías, tema que ofrecía al marqués terreno firme, pues, por lo demás, cuando se variaba de asunto, demostraba no ser gran arqueólogo ni siquiera mediano historiador. Por dicha, no obstante, el párroco reunía ambas cualidades y era además persona de muy amena conversación, llena de «prévenance» y de trato fácil y amable, lo que me ha parecido ser el rasgo distintivo del carácter del clero católico, sea cual fuere el grado de su instrucción. Por él supe que todavía existían restos de una hermosa biblioteca en el castillo de Hautlieu. El marqués se encogió de hombros mientras el párroco me daba esta noticia, y en su mirada vaga se traslució el mismo ligero embarazo que tampoco había podido disimular cuan-



Monumento á Walter Scott en Edimburg



do el charlatán de La Jeunesse nos explicó la parte que tomara el señor marqués en ciertos arreglos de «cursine.»

—No tendría inconveniente en enseñaros esos libros—dijo,—pero están tan estropeados y en tal desorden, que me avergüenzo de mostrarlos á nadie.

—Dispensad, señor marqués—dijo el cura,—mas no ignoráis que permitisteis al doctor Dibdin, el gran bibliógrafo inglés, examinar esas preciosas reliquias, y ya recordaréis cuánto las ponderó.

—¿Y podía obrar de otra manera, amigo mío?—respondió el marqués.—El buen doctor había oído hacer tales elogios de estos restos de lo que un día fué biblioteca, que se había establecido en la «auberge» vecina, resuelto á lograr su intento ó á morir al pie de estas murallas. Hasta me dijeron que había medido trigonométricamente la altura de la torrecilla, á fin de proporcionarse escalas para penetrar en ella por asalto. ¿Hubierais visto con buenos ojos que redujera un eclesiástico respetable, aunque de diferente comunión religiosa, á tal extremo de desesperación? Hubiera sido para mí un cargo de conciencia.

—Mas sabéis también, señor marqués—repuso el cura,—que el doctor Dibdin se enojó de tal manera al ver los estragos causados en vuestra biblioteca, que no se recató de decir que hubiera querido estar armado de los poderes que confiere la Iglesia católica, para poder lanzar su anatema contra los culpables de tal atentado.

—Supongo que su resentimiento fué tan grande como su desengaño—dijo nuestro huésped.

—No tal—exclamó el cura,—porque le entusiasmó tanto lo que todavía os queda, que no me cabe duda que, á no ser por vuestras expresas instancias, el castillo de Hautlieu ocuparía al menos veinte páginas en esa obra magnífica de que nos envió un ejemplar y que quedará como perpetuo monumento de su celo y erudición.

—El doctor Dibdin es sumamente amable—dijo el marqués,—y cuando hayamos tomado nuestro café—helo aquí ya,—iremos á la torrecilla. Como el señor no ha desdeñado mi humilde comida, confío igualmente que disimulará

el lastimoso desorden de mi biblioteca y á mi vez me tendré por muy dichoso si logro con ello proporcionarle alguna distracción. Por lo demás—prosiguió,—si no fuera así, ya sabéis, padre mío, que tenéis jurisdicción completa sobre esos libros, pues que, sin vuestra intervención, jamás hubieran vuelto á poder de su dueño.

Aunque este nuevo acto de galantería le había sido evidentemente arrancado, no de muy buena gana, por la insistencia del cura, y aunque se veía que el marqués pugnaba siempre entre el deseo de mostrarse obsequioso y el afán de ocultar á los extraños la desnudez de sus tierras y la extensión de sus pérdidas, no me sentí con fuerzas para rehusar un ofrecimiento que las reglas extrictas de la buena educación tal vez me prohibieran aceptar. Mas ¿quién resiste á la tentación de ver los restos de una colección asaz curiosa para haber inspirado á nuestro bibliófilo e proyelcto de penetrar en ella por asalto? Mi abnegación no llega hasta ese punto.

La Jeunesse nos sirvió un café delicioso y como sólo se bebe en el continente, en una bandeja tapada con una servilleta, á fin de que pudiera «être censé» por plata, y el «chasse-caffé» de la Martinica en una licorera que era ciertamente de este metal. Terminada con esto nuestra comida, condújome el marqués por un «escalier dérobé» á un salón salón espaciosísimo y bien proporcionado, de unos cien pies de largo á poca diferencia, pero tan desmantelado y destartalado que no levanté un instante los ojos del suelo, por miedo de que mi amable huésped no se creyera obligado á dar mil excusas y explicaciones, ya por los cuadros destrozados, ya por los tapices hechos jirones, ó, lo que es peor todavía, por las ventanas que aquí y allá habían cedido á la violencia del viento.

—Hemos procurado hacer la torrecilla algo más habitable —dijo el marqués, mientras atravesaba presuroso esta desolada estancia.—En otro tiempo—añadió,—hubo aquí la galería de pinturas y en el gabinetito cercano, que utilizamos ahora para biblioteca, se conservaban algunas curio-

sas miniaturas, cuyo pequeño tamaño requería que se vieran de cerca.

Y así diciendo, levantó uno de los paños del tapiz de que antes he hablado y entramos en el aposento que acababa de mencionar.

Era de forma octogonal, correspondiendo al aspecto exterior de la torrecilla, cuyo interior ocupaba. En cuatro de sus caras tenía ventanas que ofrecían, cada una por su lado, un punto de vista preciosísimo sobre el Loira y toda la comarca bañada por este río majestuoso. Las ventanas estaban adornadas de vidrios de colores, á través de los cuales los brillantes rayos del sol poniente hacían resaltar un conjunto de emblemas religiosos y escudos de armas señoriales, que no podían casi mirarse sin quedar deslumbrado. Las otras dos ventanas, á las cuales ya no llegaban los fulgores del sol, podían examinarse de cerca y entonces se veía claramente que las vidrieras que las tapaban no habían sido destinadas primitivamente á aquel sitio. Después supe que habían pertenecido á la capilla del castillo, antes de ser profanada y saqueada, y que el marqués se había divertido, durante muchos meses, en llevar á cabo este «rifacciamento,» ayudado del cura y del omni-sciente La Jeunesse. Y hay que decir que aunque en muchas partes los fragmentos que habían juntado eran pequeñísimos, si no se les examinaba muy de cerca y con ojos de anticuario, producían en conjunto un efecto muy agradable.

Los otros lienzos de pared que no tenían ventanas, estaban enteramente ocupados, excepto en el espacio destinado á la puerta de escape, por armarios y estanterías, en su mayor parte de nogal tallado, que con el tiempo habían tomado un obscuro color de castaña, y en parte de madera blanca ordinaria, de moderna construcción, con que se habían llenado los claros abiertos por la devastación y el saqueo. En esos estantes yacían amontonados los restos, ó por mejor decir, las reliquias salvadas del naufragio de una biblioteca, por todo extremo preciosa.

El padre del marqués era persona muy instruída y su abuelo se había hecho famoso hasta en la corte de Luis XIV,

donde puede decirse que la literatura estaba en moda, por la extensión de sus conocimientos. Ambos propietarios, cuya opulencia les permitía no reparar en gastos cuando se trataba de satisfacer sus aficiones, habían hecho tales adiciones á una antigua y curiosa biblioteca gótica que les legaran sus antepasados, que pocas colecciones existían en Francia comparables á la de Hautlieu. Dispersada á los cuatro vientos á consecuencia de una tentativa que en mal hora hizo el marqués en 1790, para defender el castillo contra las turbas, afortunadamente, el cura, que por su caridad y moderación no menos que por sus virtudes evangélicas, gozaba de gran prestigio entre los aldeanos de la comarca, había alcanzado de muchos de ellos que rescataran á vil precio, unas veces por unos pocos sueldos y otras hasta por un simple vaso de aguardiente, volúmenes que se habían pagado á peso de oro y que los bribones que habían saqueado el castillo, arrebataban sólo por el gusto de hacer daño. El mismo había comprado en esa ocasión cuátnos libros le permitió su modestísima fortuna, y á su celo se debió que volvieran á la torrecilla donde yo los hallé. ¿Qué mucho, pues, que el buen párroco sintiera cierto orgullo y satisfacción en mostrar á los extranjeros la colección que él había salvado?

A pesar de los tomos desapareados é incompletos y de todas las demás mortificaciones porque pasa un aficionado cuando registra una biblioteca abandonada, había en la de Hautlieu muchos ejemplares, capaces, como dice Bayes, de «dejar sorprendido y extático» al bibliófilo. Allí se veían, según la sentida expresión de Ferrier, esos tomitos de canto dorado

«que el implacable tiempo ha ennegrecido,»

y que tan raros son; curiosos misales preciosamente miniaturados; manuscritos de 1380, 1320 y hasta de más remota fecha; y obras de los siglos XV y XVI, impresas en caracteres góticos. Mas de éstas me propongo dar cuenta más

detallada en otra ocasión, si el señor marqués me faculta para ello.

Entretanto, baste decir que, encantado de la visita que hice aquel día á Hautlieu, la repetí con frecuencia, teniendo siempre á mi disposición la llave de la torrecilla octógona. En las horas que allí pasé fuí encariñándome extraordinariamente con una parte de la historia de Francia, que nunca había estudiado á fondo, á pesar de lo muy relacionada que está con la de toda Europa y de que un antiguo historiador la ha descrito con estilo inimitable. Al propio tiempo, para complacer á mi excelente amigo, me ocupé de vez en cuando en algunos papeles de familia, que se habían salvado afortunadamente y que contenían curiosos detalles sobre el parentesco de la casa de Hautlieu con una familia escocesa, á cuya circunstancia debí en un principio la propicia acogida que me dispensó el señor marqués.



Reflexionando, «more meo,» sobre lo que precede hasta que me embarqué para volver al «roastbeef» y al fuego de hulla de la Gran Bretaña, cambio de domicilio que no tuvo lugar hasta que hube puesto en orden estas reminiscencias galas, al fin, el resultado de mis meditaciones tomó la forma, de que podrán juzgar al momento mis lectores, si es que no les ha asustado este larguísimo prólogo.

Si el público acoge favorablemente esta obra, no me pesará de haberme ausentado de mi país por una corta temporada.

CAPITULO I

El contraste

> Mirad estos retratos; viva imagen,
> fiel representación de dos hermanos.
> «Hamlet».

El fin del siglo XV señala el punto de partida de una serie de acontecimientos que acabaron por encumbrar la Francia á un grado de poderío tan formidable, que desde entonces no ha cesado un punto de ser blanco predilecto de la envidia de las demás naciones europeas. Antes de esa época, al luchar contra los ingleses, enseñoreados de sus mejores provincias, tenía empeñada en la lucha su propia existencia, y todas las proezas de su rey y todo el denuedo de sus hijos apenas si bastaron á preservar el resto de la nación del yugo extranjero. Y no era este el único peligro que la amenazaba. Los príncipes que poseían los grandes feudos de la corona y, en especial, los duques de Borgoña y de Bretaña, habían llegado á adelgazar de tal manera los vínculos feudales que, al más frívolo pretexto, no tenían empacho en levantar pendón contra el rey de Francia, su soberano y señor. En tiempo de paz reinaban en sus dominios con independencia absoluta, y la casa de Borgoña, señora de la tierra de este nombre y de la más bella y rica porción de Flandes, era tan poderosa y opulenta de suyo, que no cedía en fuerza ni esplendor á la misma casa real.

A imitación de los grandes feudatarios, arrogábanse los vasallos inferiores de la corona toda la independencia que les consentía su lejanía del poder central, la extensión de

su feudo ó la fortaleza de su castillo, y, seguros de que la ley no había de alcanzarles, todos esos tiranuelos se entregaban impunemente á los más horribles excesos y antojos de opresión y crueldad. Solamente en Auvernia se contaban más de trescientos de estos nobles independientes, para quienes el incesto, el asesinato y el robo eran crímenes habituales y familiares.

A estos males vino á agregarse otro, nacido de las prolongadas guerras entre Inglaterra y Francia, que aumentó en no pequeña parte las desdichas de esta nación perturbada. De la escoria de los demás países habíanse formado en diversas partes de Francia numerosas gavillas de soldados que elegían sus capitanes de entre los aventureros más afortunados y valientes. Estos mercenarios vendían su espada por un tiempo determinado al mejor postor, y cuando no hallaban ocupación, guerreaban por su propia cuenta, rindiendo castillos y fortalezas para convertirlos en casas de refugio, haciendo prisioneros, exigiendo rescates, imponiendo tributos á las aldeas no fortificadas, saqueando sus alrededores y justificando, en una palabra, á fuerza de rapiñas, los epitetos de «Tondeurs» y «Ecorcheurs,» ó sea «Trasquiladores» y «Desolladores,» que se les daba generalmente.

En medio de los horrores y miserias que engendraba esa perturbación en la cosa pública, hacíase gala en la corte de grandes y príncipes de una prodigalidad desenfrenada, que imitaban sus subalternos derrochando con ruda, aunque magnífica ostantación, las riquezas arrancadas al pueblo. Cierta galantería romántica y caballeresca, que á menudo sin embargo degeneraba en licencia, caracterizaba las relaciones entre ambos sexos; el vocabulario de la andante caballería estaba todavía en boga y sus prácticas en vigor, aunque ya no suavizaba y compensaba sus extravagancias el sentimiento puro de amor ideal y de abnegación práctica que ella inspiraba. Las justas y torneos, los banquetes y fiestas que se daban en todas las cortes y cortecillas de Francia, atraían á este país una nube de errantes aventureros, que, al llegar á él, era raro que no

hallaran ocasión de emplear su temerario valor y emprendedor esfuerzo en hazañas, para las cuales su patria más dichosa no les dejaba campo libre.

En este tiempo, como para salvar á este hermoso reino de las desventuras sin cuento que le amenazaban, subió á su trono vacilante Luis XI, cuyo carácter, odioso en sí, supo afrontar, combatir y neutralizar en gran parte las calamidades de la época; no de otra suerte que, según los antiguos libros de medicina, los venenos de cualidades opuestas tienen la propiedad de contrarrestarse mutuamente.

Asaz animoso para toda empresa útil ó política, Luis no tenía chispa de ese valor romántico ó de esa arrogancia al mismo aneja, que nos impulsa á combatir por el puntillo de honor cuando ya hemos logrado hace tiempo el fin de utilidad que nos habíamos propuesto. Calmoso, artero y profundamente atento á su interés personal, todo lo sacrificaba, hasta su orgullo y sus pasiones, para no comprometerlo. Cuidaba sobremanera de ocultar á cuantos le rodeaban sus verdaderos sentimientos y propósitos y á menudo se le oyó decir que «no sabía reinar el rey que no supiera disimular y que, en cuanto á él, si llegara á sospechar que su gorro sabía sus secretos, lo arrojaría al fuego.» No hubo en su tiempo ni ha habido en otro alguno quien supiera mejor que él sacar partido de las fragilidades ajenas ni evitar que los demás le llevaran la más pequeña ventaja, cediendo él á las suyas fuera de sazón.

Era vengativo y cruel por naturaleza, hasta el punto de complacerse en las frecuentes ejecuciones que ordenaba. Mas, así como ningún asomo de misericordia le indujo nunca á perdonar cuando podía condenar sin temor, jamás el afán de venganza le incitó tampoco á emplear la violencia prematuramente. Rara vez se arrojaba sobre su presa que no la tuviera perfectamente al alcance de sus garras y sin miedo alguno de escapar, y disimulaba sus movimientos con tal arte, que su triunfo era por lo común la primera noticia que llegaba al mundo del objeto á cuya obtención había dirigido sus maniobras.

Asimismo la avaricia de Luis cedía el lugar á una apa-

rente liberalidad, cuando le era preciso sobornar al favorito ó ministro de algún príncipe rival, con la mira de conjurar algún ataque inminente ó de deshacer alguna alianza tramada contra él. Amaba la licencia y los placeres, mas ni el amor ni la caza, aunque ambas eran sus pasiones dominantes, le privaron en ninguna ocasión de atender con la mayor puntualidad á los asuntos públicos ó á los negocios de estado. Conocía profundamente el corazón humano, habiéndose amaestrado en su estudio, interviniendo muy á menudo personalmente en todos los grados de la vida privada; y aunque orgulloso y altanero por temperamento, sentía tal despreocupación por las arbitrarias divisiones sociales que, con maravilla y extrañeza de sus contemporáneos, no vacilaba en confiar los empleos más importantes á hombres de la más humilde condición, escogiéndolos con tal acierto que rara vez se engañó tocante á sus aptitudes.

Sin embargo, el carácter de este hábil y astuto monarca ofrece ciertas contradicciones, pues rara vez en la naturaleza humana hay uniformidad. Siendo él el más falso y solapado de los hombres, algunos de los mayores errores de su vida provinieron de haber tenido una confianza ciega en el honor é integridad de los demás. Las faltas que cometió Luis por tal motivo se explican al parecer por un refinamiento excesivo de su política que le inducía á simular una confianza ilimitada en aquellos á quienes se proponía engañar; pues, por lo demás, en su conducta general, se mostraba tan receloso y suspicaz como el mayor tirano que haya existido en el mundo.

Otros dos rasgos merecen apuntarse todavía para completar el bosquejo del carácter de este monarca formidable, que, entre los rudos y caballerescos príncipes de su tiempo, hace el mismo papel que un domador entre las fieras, quien, á fuerza de tacto y habilidad y repartiéndoles oportunamente, ya comida, ya palos, consigue finalmente dominar á aquellos mismos animales que, en caso contrario, le harían trizas bajo sus garras.

El primero de esos rasgos característicos de Luis XI era

una superstición extremada, azote con que aflige el cielo frecuentemente á aquellos que se hacen sordos á la voz de la religión. Jamás intentó Luis aplacar los remordimientos producidos por sus maldades, abandonando sus amaños maquiavélicos; pero en cambio se esforzó, aunque inútilmente, en adormecer y sosegar su atormentada conciencia por medio de prácticas supersticiosas, rigurosas penitencias y profusos donativos á los clérigos. La segunda cualidad de su carácter, con la cual muchas veces se presenta extrañamente enlazada la primera, era su afición á la crápula y al libertinaje. El más discreto, ó por lo menos el más astuto de los soberanos de su época, sentía una verdadera pasión por la vida licenciosa, y á pesar de su claro talento, gustaba de las chanzonetas y equívocos de baja ley, más de lo que hubiera podido creerse á juzgar por otros rasgos de su carácter. Llegó á mezclarse en obscuras intrigas y cómicas aventuras con una facilidad que se compadecía poco con su natural habitualmente suspicaz y receloso, y tenía tan desapoderada afición á esa especie de galantería vulgar, que mandó recopilar cierto número de anécdotas festivas y de color muy subido, formando con ellas una colección bien conocida de los bibliófilos, á cuyos ojos, únicos que pueden mirarla, la edición «auténtica» es de inestimable valor.

Por medio del carácter enérgico y prudente, aunque muy poco simpático, de este príncipe, plugo al cielo, que obra así en la tempestad deshecha como en la menuda lluvia, devolver á la gran nación francesa los beneficios del gobierno civil que, al tiempo de su elevación al trono, había perdido casi del todo.

Antes de suceder á su padre, había dado Luis muestra de sus vicios más bien que de su talento. Su primera mujer, Margarita de Escocia, sucumbió «al diente emponzoñado de la calumnia,» en la corte de su marido, que fué el primero en fomentar la murmuración, sin lo cual es bien seguro que nadie osara proferir una sola palabra injuriosa contra esa amabilísima princesa. Había sido hijo ingrato y rebelde, ya conspirando para apoderarse de la persona

de su padre, ya alzándose abiertamente en armas contra él. Por la primera de estas faltas fué desterrado al Delfinado, que era su patrimonio, y que gobernó con gran acierto; por la segunda, se le impuso el destierro más absoluto y vióse obligado á recurrir á la merced y casi á la caridad del duque de Borgoña y de su hijo, en cuya corte recibió una hospitalidad, bastante mal correspondida, hasta la muerte de su padre, que tuvo lugar en 1461.

En los mismos albores de su reinado se vió Luis casi aplastado por una liga que formaron contra él los grandes vasallos de su corona, acaudillados por el duque de Borgoña, ó por mejor dicho, por su hijo el conde de Charalois. Levantaron un ejército poderoso, bloquearon á París, y al mismo pie de sus murallas dieron una batalla de dudoso éxito, que puso la monarquía francesa al borde de su ruína. Sucede en tales casos que el más sagaz de los dos generales que se disputan el campo de batalla, es quien recoge el verdadero fruto, aunque no el honor militar, de la jornada.

Luis, que en la batalla de Montl'hery había dado grandes pruebas de valor personal, supo con su prudencia sacar tanto partido de su dudoso éxito, cual si hubiera sido para él una victoria completa. Contemporizó hasta que la coalición de sus enemigos quedó rota, y dióse tal maña en sembrar recelos entre aquellos poderosos magnates, que su alianza «del Bien Público» como la llamaban, aunque en realidad tenía por objeto derribar la monarquía francesa y no dejarla subsistir más que de nombre, disolvióse por sí misma y jamás volvió á retoñar con tan terrible empuje. Desde entonces, Luis, sin temor á las agresiones de Inglaterra, desgarrada por las guerras civiles de York y de Lancanter, consagróse durante muchos años, á guisa de médico experto, aunque insensible, á curar las heridas del cuerpo político, ó por mejor decir, á contener, ya con remedios suaves, ya con el hierro y el fuego, el progreso de la gangrena mortal que le corroía. Ya que extirparlos del todo era empresa imposible, procuró al menos disminuir

el «brigandage» de las Compañías Francas y la tiranía hasta entonces impune de la nobleza; y poco á poco, á fuerza de atención y perseverancia, logró ir extendiendo la autoridad real, limitando al propio tiempo la de los que la desconocían.

No por eso, sin embargo, vivía el rey de Francia exento de inquietudes y peligros. Aunque desunidos, los miembros de la liga «del Bien Público» seguían existiendo, y á semejanza de la serpiente, sus trozos podían volver á juntarse otro día y ser nuevamente peligrosos. Sobre todo, dábale que temer el creciente poderío del duque de Borgoña, á la sazón uno de los príncipes más poderosos de Europa y cuya categoría amenguaba apenas la dependencia nominal en que se encontraba aquel ducado para con la corona de Francia.

Carlos, apellidado el «Atrevido,» ó por mejor decir el «Temerario,» por ir su valor acompañado de una impetuosidad frenética, era quien ceñía entonces la corona ducal de Borgoña, ardiendo en deseos de convertirla en corona real é independiente. El carácter de este príncipe era bajo todos conceptos la antítesis completa del de Luis XI.

Este era calmoso, reflexivo y astuto; jamás se empeñaba en empresas desesperadas, pero tampoco abandonaba ninguna que tuviera alguna probabilidad de éxito, por lejana que fuera. El genio del duque era enteramente opuesto: lanzábase al peligro porque lo amaba y á las dificultades porque las despreciaba. Así como Luis nunca sacrificaba su interés á sus pasiones, ni siquiera sus caprichos, á consideración alguna. A pesar del próximo parentesco que les unía y del apoyo que el duque y su padre habían prestado á Luis en su destierro, cuando era delfín, sólo tenían el uno por el otro odio y desprecio. El duque de Borgoña desdeñaba la política cautelosa del rey y achacaba á cobardía el que se valiera de pactos, indemnizaciones y otros medios indirectos para alcanzar ventajas, que, á encontrarse él en su lugar, arrebatara con la punta de la espada. Le odiaba además, no sólo por la ingratitud con que había pagado sus antiguas bondades y las injurias personales

que de él recibiera, cuando, en vida de su padre, los embajadores de Luis le acusaron falsamente, sino también y muy especialmente por el secreto apoyo que daba á los descontentos de Gante, Lieja y otras grandes ciudades de Flandes. Estas ciudades turbulentas, celosas de sus privilegios y orgullosas de sus riquezas, alzábanse con frecuencia en rebelión contra sus señores feudales los duques de Borgoña, y nunca dejaron de hallar favor por bajo mano en la corte de Francia, pues Luis aprovechaba todas las ocasiones posibles para fomentar los disturbios en los dominios de un vasallo que había llegado á ser excesivamente poderoso.

Correspondía Luis á este odio y á este desprecio con no menos energía, si bien con mayor disimulación. Príncipe de tan profunda sagacidad no podía menos de despreciar aquella testaruda obstinación que jamás abandonaba su intento por fatales que pudieran ser las consecuencias de su perseverancia, así como aquella impetuosidad temeraria con que se lanzaba á su propósito sin detenerse un instante á considerar qué obstáculos pudieran oponérsele. No obstante, el rey odiaba á Carlos todavía más de lo que le despreciaba, y tanto uno como otro sentimiento adquirían mayor intensidad por mezclarse con ellos el miedo, pues no ignoraba Luis que la embestida del toro furioso, con el que comparaba al duque de Borgoña, es siempre formidable, por más que la fiera la dé con los ojos cerrados. Y no le causaba sólo este temor la riqueza de las provincias de Borgoña, la disciplina de sus belicosos habitantes y la masa de su densa población, sino también las cualidades personales de su jefe, que eran un peligro continuo, pues valiente hasta la temeridad, pródigo en sus gastos, espléndido en su corte, en su persona y en su tren y desplegando en todo la suntuosidad tradicional de la casa de Borgoña, Carlos el Temerario atraía á su servicio á todos los genios turbulentos de su época que congeniaban con su propio temperamento y Luis no dejaba de ver muy claro todo lo que podían emprender y realizar tal conjunto

de determinados aventureros, acaudillados por un príncipe de carácter tan ingobernable como el de todos ellos.

Otra circunstancia aumentaba todavía la animosidad de Luis contra su prepotente vasallo: debíale favores, á que nunca fué su ánimo corresponder, y veíase obligado frecuentemente á contemporizar con él y hasta á sufrir las explosiones de su petulante insolencia, injuriosas á la dignidad real, sin poder tratarle de otro modo que como á su «buen primo de Borgoña.»

Allá por el año 1468, á pesar de existir entre ambos príncipes una tregua dudosa é insegura, lo que ocurría á menudo, su enemiga estaba en su apogeo: entonces es cuando empieza la presente historia. Pensará alguien tal vez que el primer personaje que aparece en escena ni por su rango ni por su condición exigían una disertación previa sobre la situación relativa de esos dos príncipes; mas las pasiones de los grandes, sus discordias y amistades influyen en la fortuna de cuantos les rodean, y á medida que el lector vaya enterándose de los sucesos, verá que este capítulo preliminar era de todo punto indispensable para la inteligencia de las aventuras que vamos á relatar.

CAPITULO II

El peregrino

Ostra es el mundo que mi cuchillo abre.
«Antigua canción».

En una deliciosa mañana de estío, á esa hora en que el sol no ha alcanzado todavía toda su fuerza y en que el rocío refresca y embalsama el ambiente, un mancebo, procedente del Nordeste, se aproximó al vado de un riachuelo ó por mejor decir ancho torrente, tributario del Cher, cerca del real castillo de Plessis-les-Tours, cuyas sombrías y multiplicadas almenas sobresalían en lontananza por encima de la espesa selva que le rodeaba. Esos bosques comprendían un «soto noble» ó parque real, cercado por un vallado, llamado en el latín de la Edad Media «Plexitium,» de cuyo nombre han recibido el de Plessis tantos pueblos de Francia. El castillo y la aldea á que nos referimos llamábanse Plessis-les-Tours, para distinguirse de otros del mismo nombre y se levantaban á unas dos millas al sud de la hermosa capital de la antigua Turena, cuya rica llanura ha recibido el nombre de Jardín de Francia.

En la orilla opuesta á la que iba aproximándose el viajero, dos hombres engolfados al parecer en profunda conversación, de vez en cuando parecían observar sus movimientos, pues como el terreno era allí mucho más elevado le habían podido divisar desde bastante lejos.

El joven viajero aparentaba unos diecinueve ó veinte años, y aunque su fisonomía y su apostura predisponían en su favor, veíase á la legua que el país en que se encontraba no era el suyo. Su capita gris y sus calzones tenían más

aspecto flamenco que francés, al paso que su airosa gorra azul, adornada sencillamente con un ramito de acebo y una pluma de águila, descubrían inmediatamente su origen escocés. Su vestido era muy limpio y estaba arreglado con esmero, como de quien sabe que no tiene mala figura. Llevaba á la espalda un saquito, que probablemente contendría los útiles más precisos; en la mano izquierda un guantelete de halconero, aunque no se le veía halcón alguno, y en la derecha un grueso venablo. Colgaba de su hombro izquierdo una banda bordada que sostenía una bolsita de terciopelo carmesí, como las que usaban entonces los cazadores de distinción para poner la comida de los halcones y las demás menudencias propias de un ejercicio tan en boga. Esa banda iba cruzada por una correa de la que colgaba un cuchillo de monte ó «couteáu de chasse.» En vez de las botas de la época calzaba borceguíes de piel de gamo á medio curtir.

Aunque no había alcanzado todavía todo su desarrollo, era alto y de buena presencia, y la ligereza de su paso demostraba que el viajar á pie era pera él más bien un placer que un cansancio. Tenía el cutis blanco aunque algo curtido, sea por el sol de ese país extranjero, sea tal vez por la exposición constante al aire libre en su tierra natal.

Sus facciones, sin ser enteramente regulares, eran simpáticas y respiraban candor y franqueza. Una media sonrisa, propia del que se siente en el vigor de la edad y libre de cuidados, dejaba ver de vez en cuando sus dientes preciosos y blancos como el marfil: al paso que sus ojos animados y llenos de alegría, miraban cada uno de los objetos en que se fijaban con expresión de buen humor, de bondad expansiva y de pronta resolución.

Recibía y devolvía el saludo de los pocos viajeros que hallaba por el camino en aquellos tiempos peligrosos, del modo que á cada cual correspondía. El paseante de espada al cinto, entre soldado y bandido, medía al mancebo con la vista como si comparara la probabilidad del botín con los azares de una resistencia desesperada, pero leía tales señales de esto último en la intrépida mirada del ca-

minante, que trocaba su infame propósito por un desabrido «buenos días, camarada,» al que el joven escocés condo«testaba en tono igualmente marcial, aunque menos huraño. El errante peregrino ó el fraile mendicante, respondían á su reverente salutación con un paternal «benedícite;» y la rapaz lugareña de ojos negros volvíase á mirarle más de una vez después de haberse cruzado y cambiado un



saludo jovial. En resumen, había en su persona algo que atraía y cautivaba poderosamente la atención, debido tal vez á reunirse en él la franqueza animosa y el buen humor con la mirada expresiva y la belleza de facciones y de figura. Todo su aspecto parecía indicar también á uno que entra en la vida sin ningún cuidado por los peligros que la asedian y sin más medios para triunfar de sus rigores que la vivacidad de su espíritu y la resolución de su pecho, prendas todas con que la juventud simpatiza de buen grado, y que le atraen á su vez de la edad madura y de la experiencia un interés afectuoso y compasivo.

El joven cuyo retrato acabamos de hacer había sido visto hacía rato por las dos personas que se paseaban á la orilla opuesta del riachuelo donde estaban situados el parque y el castillo; pero, al verle bajar la escarpada ribera con la ligereza del corzo que corre á la fuente á apagar su sed, el más joven de los dos dijo al otro:

—¡Ved: es nuestro hombre; es el Gitano! Si intenta pasar el vado, está perdido; el río trae mucha agua y no es vadeable por aquí.

—Dejadle que haga este descubrimiento por sí mismo, compadre—dijo el otro personaje de más edad:—quizás con ello se ahorre una soga y se desmienta un refrán.

—Le reconozco por la gorra azul—dijo el otro,—pero no le veo la cara. ¡Escuchad! Ahora vocea para preguntarnos si el agua tiene mucha profundidad.

—Que lo pruebe—repuso el otro;—nada hay tan bueno en el mundo como la experiencia.

El mancebo, en tanto, viendo que no obtenía respuesta y tomando el silencio de los dos desconocidos por un estímulo para seguir adelante, entró en la corriente sin vacilación y sin más retardo que el necesario para quitarse los borceguíes. El más anciano al instante mismo le gritó que anduviera con tiento, y dirigiéndose á su compañero, díjole en voz baja:

—«¡Mortdieu!» compadre, otra vez os habéis equivocado; no es este el charlatán del gitano.

Mas el aviso llegó tarde; el mancebo ó no lo oyó ó no pudo aprovecharse de él por hallarse ya en plena corriente. Para otro menos ágil y diestro en nadar, la muerte hubiera sido inevitable, pues el torrente era en aquel lugar tan profundo como rápido.

—¡Por Santa Ana! ¡Pues si es un mancebo de todas prendas!—continuó diciendo el viejo.—Andad, compadre, y enmendad el yerro ayudándole cuanto podáis. Es de los vuestros. Si no mienten los antiguos refranes, no se ahogará en poca agua.

En verdad, el joven viajero nadaba con tal fuerza y azotaba las oleadas con tal destreza, que á pesar de la impe-

tuosidad de la corriente, ésta no le desvió gran trecho del otro extremo del vado.

A la sazón el más joven de los dos desconocidos se apresuraba á bajar á la orilla para prestarle auxilio, mientras que el otro le seguía á paso lento, diciendo para sí mientras iba acercándose:

—Ya sabía yo que el agua no iba á ahogar á este joven. Por mi santiguada, ya ha tomado tierra y empuña el venablo. Si no me doy prisa, va á zurrar á mi compadre por la única acción caritativa que ha hecho, ó que ha pretendido hacer, en toda su vida.

Razón había para esperar tal desenlace, pues el buen escocés increpaba ya al joven samaritano, que corría á ayudarle, con estas irritadas palabras:

—¡Perro sin crianza! ¿por qué no me has respondido cuando te he preguntado si el río era vadeable por aquí? Que el diablo me lleve si no te enseño de hoy en adelante á guardar mejor el respeto debido á un extranjero.

Estas palabras fueron acompañadas de un significativo movimiento de palo llamado «molinete,» porque el que lo esgrime cogiéndolo por el medio, lo blande en todas direcciones como las aspas de un molino de viento. Su adversario, viéndose amenazado de tal suerte, echó mano á la espada, pues era de aquellos que en toda ocasión se sienten más dispuestos á obrar que á discutir; pero habiendo llegado ya en esto su compañero, éste, más juicioso le mandó reportarse, y encarándose luego con el mancebo le acusó á su vez de precipitación al arrojarse al agua á pesar de verla tan turbulenta, así como de irritarse injustamente moviendo querella á un hombre que corría presuroso á prestarle auxilio.

Al oir tales reproches de boca de un anciano de venerable aspecto, el joven depuso inmediatamente el arma y dijo que sentiría acusarles injustamente, mas que en realidad le parecía que le habían dejado exponer la vida por no avisarle á tiempo, lo cual no sería propio de hombres honrados ni de buenos cristianos, cuanto menos de menestrales respetables como parecían ser.

—Hijo mío—dijo el más viejo,—por el acento y el aspecto se te conoce que eres extranjero; y podías pensar que tu pronunciación no es tan inteligible para nosotros como quizás te parezca á ti por clara que la tengas.

—Bueno, padre—respondió el mancebo,—poco me importa el baño que he tomado y pronto estoy á perdonaros la parte de culpa que en ello hayáis tenido si me indicáis algún sitio donde pueda hacerme secar la ropa, pues este es el único vestido que tengo, y quisiera conservarlo en el mejor estado posible.

—¿Por quién nos tomas, hijo mío?—dijo el forastero de más edad en contestación á esta pregunta.

—Por honrados menestrales, sin duda alguna—dijo el mancebo;—ó mejor, callad: vos, señor, debéis ser traficante en dinero ó comerciante en granos y vuestro compañero parece carnicero ó ganadero.

—Has acertado maravillosamente nuestro oficio—dijo el viejo sonriendo.—Mi negocio consiste ciertamente en traficar en dinero tanto como puedo y el oficio de mi compadre tiene algo que ver con el de carnicero. En cuanto á ti, prontos estamos á servirte, mas antes quisiera saber quién eres y á dónde vas, pues en los tiempos que corremos, los caminos están llenos de viajeros á pie y á caballo, que lo que tienen más lejos de su corazón es la honradez y el temor de Dios.

El joven volvió á dirigir una mirada aguda y penetrante á su interlocutor y á su mudo compañero, como para cerciorarse de si ambos merecían la confianza que solicitaban; y el resultado de su observación fué el siguiente:

El más anciano y el de más viso de ambos desconocidos, así por el traje como por el porte, tenía apariencia de comerciante ó tendero de aquella época. Llevaba coleto, sombrero y capa todo del mismo color obscuro y del mismo paño, pero tan raído que el malicioso escocés dedujo que su dueño debía ser ó muy rico ó muy pobre, probablemente lo primero. Su traje era ceñido y corto, moda que no se reputaba entonces muy decorosa entre los nobles, ni aun siquiera entre los ciudadanos de distinción, quienes

por lo común usaban hopalandas holgadas que les bajaban hasta más de media pierna.

La expresión del rostro de este hombre era á la vez atractiva y antipática. Sus facciones acentuadas, sus mejillas hundidas y sus ojos huecos respiraban no obstante una malicia y buen humor que congeniaban con el carácter del joven aventurero. Pero al propio tiempo sus densas y negras cejas daban á esos mismos ojos hundidos una expresión que tenía en sí algo de imponente y siniestro á la vez. Quizás aumentaba el efecto que producían el sombrerito bajo de pieles, muy aplacado sobre la frente, que hacía más densa la sombra en la cual aquellos se movían; mas lo cierto es que el joven extranjero se vió en apuros para conciliar las miradas del anciano con la humildad que en todo lo demás traslucía su aspecto. Su sombrero especialmente, en el cual toda persona de posición solía lucir una hebilla de oro ú plata, iba adornado con una vil medalla de plomo representando la Virgen, igual á las que traían de Loreto los peregrinos de más humilde condición.

Su compañero era un hombre fornido de mediana estatura y unos diez años más joven. Miraba de reojo y se sonreía siniestramente, cuando por casualidad lo hacía, lo que acontecía tan sólo en contestación á ciertas señales secretas que se cruzaban entre él y el otro forastero. Iba el tal armado de espada y daga, y debajo de su sencilla túnica observó el escocés que ocultaba un «jazeran,» ó cota de malla flexible como las que usaban á menudo en aquella época peligrosa aquellos que aunque de profesión pacífica tenían frecuente necesidad de salir fuera ciudad, lo que confirmó al joven en sus conjeturas de que su dueño debía ser de oficio carnicero ó ganadero ó cualquier otro parecido, que exigiera correr mucho por el campo.

El joven escocés hízose cargo de una ojeada de las observaciones cuya explicación nos ha exigido á nosotros bastante tiempo, y al cabo de un momento respondió haciendo un ligero saludo:

—No sé á quién tengo el honor de dirigirme; pero poco me importa que se sepa que soy un segundón de Escocia

que vengo á buscar fortuna en Francia ó en cualquiera otra parte, según costumbre de mi país.

—«¡Pasques-dieu!» y es una costumbre muy buena—dijo el más viejo de los dos desconocidos.—Pareces un mocetón de buena traza y de la mejor edad para prosperar así con los hombres como con las mujeres. Vamos á ver: soy comerciante y necesito un joven que me auxilie en mi negocio; ¿te convendría este empleo? Pero ya lo veo: eres demasiado noble para ayudar en faena tan mecánica.

—Señor mío—dijo el mancebo,—si ese ofrecimiento es formal, de lo que tengo mis dudas, os debo dar gracias y os las doy en efecto; mas temo en efecto que no os sería de ninguna utilidad mi ayuda.

—¡Cómo!—dijo el viejo.—Apuesto á que entiendes más en tirar el arco que en extender una letra de cambio y á que sabes manejar el sable mejor que la pluma, ¿no es verdad?

—Soy montañés, señor—respondió el joven,—y por lo tanto, como decimos nosotros, arquero. Pero he estado en un convento y los buenos padres me han enseñado á leer y á escribir y hasta de cuentas.

—«¡Pasques-dieu!» ¡soberbio!—dijo el comerciante. — Por nuestra Señora de Embrun, mozo, que eres un prodigio.

—Reíos cuanto os dé la gana, señor mío; en cuanto á mí—dijo el joven, á quien la jovialidad de su desconocido interlocutor hacía muy poca gracia,—voy á secarme; no estoy para quedarme ahí parado chorreando agua y respondiendo á vuestras preguntas.

El comerciante por toda contestación rióse con más fuerza, y replicó:

—«¡Pasques-dieu!» el proverbio no falla: «fier comme un Ecossois;» mas ven acá, buena pieza; eres de una tierra que estimo en mucho por haber hecho algún negocio con escoceses en otro tiempo: son muy buena gente aunque pobres. Si quieres venir con nosotros al lugar, te ofrezco una buena copa de vino y un almuerzo caliente para resarcirte de la mojadura. Mas, «tête bleau,» ¿á dónde vas

con un guante de caza en la mano? ¿No sabes que no se permite cazar con halcón en un coto real?

—Sí, bastante que lo sé—respondió el mancebo.—Un pícaro guarda-bosque del duque de Borgoña me lo enseñó. Apenas acababa de lanzar el halcón que había traído de Escocia y con el cual contaba para hacerme ver un poco, contra una garza cerca de Perona, cuando el condenado me lo mató de un saetazo.

—¿Y qué hiciste tú?—dijo el comerciante.

—¿Qué hice?—respondió el joven blandiendo su bastón, —hartarle de palos cuanto puede resistir un cristiano, pues no tenía empeño en cobrarme en sangre.

—¿Sabes—dijo el menestral,—que si hubieras caído en manos del duque de Borgoña, te hubiera hecho colgar bonitamente de un árbol?

—Sí; me han dicho que tiene tanta afición á este juego como el mismo rey de Francia. Pero como esto ocurrió cerca de Perona, salté al otro lado de la frontera y me reí de él. Si no hubiera sido un príncipe tan arrebatado, quizás me hubiera alistado bajo sus órdenes.

—Mucha falta podrá hacerle un paladín como tú, si se rompe la tregua—dijo el comerciante lanzando una mirada á su compañero, á la que contestó éste con una de esas rastreras y bajas sonrisas, que iluminaban pasajeramente su rostro, como ilumina un meteoro errante un cielo de invierno.

El joven escocés se detuvo de pronto, y calándose el sombrero hasta la ceja derecha, como quien no está dispuesto á aguantar bromas, dijo con firmeza:

—Señores míos y especialmente vos, señor, que por ser más viejo deberíais ser también más juicioso, os prevengo que conmigo no vais á divertiros de balde ni impunemente. El tono de vuestra conversación me hace poquísima gracia. Sé aguantar una broma como el primero, recibir una reprensión de una persona de más edad que yo y hasta darle las gracias si conozco que es merecida; pero no me gusta que me traten como un chiquillo, cuando Dios sabe

que me siento bastante hombre para habérmelas con ambos, si lleváis demasiado lejos vuestras provocaciones.

El viejo al oir estas palabras pareció que iba á desternillarse de risa, al paso que su compañero hizo por segunda vez ademán de echar mano á la espada; observándolo empero el mozo, asestóle tal golpe al puño que se lo inhabilitó por completo, aumentándose con ello la jovialidad del otro.

—Alto ahí, alto ahí—exclamó sin embargo,—intrépido escocés, por vida de tu patria querida; y vos, compadre, basta de miradas amenazadoras. «¡Pasques-dieu!» tengamos la fiesta en paz y no nos ocupemos más de un golpe dado con tanta gracia y destreza. Y tú, amiguito, cuidado con ello—prosiguió dirigiéndose al joven con una firmeza y gravedad que á pesar suyo le impusieron respeto y temor;—basta de violencias. No te estaría bien emplearla contra mí, y en cuanto á mi compadre ya ves que tiene bastante con la muestra. Dime tu nombre.

—Siempre que se me haga una pregunta con atención, sé responder á ella atentamente—dijo el mancebo,—y mostraré el respeto debido á las canas que peináis mientras no me saquéis de quicio con vuestras pullas. Aquí en Francia y en Flandes, han dado en llamarme el Paje del Bolsón de Terciopelo, á causa de esta bolsa de halcón que llevo al lado, pero mi verdadero nombre en mi tierra, es Quintín Durward.

—¡Durward!—exclamó el interpelante,—¿es noble este apellido?

—Por línea recta de quince generaciones—dijo el joven,—y por esto me repugna tomar otra carrera que no sea la de las armas.

—¡Escocés de pura raza! Mucha sangre, mucho orgullo, pero de fijo pocos, poquísimos ducados. Ea, compadre—dijo volviéndose á su compañero,—adelantáos y encargad que nos preparen almuerzo allá en el Moreral, pues este mozo le hará tanto honor sin duda como un ratoncillo hambriento á un queso de despensa. Y en cuanto al gitano, escucha.

Su camarada, por toda respuesta á las palabras que el

otro le dijo al oído, sonrió en señal de inteligencia y echó á andar á buen paso. En tanto el viejo continuó dirigiendo la palabra al joven Durward en estos términos:

—Tú y yo seguiremos ahora poco á poco nuestro camino en buena compañía y podremos oir misa en la capilla de San Huberto, que encontraremos al paso por el bosque, pues no sería bien pensar en las necesidades corporales antes que en las espirituales.

Durward, como buen católico, nada tuvo que objetar á esta proposición, aunque probablemente hubiese deseado antes que todo irse á secar la ropa y tomar un refrigerio. En tanto, no tardaron en perder de vista á su malcarado compañero; mas siguiendo la misma senda que él, se encontraron pronto en mitad de un bosque de corpulentos árboles, entremezclados de matorrales y arbustos y cortado por largas avenidas, á través de las cuales, como á través de un panorama, veíanse pasar á manadas los gamos con una seguridad que daba clara muestra de que se consideraban en aquel parque protegidos de toda agresión.

—Há poco me preguntabais si era buen tirador—dijo el joven escocés.—Dadme un arco y un par de flechas y en un santiamén pongo en vuestras manos una pieza de caza.

—«¡Pasques-dieu!» amiguito—dijo su compañero,—cuidado con ello; mi compadre tiene ojos de lince para los gamos, están á su cuidado y es un guardián severo.

—Más cara tiene de carnicero que de festivo guarda-bosque,—respondió Durward.—Se me atraganta creer que aquella cara patibularia pertenezca á nadie que conozca las gentiles reglas de montería.

—Cierto, mi joven amigo—respondió su compañero,—que mi compadre á primera vista tiene cierto aire que predispone poco á favor suyo, mas los que una vez le han tratado dícese que en nada han tenido por qué quejarse de él.

Quintín Durward halló en estas últimas palabras algo singular y desagradablemente significativo, y mirando súbitamente á su interlocutor, creyó ver en su fisonomía, en la ligera sonrisa que plegó su labio superior y en el imper-

ceptible pestañeo de sus ojos negros y expresivos, algo que justificaba su desagradable sorpresa.

—He oído hablar de ladrones—díjose para sí,—de malhechores y bandidos; ¿quién sabe si ese tío que se ha ido es un asesino y este viejo pícaro el encargado de llevarle



la carne al degolladero? Voy á estar ojo avizor y fuera de algún buen puñetazo á la escocesa, no sé qué más van á sacar de mí.

Estando en estas reflexiones, llegaron á un claro del bosque en que los árboles estaban más separados. El terreno despojado de espinos y zarzales veíase alfombrado de menuda y blanda hierba, que protegida de los ardientes rayos del sol, crecía más verde y hermosa de lo que suele verse en Francia. Los árboles que había en este sitio reti-

rado, eran principalmente hayas y olmos gigantescos que se levantaban en alto como gruesas montañas de hojas. Entre estos magníficos hijos de la tierra, asomaba en el sitio más descubierto de la enramada una modesta capilla junto á la cual murmuraba un riachuelo. Su arquitectura era sencilla y hasta grosera, viéndose cerca de ella una pequeña cabaña para habitación del ermitaño ó sacerdote que moraba en aquella soledad consagrado al servicio del altar. En un pequeño nicho abierto sobre el arco de la puerta había una estatua de San Huberto, con el cuerno de caza al cuello y un par de galgos á sus pies. La situación de la capilla en mitad de un parque ó coto tan bien provisto de caza, había sugerido naturalmente la idea de dedicarla al Santo patrón de los cazadores.

Hacia este recogido santuario encaminó los pasos el viejo seguido del joven Durward; y al acercarse apareció el sacerdote revestido de los ornamentos sagrados en la entrada de su celda, dispuesto á celebrar sin duda en la capilla el santo sacrificio. Inclinóse Durward reverentemente ante el sacerdote, como lo exigía el respeto debido á su sagrado ministerio; mas su compañero, demostrando todavía más profunda devoción, hincó una rodilla en tierra para recibir la bendición del santo varón y le siguió luego á la capilla, á paso lento y con apariencia de la más sentida contrición y sincera humildad.

El interior de la capilla estaba adornado de modo que recordara las ocupaciones de su santo patrón cuando estaba en tierra. Las más ricas pieles de cuantos animales se cazan en el mundo servían de tapices y colgaduras en torno del altar y demás sitios de la capilla; las paredes estaban cubiertas de cornamentas, arcos, aljabas y otros embelmas venatorios, mezclados con cabezas de ciervo, de lobo y de otros animales de montería. Todos estos adornos revestían un carácter apropiado y selvático; y hasta la misa correspondiendo á él fué muy corta y de las que se llamaban «misas de caza,» por celebrarse ante los nobles y grandes señores, quienes la oían generalmente con impa-

ciencia, antes de entregarse á los placeres de su diversión favorita.

Con todo, durante esta breve ceremonia, el compañero de Durward estuvo al parecer con la más rígida y escrupulosa atención, al par que el joven escocés no de mucho tan entregado á los pensamientos religiosos, no pudo menos de reprocharse interiormente haber concebido sospechas de sujeto tan bueno y tan humilde. Lejos pues ya de tenerle por compañero y cómplice de ladrones, tentado estaba de tomarle por santo.

Acabada que fué la misa, salieron juntos de la capilla, y el más viejo dijo al mozo:

—Corto es el trecho que hay de aquí al pueblo; ahora podrás desayunarte con la conciencia tranquila: sígueme.

Torciendo á la derecha hizo seguir á su compañero una senda que subía suavemente, recomendándole al propio tiempo que por ningún estilo se desviara del camino trillado; antes por el contrario que procurara cuanto le fuera dable mantenerse en el centro de él. Durward no pudo menos de preguntarle la causa de tamaña precaución.

—Es que nos vamos acercando á la corte, joven—respondió el guía,—y «Pasques-dieu,» va alguna diferencia de pasear por esta comarca ó por tus montañas pobladas de brezos. No hay un solo palmo de este terreno, excepto la senda que ahora seguimos, que no se haya hecho peligroso y casi impracticable por medio de cepos y trampas, armadas de hoces, que siegan con tanta limpieza los miembros del descuidado caminante como la podadera de que se sirve el jardinero para desmochar las ramas nocivas. Puntas de hierro te atravesarán los pies y hay zanjas bastante hondas para enterrarte en ellas para siempre; pues nos encontramos ya dentro del recinto de la residencia real y no tardaremos en ver la fachada del castillo.

—Si fuera rey de Francia—dijo el joven,—no me ocuparía tanto de trampas y cepos, antes bien procuraría gobernar con tal acierto que no hubiera quien se atreviera á acercarse á mi habitación con intento dañoso, y en cuanto

á los que vinieran de paz y buena voluntad, cuantos más fueran más alegres todos.

Su compañero lanzó con aparente sobresalto una mirada á su alrededor, y dijo:

—Callad por Dios, callad, señor paje del Bolsón de Terciopelo, pues se me olvidó deciros que lo más peligroso de este recinto consiste en que cada hoja de estos árboles es una oreja que traslada cuanto oye al propio gabinete del rey.

—Poco me importa eso—respondió Quintín Durward,—mi lengua de escocés es bastante atrevida para decir cuanto piensa á la faz del rey—bendígale Dios,—y en cuanto á las orejas que decís, si las viera en cabeza humana, pronto daría razón de ellas mi cuchillo de monte.

———

ciencia,
favorita.
Con t
de Durw
pulosa at
tan entreg
nos de re
de sujeto
nerle por c
ba de tomar
Acabada q
y el más viejo
—Corto es
podrás desayun
Torciendo á la
senda que subía s
po que por ningún
antes por el contrari
mantenerse en el cent
preguntarle la causa de
—Es que nos vamos a
dió el guía,—y «Pasques-
sear por esta comarca ó
brezos. No hay un solo pal
senda que ahora seguimos, qu
so y casi impracticable por me
madas de hoces, que siegan con
bros del descuidado caminante co
se sirve el jardinero para desmoc
Puntas de hierro te atravesarán los
tante hondas para enterrarte en ellas
nos encontramos ya dentro del recinto
y no tardaremos en ver la fachada del
—Si fuera rey de Francia—dijo el joven
ría tanto de trampas y cepos, antes b
nar con tal acierto que no hubiera
acercarse á mi habitación con intent

ó no hace más que ir á caballo de una en otra ciudad fortificada, y gana ciudades y provincias enteras valiéndose de embajadas diplomáticas, no por medio de reñidas batallas. Pues yo pienso como los Douglas, que siempre estaban en el campo, porque preferían oir el canto de la alondra más bien que el grito de la lechuza.

—Joven—replicó maese Pedro,—no juzgues con demasiada ligereza los actos de los reyes. Luis procura economizar la sangre de sus súbditos sin cuidarse de la suya propia; y has de saber que dió pruebas de valor en Montlhery.

—Sí, pero eso fué hace doce años, si no más—contestó el escocés.—A mí me agradaría servir á un amo que mantuviese su honor tan brillante como su escudo, y que siempre fuera el primero en lanzarse en lo más recio de la pelea.

—Pues entonces, ¿por qué no te quedaste en Bruselas con el duque de Borgoña? Ese señor te hubiera puesto en camino para romperte los huesos todos los días; y á falta de ocasión, se hubiera ejercitado en tus costillas, particularmente si hubiese sabido que habías apaleado á uno de sus guarda-bosques.

—Es verdad; mi mala estrella me ha cerrado las puertas [illegible] casa—dijo Quintín.

[illegible]—replicó el anciano,—no faltan por ahí otros au[illegible]eros dispuestos á tomar á su servicio á los [illegible]dos. ¿Qué opinas, por ejemplo, de Gui-

[illegible]cés,—[illegible]ir yo al de la Bar-
[illegible]de bandid[illegible]ase-
[illegible] por [illegible] la
[illegible] per[illegible]
[illegible] arm[illegible]
[illegible]scud[illegible]

[illegible]si el

CAPITULO III

El castillo

Alzábase en medio potente castillo:
defiende la entrada un férreo rastrillo;
fortísimos muros, altivas almenas
y fosos profundos circúyenle; apenas
murmura á sus pies un pérfido río,
y al cielo un torreón se eleva sombrío.
«Anónimo».

En este punto de la conversación Durward y su nuevo conocido llegaron á un sitio desde el cual la fachada entera del castillo de Plessis-les-Tours se presentó ante sus ojos. Hasta en aquellos medrosos tiempos en que los grandes se veían obligados á residir en fortalezas bien defendidas, distinguíase esta por las extremadas y minuciosas precauciones que se habían tomado para su guarda y defensa.

Desde el lindero del bosque en que el joven Durward y su compañero se detuvieron para contemplar la residencia real, se extendía ó por mejor decir se elevaba, aunque en pendiente muy suave, una explanada descubierta, despojada de árboles y matorrales de toda especie, á excepción de una encina gigantesca medio carcomida por los años. Este espacio se había dejado abierto conforme á las reglas de fortificación de todas las épocas, con el fin de que el enemigo no pudiera acercarse á las murallas sino á pecho descubierto y sin poderse ocultar á la vista de la guarnición. Al otro extremo se levantaba el castillo.

Tres recintos exteriores le rodeaban, almenados todos y guarnecidos de torreones de trecho en trecho y en los án-

gulos. La segunda muralla levantábase á mayor altura que la primera y estaba construída de suerte que dominara las defensas exteriores para el caso de que las ganara el enemigo, estando á su vez dominada por la tercera línea de un modo parecido. Ceñía la muralla exterior, según se dijo el francés á su compañero (pues estando más bajos que el arranque del muro no podían verlo,) un foso de unos veinte pies de profundidad, al cual llegaba el agua por una presa hecha en el Cher, ó mejor en uno de sus afluentes. Rodeaba el segundo recinto otro foso y entre el segundo y el tercero se extendía otro de las mismas extraordinarias dimensiones. Los bordes de este triple canal estaban fuertemente defendidos tanto por dentro como por fuera con empalizadas de hierro que hacían el mismo oficio que los llamados hoy en términos de fortificación «caballos de Frisia,» pues cada barra tenía el extremo dispuesto en forma de pelota de agudas puntas, de modo que era imposible intentar un asalto sin exponerse á una muerte segura.

En la parte interior del último recinto levantábase el castillo compuesto de edificios de diferentes épocas amontonados en torno del más antiguo, que era un torreón de lúgubre aspecto, erguido y negro, como un gigante etíope; en sus paredes no se abrían más que algunas saeteras á trechos desiguales, y esta carencia de aberturas producía en el ánimo el mismo efecto desagradable que causa ver un ciego. Los demás edificios no parecían mucho mejor acomodados á las necesidades y regalo de sus habitantes, pues las ventanas daban á un patio interior, así es que toda la fachada exterior más aspecto tenía de prisión que de palacio. El soberano reinante había aumentado todavía esta semejanza procurando que las adiciones hechas por orden suya á la antigua fortificación no se distinguieran fácilmente de la construcción primitiva; pues, como la mayor parte de los desconfiados, quería ocultar sus recelos á los ojos de los demás. Para ello se emplearon ladrillos y piedras de color obscuro y se mezcló hollín con la cal, de modo que todo el castillo tomara un tinte uniforme de vetusta y tosca antigüedad.

Esta formidable fortaleza no tenía más que una entrada, al menos Durward no vió más que una á lo largo de la espaciosa fachada; abríase en el centro del primer recinto exterior y estaba flanqueada como de costumbre por dos fuertes torres que le servían de defensa con su rastrillo y puente levadizo, bajado aquél y levantado éste; torres parecidas se veían en la segunda y tercera muralla aunque no en la misma línea que las del recinto exterior, pues que el pasaje no cortaba en ángulo recto los tres muros sino que después de entrar tenía que darse un largo rodeo entre la primera y la segunda muralla, quedando expuesto si se iba en son de guerra, á los proyectiles de ambas; debiendo de nuevo, pasado el segundo recinto, desviarse para llegar al portal del tercero y último, de modo que para llegar al patio en cuyo centro se levantaba el palacio, tenían que atravesarse dos largos y peligrosos desfiladeros, enfilados de flanco por la artillería, y forzarse una tras otra tres puertas defendidas del modo más formidable que se conocía en aquellos tiempos.

Viniendo de un país desolado á un tiempo por la guerra extranjera y las discordias intestinas y cuya superficie desigual y montuosa abundante en precipicios y torrentes, ofrece tantos puntos fortificados, el joven Durward conocía bastante los varios medios empleados por el hombre en aquella época semi-bárbara para proteger su morada; no obstante, confesó francamente á su compañero que no hubiera creído nunca que el arte hubiera podido hacer tanto para la defensa de un sitio en que la naturaleza había hecho tan poco, pues, según ya hemos indicado, levantábase el castillo en una pequeña eminencia de pendiente muy suave, que empezaba en el lugar en que ambos espectadores se habían detenido.

Para aumentar su sorpresa manifestóle su compañero que los alrededores del castillo, á excepción únicamente de la senda tortuosa por donde podía uno acercarse á la puerta sin peligro, estaban al igual que la selva que acababan de atravesar, sembrados de invisibles zanjas, cepos y trampas de toda clase para aprisionar al desgraciado que se aven-

turara por allí sin guía; que en la parte exterior de las murallas se habían construído unas garitas de hierro, llamadas «nidos de golondrina,» desde las cuales los centinelas regularmente apostados allí, podían, sin ningún riesgo, apuntar con toda tranquilidad á cualquiera que intentara entrar sin dar el santo y seña del día y que los arqueros de la Guardia Real hacían este servicio día y noche recibiendo por él del rey Luis espléndida paga, lujoso uniforme y mucha honra y provecho.—Y ahora dime, joven—continuó, —¿viste nunca fortaleza como esta y crees que haya hombres bastante valientes para rendirla?

El mancebo no sabía apartar los ojos del edificio, cuya vista le interesaba tanto que, con el afán de la curiosidad tan natural en un joven, había olvidado por completo la mojadura de su traje. Al oir esa pregunta brillaron sus ojos y se le tiñeron de carmín las mejillas como hombre animoso que medita una hazaña, al responder:

—Es un castillo fuerte y fuertemente guardado; pero para los valientes nada hay imposible.

—¿Hay en tu país quien sea capaz de tal proeza?—dijo el anciano con cierto desdén.

—No lo afirmaré—respondió el mancebo,—pero los hay á millares que, por una buena causa, no retrocederían ante tan atrevida empresa.

—¿De veras?—dijo el viejo.—¿Y quizás tú mismo serías de los tales?

—Haría mal en vanagloriarme cuando no hay peligro alguno—respondió el joven Durward,—pero mi padre ha llevado á cabo hazañas no menos atrevidas y yo no me tengo por bastardo.

—Pues bien—dijo su compañero sonriendo,—podrías topar con quien valiera tanto como tú y hasta con algún pariente y todo en la refriega; pues los arqueros escoceses de la Guardia del rey Luis son los que hacen centinela en esas murallas: trescientos hidalgos de las mejores casas de su tierra.

—Pues si yo fuera el rey Luis—contestó el joven,—confiaría mi seguridad á la lealtad de los trescientos hidalgos

escoceses, derribaría ese cinturón de murallones para rellenar con las piedras el foso, llamaría á mi alrededor á mis nobles y paladines y viviría como exigiría mi calidad de rey, rompiendo lanzas en galantes torneos, dando de día banquetes á los nobles, danzando de noche con las damas, y sin curarme más de un enemigo que de una mosca.

Sonrióse de nuevo su compañero y volviendo la espalda al castillo, al que dijo que se habían acercado demasiado, guióle otra vez al bosque por un sendero más ancho y trillado que el que habían seguido á la venida.

—Este camino—dijo,—nos conducirá al pueblecito de Plessis, donde como extranjero, encontrarás albergue razonable y decoroso. A unas dos millas más lejos hay la ciudad de Tours, que da nombre á esta rica y hermosa provincia. Pero la aldea de Plessis ó Plessis-del-Parque, como á veces se la llama, por su proximidad á la residencia real y al coto que la rodea, te brinda asilo más cercano y no menos hospitalario.

—Mil gracias, excelente amigo, por vuestras noticias—dijo el escocés,—pero mi estancia aquí será muy breve, pues con tal que puedan darme en Plessis-del-Parque ó del Estanque un bocado de carne y un trago de cualquier cosa mejor que agua, poca cosa más necesitaré.

—Pues yo me figuraba—respondió su compañero,—que tenías que ver á algún amigo en esta comarca.

—Cierto que sí; al propio hermano de mi madre—replicó Durward,—el hombre más bien plantado, antes de salir de las montañás de Angus, que haya pisado jamás con sus abarcas los brezos.

—¿Cómo se llama?—dijo el viejo.—Yo indagaré por ti si está en el castillo y te evitaré el riesgo de que te tomen por espía.

—¡Por el alma de mi padre!—exclamó el joven.—¿Qué decís? ¡Tomarme á mí por espía! ¡Por Cristo vivo, que debería tragarse algunas pulgadas de hierro quien me hiciera tal injuria! Mas, en cuanto al nombre de mi tío, no tengo por qué ocultarlo. Se llama Lesly. Lesly, honrado y noble apellido.

—Sin duda alguna—dijo el viejo;—mas hay tres de este mismo apellido en la guardia escocesa.

—Llámase mi tío, Luis Lesly—dijo el mozo.

—Es que de los tres Leslys—repuso el comerciante,—hay dos que se llaman Luis.

—A mi pariente le llaman Luis el de la cicatriz—dijo Quintín.—Nuestros apellidos solariegos son tan comunes en Escocia, que, cuando no se tienen tierras cuyo nombre se les pueda agregar, siempre suelen ir acompañados de un apodo.

—Un «nom de guerre» ¿no es esto?—respondió su compañero.—Presumo según eso que el sujeto de quien hablas, será uno á quien nosotros llamamos «El Acuchillado,» de esa cicatriz que le cruza el rostro. Es hombre sin tacha y excelente soldado. Deseo ayudarte en tu intento de tener una entrevista con él, porque, como pertenece á un cuerpo cuyo servicio es muy riguroso, sale poco del castillo á no ser para escoltar la persona del rey. Y ahora, joven, respóndeme á una pregunta. Apostaría que deseas alistarte como tu tío en la guardia escocesa. Es algo atrevido proponértelo, especialmente siendo como eres tan joven, pues sólo los años pueden dar la experiencia necesaria para ocupar el alto puesto á que aspiras.

—No diré que no haya pensado en ello—dijo Durward con cierta frialdad,—pero si lo pensé, se me han pasado las ganas.

—¿Cómo es eso, joven?—repuso el francés, picado.—¿Así hablas de un destino que los nobles más principales de tu tierra se disputan con afán?

—Y muy buen provecho les haga—dijo Quintín con moderación.—A decir verdad, no me hubiera disgustado entrar al servicio del rey de Francia; pero por lujoso que sea el uniforme y espléndida la paga que me diera, prefiero respirar el aire libre que no estar embanastado en una de esas jaulas ó nidos de golondrina que me habéis enseñado y que parecen cajas de pimienta. Además—añadió bajando la voz,—si os he de ser franco, no me place

un castillo, cuyos árboles de término producen las bellotas que veo desde aquí.

—Me figuro á dónde vas á parar—dijo el francés,—pero no importa; explícate con más claridad.

—Pues allá va, con toda claridad—dijo el mozo.—¿No veis allá abajo, á algunos tiros de flecha del castillo, una hermosa encina? Pues de esa encina cuelga un hombre con coleto obscuro, como este que yo llevo.

—¡Pardiez que es verdad!—dijo el francés.—«Pasques-Dieu,» lo que es tener ojos juveniles! Cierto que yo veía algo, pero se me antojaba tan sólo un cuervo entre las ramas. Mas este espectáculo no tiene nada de extraño, joven; cuando el verano empiece á declinar y entre el otoño, cuando las noches de luna sean largas y los caminos comiencen á no ser seguros, podrás ver un racimo de diez y hasta de veinte bellotas como esa, colgando de esa añosa encina. ¿Mas qué importa eso? Cada uno de ellos es una bandera desplegada para espantar á los pícaros; y por cada tunante que vea colgado de esta suerte, todo hombre honrado puede contar que hay en Francia ùn ladrón, un traidor, un salteador de caminos, un «pilleur» y un opresor del pueblo menos. En esto, joven, has de ver una prueba de la justicia de nuestro soberano.

—No diré que no, pero si yo fuera el rey Luis, los haría ahorcar un poco más lejos de mi palacio—dijo el joven.—En mi tierra colgamos los cuervos muertos en los sitios frecuentados por los vivos, pero no en los jardines ó palomares. El hedor de esa carroña ¡puah! me vino á las narices á pesar de la distancia á que la teníamos.

—Si vives lo suficiente para llegar á ser un honrado y leal servidor de nuestro príncipe, mi buen mancebo—respondió el francés,—ya llegarás á saber que no hay perfume comparable al hedor que despide el cadáver de un traidor.

—Nunca desearé vivir para llegar á perder el olfato ó la vista—dijo el escocés.—Mostradme un traidor vivo y prontos tenéis mi brazo y mi espada; mas una vez la vida le ha abandonado, mi odio no ha de sobrevivirle. Mas creo

que nos acercamos á la aldea, y en ella espero demostraros que ni el baño ni el asco me han quitado las ganas de almorzar. Con que, amigo mío, á la posada y por el camino más corto. No obstante, antes de aceptar vuestra hospitalidad, decidme si os place cuál es vuestro nombre.

—Me llaman maese Pedro—respondió su compañero.—No soy traficante en títulos; soy hombre á la pata la llana, que vivo de lo mío y en paz; así me llaman.

—Está muy bien, maese Pedro—dijo Quintín,—pues me alegro mucho de la buena suerte que nos ha puesto en relación, porque necesito algunos consejos y soy agradecido.

Mientras así hablaban, el campanario de la iglesia y un gran crucifijo de madera, que asomaban por encima de los árboles, les indicaron que habían llegado á la entrada del lugar.

No obstante, maese Pedro, desviándose un poco del sendero, que en este punto se juntaba con una carretera real, dijo á su compañero que la posada á donde pensaba guiarle estaba algo apartada y recibía solamente viajeros de clase superior.

—Si por ello entendéis los que viajan con el bolsillo bien repleto—respondió el escocés,—no soy yo de esos y mejor me las habría, si viniera el caso, con un salteador de caminos que con un salteador de hostería.

—«¡Pasques-Dieu!»—dijo su guía.—¡Y cuán prudentes sois los hijos de Escocia! Un inglés, por ejemplo, se cuela de rondón en una taberna, come y bebe hasta reventar y mientras no tenga la tripa llena no se le ocurre pedir la cuenta. Mas vos olvidáis, maese Quintín, ya que Quintín es vuestro nombre, vos olvidáis que yo os debo un almuerzo por el baño que mi equivocación os ha valido: es la penitencia que me he impuesto en desagravio de mi ofensa.

—En verdad—dijo alegremente el mancebo,—que no me acordaba ya del baño, ni de la ofensa, ni del desagravio, ni de nada. Con el paseo se me ha secado la ropa ó poco menos; no quiero rehusar empero vuestra amable invitación, pues ayer mi comida fué muy ligera y me pasé sin

CAPITULO IV

El almuerzo

¡Dios santo! ¡Qué molares! ¡Cuánto pan!
«Viajes de Jorick.»

Dejamos á nuestro forastero en una situación más agradable que ninguna de las en que se había visto desde que pisó el suelo de los antiguos galos. El almuerzo, como apuntamos en la conclusión del capítulo precedente, era admirable. Había un pastel de Périgord, sobre el cual un gastrónomo hubiera deseado vivir y morir, como los comedores de loto de Homero, olvidado de parientes, patria y toda clase de obligaciones sociales; y cuya magnífica corteza parecía levantarse como las murallas de alguna rica capital, emblema de las riquezas que están destinadas á proteger. Junto á este pastel veíase un apetitoso guiso, que á juzgar por su olor se había sazonado con ese ligero punto de ajo que tanto gusta á los gascones, y que por cierto no desagrada á los escoceses; y más lejos descollaba un suculento jamón, parte sin duda de algún noble jabalí cazado en el cercano bosque de Montrichart. El pan, muy blanco, y amasado en forma de panecillos redondos, llamados «boules» (palabra de que tomaron los tahoneros de Francia el nombre de «boulangers,)» tenía una corteza tan incitante; que hasta sólo con agua hubiera sido un manjar delicado; mas no había allí únicamente agua, sino también una pequeña bota llena de exquisito vino de Beaulue. Tantas buenas cosas hubieran bastado para despertar el apetito hasta en la hora de la muerte; de modo que ya

mostrar en manera alguna esa locuacidad que en todo tiempo ha sido prenda característica del mesonero francés.

—¿No ha venido aquí uno—dijo maese Pedro,—á encargar un almuerzo por orden mía?

Por toda respuesta, el posadero inclinóse profundamente; y mientras iba trayendo y colocando encima la mesa, los varios manjares que debían componer el confortable almuerzo, ni una sola palabra pronunció en su elogio. Y sin embargo, valía bien la pena de ponderarlo, como saben y suelen hacerlo los mesoneros franceses para dar mérito á sus habilidades, según verá el lector en el capítulo siguiente.

El interpelado salió del aposento; y continuando su diálogo, maese Pedro preguntó al escocés:

—¿Qué tal, os he cumplido mi palabra en cuanto al almuerzo prometido?

—Es la mejor comida de que he disfrutado—contestó el joven,—desde que salí de Glen-houlakin.

—¿De Glen... qué? ¡Al diablo con esas palabras de tanta cola!

—Glen-houlakin—contestó el joven alegremente,—significa el Valle de los Mosquitos, nombre de nuestro patrimonio, mi buen señor; y añadiré que habéis pagado el derecho de reiros si os parece extraño.

—No tengo intención de ofenderte—contestó el anciano,—sólo iba á decirte, ya que el almuerzo te ha gustado tanto, que los arqueros escoceses de la guardia disfrutan de uno tan bueno, sino mejor, todos los días.

—No me admira—repuso el joven,—porque si han de estar encerrados toda la noche en esos «nidos de golondrina,» deben tener un apetito voraz por la mañana.

—Y no les falta con qué satisfacerlo á su antojo—replicó maese Pedro,—no necesitan, como los borgoñones, llevar la espalda desnuda para llenarse el vientre; visten como marqueses y comen como canónigos.

—No es poca suerte la suya—dijo Durward.

—¿Y por qué no te habías de alistar entre ellos, joven? —repuso el anciano.—Me parece que tu tío podría hacerte ingresar en las filas cuando ocurriera una vacante. Y, escúchame bien, yo me intereso también un poco en colocarte, y podría serte de alguna utilidad. Supongo que sabes montar á caballo tan bien como manejar el arco.

—Todos los hombres de mi raza son tan buenos jinetes como el mejor de los que jamás apoyaron ferrado zapato en estribo de acero, y no sé por qué no había de aceptar vuestra bondadosa oferta. A decir verdad, la comida y la ropa son dos cosas necesarias; pero los que están en mi caso piensan en hacer carrera y en gloriosas hazañas. Vuestro rey Luis, á quien Dios bendiga, puesto que es aliado y amigo de Escocia, está siempre encerrado en este castillo,

ó no hace más que ir á caballo de una en otra ciudad fortificada, y gana ciudades y provincias enteras valiéndose de embajadas diplomáticas, no por medio de reñidas batallas. Pues yo pienso como los Douglas, que siempre estaban en el campo, porque preferían oir el canto de la alondra más bien que el grito de la lechuza.

—Joven—replicó maese Pedro,—no juzgues con demasiada ligereza los actos de los reyes. Luis procura economizar la sangre de sus súbditos sin cuidarse de la suya propia; y has de saber que dió pruebas de valor en Montlhery.

—Sí, pero eso fué hace doce años, si no más—contestó el escocés.—A mí me agradaría servir á un amo que mantuviese su honor tan brillante como su escudo, y que siempre fuera el primero en lanzarse en lo más recio de la pelea.

—Pues entonces, ¿por qué no te quedaste en Bruselas con el duque de Borgoña? Ese señor te hubiera puesto en camino para romperte los huesos todos los días; y á falta de ocasión, se hubiera ejercitado en tus costillas, particularmente si hubiese sabido que habías apaleado á uno de sus guarda-bosques.

—Es verdad; mi mala estrella me ha cerrado las puertas de su casa—dijo Quintín.

—¡Bah!—replicó el anciano,—no faltan por ahí otros audaces aventureros dispuestos á tomar á su servicio á los jóvenes atolondrados. ¿Qué opinas, por ejemplo, de Guillermo de la Marck?

—¡Cómo!—exclamó el escocés,—servir yo al de la Barba, al Jabalí de las Ardenas, un capitán de bandidos y asesinos, capaz de matar á un hombre sólo por robarle la gabardina, y que pasa á cuchillo sacerdotes y peregrinos como si fuesen caballeros de lanza y hombres de armas! ¡Nunca! Esto sería cubrir de eterno baldón el escudo de mi padre.

—Bien, ardoroso joven—repuso maese Pedro,—si el Jaba-

lí te parece poco escrupuloso, ¿por qué no ofreces tus servicios al duque de Gueldres?

—¡Antes al diablo!—exclamó Quintín.—Escuchad bien lo que voy á deciros: ese hombre es una carga demasiado pesada para la tierra, y el infierno le aguarda. Dícese que tiene á su propio padre aprisionado, y hasta que se há atrevido á pegarle. ¿Podéis creer semejante cosa?

A maese Pedro pareció desconcertarle un poco el ingenuo horror con que el joven escocés vituperaba la ingratitud filial, pero repuso al punto:

—Tú no sabes, joven, qué poco tiempo subsisten las relaciones de la sangre entre las personas de elevado rango.

Y cambiando el tono con que había comenzado á hablar, añadió con aire risueño:

—Pero si el duque ha pegado á su padre, seguro es que éste le sentó también la mano muchos años hace; de modo que en esto sólo hay un saldo de cuentas.

—Me asombra oíros hablar así—exclamó el escocés, rojo de indignación.—El que peina canas, como vos, debería buscar otros asuntos para sus bromas. Si el anciano duque castigó así á su hijo cuando era muchacho, aun no le pegó bastante, pues más le valiera haber muerto á palos que no vivir para que la cristiandad se escandalizase de que se haya bautizado á semejante monstruo.

—Pues si juzgas de ese modo á los príncipes y á los caudillos, creo que lo mejor que puedes hacer es proclamarte jefe tú mismo, pues siendo tú un modelo, no encontrarías ninguno digno de mandarte.

—Os reís de mí, maese Pedro—dijo el joven sonriéndose, —y tal vez tengáis razón; pero advertid que no habéis nombrado un hombre que es un valeroso jefe, y cabeza de un noble partido, en cuyas filas cualquiera podría servir con gusto.

—No imagino á quién te refieres.

—Pues á uno que está suspendido, como el sepulcro de Mahoma (maldito sea,) entre dos grandes losas; uno á quien nadie puede llamar ni francés ni borgoñón, pero que sabe

mantener el fiel de la balanza entre ambos, obligándolos á temerle y servirle, por grandes príncipes que sean.

—No puedo adivinar quién será—dijo maese Pedro con aire pensativo.

—¿Quién ha de ser sino el noble Luis de Luxemburgo, conde de San Pablo y gran condestable de Francia? Ved cómo sabe mantenerse firme en su puesto con su reducido y valeroso ejército, llevando la cabeza tan alta como el mismo rey Luis ó el duque Carlos, y equilibrándose entre ellos, como el muchacho que se sostiene en el centro de una tabla movible, mientras que dos de sus compañeros se columpian en las extremidades.

—Pues sábete que él es de los tres el que está más expuesto á dar mayor caída—contestó maese Pedro.—Pero vamos á ver, mi joven amigo, tú que consideras el saqueo tan grave crimen ¿no sabes que tu noble conde de San Pablo fué quien primero dió el ejemplo de incendiar el país durante la guerra, y que antes de la vergonzosa devastación que cometió sufrieron todos los horrores de la lucha ciudades y pueblos que no oponían resistencia?

—Vamos, pues en ese caso—repuso Quintín,—comenzaré á creer que ninguno de esos grandes señores es mejor que el otro, y que elegir entre ellos es poco más ó menos como ir en busca de un árbol para ahorcarse. Pero ese conde de San Pablo, ese condestable, tengo entendido que se apoderó en buena lid de la ciudad que toma su nombre de mi venerado patrón San Quintín (al pronunciar este nombre persignóse el escocés;) y pienso que si yo viviese allí éste haría algo en mi favor, aunque observo que mi patrón, si bien no tiene tantos devotos á quienes proteger como otros santos más populares, parece olvidarse del pobre Quintín Durward, de su ahijado espiritual, puesto que me ha dejado un día sin comer, y á la mañana siguiente recomendado á San Julián, debiendo agradecer sólo la cortesía de un extranjero, comprada á costa de un chapuzón en el conocido río Cher ó uno de sus tributarios.

—No blasfemes de los santos, mi joven amigo—repuso maese Pedro.—San Julián es el fiel patrón de los viajeros,

y tal vez el bendito San Quintín ha hecho en tu favor más de lo que pudieras figurarte.

Mientras así hablaba abrióse la puerta y se presentó una muchacha que podría tener poco más de quince abriles, llevando una bandeja cubierta con una servilleta de damasco, sobre la cual veíase una frutera llena de esas ciruelas secas á que debe Tours una no pequeña parte de su nombradía; y una copa de plata cincelada con el delicado primor que tanto distinguió antiguamente á los artífices de aquella ciudad, cuyas obras maestras no tenían rival en toda Francia. La copa tenía una forma tan elegante, que Durward no pensó en observar de cerca si era de plata, ó de un metal inferior, como el de los objetos que habían puesto delante de él, aunque tan bien bruñidos, que parecía ser el más costoso.

Pero la vista de la joven que desempeñaba el servicio llamó la atención de Quintín mucho más que todas las minuciosidades que acabamos de indicar.

Muy pronto echó de ver que varias trenzas de largo cabello negro, que, según costumbre de las donncellas del país, no tenían más adorno que un sencillo escapulario ligeramente tejido con hojas de hiedra, formaban como un velo en torno del rostro de la joven; por sus facciones regulares, sus ojos muy obscuros y su expresión pensativa asemejábase en cierto modo á Melpómene, aunque las mejillas eran algo pálidas; y en los labios y la mirada adivinábase que la alegría no era cosa extraña para la doncella, pudiéndose suponer al mismo tiempo que no tenía un carácter expansivo. Quintín pensó sin duda que alguna contrariedad podía ser la causa de que un semblante tan hermoso manifestase una expresión más grave de la que es propia en una belleza de quince abriles, y como la romántica imaginación de los jóvenes no vacila en deducir consecuencias de las más insignificantes premisas, complacióse en inferir, de lo que sigue, que en la existencia de aquella beldad se mezclaba el secreto con el misterio.

—¡Cómo! ¿Vos aquí, Jacoba?—exclamó maese Pedro al ver á la joven entrar en la habitación.—¿Qué significa es-



Jacoba miró un instante al joven extranjero

to? ¿No encargué que la señora Perette me trajera lo que necesito? ¡Vive Dios! ¿Es ó cree ser demasiado buena para servirme?

—Mi parienta no está muy bien—contestó presurosa la joven con acento humilde,—y ha debido quedarse en su cuarto.

—¡Supongo que estará «sola!»—repuso maese Pedro con cierto énfasis,—soy ya perro viejo, y no de aquellos que admiten como excusa una fingida enfermedad.

Al oir esto, Jacoba palideció, sin atreverse á replicar, pues debe advertirse que la voz y miradas de maese Pedro, siempre duras, cáusticas y desagradables, adquirían una expresión sinesitra y amenazadora cuando se dejaba llevar de la cólera ó concebía alguna sospecha.

Este diálogo despertó al punto la galantería caballeresca de Quintín Durward, que acercándose presuroso á la joven, descargóla del peso que llevaba, y que ella le cedió pasivamente, mirando al propio tiempo con ansiosa inquietud el semblante del irritado menestral. Difícil hubiera sido no conmoverse ante la suplicante expresión de aquella mirada, y así es que maese Pedro añadió con tono más benévolo y con toda la afabilidad que en él era posible:

—No te censuro á ti, Jacoba, pues eres demasiado joven para ser lo que por desgracia serás algún día, falsa y traidora, como lo son todas las veleidosas mujeres. Ningún hombre llegó á serlo nunca sin haber tenido oportunidad de conocer lo que sois. He aquí un caballero escocés que podrá decirte lo mismo.

Jacoba dirigió una rápida mirada al joven extranjero, como para obedecer á su interlocutor, pero por momentánea que fuese, parecióle á Quintín un patético llamamiento, implorando su apoyo; y con esa prontitud propia de un corazón juvenil que profesa una poética veneración al bello sexo, contestó sin vacilar que «él arrojaría su guante á cualquiera adversario de igual rango y edad si se atreviese á decir que una joven de semblante tan hermoso como el que estaba contemplando no estaba animada de los más nobles y puros sentimientos.»

La doncella palideció mortalmente, dirigiendo una inquieta mirada á maese Pedro, en quien la bravata del joven campeón pareció excitar sólo una sonrisa, más desdeñosa que plausible.

Quintín, cuyas segundas ideas solían corregir siempre las primeras, aunque algunas veces mucho después de hablar, ruborizóse al pensar que había proferido expresiones que en presencia de un anciano pacífico podían calificarse de inútil jactancia; y como para castigarse á sí mismo, resolvió someterse al ridículo en que acababa de incurrir. Acercóse pues á maese Pedro, y con el semblante sonrojado por la humillación que trataba de disimular, presentóle la copa.

—Eres un atolondrado—díjole el menestral,—y tan poco entiendes de las mujeres como de los príncipes, cuyos corazones,—añadió persignándose devotamente,—Dios guarda en su diestra.

—¿Y quién guarda el de las mujeres?—preguntó Quintín resuelto á no dejarse dominar, mientras le fuese posible, por la aparente superioridad de aquel hombre extraordinario, cuyo aspecto majestuoso y desdeñosa indiferencia ejercían sobre él un imperio de que se avergonzaba.

—Mucho temo que debas preguntárselo á ellas mismas otro día—contestó maese Pedro tranquilamente.

Quintín se sintió otra vez herido en su amor propio al oir semejante contestación, aunque no desconcertado del todo. Seguramente—se dijo á sí mismo,—no manifiesto á éste menestral de Tours toda la deferencia á que me obliga el almuerzo con que me ha obsequiado, que á decir verdad era excelente. Los perros y halcones se encariñan por el alimento; pero al hombre se le ha de tratar con benevolencia cuando se quiere encadenarle con los lazos del afecto y de la gratitud. Este menestral es decididamente un personaje extraordinario; y en cuanto á esa hermosa joven, que desaparecerá de un momento á otro, seguro estoy de que no pertenece á este humilde lugar, ni siquiera al singular maese Pedro, aunque parezca ejercer sobre ella autoridad, como sin duda la ejerce sobre todos aquellos á quienes la casualidad atrae á su reducido círculo. Estos flamen-

cos y franceses dan á la riqueza más importancia de la que se merece y no me cabe duda que ese viejo traficante cree que el respeto que me inspiran sus canas me lo infunde su dinero. ¡Yo, caballero escocés de noble sangre y de cota de malla, y él, mecánico de Tours!

Tales eran los pensamientos que se agolpaban á la mente del joven Durward; mientras que maese Pedro, tocando ligeramente las hermosas trenzas de la joven Jacoba, decíala con sonrisa de bondad:

—Este mancebo me servirá, Jacoba; puedes retirarte; ya diré yo á tu descuidada parienta que hace mal en exponerte á las miradas de los extraños sin necesidad.

—He entrado sólo para serviros—contestó la joven,—y espero que no os incomodaréis con la señora Perette, porque...

—¡Vive Dios!—interrumpió maese Pedro,—supongo que no vas ahora á entablar una discusión conmigo, rapazuela. ¡Ah! tal vez quieres entretenerme para mirar á este joven... Vamos, retírate, es noble, y sus servicios me bastarán.

Jacoba desapareció al punto, y tanto le interesó á Quintín esta circunstancia, que interrumpiendo el hilo de sus reflexiones, obedeció maquinalmente cuando maese Pedro le dijo con el tono de quien está acostumbrado á ser obedecido, mientras se reclinaba indolentemente en un gran sillón de brazos:

—Acercadme esa bandeja, joven.

El anciano frunció entonces sus pobladas cejas, entornando los párpados de modo que apenas quedaron visibles sus brillantes pupilas, las cuales despedían á intervalos un vívido rayo, como los del sol poniente cuando se esconde detrás de una obscura nube á través de la cual lanza de vez en cuando un rayo fugitivo.

—Hermosa muchacha—dijo al fin levantando la cabeza y fijando su penetrante mirada en Quintín.—Es demasiado bonita para servir en una posada ¿no es cierto? Seguramente que honraría el mostrador de un digno menestral; pero carece de educación y es de baja esfera.

Sucede á veces que un tiro casual basta para desmoronar un castillo en el aire, y en tales casos, el arquitecto no manifiesta muy buena voluntad al que le disparó, aunque el agresor no haya tenido la menor intención de perjudicar á nadie. Quintín se desconcertó al oir aquellas palabras, sintiéndose muy dispuesto á enfadarse con el anciano, aunque sin saber él mismo la causa, sólo porque le decía que aquella hermosa joven no era más ni menos de lo que aparentaba, es decir, es decir, una sirvienta, si bien tal vez superior á las demás, y probablemente sobrina del posadero ó cosa semejante, obligada por lo tanto á sufrir las rarezas de los concurrentes y en particular de maese Pedro, que sin duda tendría no pocos caprichos y era suficientemente rico para hacerse servir con respeto.

De nuevo pensó Quintín, y esta vez con más persistencia, que debía hacer entender al anciano menestral la diferencia de sus respectivas condiciones, advirtiéndole que por rico que fuese, su riqueza no le igualaba con un Durward de Glen-houlaquin; pero siempre que con este propósito fijaba su vista en el semblante de maese Pedro, á pesar de su mirada sumisa, de sus facciones demacradas y de su humilde traje, observaba en este conjunto algo que le impedía, á despecho suyo, confirmar su superioridad sobre el traficante. Muy por el contrario, cuanto más fijamente le miraba, más fuerte era su curiosidad por saber quién ó qué era aquel hombre. Quintín pensaba para sí que sería algún síndico ó magistrado superior de Tours, y que por una causa ú otra infundiría respeto y estaría acostumbrado á recibir pruebas de deferencia.

Entretanto el traficante pareció abstraerse de nuevo en sus reflexiones, las cuales interrumpió sólo para hacer la señal de la cruz devotamente y comer alguna fruta seca con un bizcocho. Después hizo una seña á Quintín para que le diera la copa, y díjole como por vía de pregunta:

—Eres noble, ¿no es cierto?

—Seguramente—repuso el joven escocés,—si es que bastan para ello quince descendencias; ya os lo dije antes, pero no os fijéis sólo en esto, maese Pedro, pues siempre

me han enseñado que es deber de los jóvenes auxiliar á los mayores de edad.

—Excelente máxima—dijo el menestral,—llenando la copa que le alargaba el joven con parte del contenido de una jarra que parecía ser del mismo metal de aquella, y sin dirigir al escocés ninguna de las frases de atención que éste esperaba merecer.

—Vaya al diablo la franqueza y familiaridad de este anciano burgués—dijo para sí Quintín:—acepta los servicios de un noble escocés con tan poca ceremonia como los aceptaría yo de un doméstico en Glen-isla.

Entretanto el traficante, después de apurar su copa, dijo al joven:

—A juzgar por la afición con que bebes el vino de Beaulne, deduzco que no tendrás mucho empeño en brindar á mi salud con este licor elemental; pero poseo un elixir que convertiría hasta el agua de la peña en el más exquisito vino de Francia.

Así diciendo, sacó del pecho una gran bolsa de piel de nutria, y echó en la copa una corriente de monedas de plata hasta que la hubo llenado casi.

—Agradecido debes estar, joven—añadió,—así á tu patrón San Quintín como á San Julián, de quienes te quejabas hace poco; y yo te aconsejo hacer limosnas en su nombre. Espera en esta posada hasta que veas á tu pariente el Acuchillado, á quien relevarán de la guardia esta tarde. Yo le enviaré recado que te hallas aquí, pues tengo que hacer en el castillo.

Quintín hubiera querido decir algo para excusarse de aceptar la generosa liberalidad de su nuevo amigo; pero maese Pedro, frunciendo sus pobladas cejas, irguió la cabeza, tomando una actitud más digna, y añadió con tono de autoridad:

—No repliques, joven, y haz lo que te mando.

Al pronunciar estas palabras, salió del aposento, haciendo señal á Quintín para que no le siguiera.

El joven escocés quedóse asombrado sin saber qué pensar de lo ocurrido. Su primer impulso, el más natural aun-

que no quizás el más digno, le movió á mirar el fondo del vaso de plata, que seguramente estaba más que medio lleno de monedas en número de varias veintenas, de las cuales probablemente Quintín no había tenido suyas veinte de una vez durante toda su vida. Mas ¿era compatible con su dignidad de noble aceptar el dinero del rico menestral? Esta era una cuestión espinosa, pues aunque había disfrutado de un buen almuerzo, parecíale que esta reserva de alimento no le bastaría, bien para retroceder hasta Dijon, en el caso de que se decidiera á entrar al servicio del duque de Borgoña, arrostrando su enojo; ó ya optase por regresar á San Quintín, si prefería ofrecerse al condestable San Pablo, toda vez que estaba resuelto á servir á uno de estos dos señores, ya que no al rey de Francia. Quizás tomó el mejor partido en aquellas circunstancias, al resolver guiarse por el consejo de su tío; y entretanto guardó el dinero en su bolsa, llamando al dueño de la casa para devolverle la copa de plata, resuelto al mismo tiempo á dirigirle algunas preguntas respecto al generoso y altivo mercader.

El dueño se presentó al punto, y si no más comunicativo, mostróse más desenvuelto que antes. Al presentarle el joven la copa, negóse terminantemente á tomarla, diciendo que no era suya, y que maese Pedro había querido regalarla á su huésped. Añadió que él tenía otras cuatro, heredadas de su abuela, de feliz memoria, pero no tan hermosas como la que el menestral había regalado al joven, porque esta era una de las famosas copas cinceladas por Martín Dominico, artista que aventajaba por mucho á todos los del país.

—Y, decidme—repuso el escocés,—¿quién es ese maese Pedro, que regala objetos de tanto valor á los extranjeros?

—¿Qué quién es ese maese Pedro?—repitió el posadero, pronunciando sus palabras tan lentamente como si las destilase.

—Sí, hombre—replicó Quintín con impaciencia,—pregunto que quién es ese maese Pedro, que reparte sus dádivas

de tal modo, y quién es también ese individuo de cara de carnicero á quien envió á buscar el almuerzo.

—En cuanto á saber quién es maese Pedro, señor, podíais habérselo preguntado á él mismo, y por lo que hace á la persona á quien mandó encargar el almuerzo, Dios nos libre de estrechar más con él nuestras relaciones.

—En todo esto hay algo misterioso—murmuró el escocés.—Ese maese Pedro me ha dicho que era mercader ó comerciante.

—Pues si os lo ha dicho—repuso el posadero,—seguramente lo será.

—¿Y en qué comercia?

—¡Oh! En muchas cosas buenas. Por lo pronto, aquí ha montado fábricas de seda, cuyos productos pueden competir con los más ricos que los venecianos traen de la India y de Catháy. Seguramente habréis visto las prolongadas líneas de moreras que bordean el camino que os ha conducido aquí; pues sabed que todas han sido plantadas por disposición de maese Pedro para alimentar á los gusanos de seda.

—¿Y quién es esa joven que trajo la fruta, amigo mío? —preguntó Quintín.

—Es una inquilina, caballero, que vive aquí con su tutora, ó mejor dicho su tía, según creo.

—Y decidme—volvió á preguntar el escocés,—¿es aquí costumbre que vuestros huéspedes se sirvan unos á otros? Lo digo porque he observado que maese Pedro no quiso tomar nada de mano vuestra ni de las del doméstico.

—Los ricos tienen sus caprichos, sobre todo cuando pueden pagarlos—contestó el posadero.—No es esta la primera vez que maese Pedro ha sabido hacerse servir por personas de alto rango.

El joven escocés pareció llevar á mal esta insinuación; pero disimulando su sentimiento, preguntó si podían cederle una habitación por un día, ó tal vez más.

—Ciertamente—contestó el posadero,—os la cederé por el tiempo que os plazca.

—¿Y se me permitirá ofrecer mis respetos á las señoras de quienes voy á ser vecino?

El posadero vaciló un instante, pero contestó al fin:

—Esas señoras no salen, ni reciben á nadie.

—Exceptuando maese Pedro, según presumo—repuso Quintín.

—No puedo dar sobre esto explicación—contestó el posadero con firmeza, aunque respetuosamente.

El joven escocés que, en su calidad de caballero, se creía con derecho á tener altas pretensiones, aunque careciera de medios suficientes para apoyarlas, se resintió un poco de la contestación, y no vaciló en valerse de un expediente bastante común en aquella época.

—Llevad á esas señoras—dijo,—un frasco de Vernat, con mis respetuosos saludos, y decidles que Quintín Durward, de la casa de Glen-houlakin, honrado caballero escocés, y ahora su vecino, desea se le permita ofrecerles personalmente sus respetos.

El mensajero salió al punto, y un momento después volvió para dar gracias á Quintín en nombre de las señoras, pero añadió que éstas rehusaban el obsequio, al que estaban agradecidas, sintiendo no poder recibir su visita porque guardaban el incógnito.

Quintín se mordió los labios, y apurando una copa del Vernat despreciado, se dijo para sí:

—¡Por Dios vivo que este es un país muy singular, pues observo que los mercaderes afectan los modales y la liberalidad de los nobles; mientras que las damiselas viajeras que establecen su corte en una posada, danse aires de princesas de incógnito! Pero, ó poco he de poder, ó he de ver otra vez á esa muchacha de ojos negros.

Con esta firme resolución, Quintín ordenó al posadero que lo condujese al aposento destinado para él.

El dueño de la casa le hizo subir al punto por una escalera de torrecilla, y después avanzó por un corredor donde se veían muchas puertas, semejantes á las de las celdillas de un convento, lo cual no pareció agradar á nuestro joven héroe, pues hízole recordar con disgusto la vida

monástica. El posadero se detuvo en la extremidad del corredor, eligió una llave del manojo que llevaba en el cinto, abrió la puerta y mostró á su huésped una pequeña habitación bastante limpia, aunque de triste aspecto; en un lado veíanse un catre de tijera; y el testo del mobiliario no dejaba de formar un agradable conjunto.

—Creo que os agradará esta habitación—dijo el posadero, —mi deber es dejar satisfechos á todos los amigos de maese Pedro.

—¡Oh, dicha!—exclamó Quintín haciendo una cabriola en medio de su cuarto cuando se vió solo;—nunca me favoreció la suerte, como ahora; parece que los favores caen sobre mí como una benéfica lluvia.

Así diciendo, dirigióse hacia la pequeña ventana, que, á causa de proyectarse mucho la torre sobre la línea principal del edificio, no sólo dominaba un bonito jardín bastante espacioso, perteneciente al establecimiento, sino que permitía ver más allá una verde arboleda, formada por los morales plantados por maese Pedro, según habían dicho á Quintín, para alimentar los gusanos de seda. Dirigiendo la vista á lo largo del muro, el joven observó que su torre estaba enfrente de otra, y que su ventana se hallaba sobre otra semejante, en una segunda proyección del edificio. Ahora bien, á un hombre de veinte años más de edad que Quintín le hubiera sido difícil decir por qué esta localidad le interesaba más que el jardín ó la arboleda, porque ¡ay! los ojos que se han gastado durante cuarenta años ó más á fuerza de mirar, contemplan indiferentes las ventanas de las torrecillas, aunque la celosía esté entornada para que entre un poco el aire, ó el postigo medio cerrado para evitar los rayos del sol ó las miradas indiscretas; al hombre gastado no le llama la atención nada de esto, ni tampoco ver apoyado junto al marco de la ventana algún laúd cubierto en parte por una ligera gasa de seda verde. Pero en la feliz edad de Quintín, estos detalles, como los llamaría un pintor, ofrecen asuntos suficientes para forjarse mil ilusiones y hacer misteriosas conjeturas, que en el hom-

bre ya entrado en años sólo excitan una sonrisa, ó acaso un suspiro.

Como puede suponerse que nuestro amigo Quintín deseaba saber algo más de su hermosa vecina, la dueña del laúd, y que cuando menos tenía interés en averiguar si resultaría ser la misma que había servido á maese Pedro. debe comprenderse que el joven no se asomaría desde luego de modo que pudieran verle al punto. Quintín, que era buen cazador de pájaros, mantúvose oculto á un lado de la ventana, pero mirando á través de la celosía con la mayor atención, á lo cual debió la dicha de ver un brazo blanquísimo, redondo y hermoso, y una diminuta mano que descolgaba un instrumento; mientras que unos dulces acordes llegaron después hasta su oído, como para recompensar su estratagema.

La doncella de la torrecilla, que templaba el laúd, dejó oir en breve una de esas canciones como las que debemos suponer entonarían los labios de las nobles damas de aquella época en que los caballeros y trovadores gustaban de escuchar los acentos del amor al pie de las celosías. La letra de la canción no se distinguía lo bastante por lo profunda é intencionada para que el oyente dejase de fijar su atención en la música, ni ésta era tan superior que se pudiera prescindir de aquélla; la una parecía hecha para la otra, y nada hubieran valido sin su asociación. En su consecuencia, poco atractivo pueden tener para el lector esos versos escritos, hechos sólo para ser cantados; pero esos fragmentos de la antigua poesía ejercieron siempre sobre nosotros cierta fascinación; y como la tonada se ha perdido para siempre, á menos que Bishop llegue á encontrar las notas, ó que alguna alondra se las enseñe á Stephens, nos arriesgaremos á dar á conocer el buen gusto de la dama del laúd, reproduciendo la letra de su canción:

Aun no llegas, conde Gúy,
y la hora está cercana;
el sol camina á su ocaso,
reflejándose en las aguas;

la pura brisa del mar
va refrescando las auras;
el naranjo su perfume
difunde por la enramada;
la alondra y su compañera
ya de cantar fatigadas,
se han entregado al reposo
en la espesura inmediata;
la brisa, el ave y la flor
á un tiempo la hora señalan...
Mas ¿dónde está el conde Gúy,
por quien suspira su dama?
Entre sombras se desliza
la candorosa aldeana,
en busca de su pastor,
que ya la espera con ansia;
mientras la esquiva doncella,
oculta tras la ventana,
escucha del caballero
la protesta enamorada.
Mas ¡ah! que ya las estrellas
pálidos fulgores lanzan,
reinando en el firmamento
cual únicas soberanas...
Y el conde Gúy ya no viene...
¡Ay, conde Gúy de mi alma!

El lector podrá pensar lo que quiera de estas sencillas coplas, pero lo cierto es que en Quintín ejercieron un efecto poderoso, sin duda porque la voz era dulcísima, porque las notas se mezclaban con la suave brisa, impregnada de las perfumadas emanaciones del jardín, y porque el rostro de la cantante, en parte oculto en la obscuridad, parecía comunicar cierta misteriosa fascinación al conjunto.

Al terminar la canción, el oyente, no pudiendo contenerse más, descubrióse del todo, como ansioso de ver de una vez lo que hasta entonces había estado oculto para él: pero en el mismo instante la música cesó, cerróse la ven-

tana, y una espesa cortina, corriéndose interiormente, puso fin á toda observación del joven.

Quintín Durward quedó disgustado y sorprendido por las consecuencias de su precipitación; pero consolóse con la esperanza de que la dama del laúd no podría renunciar tan fácilmente á la práctica de un instrumento que parecía serle tan familiar, ni menos resignarse á tener siempre cerrada la ventana para respirar el fresco ambiente, con el cruel propósito de reservar para sus oídos los dulces acordes de su instrumento. Con estas reflexiones mezclábase sin duda algún sentimiento de vanidad personal. Si en aquella torre vivía una doncella de cabellos negros, como maliciosamente pensaba, la que él habitaba tenía por inquilino un caballero joven y galante, pues como tal se consideraba Quintín, á quien las novelas, esos prudentes instructores, habían enseñado en su juventud, que aunque las doncellas sean esquivas, no dejan de sentir interés y curiosidad por los asuntos de sus vecinos.

Cuando Quintín se engolfaba en estas reflexiones, presentóse una especie de mayordomo de la casa, y díjole que abajo le estaba esperando un caballero, el cual deseaba hablarle.

CAPITULO V

El guerrero

El caballero que esperaba á Quintín, en la misma habitación donde éste había almorzado, era uno de aquellos de quienes Luis XI había dicho, hacía mucho tiempo, que tenían en sus manos la suerte de Francia, porque á ellos se confiaba la protección y la custodia del rey.

Carlos VI había instituído el célebre cuerpo llamado de Arqueros de la Guardia Real escocesa con mejor razón de la que generalmente se alega para establecer alrededor del trono una guardia de tropa extranjera y mercenaria. Las divisiones que alejaron de su lado más de la mitad de Francia, así como la voluble é incierta lealtad de la nobleza, que sin embargo seguía favoreciendo la causa del trono, hacía impolítico y poco seguro confiar á ésta la custodia del monarca. La nación escocesa era enemiga hereditaria de la inglesa, y, aparentemente, la antigua aliada natural de Francia; sus hijos, aunque pobres, eran bravos y leales, y ningún otro país de Europa producía entonces tan numerosos y osados aventureros. Estos tenían además altas pretensiones nobiliarias, lo cual era también un título para que pudieran acercarse á la persona del rey más que otras tropas, al paso que el número comparativamente reducido de dicha guardia alejaba la posibilidad de que sus individuos se amotinasen y llegaran á ser amos en vez de criados.

Los monarcas franceses se habían propuesto como un

principio de política granjearse la buena voluntad de aquel cuerpo escogido de extranjeros, dispensándole honrosos privilegios y una considerable paga, la cual empleaban los más de sus individuos con el mayor desprendimiento para hacer honor á su pretendido rango. Todos se daban la importancia de caballeros por su posición y honores; y como podían acercarse á la persona del rey, esto los enorgullecía á sus propios ojos, al paso que los hacía respetables á los de la nación francesa. Todos estaban magníficamente armados y equipados, y cada cual recibía el sueldo suficiente para tener á su servicio un escudero, un criado, un paje y dos guardias, uno de los cuales designábase con el nombre de «cuchillero,» porque llevaba un gran cuchillo para dar el golpe de gracia á los enemigos que su amo derribaba en el combate. Con semejante séquito y el tren correspondiente, un arquero de la guardia escocesa era hombre de calidad é importancia; y como las vacantes se llenaban generalmente con los individuos que habían prestado ya servicio como pajes ó escuderos, los segundones de las mejores familias escocesas eran enviados á menudo para servir á las órdenes de algún amigo ó pariente hasta que se presentara ocasión de ascender.

El cuchillero y su compañero, que no eran nobles ni tenían opción al ascenso, reclutábanse entre personas de condición inferior; pero como el sueldo de los guardias era considerable, éstos podían elegir á su antojo entre sus compatriotas los más valerosos y aptos para semejante servicio.

Luis Lesly, á quien llamaremos más á menudo el «Acuchillado,» sobrenombre con que era sobradamente conocido en toda la Francia, tenía más de seis pies de estatura; era robusto y fornido, pero de rostro poco agraciado, debiéndose esto principalmente á una ancha y espantosa cicatriz, que comenzando en la frente rozaba el ojo derecho y dejaba descubierto el pómulo, prolongándose desde aquí hasta la extremidad de la oreja; presentaba además un surco que tan pronto tenía un color rojizo como azulado ó negruzco, según las impresiones que experimentaba el in-

dividuo, y que hacía resaltar más el color atezado del rostro.

En cambio, su traje y armas llamaban la atención por su magnificencia: llevaba la gorra nacional, adornada con un penacho de plumas y una Virgen María de plata maciza, la cual hacía á veces de hebilla, y que el rey había regalado á cada individuo de su guardia en uno de sus accesos de supersticiosa piedad, consagrando al mismo tiempo sus espadas al servicio de la Santa Virgen. La gola del arquero, su armadura y manoplas eran del más fino acero, con embutidos de plata, y su cota de malla tenía un brillo deslumbrador; llevaba una ancha túnica ó sobrevesta de terciopelo azul abierta por los lados, como la de un heraldo, adornada con una gran cruz de San Andrés bordada en plata, que la dividía en dos partes por delante y por detrás; protegían las rodillas y piernas unas mallas tan finas como flexibles; y los zapatos eran de acero; del cinto pendía uno de esos anchos y sólidos puñales que llamaban la «Misericordia de Dios,» y del hombro izquierdo el tahalí para la espada de dos manos, primorosamente bordado; pero en aquel momento, el arquero llevaba en la diestra esta pesada arma, que el reglamento le obligaba á no dejar nunca.

Quintín Durward, aunque como todo escocés había sido enseñado desde muy joven á apreciar las armas y la guerra, pensó que jamás había visto un guerrero de tan marcial continente y tan bien equipado como el que le saludaba en aquel instante en calidad de hermano de su madre, y á quien llamaban indistintamente Luis el de la cicatriz, ó el Acuchillado; pero no pudo menos de estremecerse un poco al observar la siniestra expresión de su semblante, cuando con sus ásperos bigotes rozó las mejillas de su sobrino, felicitándole por su llegada á Francia, y preguntando al mismo tiempo qué noticias traía de Escocia.

—Poco de bueno, querido tío—contestó Quintín;—pero me alegro que me hayáis reconocido tan pronto.

—Te hubiera conocido hasta en las landas de Burdeos, aunque te hubiese visto andando como una grulla con un

par de zancos, pero siéntate, muchacho, siéntate; si hemos de oir noticias lastimosas, no nos faltará vino para sobrellevarlas con más espíritu.

Y volviendo la cabeza gritó:

—¡Hola! viejo escurre-medidas, á ver si nos traes una botella del mejor, y al momento.

La voz de aquel escocés francés era tan conocida en todas las tabernas inmediatas á Plessis, como la del suízo francés en los modernos ventorrillos de París; y con la precipitación que infundía el temor, la orden fué obedecida apenas oída. El posadero se presentó al punto con una botella de champaña, del que el arquero apuró en el acto una copa llena, mientras que su sobrino tomaba sólo un sorbo para corresponder á la galantería de su tío, dando por excusa que ya había bebido antes.

—Que tu hermana hubiese dado tal excusa, pase—dijo el Acuchillado,—pero de ti no es admisible; es preciso que no temas tanto al vino si has de peinar barba de hombre y pasar por soldado. Pero, vamos, desabrocha tu morral escocés, y á ver qué noticias traes de Glen-houlakin. ¿Cómo está mi hermana?

—¡Muerta, tío—contestó Quintín, tristemente.

—¡Muerta!—repitió el arquero con muestras de asombro más bien que de simpatía.—¡Vaya! pues si tenía cinco años menos que yo y yo nunca he estado mejor. ¡Muerta! mentira parece. Yo no he sabido nunca qué cosa es un dolor de cabeza, sino después de pasar dos ó tres días de licencia en francachelas con los hermanos de la gaya ciencia. ¡Mi pobre hermana ha muerto! ¿Y tu padre, sobrino, se ha vuelto á casar?

Y antes que el joven pudiera responder, leyendo la respuesta en la sorpresa que le produjo la pregunta, dijo:

—¡Cómo! ¿no? Hubiera jurado que Allan Durward no era hombre para vivir sin mujer al lado. Le gustaba tener en orden su casa y también mirar á una mujer bonita, pero al propio tiempo tenía costumbres algo severas; el matrimonio había contribuído á hacer de él todo esto. Ahora, á mí poco se me da de estas comodidades, y puedo mirar

una chica guapa sin pensar en el sacramento del matrimonio. No soy bastante santo para esto.

—¡Ay, querido tío! mi madre enviudó hace un año, cuando Glen-houlakin fué tomado por los Ogilvies. Mi padre, mis dos tíos, mis dos hermanos mayores, otros parientes, el arpista, el capataz y unos seis más de los nuestros perdieron la vida defendiendo el castillo; y en todo Glen-houlakin no hay un hogar humeante ni una piedra en pie.

—¡Por la cruz de San Andrés!—exclamó el Acuchillado, —¡esto se llama una carnicería! Sí, esos Ogilvies no fueron nunca más que funestos vecinos para Glen-houlakin. Mala suerte; pero esos son azares de la guerra, azares de la guerra. ¿Y cuándo ocurrió esta desgracia, sobrino?

En esto se echó al cuerpo un gran trago de vino y movió la cabeza con aire grave, al responder su pariente que la familia había sido aniquilada por la última pasada fiesta de San Judas.

—Mira tú qué cosa—dijo el soldado,—ya dije que había sido todo una casualidad: ese mismo día yo y otros veinte camaradas nos apoderamos por asalto del castillo de Roche-noir, de Amaury Brazo de hierro, capitán de lanzas francas, de quien debes haber oído hablar. Le maté en el umbral de su propia casa, y gané tanto oro como había en esta hermosa cadena, que en otro tiempo tenía doble largo que ahora; y esto me recuerda que debo destinar parte de ella á una santa obra. ¡Hola Andrés, Andrés!

Andrés, el escudero, entró al punto luciendo un traje análogo al del mismo arquero, pero sin armadura en los muslos, la del cuerpo trabajada más bastantemente, el gorro sin pluma, y la sobrevesta de sarga ó tela ordinaria, en vez de rico terciopelo. Quitándose del cuello la cadena de oro, el Acuchillado arrancó de un mordisco, con sus duros dientes cosa de cuatro pulgadas de un cabo de la misma, y dijo á su servidor:

—Mira, Andrés, lleva esto á mi compadre, el buen Bonifacio, el monje de San Martín; salúdale de mi parte y por seña dile que la última vez que nos despedimos á media noche no podía decir Dios te guarde. Dile á mi

compadre que mi hermano y hermana y algunos otros de mi familia han muerto y que yo le ruego diga misas en sufragio de sus almas por todo el valor que comporten estos eslabones, y que haga al fiado todo lo demás que se necesite para librarles del Purgatorio. Y oye, como eran gente de buen vivir y exentos de toda heregía, podrá ser que ya estén casi fuera del limbo, de modo que con poca cosa quedan libres de las cornejas; y en este caso, mira, dile que deseo que invierta el exceso del oro sobrante en maldiciones contra una raza llamada los Ogilvies, del condado de Angus, del mejor modo que la iglesia pueda hacerlo. ¿Has entendido bien, Andrés?

El cuchillero hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Entonces, cuidado con que ninguno de estos eslabones vaya á parar á la cantina antes de que el Monje los haya recibido; pues si tal sucediera, probarás la cincha y el cuero del estribo hasta quedar tan desollado como San Bartolomé. Pero aguarda, veo que tus ojos se han quedado fijos en la medida del vino y no has de irte sin saber qué gusto tiene.

Así diciendo, le llenó hasta el borde un vaso, que el cuchillero apuró de un trago y se retiró para ejecutar el encargo de su amo.

—Y ahora, sobrino, sepamos lo que fué de ti en este desdichado suceso.

—Yo estuve peleando entre los que eran más viejos y vigorosos que yo, hasta que todos fuimos derrotados—dijo Durward.—Yo quedé gravemente herido.

—Lo mismo me sucedió á mí hace diez años—dijo el Acuchillado.—Veamos qué te parece esto, sobrino—añadió señalando con el dedo la roja cicatriz que afeaba su rostro.—La espada de un Ogilvy nunca trazó un surco tan profundo.

—Bastante profundamente surcaron—respondió tristemente Quintín,—mas al fin se cansaron y por la intercesión de mi madre no me remataron cuando se vió que todavía daba alguna señal de vida. Un sabio monje de Aberbrothick, que por casualidad era nuestro huésped en aquel día fatal, y

que por milagro escapó vivo de la refriega, pidió permiso para vendarme las heridas y para trasladarme luego á sitio seguro; pero bajo palabra empeñada recíprocamente por él y por mi madre, de que yo tomaría el hábito de monje.

—¡Fraile!—exclamó el arquero.—¡San Andrés me valga! eso sí que no me ha ocurrido nunca. Nadie, desde mi niñez hasta hoy, soñó siquiera en hacerme fraile. Y no obstante, cuando lo pienso me extraña, pues prescindiendo de que no sé leer y escribir, lo cual no pude aprender en la vida, ni la solfa, que nunca he podido sufrir; y sin hablar del traje, que es el de un mendigo loco, la Virgen me perdone (aquí se persignó;) y de los ayunos, que no son de mi gusto, hubiera salido de cabo á rabo un monje tan acabado como mi compadre de San Martín. Mas no sé por qué, nadie me ha propuesto esta carrera jamás. Con que, sobrino, debías ser fraile según eso; y ¿por qué si te place?

—Pues, para que la casa de mi padre se extinguiera, en la tumba ó en el claustro—respondió Quintín, con profunda emoción.

—Ya lo veo—repuso el Acuchillado,—ya lo entiendo. ¡Tunantes, tunos redomados! Pero también se les podía chasquear, á pesar de todo; pues mira, sobrino, que todavía yo me acuerdo del canónigo Robersart que había profesado, y luego se escapó del convento y se hizo capitán de Francos. Tenía una querida, la mujer más hermosa que he visto en la vida, y tres niños hermosos como ella. No hay que fiarse de los frailes, sobrino, no se ha de confiar en ellos porque pueden hacerse soldados y tener hijos cuando menos lo esperes; pero prosigue con tu relato.

—Poco más tengo que añadir—dijo Durward,—á no ser que considerando que mi pobre madre quedaba hasta cierto punto en rehenes por mí, vime en el caso de vestir el hábito de novicio y someterme á la regla monástica, aprendiendo hasta á leer y escribir.

—¡Leer y escribir!—exclamó el Acuchillado que era uno de aquellos que tienen por milagroso todo conocimiento que ellos no poseen. ¡Escribir, dices, y leer! No lo puedo

creer; jamás he oído decir que un Durward supiera escribir su nombre, ni tampoco un Lesly. Yo respondo de uno; para mí escribir me sería tan imposible como volar. Y dime, en nombre de San Luis, ¿cómo lo hicieron para enseñarte?

—Al principio era algo engorroso—dijo Durward,—pero con la práctica se me fué haciendo más fácil, y como estaba débil á causa de las heridas y la pérdida de sangre, y de-



seaba complacer á mi salvador, el Padre Pedro, me apliqué más. Pero al cabo de algunos meses de languidecer, mi pobrecita madre murió, y como mi salud estaba ya completamente restablecida, manifesté á mi bienhechor, que era al propio tiempo Sub-Prior del convento, mi repugnancia á tomar el hábito. Entonces convinimos, ya que mi vocación no me llamaba al claustro, que yo me lanzaría al mundo en busca de fortuna, y que, para librar al Sub-Prior del enojo de los Ogilvies, se daría á mi marcha la apariencia de fuga. A fin de disimularlo mejor me llevé el halcón del Abad; pero se me despidió con las debidas formalidades, como consta del sello y rúbrica de propia mano del Abad.

—¡Bravo, bien!—exclamó el arquero.—A nuestro rey le importa un comino cualquiera otro robo que hayas hecho,

pero le infunde horror extraordinario todo lo que se parezca á una violación del claustro. Y, vamos á ver, apostaría á que no tienes ningún tesoro para subvenir á tus gastos.

—Sólo algunas monedas de plata—dijo el mancebo,—pues á vos nada debo ocultar, querido tío.

—Malo es eso, amigo mío—repuso el Acuchillado,—malo es eso. En cuanto á mí, aunque no ahorro nunca un cuarto de mi paga porque en estos peligrosos tiempos no conviene llevar dinero consigo, siempre tengo (y yo te aconsejaría que trataras de imitarme,) alguna cadena de oro, ó brazalete ó collar, que al paso que sirve para adornar mi persona, en caso necesario se pueden utilizar uno ó dos eslabones, ó tal vez una piedra superflua, para obtener del producto de la venta lo que puede hacer falta en caso de un apuro. Tal vez tú me preguntarías de buena gana, cómo debe uno arreglarse para obtener tales juguetes como el que ves (al decir esto el arquero agitó su cadena con aire de satisfacción;) y á esto contestaría por lo pronto que no penden de las ramas de ningún arbusto, ni crecen tampoco en los campos, como los narcisos, cuyos troncos sirven á los chiquillos para hacer collares de caballero. ¿Cómo se ha de proceder, pues? Del mismo modo que yo conseguí esta cadena, tú puedes obtener otra si entras al servicio del rey de Francia, donde siempre se hallan riquezas, si no falta corazón para buscarlas con riesgo de la vida si es preciso.

—Tenía entendido—repuso Quintín, eludiendo una resolución para la cual no se juzgaba todavía competente,—que el duque de Borgoña despliega más ostentación que el rey de Francia, y que bajo sus banderas se puede alcanzar mayor gloria, pues á su lado se descargan recios golpes y se llevan á cabo grandes hechos de armas; mientras que el rey cristianísimo, según dicen, obtiene sólo victorias con la lengua de sus embajadores.

—Hablas como un chiquillo que no sabe lo que dice, sobrino mío—contestó el arquero,—pero á decir verdad, no olvido que cuando vine aquí era cuasi tan ignorante como

tú. Yo no podía representarme un rey sino sentado en su trono bajo un rico dosel, ceñida la cabeza con una corona de oro y teniendo á su alrededor sus grandes vasallos y paladines; ó bien á la cabeza de sus tropas cargando al enemigo, como Carlomagno en las novelas, ó Roberto Bruce ó Guillermo Wallace en nuestras verdaderas historias, como por ejemplo la del «Trovador.» Y ahora, atiende bien á lo que voy á decirte, joven. Todo eso que hablas es como la luna en un pozo; la política es el todo. Tal vez tú no sepas lo que es... Pues para que no lo ignores, te diré que es un arte inventado por nuestro Rey de Francia, y que consiste en combatir con la espada ajena y pagar á sus tropas con la bolsa de los demás. ¡Ah! es el príncipe más sabio que jamás revistió la púrpura, y sábete que la usa muy poco, pues con frecuencia le veo vestido con más sencillez de la que á mí me convendría.

—Pero advertid, tío, que eso no hace al caso para mí—contestó el joven.—Yo quisiera servir, puesto que servir debo en tierra extranjera, en cualquier parte donde una hazaña, si me tocara en suerte llevar á cabo alguna, pudiese darme nombre.

—Ya te entiendo, sobrino—repuso el arquero,—ya lo entiendo bastante bien; pero advierte que aun no tienes experiencia en estos asuntos. El duque de Borgoña es un hombre impetuoso, de cabeza volcánica y costillas de hierro, que ataca al enemigo al frente de sus nobles y caballeros, sus aliados de Artois y Hainault; pero, ¿piensas que si tú y yo nos halláramos allí, podríamos hacer gran cosa más que el mismo duque y sus valerosos nobles del país? Y advierte que si no nos distinguíamos tanto como ellos correríamos riesgo de ser entregados á manos del Preboste del Campo por andar remisos en la refriega; y si no nos quedábamos atrás, sólo se diría que habíamos ganado la paga que nos dan. Supón por un momento que yo me adelantase un poco á los demás en la refriega, lo cual es difícil y arriesgado entre hombres que hacen lo mejor que pueden: entonces, el señor duque diría en su idioma flamenco al verme descargar un buen golpe: «¡ah! «¡gut-getro-

ffen!» ¡buena lanza, valiente escocés! Dadle un florín para que beba á nuestra salud.» A esto se reduciría todo, sin que pudieras esperar elevarte en grado y adquirir tierras ni riquezas, pues nunca se concede nada de esto al extranjero; todo queda para los hijos del país.

—Pues entonces ¿con quién debo alistarme, querido tío? —preguntó Quintín.

—Con el que protege á los hijos de la patria—dijo el Acuchilladoirguiéndose arrogante.—El rey Luis dice siempre: «Mi buen labrador francés, atiende tú á tus aperos, cúidate del arado, del azadón, de la podadera y del restrillo, pues aquí tengo á mi bravo escocés que combatirá por ti, para que tú sólo tengas la molestia de pagarle. Y en cuanto á vosotros, gran duque, ilustre conde y poderoso marqués, contened vuestra bravura hasta que se necesite, porque podría desviarse de su camino y perjudicar á vuestro rey. Aquí están mis compañías de ordenanza, aquí mis guardias francesas, y sobre todo mis arqueros escoceses, y mi honrado Luis el Acuchillado, que se batirán mejor que vosotros, con vuestro valor sin disciplina, que en tiempo de nuestros padres bastó para perder las batallas de Crézy y de Arincourt.» Ahora bien, ¿no ves en cuál de estas dos posiciones tiene un caballero errante más probabilidades de alcanzar honores y provecho?

—Me parece comprenderos, tío—contestó Quintín,—pero á decir verdad, no creo que se pueda alcanzar gloria donde no hay peligro. Seguramente que sirviendo al rey, y dispensadme la observación, se tendrá una vida regalada, por no decir perezosa. Montar la guardia junto á un pobre anciano á quien nadie piensa hacer mal ninguno, pasar los días de verano y las noches de invierno en las fortificaciones y estar encerrado siempre en jaulas de hierro por temor de que uno deserte... vamos, tío, confesad que eso es vivir como el halcón en su percha cuando no le sacan nunca al campo.

—¡Por San Martín de Tours que eres despejado, muchacho! He aquí un verdadero arranque de Lesly, muy semejante á los míos, aunque con un poco más de ligereza.

Escucha, joven; yo siempre diré ¡viva el rey de Francia! Apenas se pasa día sin que se deba desempeñar alguna comisión, por la cual no sólo puede obtener dinero, sino también fama, cualquiera de los servidores del Príncipe: y no creas que los hechos más arriesgados se efectúan siempre á la luz del día. De algunos podría hablarte, tales como escalar castillos, hacer prisioneros y otras cosas análogas, en cuyo desempeño han corrido algunos mayor peligro y alcanzado más favor que cualquiera de los aventureros que sirven al impetuoso duque de Borgoña. Y si al rey le place mantenerse á retaguardia y á la sombra cuando se hacen tales cosas, así tiene más tranquilidad de espíritu para admirar, y puede conceder sus recompensas con más acierto á sus leales servidores, cuyos hechos de armas no le sería dado apreciar tan bien si tomase parte en la refriega. ¡Oh! te aseguro que es un monarca tan sagaz como sabio político.

Quintín Durward guardó silencio un instante, pero luego repuso en voz baja y con tono significativo:

—El buen padre Pedro solía decirme con frecuencia, que puede haber mucho peligro en hechos que apenas proporcionan gloria. Inútil me parece deciros, tío, que supongo que todas esas comisiones secretas serán honrosas.

—¿Por quién ó por qué me tomas?—replicó el Acuchillado con cierta aspereza.—A mí no me han educado en el claustro, ni sé tampoco leer y escribir; pero soy el hermano de tu madre y un Lesly leal. ¿Me crees á mí capaz de recomendarte una cosa indigna? El mejor caballero de Francia, el mismo Duguesclin, si otra vez viniese, podría vanagloriarse de contar entre sus proezas mis hechos de armas.

—Yo no puedo dudar de vuestra autoridad, querido tío—contestó Quintín,—pues vos sois el único consejero que me ha dejado mi desgraciada suerte; pero, decidme, ¿es verdad, como lo aseguran, que el rey tiene tan pobre corte en el castillo de Plessis; que no hay reunión de nobles cortesanos ó grandes feudatarios; que no tiene altos oficiales de la corona; que faltan las diversiones, ó sólo to-

man parte en ellas los criados de servicio; que se celebran consejos secretos, á los cuales se admite sólo á personas de obscuro linaje; que la nobleza está deprimida; y que hombres de la más ínfima clase obtienen los favores del rey? Todo esto no me parece regular, ni se asemeja en nada á la conducta del padre de ese príncipe, el noble Carlos, que arranca de las garras del leopardo inglés el más que medio conquistado reino de Francia.

—Vamos, muchacho, hablas como un chiquillo—replicó el arquero,—y siempre vienes á producir las mismas notas aunque varíes de cuerda. Abordemos la cuestión: si el rey ocupa á Oliverio Dain, su barbero, para ejecuar lo que él sabe hacer mejor que cualquiera de los Pares, ¿no gana el reino con esto? Si manda á su hercúleo Preboste Tristán, que prenda tal ó cual individuo sedicioso, ó que aleje á tal ó cual noble turbulento, la cosa se hace y punto concluído; mientras que si se confiase la comisión á un duque ó Par de Francia, tal vez contestaría enviando al rey un cartel de desafío. Si el monarca, por ejemplo, tiene á bien confiar al humilde Luis el Acuchillado alguna comisión, en vez de encargar el servicio al gran condestable, que tal vez le haría traición, ¿no da con esto el rey una prueba de su prudencia y buen criterio? Y sobre todo, ¿no conviene más un monarca de tales condiciones á los caballeros que buscando glorias y aventuras han de ir donde sus servicios puedan ser mejor recompensados? No, hijo mío, yo te aseguro que el rey Luis sabe escoger sus confidentes y comprende muy bien qué comisiones puede confiarles, cuidando siempre de no recargar á ninguno de más trabajo del que puede hacer. No se parece al rey de Castilla, que se ahogaba de sed porque su copero mayor no estaba detrás para llenarle la copa. Pero, escucha, ya toca la campana de San Martín, y debo volver inmediatamente al castillo. ¡Adios! Ocupa bien el tiempo, y mañana á las ocho de la misma preséntate delante del puente levadizo, donde preguntarás por mí al centinela. Ten cuidado, sobre todo, de no separarte del camino recto y trillado cuando te acerques al portal, pues hay tales trampas y fosos, que

muy bien podrías perder algún miembro que luego te haría mucha falta. Verás al rey y podrás juzgarle por ti mismo. ¡Adiós!

Así diciendo, el Acuchillado salió apresuradamente, olvidándose en su precipitación de pagar el vino que pidió al posadero, falta de memoria casual en personas de su condición, y que el dueño del establecimiento no pensó en corregir, atemorizado tal vez por la enorme espada de dos manos.

Podría suponerse que Quintín, una vez solo, volvería otra vez á su cuarto con la esperanza de oir de nuevo la dulce canción que tanto le había cautivado aquella mañana; pero esto no era ya más que un capítulo de novela; la conversación con su tío acababa de abrir á sus ojos una página de la verdadera historia de la vida, nada agradable por cierto, y por lo pronto, los recuerdos y reflexiones que le acosaban fueron suficientes para alejar de su espíritu todo pensamiento de amor.

Quintín se dirigió á un solitario paseo que se prolongaba por las orillas del impetuoso Cher, no sin preguntar antes al posadero por dónde podría ir mejor para evitar las trampas y lazos. En su solitaria excursión procuró coordinar las tumultuosas y desordenadas ideas para trazar su futura línea de conducta, sobre la cual le daba mucho que pensar la entrevista con su tío.

CAPITULO VI

Los gitanos

La educación que había recibido Quintín Durward no era la más propia para ablandar el corazón ó mejorar tal vez los sentimientos morales. Así como los demás individuos de su familia, habíase acostumbrado á considerar la caza como una diversión, y la guerra como la única ocupación formal, juzgando que uno de sus principales deberes era sufrir la desgracia resignadamente y vengar con justas represalias los ataques de los enemigos feudales que habían aniquilado casi su raza. Sin embargo, con estas ideas mezclábase cierto espíritu de, altivez caballeresca y hasta de galantería que suavizaba el rigor de tales principios; de modo que la animosidad no alejaba todo sentimiento humanitario y generoso. Las lecciones del anciano y digno monje, mejor aprovechadas tal vez durante una larga ociosidad, después de la desgracia, de lo que hubieran podido serlo en tiempos prósperos, permitieron al joven escocés arraigarlas más profundamente respecto á los deberes del hombre para con su prójimo; y considerando la ignorancia de la época, las preocupaciones generales que predominaban en favor de la vida militar, y la educación que había recibido, el joven se hallaba en estado de comprender cuáles eran sus deberes morales mejor de lo que se podía esperar de cualquier otro joven de aquel tiempo.

Quintín reflexionó en la entrevista que acababa de celebrar con su tío, experimentando como un sentimiento de con-

trariedad y disgusto. Hasta entonces había abrigado grandes esperanzas, pues aunque por aquel tiempo no se pudiesen mantener relaciones por correspondencia escrita, nunca faltaba algún peregrino ó mercader, ó soldado inválido que llevara á veces noticias de Lesly á Glen-houlakin; y todos elogiaban su indomable valor y su buena fortuna en muchas empresas que el rey había confiado al intrépido arquero. Quintín se había trazado un bosquejo á su manera, comparando á su afortunado tío (cuyas hazañas sin duda no menguaban al pasar de boca en boca,) con alguno de los campeones y caballeros andantes cantados por los trovadores, que ganaban coronas y casábanse con hijas de reyes sólo por su espada y su lanza; pero ahora veíase obligado á clasificar á su tío en un rango mucho más inferior. No obstante, poseído del mayor respeto á sus parientes y á cuantos los representaban de cerca; dejándose llevar de todas las preocupaciones que desde joven abrigaba en favor de aquéllos, falto de experiencia, y tiernamente afectuoso á la memoria de su madre, Quintín no reconoció en el único hermano de la que le dió el sér su verdadero carácter, que no era otro sino el de un soldado mercenario, ni mucho mejor ni peor que el de otros aventureros de la misma profesión, cuya presencia contribuía á perturbar el estado de Francia.

Sin ser refinadamente cruel, el Acuchillado se mostraba por costumbre indiferente á la vida y á los padecimientos humanos; en extremo ignorante y codicioso de botín, no tenía escrúpulos sobre la manera de adquirirlo, y era pródigo para gastarlo cuando se trataba de satisfacer sus pasiones. La costumbre de atender exclusivamente á sus propias necesidades é intereses le había convertido en uno de los seres más egoístas del mundo; de modo que rara vez podía, como el lector habrá observado, tratar de cualquier asunto sin ver de qué manera lo utilizaría en su provecho, aunque él aseguraba que lo hacía suyo propio, sin que á ello le indujera una mira interesada. A esto debe añadirse que el estrecho círculo de sus obligaciones y placeres había circunscrito gradualmente sus ideas, sus esperanzas y

deseos, apagando en gran parte el rudo espíritu de honradez y el deseo de distinguirse en las armas que le animaron en su juventud. Luis Lesly era en resumen un buen soldado, endurecido, egoísta y de escasa inteligencia; activo é inexorable en el cumplimiento de sus deberes, pocas cosas le llamaban la atención fuera de la observancia del servicio, como no fuese alguna orgía de vez en cuando en compañía del hermano Bonifacio, su camarada y confidente. Si hubiese tenido más disposición y alcances, probablemente habría alcanzado algún cargo importante, porque el rey, que conocía personalmente á todos los soldados de su guardia escocesa, tenía mucha confianza en el valor y la fidelidad del Acuchillado, no faltándole á éste bastante inteligencia y buen tacto para comprender cómo debían satisfacerse las rarezas y caprichos de su rey. Sin embargo, su capacidad era demasiado limitada para poder elevarse á mayor altura; y aunque Luis le halagaba no pocas veces con una sonrisa ó le dirigía alguna frase amistosa, el Acuchillado continuaba siendo un simple guardia ó arquero escocés.

Sin llegar á conocer el fondo del carácter de su tío, Quintín quedó asombrado al observar la indiferencia con que escuchó la noticia del exterminio de toda la familia de su cuñado, y no pudo menos de sorprenderle también que un pariente tan cercano no le hubiera ofrecido su bolsa, circunstancia que, á no ser por la generosidad de maese Pedro, le habría obligado á pedir algún dinero sin rodeos. Sin embargo, juzgaba mal á su tío al presumir que esta falta de atención en satisfacer sus probables necesidades era debida á la avaricia. No necesitando precisamente dinero él mismo, el Acuchillado no pensó que su sobrino pudiera estar en apuro; si lo hubiese creído así, como le eran sagrados los lazos de parentesco, no hubiera dejado de atender á las necesidades de su sobrino, lo mismo que lo habría hecho por su difunta hermana ó su esposo. Pero cualquiera que fuese la causa, el descuido no era nada satisfactorio para el joven Durward, que más de una vez se arrepintió de no haber entrado al servicio del duque de

Borgoña antes de su pendencia con el guarda-bosque. «Cualquiera que hubiese sido mi suerte, pensaba, siempre hubiera podido fortalecerme con la idea de que en el peor caso me quedaba aquí un fuerte apoyo en mi tío Luis. Pero ahora ya le he visto, y por mengua suya, más protección he hallado en un simple mercader desconocido que en el hermano de mi propia madre, en un compatriota y caballero. Cualquiera creería que la cuchillada que le privó de la gracia del rostro le ha robado al mismo tiempo hasta la última gota de sangre generosa.»

Quintín se lamentaba también de no haber tenido oportunidad de hablar de maese Pedro á su tío, á fin de obtener algún informe acerca de aquel personaje: las preguntas del arquero se habían seguido tan rápidamente, que no le dejaron tiempo para pensar en ello; y por otra parte, el toque de la gran campana de San Martín de Tours había interrumpido la conferencia demasiado repentinamente. Aquel anciano, pensaba el joven escocés, era impertinente y poco tratable al parecer, sarcástico y burlón en el decir, pero generoso y liberal en sus actos; y semejante extranjero bien valía tanto como un tío indiferente. «¿Qué dice el antiguo adagio escocés?» murmuró Quintín. «Que más vale un buen extraño que un pariente que se extraña.» Yo encontraré á ese hombre, lo cual me parece que no será muy difícil, si es tan rico como el patrón dice; y cuando menos, me dará buenos consejos para dirigir mis acciones. Si es hombre que viaja por países extranjeros, como lo hacen otros muchos de su profesión, ¡quién sabe si me convendría tanto servirle á él como alistarme en los guardias del rey Luis!

Cuando formulaba este último pensamiento, un suspiro escapado de lo más recóndito del corazón, en el que se encierran muchas cosas que su dueño no conoce ó no siempre quiere reconocer, sugirióle la idea de que tal vez la dama de la torrecilla, la del velo y del laúd, acompañaría al anciano en sus aventurados viajes.

Cuando más absorto esta en estas reflexiones, encontró dos hombres de venerable aspecto, al parecer ciudadanos de Tours, á quienes después de saludar con el respeto

que la juventud debe á la ancianidad, preguntóles cortésmente si podrían indicarle dónde estaba la casa de maese Pedro.

—¿La casa de quién, hijo mío?—preguntó uno de los paseantes.

—De maese Pedro, del gran comerciante en sedas, que ha plantado todas las moreras del parque de allá arriba—repuso Quintín.

—Joven—dijo el que estaba más cerca,—á la edad que tienes no es todavía tiempo de entregarte á la vagancia.

—Y has escogido mal si tratas de hacernos blanco de tus burlas—dijo el otro con aspereza.—El Síndico de Tours no está acostumbrado á que se le hable de esta manera ni á que se gasten bromas con él.

Quintín quedó tan sorprendido del resentimiento que manifestaban aquellos dos hombres, al parecer decentes, sólo por el hecho de dirigirles una sencilla pregunta con la mayor cortesía, que no pensó en enojarse por la rudeza de la contestación, y quedóse contemplándolos mientras se alejaban precipitadamente, volviéndose á menudo para mirarle, como si deseasen ponerse fuera de su alcance lo más pronto posible.

Poco después encontró un grupo de viticultores, á quienes dirigió la misma pregunta, á la cual contestaron invitándole á que les indicase si se refería á maese Pedro el maestro, ó maese Pedro el carpintero, ó maese Pedro el pertiguero, añadiendo que aun conocían otra media docena de individuos del mismo nombre. Como ninguno de ellos parecía ser por sus señas la persona que él buscaba, sus interlocutores le trataron de impertinente, creyendo que trataba de burlarse de ellos, y amenazáronle con molerle á palos para castigar su mofa. El más anciano de entre ellos, que tenía más influencia entre los demás, impidió que pasaran á vías de hecho.

—Ya veis por su modo de hablar, y por su ridícula gorra—les dijo,—que es uno de esos saltimbanquis extranjeros que han venido á nuestro país, y á quienes algunos llaman hechiceros ó adivinos, y otros juglares ó cosa aná-

loga, no sabiendo nadie las mañas de que puedan valerse. Yo he conocido uno que pagó sólo un ochavo por darse un atracón de uvas en la viña de un pobre; comió tantas como hubiera podido cargar un borrico, y no le fué necesario soltarse ni un solo botón de la chaqueta. De consiguiente, dejadle pasar y seguir su camino tranquilamente, mientras vamos por el nuestro.—Y vos, amigo mío—añadió dirigiéndose al joven,—idos en nombre de Dios y de San Martín de Tours, y no nos calentéis más la cabeza con vuestro maese Pedro, que muy bien podría ser un nombre del diablo.

Como Quintín estaba solo, y era por lo tanto el más débil, juzgó prudente seguir su camino sin contestar, pero los labriegos, que al principio se apartaban del joven con horror á causa de su supuesta habilidad como hechicero, y su facilidad para devorar uvas, cobraron ánimo á medida que se alejaba, y después de proferir algunos gritos y maldiciones, acabaron por lanzar contra el joven una lluvia de piedras, aunque á tal distancia, que poco ó ningún daño podían hacer al objeto de sus iras. Quintín, continuando su paseo, comenzó á pensar, á su vez, que, ó bien estaba hechizado, ó que el pueblo de Turena era el más estúpido, brutal é inhospitalario de toda Francia. El incidente que observó después, no fué el más propio para hacerle variar de opinión.

En una pequeña eminencia, que se elevaba sobre la rápida y hermosa corriente del Cher, en la misma línea que el joven seguía, veíanse dos ó tres corpulentos castaños, tan simétricamente situados, que formaban el más gracioso grupo; y delante de estos árboles, tres ó cuatro campesinos, inmóviles, miraban hacia arriba con la mayor atención, fija la vista al parecer en algún objeto pendiente de las ramas. La meditación de un joven rara vez es tan profunda que no ceda al impulso de la curiosidad, tan fácilmente como la más diminuta piedrecilla, al caer por casualidad de nuestras manos, agita la superficie de un limpio estanque. Quintín, apresurando el paso, corrió ligeramente hacia la eminencia y llegó bastante á tiempo para presenciar el horro-

roso espectáculo que excitaba la atención de los campesinos, y que no era nada menos que el cuerpo de un hombre estremeciéndose en las últimas convulsiones de la agonía, pendiente de una de las ramas.

—¿Por qué no cortáis la cuerda que le sujeta?—preguntó el joven escocés, cuya mano estaba siempre tan dispuesta á remediar la desgracia como á defender su honor cuando le creía atacado.

Uno de los campesinos, volviéndose hacia Quintín, con una expresión de espanto que no permitía reconocer cuál sería la natural de su semblante, y con las facciones pálidas como la cera, mostróle una señal trazada en la corteza del árbol, y que por su forma ofrecía la misma tosca semejanza con una flor de lís que la que ciertos signos cabalísticos, bien conocidos de los empleados del fisco, tienen con una «flecha ancha.» Sin entender nada de esto ni cuidarse de la importancia de tal símbolo, el joven Durward trepó con la ligereza de un lince á la copa del árbol, sacó de su bolsillo ese instrumento tan necesario para el montañés ó el leñador, el fiel «skene d' hu,» y avisando á los que estaban abajo para que recibiesen el cuerpo en sus manos, cortó la cuerda en menos de un minuto.

Pero su humanitario acto fué mal secundado por los curiosos, quienes lejos de prestar al joven el menor auxilio, parecían aterrados de su audacia y diéonrse á huir, cual si temieran que su sola presencia pudiera interpretarse como complicidad en el acto. El cuerpo, no hallando sostén, cayó pesadamente á tierra, de tal modo que cuando Quintín, saltando al punto, se acercó á él, tuvo el disgusto de reconocer que ya se había extinguido la última chispa de vida. No desistió, sin embargo, de su caritativo propósito sin hacer nuevos esfuerzos: desató del cuello del infeliz el nudo fatal, desabrochóle el jubón, le roció el rostro con agua, y aplicóle todos los remedios que se acostumbran en tales casos para restablecer la respiración.

Mientras el joven se ocupaba en este acto humanitario, elevóse de improviso en torno suyo un ronco clamoreo, y oyó muchas voces de personas que hablaban un lenguaje

incomprensible para él; mas apenas tuvo tiempo para observar lo que era, pues cercáronle varios hombres y mujeres de extraño aspecto, sintióse cogido bruscamente por ambos brazos, y vió junto á su cuello la hoja de un cuchillo.

—¡Pálido esclavo de Eblis!—gritó un hombre en muy mal



francés.—¿Estás robándole después de haberle asesinado? Pero ya te hemos cogido y vas á pagarlas todas juntas.

Apenas dichas estas palabras, Quintín vió brillar á su alrededor varios cuchillos, y fijas en él las siniestras miradas de algunos hombres de salvaje aspecto, semejantes á otros tantos lobos dispuestos á lanzarse sobre su presa.

Sin embargo, el valor del joven escocés le salvó en aquel peligro, pues sin perder su presencia de ánimo gritó á los que le rodeaban:

—¿Qué quiere decir esto, señores? Si ese es el cuerpo de un amigo vuestro, sabed que, movido á compasión, aho-

ra mismo acabo de cortar la cuerda de que estaba colgado; y mejor haríais en tratar de volverle á la vida que en maltratar á un extranjero inocente, á quien ese hombre debería su salvación si no hubiese muerto.

Entretanto las mujeres se habían apoderado ya del cadáver y continuado las tentativas que para restituirle á la vida había hecho ya Durward, aunque sin mejor éxito, visto lo cual, desistiendo de sus infructuosos esfuerzos, entregáronse á todas las manifestaciones de dolor acostumbradas en Oriente. Las mujeres profirieron dolorosos gemidos, mesándose sus largos cabellos negros, al paso que los hombres parecían desgarrarse la ropa y cubríanse de polvo la cabeza. Poco á poco fueron absorbiéndose tanto en sus ritos funerarios que ya no hicieron el menor caso de Durward, de cuya inocencia probablemente quedaron convencidos por las circunstancas.i Lo mejor que hubiera podido hacer el joven sin duda alguna era alejarse de aquellos salvajes, pero había sido educado en el desprecio casi temerario al peligro y sentía además todo el estímulo de la curiosidad juvenil.

Los individuos que componían aquel grupo extraño, tanto hombres como mujeres, llevaban turbantes y gorras, más semejantes á la de Quintín que á las usadas comúnmente en Francia; algunos se distinguían por sus barbas negras y rizadas, y la complexión de todos era tan obscura como la de los africanos. Dos individuos, que parecían ser jefes, ostentaban varios adornos de plata en el cuello y las orejas, y llevaban vistosas fajas amarillas y encarnadas; sus piernas y brazos estaban completamente desnudos; y todos tenían en general un aspecto mísero y raquítico. Quintín no vió que llevaran otras armas sino los largos cuchillos con que le amenazaron antes; sólo un joven tenía una especie de alfange corto y corvo, cuya empuñadura oprimía con frecuencia; este joven, de aspecto vigoroso, era más extremado que sus compañeros en sus manifestaciones de dolor, y parecía murmurar palabras de venganza.

Aquel grupo desordenado y turbulento tenía un aspecto tan diferente de todos los que Quintín había visto hasta

entonces, que estuvo á punto de tomarlo por un grupo de sarracenos, de esos «perros paganos,» que eran los enemigos de todo caballero y monarca cristiano en cuantas novelas había leído ú oído leer; y ya iba á alejarse de tan peligrosa compañía, cuando se oyó un galope de caballos, y los presuntos sarracenos, que en tanto se habían ya cargado á cuestas el cuerpo de su camarada, fueron súbitamente acometidos por una partida de soldados franceses.

Esta repentina aparición cambió los acompasados lamentos de aquellos hombres en alaridos de terror. En un momento el cadáver fué arrojado al suelo y los que estaban en torno suyo mostraron la mayor prontitud y destreza en escapar, como quien dice, entre los pies de los caballos, y de las puntas de las lanzas que contra ellos se asestaron á los gritos de: «¡Fuera esos ladrones paganos condenados! ¡Cogedlos y matadlos! ¡Atadlos como bestias! ¡Alanceadlos como lobos!»

A estos gritos acompañaban actos de violencia; mas tal era la ligereza de los fugitivos y tan desfavorable el terreno á los jinetes por la abundancia de espinas y malezas, que sólo dos fueron derribados y hechos prisioneros, uno de ellos, el joven del alfanje, que había hecho antes alguna resistencia. Quintín á quien parecía la fortuna haber escogido por blanco de sus saetas, fué al mismo tiempo detenido por los soldados, y sus armas, á pesar de sus reclamaciones, tiradas al suelo y atadas en un lío, mostrando los que le cogieron tal presteza y habilidad en esa operación que de lejos se veía que no eran novicios en asuntos de policía.

Al mirar ansiosamente quién era el caudillo de los jinetes, de quien esperaba obtener la libertad, no supo á punto fijo Quintín si alegrarse ó sobresaltarse al reconocer en él al silencioso compañero de maese Pedro. Cierto que, cualquiera que fuese el crimen de que se acusara á los extranjeros, este oficial debía saber, por lo ocurrido aquella mañana, que él, Durward, nada tenía que ver absolutamente con ellos; pero era difícil adivinar si este hombre taciturno sería un juez favorable ó un testigo dispuesto en

su favor, y abrigaba sus dudas respecto á si mejoraría su posición apelando directamente á él. Quintín no tuvo tiempo para reflexionar más.

—Tres-Escalas y Andresillo—dijo el tétrico oficial á dos de los suyos,—estos mismos árboles que nos rodean servirán perfectamente. Quiero enseñar á estos infieles brujos ladrones á no intervenir en la justicia del rey, cuando ésta se dispensa á uno cualquiera de su raza maldita. Desmontad, hijos míos, y haced vuestro oficio sin demora.

Tres-Escalas y Andresillo echaron pie á tierra en un momento, y Quintín observó que cada uno de ellos llevaba en la grupa y en el pomo de la silla uno ó dos rollos de cuerda, la cual desliaron rápidamente, dejando ver que cada una tenía el fatal nudo corredizo, propio para ahorcar. Helósele á Quintín la sangre en las venas al notar que se elegían tres cuerdas, pues comprendió que se tenía el propósito de colocar una de ellas en torno de su propio cuello. Entonces llamó á gritos al oficial, recordóle su encuentro de por la mañana, invocó los derechos de escocés libre en un país amigo y aliado, y negó saber nada de las personas entre las cuales se le acababa de prender.

El oficial á quien Durward interpeló de este modo, apenas se dignó dirigirle una mirada mientras hablaba, y no hizo el menor caso de su alusión á haberle conocido antes; pero volviéndose indiferentemente hacia uno ó dos campesinos de los que se habían ido acercando, ya para consignar su declaración contra los prisioneros, ó bien por pura curiosidad, preguntóles bruscamente:

—¿Estaba ese joven con los vagabundos?

—Vaya si estaba, con perdón de vuestra señoría, noble señor Preboste—respondió uno de los labriegos,—él fué quien primero cortó irrespetuosamente la cuerda al pícaro que tan merecidamente había ahorcado la justicia de Su Majestad.

—Juraría por Dios nuestro Señor y por San Martín de Tours, que le he visto con la cuadrilla—dijo el otro,—cuando saquearon nuestro cortijo.

—No puede ser, padre—dijo un muchacho,—aquel hereje era negro y este mozo es guapo; aquel hereje tenía el pelo

corto y ensortijado y éste lleva largos y hermosos bucles.

—Eso es, chico—dijo el aldeano,—y tal vez dirás también que aquél llevaba una chaqueta verde y éste una chupa gris. Pero su señoría, el Preboste, sabe mejor que yo que esa gente cambia de fisonomía tan fácilmente como de traje, de modo que sigo creyendo que es él mismo.

—Basta con que le hayáis visto entrometerse en la justicia del rey, tratando de salvar de la horca á un traidor—dijo el oficial.—Tres-Escalas y Andresillo—añadió,—despachad pronto.

—Detenéos, señor oficial—exclamó el joven con mortal angustia,—escuchadme; no me hagáis morir inocente; mi sangre os sería reclamada por mis compatriotas en este mundo, y por la justicia divina en el otro.

—Sabré responder de mis acciones en ambos—respondió fríamente el Preboste, haciendo á los verdugos una señal con la mano izquierda.

Y sonriendo con maliciosa saisfacción, tocó con el índice su brazo derecho, que llevaba suspendido en cabestrillo, inutilizado probablemente por el golpe que le había asestado Durward aquella mañana.

—¡Miserable, canalla!—gritó Quintín, persuadido por aquel ademán de que una venganza particular era el móvil del rigor de aquel hombre y de que no debía esperar de él merced alguna.

—Ese pobre mozo desvaría—dijo el Preboste,—dirígele alguna palabra de consuelo antes de que entregue el alma á Dios, Tres-Escalas; tú eres entendido en tales casos, cuando no hay á mano un confesor; concédele un minuto tu asistencia religiosa y despacha pronto, mientras yo continúo la ronda. ¡Soldados, en marcha!

El Preboste picó espuelas y siguióle la guardia, excepto dos ó tres individuos que se quedaron para auxiliar á los verdugos. El infeliz mancebo siguióle con los ojos, cegados casi por la desesperación, y pensó que, á cada pisada de los caballos que se alejaban, perdía más y más la última probabilidad de salvación. Entonces miró angustiosamente á su alrededor y quedó sorprendido, aún en aquel

momento, al ver la estóica indiferencia de sus compañeros de infortunio. Antes habían manifestado el mayor espanto y hecho todos los esfuerzos posibles para escapar; mas ahora, una vez cogidos, y aparentemente destinados á una muerte inevitable, esperaban el momento con la calma más completa. La perspectiva de su próximo fin comunicaba un tinte más amarillo á sus atezadas mejillas, mas no agitaba una sola fibra de su rostro ni disminuía la altiva expresión de su mirada. Parecían zorras que, después de haber agotado todas sus mañas y tretas para escapar, mueren con un salvaje desdén que los lobos y los osos, más fieros que ellas, no muestran jamás.

Presenciaban impávidos los preparativos de los ejecutores, que procedían con mucha más calma de la que les había recomendado su jefe, lo cual se debía probablemente al gusto que tomaban por la fuerza del hábito en su horrible oficio. Nos detenemos un momento para retratarlos, porque, bajo un régimen tiránico, despótico ó popular, la persona del verdugo llega á tener gran importancia.

Estos funcionarios diferían esencialmente por su aspecto y maneras. Luis solía llamarlos Demócrito y Heráclito, y su jefe, el Preboste, «Juan llora» y «Juan ríe.»

Tres-Escalas era alto, flaco, cadavérico, con cierta gravedad en la fisonomía; llevaba alrededor del cuello un gran rosario, el cual tenía costumbre de ofrecer piadosamente á los desgraciados en quienes cumplía su deber. Continuamente citaba uno ó dos textos latinos sobre las vanidades del mundo; y si no hubiese sido cosa irregular el sesempeño de dos cargos, pudiera haber ejercido el oficio de confesor «in extremis» juntamente con el de verdugo. Andresillo, al contrario, era un tipo alegre, rechoncho, bajito, que iba y venía presuroso para llenar sus deberes, como si fueran la ocupación más divertida del mundo. Parecía profesar una especie de cariñoso afecto á sus víctimas, y siempre hablaba con ellas en los términos más benévolos. Eran sus pobrecillos amigos, sus queridos camaradas, sus buenos padres, según la edad; y así como Tres-Escalas procuraba inspirarles filosófico ó religioso respeto á la otra vida, An-

dresillo rara vez dejaba de gastar alguna broma, para inducirlas á abandonar esta vida como cosa de poca monta, despreciable é indigna de seria meditación.

No puedo decir por qué, ó por qué razón, mas el hecho es que estos dos personajes, á despecho de la variedad de sus disposiciones y de la rara existencia de éstas en hombres de su calaña, eran tal vez más profundamente detestados que cualquiera otro de su profesión lo haya sido nunca, antes ó después, y la única duda de los que poco ó mucho les conocían, era si el grave y patético Tres-Escalas ó el retozón y avispado Andresillo, eran objeto de mayor temor ó de más profunda execración.

Seguramente que por ambos conceptos eran muy superiores á cualquiera otro verdugo de Francia, excepto, tal vez, su jefe, Tristán el Ermitaño, el conocido Mariscal Preboste, ó su amo, Luis XI.

No debe suponerse que estas fueran las reflexiones de Quintín en aquel apurado trance. La vida, la muerte, el tiempo y la eternidad pasaban y repasaban ante sus ojos en fúnebre perspectiva, de la que la naturaleza humana, siempre débil, pugnaba por alejarse, aunque el orgullo hacía esfuerzos para resistirse. Quintín Durward invocó al Dios de sus padres, y al hacerlo así, no pudo menos de recordar la desmantelada capilla que entonces servía de único refugio á toda su raza, excepto él mismo. «Nuestros enemigos feudales, se dijo, dieron á mis parientes sepultura en su propia tierra, pero yo serviré de pasto á los cuervos y milanos de un país extranjero, como un miserable renegado.» Esta última reflexión hizo asomar las lágrimas á los ojos de Quintín; pero en aquel momento, Tres-Escalas, tocándole en el hombro, felicitóle gravemente por las buenas disposiciones en que se hallaba para morir, murmurando con tono patético: «Beati qui in Domino moriuntur.» Después hizo observar que era dichosa el alma que abandonaba el cuerpo cuando había lágrimas en los ojos; mientras que Andresillo, acercándose por el otro lado, añadió:

—¡Valor, hijo mío! Ya que has de empezar el baile, vale

más que lo hagas alegremente, porque todos los instrumentos están ya templados.

Y como para confirmar su lúgubre chiste, hizo girar la cuerda con la mayor indiferencia; mientras que el joven miraba alternativamente á aquellos dos hombres, los cuales le hicieron comprender mejor sus palabras empujándole suavemente hacia el árbol fatal, y exhortándole á tener valor, pues sería cosa de un momento.

En trance tan inminente, el joven paseó una distraída mirada á su alrededor, exclamando:

—¡No habrá por aquí ningún buen cristiano que me escuche; y que vaya á decir á Luis Lesly, de la Guardia Escocesa, á quien llaman en este país el Acuchillado, que se asesina aquí vilmente á su sobrino!

Muy oportunamente fueron dichas estas palabras, pues un arquero de la Guardia Escocesa, atraído por los preparativos de la ejecución, hallábase allí con otras dos ó tres personas que pasaban por el sitio casualmente.

—Cuidado con lo que hacéis—dijo el arquero á los ejecutores,—pues si ese joven es realmente escocés, no permitiré que se le atropelle.

—Dios me libre de hacer tal cosa, señor caballero—contestó Tres-Escalas;—yo no hago más que obedecer las órdenes recibidas.

Y así diciendo, tiró de Quintín por un brazo.

—El juego más corto es siempre el más limpio—añadió Andresillo, cogiendo á Quintín del otro.

Pero el joven había oído palabras de consuelo, y haciendo un poderoso esfuerzo, desprendióse de improviso de las manos de los ejecutores, corriendo, con los brazos aun atados, al sitio donde estaba el arquero escocés.

—Auxiliadme, paisano—díjole en su propio idioma,—¡hacedlo por amor de Escocia y de San Andrés! Soy inocente; soy compatriota vuestro. Auxiliadme, que de ellos pedirán cuenta el día del juicio.

—¡Por San Andrés!—gritó el arquero desenvainando su espada,—nadie os tocará sin pasar sobre mi cuerpo.

—Cortad mis ligaduras, paisano—dijo Quintín,—que yo también me defenderé.

Hízolo así el arquero con un ligero tajo de su arma, y el cautivo, abalanzándose de improviso contra uno de los soldados del Preboste, arrancóle de las manos su alabarda, y gritó:

—¡Y ahora, venid aquí si os atrevéis!

Los dos oficiales se consultaron en voz baja.

—Ve tú—dijo Tres-Escalas,—á buscar al Mariscal Preboste, mientras que yo procuro entretenerlo.

Y dirigiéndose á sus compañeros, gritó:

—¡Soldados del Prebostazgo, firmes las armas!

Andresillo, montando á caballo, alejóse de allí, y los otros guardias, al oir la voz de mando de Tres-Escalas, oprimiéronse tanto, que los otros dos prisioneros pudieron escapar en medio de aquella confusión.

Tal vez no hubiera gran empeño en volver á cogerlos, porque poco antes los soldados habían podido saciarse en la sangre de aquellos infelices, sucediéndoles en esto lo que á otros animales feroces, que después de la matanza se cansan de tanta carnicería. El descuido de los soldados se debió en particular á su deseo de atender á la defensa de Tres-Escalas, pues había una rivalidad que muy á menudo terminaba por sangrientos choques entre los arqueros escoceses y los guardias que ejecutaban las órdenes del Preboste.

—Tenemos bastante fuerza para batir á esos orgullosos escoceses si os place—dijo uno de los soldados á Tres-Escalas.

Pero el prudente oficial hizo un ademán para que todos permaneciesen quietos, y dirigiéndose al arquero escocés con la mayor cortesía, le dijo:

—Al intervenir en el cumplimiento de la justicia del rey, debida y legalmente confiada al Preboste, habéis inferido un insulto á nuestro jefe, y no obráis legalmente conmigo, teniendo en mi poder el acusado; ni tampoco hacéis favor ninguno al joven, pues habrá cincuenta ocasiones de ahorcarle, y tal vez no se le encuentre ya en tan buena disposi-

ción como estaba antes de vuestra mal aconsejada intervención.

—Si mi paisano opina que le he causado perjuicio—dijo el arquero,—os lo devolveré sin más réplica.

—¡No, no!—gritó Quintín,—¡en nombre del cielo no hagáis tal, pues preferiría que me cortarais la cabeza con vuestra larga espada, porque no sería tan deshonroso como perecer á manos de ese malandrín.

—¡Hola! ¿Ahora comenzamos con las injurias?—exclamó el ejecutor de la ley.—¡Ay de mí! ¡qué pronto se pierden las buenas resoluciones! Hace un momento estaba en la mejor disposición para subir á la eternidad, y en dos minutos se ha convertido en rebelde contra la ley.

—Pero decidme de una vez—repuso el arquero,—¿qué ha hecho este joven?

—Ha osado—contestó Tres-Escalas con gravedad,—descolgar el cadáver del ajusticiado, sin respeto á la flor de lis trazada en la corteza del árbol en que yo mismo efectué la ejecución.

—¿Cómo es esto, joven?—preguntó el arquero.—¿Cómo habéis osado cometer semejante delito?

—Como deseo vuestra protección—contestó Quintín,—voy á deciros la verdad lo mismo que si me confesara. Vi un hombre pendiente de las ramas de un árbol, luchando entre las agonías de la muerte, y al punto fuí á cortar la cuerda que le sujetaba, movido por un sentimiento humanitario. No me detuve á mirar si en la corteza se había trazado una flor de lis ó un alelí, y tan lejos estaba de mi ánimo ofender con ello al rey de Francia, como á nuestro Santo Padre el Papa.

—Pues entonces ¿para qué diablos necesitabais tocar el cadáver?—replicó el arquero.—Detrás de ese funcionario veréis muy á menudo otros, pendientes de las ramas de los árboles como racimos; y no tendríais poco que hacer en esta tierra si os ocuparais en ir espigándolos en pos del verdugo. En fin, sea como fuere, no se dirá que he abandonado á un compatriota cuando podía salvarle. Vamos, se-

ñor del Prebostazgo—añadió el arquero,—ya veis que esto ha sido sólo una equivocación, y, por lo tanto, justo será compadecerse de tan joven viajero, porque en nuestro país no estaba acostumbrado á ver procedimientos tan expeditos como los vuestros y los de vuestro amo.

—Seguramente, no será porque no se necesiten, señor arquero—contestó Andresillo, que volvía en aquel instante. —¡Firmes! Tres-Escalas, que aquí viene el mariscal preboste, y ahora veremos cómo toma la intervención de extraños en el desempeño de sus funciones.

—Y muy á punto viene—repuso el arquero,—pues por allí se adelantan también algunos de mis camaradas.

Efectivamente, mientras que el preboste Tristán avanzaba á la cabeza de su patrulla por un lado de la colina, teatro de aquella escena, vióse llegar por el otro un grupo de cuatro ó cinco arqueros, á los cuales precedía el mismo Acuchillado.

En aquella ocasión, Lesly no manifestó á su sobrino la indiferencia de que Quintín le había acusado antes interiormente, pues apenas vió á su compañero y á Durward en actitud defensiva, exclamó:

—¡Gracias, Cuningham! Señores, prestadme vuestro auxilio, pues se trata de un joven caballero escocés que es sobrino mío. ¡Lindesay, Guthrie, Tyrie, desenvainad y á ellos!

En aquel momento era inminente un sangriento conflicto entre ambos partidos, no muy desproporcionados en número, pues las armas superiores de los escoceses les ofrecían igual probabilidad de alcanzar la victoria. Pero el mariscal preboste, bien porque dudara del resultado del combate, ó ya porque presumiese que le disgustaría al rey, hizo señal á sus hombres para que se abstuvieran de toda violencia; mientras que, dirigiéndose al Acuchillado, jefe del grupo de escoceses en aquel momento, preguntóle que se proponía el caballero de la Guardia Real al oponerse á la ejecución de un delincuente.

—Niego que tal sea—contestó el Acuchillado.—¡Por San Martín, creo que hay bastante diferencia entre ejecutar á un criminal y asesinar á un sobrino mío!

—Vuestro sobrino puede ser tan criminal como otro cualquiera, caballero—replicó el mariscal preboste,—y advertid que todo extranjero en territorio francés debe someterse á las leyes de Francia.

—Sí, pero nosotros, los arqueros escoceses, tenemos nuestros privilegios—replicó el Acuchillado.—¿No es así, compañeros?

—Sí, sí—exclamaron todos á la vez.—¡Privilegios, privilegios! ¡Viva el rey Luis, viva el valeroso Acuchillado, viva la guardia escocesa, y muera todo aquel que trate de infringir nuestros privilegios!

—Pero, señores guardias—dijo el preboste,—sed razonables y considerad cuál es el cargo que desempeño.

—Nada tenemos que ver con vos—repuso Cuningham.—Nuestros oficiales son los que han de escucharnos, y seremos juzgados por la gracia del rey, ó por nuestro capitán, ya que no está aquí el supremo Lord condestable.

—Y sólo podemos ser ahorcados—añadió Lindesay,—por Sandic Wilson, el anciano Preboste de nuestro propio cuerpo.

—Sería inferir marcadamente un desaire á Sandic, el hombre más honrado que jamás hizo nudos en una cuerda de cáñamo, si consintiéramos en otro procedimiento—dijo el Acuchillado.—Si se me hubiera de ahorcar, nadie más que él me pondría el corbatín al cuello.

—Pero ved—dijo el mariscal preboste,—que este joven no pertenece á la guardia, ni puede por lo tanto participar de lo que llamáis vuestros derechos.

—Lo que «llamamos» nuestros derechos, todos sostendremos que son tales—contestó Cuningham.

—Y no permitiremos que se discutan—exclamaron todos los arqueros á la vez.

—¿Pero estáis locos, señores?—replicó Tristán.—Nadie os disputa vuestros privilegios; sólo os digo que este joven no es uno de los vuestros.

—Es «mi» sobrino—repuso el Acuchillado con aire de triunfo.

—Pero no arquero de la guardia, á lo que parece—contestó el preboste.

Los arqueros se miraron unos á otros como indecisos.

—Mantente firme, compañero—murmuró Cuningham al oído del Acuchillado,—di que le hemos alistado.

—¡Por San Martín que tienes razón, amigo!—contestó Lesly. Y alzando la voz, añadió:

—Juro que en este mismo día ha sido alistado mi sobrino en mi propia escolta.

Esta declaración era un argumento irrefutable.

—Bien está, señores—dijo el preboste, quien no ignoraba cuánta inquietud infundía al rey que cundiese entre sus guardias el descontento.—Vosotros sabéis, según decís, cuáles son vuestros privilegios y no debo provocar choques con los guardias del rey si es posible evitarlos; pero daré cuenta de lo sucedido al monarca para que él mismo decida. Entretanto, quisiera que reconocieseis que al proceder así obro con menos severidad de la que tal vez convenga á mis deberes.

Al pronunciar estas palabras dió la orden de marcha á su gente; mientras que los arqueros, permaneciendo en el mismo sitio, consultáronse rápidamente entre sí sobre lo que convendría hacer por el pronto.

—Lo primero que debe hacerse—dijeron algunos,—es dar cuenta del hecho á nuestro capitán lord Crawford, y después alistar al joven.

—Pero, señores y salvadores míos—dijo Quintín con alguna incertidumbre,—yo no he resuelto todavía si alistarme ó no en vuestro cuerpo.

—Pues entonces decide tú mismo—replicó el Acuchillado,—si prefieres eso á morir por la cuerda, pues á fe mía, te aseguro que por más sobrino mío que seas, no veo para ti más probabilidad de escapar de la horca.

Este argumento no admitía réplica, y obligó á Quintín á consentir de una vez en lo que quizás hubiera considerado, de otro modo, una proposición poco agradable; mas el recuerdo del inminente peligro de que se había librado casualmente, tal vez le habría reconciliado con otra alternativa peor aun.

—Es preciso que vengas con nosotros al cuartel—dijo

Cuningham,—pues no estarás seguro lejos de nosotros mientras esos cazadores de hombres ronden por aquí.

—¿Y no podré pasar la noche en la hostería donde he almorzado esta mañana?—preguntó el joven pensando tal vez, como muchos reclutas, que una noche más de libertad siempre es ganar alguna cosa.

—Sí, querido sobrino—contestó el Acuchillado irónicamente,—si es que quieres darnos el gusto de pasearte en algún canal ó foso, ó tal vez en una repressa del Loira, cosido en un saco para poder nadar mejor, pues no será otra tu suerte. El mariscal preboste se sonrió al marchar—añadió dirigiéndose á Cuningham,—y esto indica que tiene malas intenciones.

—Poco me importan á mí, sean cuales fueren—dijo Cuningham,—pues nosotros no estamos al alcance de susmanejos; pero yo te aconsejaría que refirieses todo lo ocurrido á Oliverio el Diablo, quien siempre fué muy amigo de la guardia escocesa y verá al rey antes que el Preboste, pues debe afeitarle mañana.

—Pero advierte—repuso el Acuchillado,—que no es bueno hablar á Oliverio con las manos vacías, y que por lo pronto yo estoy tan pelado como el abedul en diciembre.

—En el mismo caso nos hallamos todos—contestó Cuningham,—pero Oliverio no debe tener escrúpulo en creernos bajo palabra, á fuer de escoceses, siquiera por una vez. Al día siguiente de cobrar la paga haremos alguna cosa buena y se le obsequiará.

—Y ahora al Castillo—dijo el Acuchillado.—Mi sobrino nos contará andando cómo lo ha hecho para atraerse el enojo del mariscal Preboste, á fin de que sepamos cómo hacer el relato á Crawford y Oliverio.

CAPITULO VII

El alistamiento

«El Juez de Paz».—Dame la ordenanza; lee los artículos.
Jura, besa el libro, firma y sé un héroe;
tomando un tanto del tesoro público
por actos de valor en lo futuro,
seis peniques diarios, manutención y atrasos.

«El Oficial reclutador.»

Un subalterno de los arqueros desmontó para ceder á Quintín Durward su caballo, y el joven emprendió la marcha entre sus marciales compañeros hacia el castillo de Plessis, la lúgubre fortaleza que debía habitar, aunque contra su voluntad, y cuyo exterior le había producido tanta sorpresa aquella misma mañana.

Entretanto, para contestar á las repetidas preguntas de su tío, dióle cuenta exacta del incidente que aquella mañana le había puesto en tan inminente peligro. Aunque el joven sólo veía en su relato una descripción conmovedora, observó que sólo excitaba una ruidosa hilaridad en los que le acompañaban.

—Y sin embargo, no es cosa de broma—dijo el Acuchillado á su sobrino.—Pero, ¿qué diablos te impulsaba, cabeza sin seso, á descolgar el cadáver de un maldito pagano judío?

—Si se las hubiese habido con los soldados del preboste por cuestión de una linda muchacha, como hizo Miguel de Maffat, esto hubiera sido al menos más razonable—dijo Cuningham.

—Pero yo creo que afecta á nuestro honor—observó Lin-

desay,—que Tristán y su gente se atrevan á confundir nuestras gorras escocesas con las «tocas y turbantes,» según las llaman ellos, de esos rateros vagabundos. Si no tienen ojos para ver la diferencia, debemos enseñarles con la mano á reconocerla; pero yo creo que ese Tristán aparenta equivocarse para echar el guante á los buenos escoceses que vienen aquí á ver á sus parientes ó amigos.

—¿Podré preguntaros, tío—dijo Quintín,—qué clase de gente es esa de que habláis?

—¿Por qué no, sobrino mío? Pero lo malo es que ignoro quién pueda contestarte; yo no seguramente, aunque tal vez sepa de ellos tanto como otros; han caído sobre este país hace un año ó dos como una nube de langostas.

—Sí—dijo Lindesay,—y Santiago el Bonachón (así llamamos nosotros al campesino, joven; con el tiempo ya comprenderás nuestro modo de hablar,) quiero decir el buen Santiago, se cuida poco de saber qué viento los trae, mientras tenga la esperanza de que otro más fuerte se los llevará.

—¿Tanto daño hacen?—preguntó Quintín.

—¡Qué si lo hacen! ¿Pues no te digo, muchacho, que son herejes, ó judíos ó mahometanos, por lo menos; que no veneran á la Virgen ni á los santos (al decir esto se persignó;) que roban cuanto pueden y que dicen la buena ventura?—repuso Cuningham.

—Y dicen que no faltan buenas mozas entre esas mujeres—añadió Guthrie,—pero esto lo sabe Cuningham mejor que yo.

—¿Qué dices, hermano?—repuso Cuningham;—supongo que no ha sido tu ánimo faltarme.

—De ningún modo—contestó Guthrie.

—Pongo por testigos á todos nuestros compañeros—repuso Cuningham,—que tú has dado á entender que yo, caballero escocés, que vive en la comunión de la Iglesia, tenía una amiga entre esos herejes.

—Vaya, vaya—dijo el Acuchillado,—eso no ha pasado de ser una broma; no haya disputas entre compañeros.

—Pues no haya tampoco tales bromas—murmuró Cuningham entre dientes.

—¿Y se encuentran esos vagabundos en otros países fuera de Francia?—preguntó Lindesay.

—¡Ya lo creo, y no pocos!—contestó el Acuchillado.—Se encuentran tribus enteras en Alemania, en España y en Inglaterra; pero, ¡por la cruz de San Andrés! que en Escocia estamos aún libres de ellos.

—Escocia—dijo Cuningham,—es país demasiado frío para la langosta, y demasiado pobre para los ladrones.

—O tal vez nuestros montañeses no consienten allí más ladrones que los suyos propios—añadió Guthrie.

—Sabed todos—dijo el Acuchillado,—que yo desciendo de los Braes de Angus; que tengo parientes en Glen-Isla, y que no consentiré que se calumnie á los montañeses.

—¿Negarás que son ladrones de ganado?—preguntó Guthrie.

—El perseguir á una rés, ó cosa semejante no es robar—repuso el Acuchillado,—y esto lo mantendré donde y cuando quieras.

—Y ahora, compañero—dijo Cuningham,—¿quién es el que disputa? Ese joven no debería presenciar semejantes desavenencias. Pero basta, hemos llegado ya al castillo; y ahora yo pagaré una ronda de copas para que se restablezca la armonía, brindando por Escocia, por la montaña y por el llano indisitntamente, si queréis venir á comer conmigo á mi alojamiento.

—Convenido, convenido—contestó el Acuchillado,—y yo pago otra para ahogar la última dosis de resentimiento y para que brindemos á la salud de mi sobrino por su ingreso en el cuerpo.

Al llegar los guardias abrióse el portillo y dejóse caer el puente levadizo; todos fueron entrando uno tras otro, pero cuando apareció Quintín, los centinelas cruzaron sus picas, cerrándole el paso á la voz de alto; mientras que desde la muralla apuntábanle saetas y arcabuces, rigor de vigilancia de que no se prescindía, aunque llegaba con una parte de

la guarnición, y hasta del mismo cuerpo á que pertenecían los centinelas de servicio.

El Acuchillado, que de intento no se había movido del lado de su sobrino, dió las explicaciones necesarias, y después de no pocas vacilaciones y espera, el joven fué conducido con una fuerte guardia al aposento de lord Crawford.

Este noble escocés era uno de los últimos restos de aquel valeroso grupo de señores y caballeros escoceses que por tanto tiempo y tan lealmente habían servido á Carlos VI en las sangrientas guerras que decidieron la independencia de la corona de Francia y la expulsión de los ingleses. Cuando joven, había luchado cuerpo á cuerpo con Douglas y Bucham, y servido bajo las banderas de Juana de Arco, siendo quizás uno de los últimos restos de aquellos escuadrones escoceses que tan espontáneamente habían desenvainado su espada en favor de la flor-de-lis, contra sus «antiguos enemigos de Inglaterra.»

Los cambios ocurridos en el reino de Escocia, y quizás el haberse acostumbrado al clima y vida de Francia, habían inducido al anciano barón á abandonar toda idea de regreso á su patria, tanto más cuanto que el elevado cargo que desempeñaba en palacio, en la casa real de Luis y su propio carácter franco y leal le habían granjeado gran ascendiente sobre el rey, quien, aunque en general no muy predispuesto á creer en la virtud ó el honor de los hombres, confiaba y descansaba en el de lord Crawford, dispensándole tanta mayor influencia cuanto sabía muy bien que nunca se entrometía en nada sino en lo tocante á su cargo.

El Acuchillado y Cuningham siguieron á Durward y la guardia al aposento de su jefe, cuyo digno aspecto como también el respeto que le mostraban aquellos orgullosos soldados, que á nadie más respetaban, impresionaron muy profundamente á Quintín.

Lord Crawford era alto; los años le habían enflaquecido, pero conservaba al menos la fuerza, ya que no la elasticidad de la juventud, para resistir el peso de su armadura durante una marcha tan bien como el más robusto de su

tropa. Tenía el semblante lleno de cicatrices, el cutis atezado, y unos ojos que á pesar de haber visto la muerte de cerca sin pestañear en treinta batallas campales, más bien expresaban un tranquilo desprecio del peligro que el valor feroz del soldado mercenario.

En aquel momento realzaba más su elevada estatura una ancha bata sujeta por un cinturón de ante, del cual pendía



un puñal de riquísima empuñadura, y ostentaba como condecoración el collar de la Orden de San Miguel.

Lord Crawford estaba sentado en una poltrona de cuero de gamo; y con los anteojos puestos (entonces invención reciente,) procuraba leer un voluminoso manuscrito titulado el «Rosal de la Guerra,» código de política militar y civil que el rey Luis había completado para uso de su hijo, y sobre el cual deseaba saber la opinión del experto guerrero escocés.

Al ver entrar á los improvisados visitantes, Lord Crawford arrojó el libro con aire de malhumor, y preguntóles bruscamente en el más puro dialecto nacional:

—¡Qué diablos se os ocurre á esta hora?

El Acuchillado, dando muestras de mayor respeto del que hubiera manifestado al mismo rey Luis, explicó detalladamente las circunstancias en que se hallaba su sobrino, y pidió humildemente la protección de su señoría.

Lord Crawford, que escuchaba atentamente, no pudo menos de sonreirse de la sencillez con que el mancebo había acudido en socorro del criminal ahorcado; pero movió la cabeza al enterarse del incidente ocurrido entre los arqueros escoceses y los guardias del Prebostazgo.

—¿Cuántas veces—dijo al Acuchillado cuando éste terminó,—vais á venirme con estos malditos enredos para que yo los desenrede? ¿Cuántas veces debo deciros, y particularmente á vos, Luis, y á vos, Cuningham, que el soldado extranjero debe ser modesto y digno con la gente del país, si no quiere que se le echen encima todos los perros de la ciudad? Sin embargo, si habéis de tener una disputa, prefiero que sea con ese pícaro Preboste mejor que con cualquiera otro, y os censuro menos por este principio de reyerta que por otras que habéis tenido, Luis, pues era muy natural y propio ayudar á un pariente. Ese buen muchacho no había de venir aquí para nada; con que así, dadme el rol de la compañía, que veis en ese estante, y apuntaremos su nombre entre los alistados para que pueda disfrutar de los privilegios.

—Con permiso de vuestra señoría...—comenzó á decir Durward.

—¿Estás loco, muchacho?—exclamó el Acuchillado.—¿Cómo te atreves á dirigir la palabra á su señoría sin que te pregunte?

—Paciencia, Luis—repuso lord Crawford,—y oigamos lo que ese mozo quiere decirnos.

—Sólo una cosa—replicó Quintín,—con permiso de su señoría, y es que antes manifesté á mi tío algunas dudas sobre alistarme en este cuerpo; pero ahora debo declarar que se han desvanecido completamente desde que he visto al noble y experto jefe á cuyas órdenes debo servir, porque vuestra mirada impone ya la obediencia.

—Bien dicho, hijo mío—repuso el anciano lord, no insen-

sible al cumplido;—hemos alcanzado alguna experiencia, y así nos ayude la gracia de Dios para mejorar por ella, tanto en el servicio como en el mando. Quedas admitido, Quintín, en nuestro honroso cuerpo de Guardias escoceses, como escudero de tu tío y sirviendo bajo su lanza. Confío que te conducirás bien, pues debes ser buen guerrero, si tu valor corresponde á tu aspecto personal, prescindiendo de que eres también de buena sangre. Luis, cuidarás de que tu sobrino se instruya en el ejercicio activamente, porque vamos á tener lanzas rotas dentro de pocos días.

—¡Por la empuñadura de mi espada que me place, milord! Esta paz nos vuelve á todos cobardes; y hasta me acosa una especie de abatimiento, encerrado en esta maldita mazmorra de castillo.

—Pues bien, un pajarito me ha dicho al oído—continuó lord Crawford,—que la antigua bandera danzará pronto otra vez en el campo de batalla.

—Esta tarde apuraré una copa más llena en celebridad de esta noticia—repuso el Acuchillado.

—No beberás copa alguna en celebridad de nada—dijo lord Crawford,—y mucho me temo, Luis, que algún día no hayas de beber un trago más amargo de tu propia cosecha.

Lesly, algo avergonzado, replicó que no había bebido hacía muchos días; pero que su señoría no ignoraba que era costumbre hacer un poco de fiesta para celebrar la entrada de un nuevo compañero.

—Cierto—dijo el veterano capitán,—no lo había tenido presente. Yo os mandaré algunos barrilitos de vino para completar la fiesta; pero al ponerse el sol todo ha de quedar terminado. Y oye, no te se olvide alejar cuidadosamente á los soldados de servicio, y cuidado con que ninguno de ellos participe más ó menos de la francachela.

—Vuestra señoría será obedecido escrupulosamente—dijo Luis,—y no olvidaremos beber á vuestra salud.

—Quizás—dijo lord Crawford,—me deje ver yo mismo en vuestra reunión, sólo para cerciorarme de que todo se hace con decencia.

—Vuestra señoría será recibido con el mayor cariño—dijo Luis.

Dichas estas palabras, todos se retiraron animadísimos, para hacer los preparativos de su banquete militar, al que Lesly invitó una veintena de camaradas, acostumbrados en su mayr parte ya á hacer rancho juntos.

Una fiesta de soldados suele ser asunto de poca monta, con tal que no falte de comer y beber, en cantidad bastante; pero en aquella ocasión Lesly no perdonó medio para que el vino fuera mejor que de costumbre, teniendo en cuenta que el anciano lord era el principal adorno de su festín, y que si bien predicaba la sobriedad, él mismo, después de beber en la mesa del rey tanto vino como decentemente podía trasegar, nunca dejaba de aprovechar cualquier ocasión propicia de volver á llenar el vaso para acabar la tarde.

—Vaya pues, camaradas—dijo,—ya podéis prepararos á oir las antiguas historias de las batallas de Vernoil y Beaugé.

El aposento de estilo gótico en que acostumbran á reunirse se dispuso, pues, de la mejor manera posible; los lacayos fueron enviados para recoger juncos verdes para alfombrar el suelo; y á guisa de tapices desplegáronse las banderas que la guardia escocesa llevaba siempre al entrar en campaña, así como las que había arrebatado al enemigo.

La segunda diligencia fué proporcionar al joven recluta, tan pronto como fué posible, el uniforme y las armas propias de la guardia, para que por todos estilos pudiera ser partícipe de sus importantes privilegios, en virtud de los cuales, y gracias al apoyo de sus compatriotas, le sería dado arrostrar libremente el enojo y la mala voluntad del mariscal Preboste, aunque sabíase que el primero era tan temible como la segunda tenaz.

El banquete fué sumamente alegre, y los convidados dieron rienda suelta á toda la corriente de su parcialidad nacional al recibir en sus filas un recluta de su querida patria. Cantáronse antiguas canciones escocesas, refiriéronse cuentos sobre los antiguos héroes de Escocia y las hazañas de sus padres; se habló de los sitios donde se lleva-

en la posada de los Morales. Dicen que el rey no le quiere admitir en el castillo.

—¡Ojalá que el cielo le inspire una respuesta desatenta! —dijo Guthrie,—pero, ¿de qué se queja?

—De muchas violencias en la frontera—dijo lord Crawford, —y últimamente de que el rey haya recibido bajo su protección á una dama de aquel país, una joven condesa que ha huído de Dijon, porque siendo pupila del duque, éste quiso casarla con su favorito, Campo-Basso.

—¿Y ha venido sola?—preguntó Lindesay.

—No, no del todo sola, vino con la anciana condesa, su tía, que ha accedido á los deseos de su prima en este asunto.

¿Y querrá el rey—preguntó Cuningham,—siendo soberano feudal del duque, intervenir entre éste y su pupila, sobre la cual tiene Carlos el mismo derecho que, en caso de morir él, tendría el monarca sobre la heredera de Borgoña?

—El rey se regirá, como es su costumbre, por reglas de alta política, y ya sabéis—continuó Crawford,—que él no ha recibido públicamente á esas damas, ni las ha colocado bajo la protección de sus hijas, la señora de Beaujeu ó la princesa Juana; de modo que indudablemente obrará según las circunstancias. Aunque sea nuestro señor, no creo hacerle traición al decir que sabrá cazar como los sabuesos ó correr como la liebre, con cualquier príncipe de la Cristiandad.

—Pero el duque de Borgoña no entiende en tales dobleces—dijo Cuningham.

—No—respondió el anciano lord,—y he aquí por qué es probable que haya jarana entre ellos.

—¡Bravo! San Andrés avive la refriega—dijo el Acuchillado.—Hace ya diez, digo, veinte años, que me predijeron que la fortuna de mi casa se haría por medio de un matrimonio. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir, si un día venimos á pelear por el honor y el amor de las damas, como sucede en los antiguos romances!

—¿Y osas hablar del amor de las damas, con esa cuchillada en el rostro?—preguntó Guthrie.

—Tanto vale no amar á nadie, como amar una gitana hereje—repuso el Acuchillado.

—Alto ahí, amigos míos—dijo lord Crawford,—no esgrimáis armas afiladas ni permitíos bromas agresivas. La dama de quien hablo es demasiado poderosa para escuchar á un pobre señor escocés, pues de lo contrario, yo mismo expondría mis pretensiones, á pesar de mis ochenta años ó poco menos; pero bebamos no obstante á su salud, pues dicen que es un portento de hermosura.

—Creo haberla visto—dijo uno de los concurrentes,—cuando estaba de guardia esta mañana en la barrera interior; pero más se parecía á una obscura aldeana que á una dama hermosa: ella y otra señora fueron introducidas en el castillo en literas cerradas.

—Eso está mal dicho, Arnot—repuso lord Crawford,—un soldado que se halla de servicio no debe revelar nunca lo que ve. Además—añadió después de un momento de pausa, prevaleciendo su curiosidad sobre el alarde de disciplina que había creído necesario hacer,—¿por qué habría de contener esa litera precisamente la misma condesa Isabel de Croye?

—No podría contestaros, milord—replicó Arnot,—sólo sé que mi cuchillero estaba aireando los caballos en el camino del pueblo, cuando encontró á Duguin, el muletero, que volvía con las literas á la posada, pues pertenecen al compadre aquel del Moral, ya sabéis, el de la flor de lis, y Duguin convidó á Saunders Steed á tomar una copa de vino, porque eran conocidos, obsequio que aquél aceptó sin duda presuroso...

—Seguramente—exclamó el anciano lord,—y este es defecto del que quisiera veros corregidos, señores; todos vuestros lacayos y criados, ó ganapanes como los llamaríamos en Escocia, siempre están á punto de aceptar una copa de vino, sea de quien fuere. Esto es peligroso en tiempo de guerra, y se debe poner remedio. Pero, Andrés Arnot, tu cuento parece muy largo, y convendrá cortarlo por mitad con un trago, como dicen los montañeses. «Skeoch doch

man skial,» que es gaélico puro, á fe mía. Brindo por la salud de la condesa Isabel de Croyes, y porque alcance un marido mejor que Campo-Basso, que sólo es un vil italiano despreciable. Y bien, Andrés Arnot, ¿qué dijo el muletero á tu servidor?

—Pues le dijo en secreto, con permiso de vuestra señoría—continuó Arnot,—que las dos señoras que acababa de conducir hacía un instante al castillo en silla de mano cerrada, eran damas principales que habían estado viviendo en secreto en casa de su amo durante algunos días, y que el rey mismo las había visitado más de una vez muy privadamente, tributándoles grandes honores. Añadió que habían volado al castillo, según su parecer, por temor al conde de Crève-Cœur, el embajador del duque de Borgoña, cuya próxima llegada acababa de anunciar un correo que le precedía.

—Vaya, Andrés, me darás ahora la razón—dijo Guthrie.—En tal caso juraría que fué de la condesa la voz que oí cantando acompañada del laúd, ahora mismo, al atravesar el patio anterior; el sonido partía de las ventanas de la torre del Delfín; y era una melodía cual nunca se ha oído otra en el castillo de Plessis del Parque. Por mi alma, pensé que era música del hada Melusina. Allí me quedé, aunque no ignoraba que la mesa estaba puesta, y que todos vosotros me esperabais impacientes; allí me quedé como...

—Como un asno, Juan Guthrie—interrumpió su jefe,—olfateando la comida con tus largas narices, oyendo la música con tus largas orejas, y sin que tu poca discreción te indicara por cuál de las dos cosas debías decidirte. Pero... ¡calla! ¿Es la campana de la catedral la que está tocando á vísperas? No puede ser; no es tan tarde. De seguro que el loco sacristán se ha adelantado en una hora.

—Desgraciadamente, la campana señala con demasiada exactitud la hora que es—dijo Cuningham.—Mirad allá abajo el sol ocultándose por Occidente en la extremidad de la llanura.

—Es verdad—repuso lord Crawford.—¿Quién lo dijera? Pero en fin, compañeros, debemos vivir con medida; el que

va despacio va lejos; el fuego lento es el que hace buena cerveza, y divertirse con moderación es cosa muy sana; otra copa por la felicidad de nuestra vieja Escocia, y luego cada cual á su puesto.

La copa de despedida se vació, y todos los convidados comenzaron á retirarse, mientras que su jefe se cogía del brazo del Acuchillado, bajo pretexto de darle algunas instrucciones relativas á su sobrino, pero en realidad, por temor de que su majestuoso paso no apareciera á los ojos de sus subordinados menos seguro de lo que convenía á su elevado mando. Atravesó con semblante grave los dos patios que separaban su habitación de la sala del festín, y con tono solemne se despidió delAcuchillado recomendándole que vigilara los pasos de su sobrino, particularmente en cuestión de mujeres y de bebida.

Entretanto, ni una sola palabra de las que se dijeron tocante á la hermosa condesa Isabel había sido perdida para el joven Durward, quien conducido á la pequeña celda que debía compartir con el paje de su tío, pudo entregarse en su nueva y humilde habitación á las más profundas reflexiones. El lector podrá imaginarse fácilmente que el joven soldado forjó una interesante novela, tomando por asunto la supuesta, ó más bien evidente identificación de la doncella de la torre, cuya canción había escuchado tan atento, y la hermosa sirvienta de maese Pedro, con una condesa fugitiva de elevada alcurnia, huyendo de las persecuciones de un amante odioso, favorito de un tutor tirano que abusara de su poder feudal. Pero la novela de Quintín se interrumpió por una visión, la de maese Pedro, que parecía ejercer la mayor autoridad, hasta en el formidable funcionario de cuyas garras había escapado aquel día tan difícilmente. Las reflexiones del joven, respetadas por su compañero de celda, llamado Guillermo Harpeo, fueron interrumpidas al fin por la vuelta de su tío, que mandó á Quintín acostarse, á fin de que se pudiera levantar temprano para acompañarle á presar su servicio en la antecámara real, donde debía estar con cinco de sus compañeros á la hora de salir el rey.

CAPITULO VIII

El mensajero

> A los ojos de Francia sé tú el rayo,
> seguro precursor de mi llegada,
> que mis cañones rugirán muy pronto,
> anunciando la hora de venganza.

Si Quintín hubiese sido uno de esos hombres que se dejan dominar fácilmente por la pereza, el estrépito que se produjo en el cuartel de los guardias escoceses después del toque de diana habría bastado para alejar á Morfeo del lecho del joven; pero la disciplina en el castillo de su padre y en el convento de Aberbrothick le habían acostumbrado á levantarse con la aurora. Durward se vistió alegremente, oyendo el toque de las bocinas y el ruído de las armaduras, lo cual indicaba que estaban relevándose los centinelas, algunos de los cuales volvían á su alojamiento después de terminado el servicio de noche; mientras que otros iban á desempeñar el de la mañana; varios guardias, entre los cuales se contaba el Acuchillado, armábanse á su vez para prestar el servicio junto á la persona del rey Luis. Quintín Durward, poseído de ese sentimiento de vanidad tan natural en un joven de sus años, púsose muy pronto su brillante uniforme; mientras su tío, que le miraba con el mayor interés, cuidando de que no le faltase nada, no podía ocultar su satisfacción al observar el nuevo aspecto que tomaba su sobrino.

—Si llegas á ser tan fiel y valeroso como arrogante es tu presencia—le dijo,—voy á tener en ti uno de los más distinguidos escuderos de la guardia, lo cual no podrá me-

nos de honrar á la familia de tu madre. Sígueme á la cámara real y no te separes de mí.

Así diciendo, el Acuchillado tomó una ancha y pesada partesana, con magníficos adornos, y después de invitar á su sobrino á proveerse de un arma semejante, aunque más ligera, dirigiéronse ambos al patio interior del palacio, donde sus compañeros, los que debían entrar de guardia en las habitaciones reales, estaban ya reunidos, esperando la señal; los escuderos, colocados detrás de sus amos, formaban una segunda línea. También se veían allí algunos monteros con magníficos caballos y perros de la mejor casta, los cuales contempló Quintín con tan detenida complacencia, que su tío hubo de recordarle más de dos veces que los animales no estaban allí para su recreo, sino para el del rey, muy apasionado por la caza, pues era la única diversión á que solía enregarse, siendo tan severo protector de los animales de sus bosques, que se podía matar á un hombre más impunemente que á un jabalí.

Habiéndose hecho una señal, pusiéronse los guardias en movimiento, obedeciendo á la orden del Acuchillado, que hacía entonces las veces de oficial, y después de comunicarse el santo y seña y llenar otros requisitos que daban á conocer el extremado celo con que desempeñaban su servicio, encamináronse al salón de audiencias, donde se esperaba al rey.

Por más que para Quintín fuese cosa nueva el esplendor, el efecto del que ahora se ofrecía á sus ojos desvaneció algún tanto las ilusiones que había formado respecto al brillo de una corte. Cierto que se veían allí gentiles hombres luciendo vistosos trajes, guardias con ricas armaduras, y servidores de diversas categorías; pero el joven no vió ninguno de los antiguos consejeros del reino, ninguno de los altos dignatarios de la corona; no oyó tampoco pronunciar nombre alguno de los que en aquel tiempo eran la gloria de la nación, ni encontró allí ninguno de los grandes jefes que en la flor de su edad eran la fuerza de Francia, ó de los más jóvenes y altivos precoces aspirantes á los honores, que constituían su orgullo. El recelo, la

reserva y la profunda y artificiosa política del rey habían alejado el brillante círculo que antes rodeaba el trono, que sólo se veía ya en ciertas ocasiones solemnes; pero todos se presentaban con recelo y alejábanse después alegremente, como se supone que lo hicieron los animales de la fábula después de haberse acercado á la guarida del león.

Las pocas personas que parecían tener allí el carácter de consejeros eran hombres de aspecto vulgar, cuyos semblantes podrían expresar la sagacidad, pero cuyos modales indicaban que se les había llamado á figurar en un círculo que no les correspondía ni por sus hábitos ni por su educación. Sólo una ó dos personas parecieron á Durward de un aspecto más noble, y la severidad del servicio no era tal que impidiese á su tío decirle sus nombres.

La una, lord Crawford, que vestía el brillante uniforme de su clase y tenía en la mano el bastón de mando, de plata maciza, era ya conocido de Quintín, como lo es de nuestros lectores. Entre los demás personajes que parecían de cierta calidad, el más notable era el conde de Dunois, hijo de aquel célebre Dunois, conocido con el nombre de el Bastardo de Orleans, que batiéndose bajo la bandera de Juana de Arco, distinguióse brillantemente en la parte que tomó para libertar á Francia del yugo inglés. El hijo había sabido conservar el alto renombre heredado de su glorioso padre, y á pesar de sus relaciones con la familia real y su popularidad hereditaria, así entre la nobleza como entre el pueblo, Dunois había demostrado en todas ocasiones un carácter tan franco y tan leal, que parecía haber desvanecido toda sospecha hasta del receloso Luis, á quien agradaba verle cerca de su persona, y aun llamarle algunas veces á su consejo. Aunque amaestrado en todos los ejercicios que debía practicar un hombre de su clase, y dotado de todas las condiciones de lo que entonces se llamaba un perfecto caballero, la persona del conde distaba mucho de ser un modelo por sus cualidades físicas. De estatura regular, aunque muy fornido, tenía las piernas arqueadas hacia fuera, de ese modo que conviene más al jinete que al viandante; sus espaldas eran anchas, el cabello negro,

el color del cutis cetrino, y los brazos desmesuradamente largos y nervudos; las facciones, irregulares, casi degeneraban en feas, pero en cambio tenían tal expresión de dignidad y altivez, que á primera vista reconocíase en el conde Dunois la nobleza del caballero de elevada cuna y la arrogancia del soldado. Su aspecto denotaba audacia; su andar era digno y airoso, y la dureza de sus facciones disimulábase por la mirada de águila y su noble frente. En aquel momento vestía un traje de caza, más bien severo que ostentoso, pues muchas veces desempeñaba las funciones de Montero mayor, aunque no creemos que entonces ejerciese este cargo.

Apoyado en el brazo de su pariente Dunois, y adelantándose con lento y perezoso paso, vióse llegar á Luis, duque de Orleans, el primer príncipe de la casa real (después rey, con el nombre de Luis XII,) y á quien los guardias y servidores prestaban homenaje como tal. Este personaje, como heredero del reino, era el blanco de las sospechas de Luis XI, y por lo tanto no se le permitía ausentarse de la corte, ni se le confiaba tampoco cargo alguno. La humillación degradante que sufría el desgraciado príncipe en aquella especie de cautiverio comunicaba á su exterior un aspecto de marcada tristeza, que en aquel momento era mucho más profunda, por haber comprendido el heredero del trono que el rey Luis meditaba respecto á él uno de los más indignos é injustos actos que un déspota podía cometer, cual era el de obligarle á dar su mano á la princesa Juana de Francia, la hija más joven del monarca. Esta unión se había concertado ya en la infancia, pero como la princesa era deforme, insistir en semejante acuerdo constituía un acto de rigor indigno.

Este infeliz príncipe no se distinguía en nada por sus cualidades físicas; y en cuanto á su carácter, era humilde y benévolo, lo cual se podía reconocer fácilmente aun á través del velo de tristeza que parecía obscurecer su persona. Quintín observó que el duque evitaba cuidadosamente mirar á los guardias reales, y que cuando debió devolverles el saludo no levantó la vista del suelo, como si

temiese que el receloso rey pudiera interpretar un ademán de pura cortesía como propósito de excitar un interés personal entre ellos.

Muy diferente era la conducta del orgulloso cardenal Juan de Balue, entonces ministro favorito del rey Luis, y que por su elevación al poder y su carácter se asemejaba al cardenal Wolsey tanto como podía permitirlo la diferencia que había entre el astuto y político Luis y el iracundo Enrique VIII de Inglaterra. Luis había elevado á su ministro desde la clase más baja á la dignidad de Gran Limosnero de Francia, colmándole de beneficios; obtuvo luego para su favorito el birrete de cardenal; y aunque era demasiado prudente para confiar al ambicioso Balue el poder ilimitado que el rey Enrique depositó en Wolsey, sometíase más á su influencia que á la de ningún otro de los consejeros conocidos. Juan de Balue, por lo tanto, no había dejado de incurrir en el error común á todos aquellos que desde la clase más ínfima se elevan de pronto al poder, porque estaba persuadido de que debía este cambio á su capacidad y talento, y que de consiguiente, podía entender en todos los asuntos, aun los más extraños á su profesión y estudios. De elevada estatura, y de aspecto antipático, afectaba ser galante y admirador del bello sexo, aunque sus modales hacían absurda semejante pretensión, que su estado no permitía tampoco, sin faltar al decoro que á sí mismo se debía como prelado. Algún adulador ó cortesano le habían hecho creer en mal hora que sus largas y descomunales piernas, heredadas de su padre, que era carretero de Limoges, ó, según otras autoridades, molinero de Verdun, le comunicaban un aspecto elegante; y esta idea le había infatuado de tal modo, que siempre se cuidaba de levantar un poco por un lado su ropaje de cardenal para que se pudiesen ver sus pesadas formas. Al cruzar la cámara, luciendo su traje de color carmesí, detúvose varias veces para mirar las armas y el uniforme de los caballeros de guardia, hízoles varias preguntas con tono de autoridad, y se permitió censurar á varios de ellos por lo que llamó irregularidades en la disciplina, en un lenguaje á que aque-

llos expertos soldados no contestaron, aunque claramente se veía que escuchaban con impaciencia y desprecio.

—¿Sabe ya el rey—preguntó Dunois al cardenal,—que el enviado borgoñón ha pedido con instancia una audiencia?

—Ya lo sabe—contestó el cardenal,—y según veo, aquí tenemos á Oliverio Dain, el que todo lo puede, quien nos comunicará la voluntad del rey.

En aquel momento adelantóse, desde una de las habitaciones interiores, un personaje notable, que entonces com-



partía el favor del rey con el orgulloso cardenal; pero no se presentaba con el aparato y ostentación del hombre de iglesia. Muy lejos de ello, era de escasa estatura, pálido y flaco, y en vez de capilla, túnica ó levita, sólo llevaba una especie de hopalanda de seda negra, prenda nada á propósito por cierto para realzar á una persona ordinaria por demás. Una bacía de plata que llevaba en la mano, y un paño blanco pendiente del brazo, indicaban su baja profesión. Tenía la mirada penetrante, pero procuraba disi-

mularlo, manteniendo siempre la vista fija en el suelo; mientras que con ligero y silencioso paso, como el de un gato, más bien parecía deslizarse que andar por la habitación. Pero aunque la modestia pueda obscurecer el valor, jamás oculta el favoritismo de una corte, y, por lo tanto, inútiles fueron los esfuerzos de nuestro personaje para pasar desapercibido, pues harto se sabía que aquel célebre barbero y criado de confianza era el confidente del rey. Llamábase Oliverio el Dain, pero á veces se le daba el nombre de Oliverio el Malo, ú Oliverio el Diablo, epítetos que había merecido por la poco escrupulosa habilidad con que contribuía á llevar á cabo los proyectos de la tortuosa política de su señor. Al entrar dirigió algunas breves palabras al conde Dunois, quien salió inmediatamente, mientras que el barbero se deslizó silencioso hacia la cámara de donde había salido, abriéndole paso todo el mundo, deferencia á que sólo correspondía con una ligera inclinación de cabeza, excepto dos ó tres personas, á las cuales murmuró una rápida palabra al oído, con no poca envidia de todos los demás cortesanos, alejándose después presuroso para evitar contestaciones, y no dar tiempo á que le hicieran demandas los que tenían interés en ello. Luis Lesly tuvo la buena suerte de ser en aquella ocasión uno de los individuos á quienes favoreció con una palabra, para asegurarle que su asunto quedaba arreglado satisfactoriamente.

Pronto recibió la confirmación de la agradable noticia, pues á poco entró en la cámara el antiguo conocido de Quintín, Tristán el Ermitaño, y avanzó directamente hacia el sitio donde estaba el Acuchillado. El traje del formidable preboste, que era magnífico, sólo servía para realzar más la siniestra catadura y desagradable aspecto de este personaje; y el tono con que habló de conciliación al guardia escocés, más bien se asemejaba al gruñido de un oso que á la voz humana, pero en cambio las frases no dejaron de ser amistosas. El Preboste se lamentó de la cuestión suscitada entre ellos el día antes, alegando que la culpa era del sobrino del señor Acuchillado, por no haber llevado el uniforme de su cuerpo, ni dicho que pertenecía

á la guardia escocesa, lo cual le había inducido á cometer un error, que esperaba se le dispensase.

Luis Lesly contestó como convenía, mas apenas Tristán volvió la espalda, dijo á su sobrino que para el futuro tendrían un enemigo en la persona del temible preboste; pero que estaban fuera del alcance de sus tiros, y que un soldado que cumplía con su deber podía reirse de aquel funcionario.

Quintín no pudo menos de participar de la opinión de su tío, pues al separarse de ellos el preboste, no disimuló esa mirada de cólera provocadora que el oso dirige al cazador, cuyo venablo le ha herido. A decir verdad, aun en su estado normal las miradas del preboste expresaban tal malevolencia y perversos sentimientos, que algunos hombres se estremecían si las fijaba en ellos. A Quintín le impresionaron profundamente, porque aun le parecía tener sobre sus hombros las manos de los dos ejecutores subalternos del preboste.

Entretanto, Oliverio, después de dar la vuelta por la cámara con ese paso furtivo que hemos indicado ya, viendo á las personas más notables hacerle paso, dispensándole toda clase de cumplidos, que él parecía deseoso de evitar, entró de nuevo en una habitación interior, cuyas puertas se abrieron un momento después para dar paso al rey Luis.

Así como los demás, Quintín fijó la vista en él, é hizo de pronto un movimiento tan brusco, que por poco deja caer su arma, pues acababa de reconocer en el rey de Francia aquel mercader en sedas, maese Pedro, que le había acompañado en su paseo matinal. Varias veces había concebido singulares sospechas respecto al verdadero rango de aquel personaje; pero la realidad excedía á todo cuanto pudo imaginar.

La severa mirada de su tío, enojado al observar aquella falta de respeto, le hizo volver en sí; pero no quedó poco asombrado al ver que el rey, cuya rápida mirada le había distinguido ya entre los demás, se dirigía en línea recta al sitio donde él estaba, sin hacer caso de nadie.

—Según me han dicho, joven—dijo el rey deteniéndose delante de Quintín,—parece que ya habéis tenido una disputa apenas llegado á Turena; pero os perdono porque la culpa fué principalmente de un necio mercader en sedas, quien creyó que vuestra sangre escocesa necesitaba calentarse por la mañana con el vino de Beaulne. Si llego á encontrarle, haré de él un ejemplar para aquellos que traten de extraviar á mis guardias.

— Acuchillado — añadió dirigiéndose á Lesly, — vuestro pariente es un gallardo mancebo, aunque algo fogoso. Nos agrada favorecer á los hombres de este genio, y pensamos hacer más de lo que nunca hicimos enn favor de los bravos que nos rodean. Que se apunte el año, el día y la hora en que nació vuestro sobrino, y entréguese la nota á Oliverio.

El Acuchillado se inclinó profundamente, tomando después su posición erguida; mientras que Quintín, recobrándose de su primera sorpresa, comenzó á observar el aspecto del rey con más atención, admirándole no poco la diferencia que notaba entre el soberano y el supuesto maese Pedro, por lo que hacía á sus facciones y manera de conducirse.

En cuanto al aspecto exterior, no era grande el cambio, pues Luis XI, que siempre se burlaba de la ostentación, sólo vestía en aquel momento un traje de caza muy usado, de color azul obscuro, no mucho mejor que la sencilla ropa que llevaba la víspera, ostentando en el cuello un enorme rosario de ébano, regalo nada menos que del gran Turco, quien había asegurado á Luis que provenía de un ermitaño copto del monte Labanón, personaje notable por su santidad. En vez de su gorra con una sola imagen, ahora llevaba un sombrero cuya cinta estaba guarnecida por lo menos con una docena de figuritas de plomo, representando santos. Sin embargo, los ojos, que, según el primer concepto de Quintín, sólo se animaban cuando maese Pedro hablaba del lucro y de las ganancias, tenían ahora, cuando el joven veía que eran los de un poderoso monarca, una mirada penetrante y majestuosa; y aquellas arrugas de la frente, que Quintín pensó se habrían formado sólo en fuerza de cavilar durante largo tiempo sobre planes co-

merciales, parecíanle ahora surcos abiertos por el trabajo continuo de un espíritu sagaz que medita sobre el destino destino de las naciones.

Detrás del rey salieron las princesas de Francia y las damas de su séquito. La mayor, que después casó con Pedro de Borbón y fué conocida en la historia de Francia con el nombre de «dama de Beaujeu,» no tiene gran conexión con lo que vamos refiriendo. Era alta, bastante hermosa é instruída; producíase con gracia y facilidad, y poseía gran parte de la perspicacia de su padre, quien confiaba mucho en ella y la amaba hasta el punto á que podía llegar el cariño en un corazón como el suyo.

La hija menor, la desgraciada Juana, la destinada en esponsales al duque de Orleans, iba tímidamente á su lado como quien estaba persuadida de no poseer ninguna de aquellas prendas exteriores que tanto desean las mujeres ó por lo menos les gusta que puedan atribuírseles. Su flaco y descolorido rostro parecía el de un convaleciente; tenía el cuerpo ladeado, y á causa de su andar desigual podía pasar por coja. Una hermosa dentadura, unos ojos cuya expresión habitual era la melancolía, la amabilidad y resignación, constituían los únicos objetos que la misma lisonja se atreviera á encarecer para contrabalancear la deformidad del resto de su persona. Para dar la última mano á su retrato, diremos que el descuido de la princesa en sus atavíos y encogimiento en todas sus acciones daban bien á entender la manera inusitada con que estaba íntima y dolorosamente convencida de su fealdad, y que no se atrevía á hacer inútiles esfuerzos para reparar con el arte los defectos de la naturaleza, ó recurrir á otros medios de agradar. El rey, que la miraba con bastante indiferencia, adelantóse inmediatamente á ella, así que la vió salir.

—¿Qué es esto, hija mía?—exclamó.—¿Siempre despreciando el mundo? ¿Te vestiste esta mañana para ir á la caza ó para entrar en un convento? Habla, responde...

—Para hacer lo que sea del agrado de Vuestra Majestad —contestó la princesa con acento tan débil, que apenas pudo oirse.

—Ya, ya—continuó el rey;—tú quisieras persuadirme que deseas apartarte de la corte y renunciar al mundo y sus vanidades. ¿Creerías acaso, Juana, que yo, hijo primogénito de la Iglesia, podría negar mi hija á Dios? No permita el cielo que sea yo capaz de impedir este sacrificio, á conocer que es de tu agrado y que tu vocación es verdadera.

Diciendo esto hizo el rey devotamente la señal de la cruz con un ademán que pareció á Quintín semejante al de un vasallo artificioso que desprecia el mérito de alguna prenda que desea guardar para sí, á fin de excusarse con esto de ofrecerla á su señor.

«¿Y tiene valor para hacer así el hipócrita á la faz del cielo?—pensó Durward;—¿y para chancearse con Dios y los santos, como lo hace impunemente con los hombres, que no se atreven á sondear sus pensamientos?»

Después de un corto intervalo de devoción interior, tomó Luis nuevamente la palabra.

—No, hija mía—dijo:—Yo y algún otro conocemos mejor tus íntimos sentimientos. ¿No es así, mi querido primo de Orleans? Vamos, acércate, y da la mano para montar á caballo á esa vestal que tan bien te corresponde.

Estremecióse el duque de Orleans cuando el rey le dirigió la palabra, y apresuróse á obedecerle, pero tan precipitado y confuso, que tuvo que exclamar Luis:

—Despacito, querido primo, despacito. Tu galantería no tiene espera. ¡Cuántas veces la precipitación hace ladear á los pobres amantes! ¡Cuidado con lo que haces! Poco ha faltado para que tomaras la mano de mi hija mayor, en vez de la de su hermana. ¿Será menester que os presente yo mismo la mano de Juana, caballero?

Alzó los ojos el desgraciado príncipe, y tembló como un niño cuando se le obliga á tocar un objeto que le inspira natural repugnancia: hizo después un esfuerzo, y tomó la mano de la princesa, que ni se la ofreció ni se la negó tampoco. En tal situación, bañados en sudor frío los dedos de la hija del rey, que apenas se sostenían en la trémula mano del duque, y clavada en el suelo la vista de ambos, hubiera sido difícil asegurar cuál de los dos era más com-

pletamente infeliz: si el duque que se hallaba ligado á odioso objeto con vínculos que no se atrevía á romper, ó la desventurada joven que no podía dudar del horror que inspiraba á un hombre cuyo afecto hubiera querido comprar á costa de su propia vida.

—A caballo, damas y caballeros—dijo el rey.—Yo mismo me encargo de mi hija de Beaujeu; y Dios y San Huberto nos deparen buena caza esta mañana.

—Temo, señor—dijo el conde de Dunois, quien acababa de entrar,—que por desgracia tengo la comisión de interrumpirla. El embajador del duque de Borgoña está á la puerta del castillo, y exige audiencia.

—«¿Exige,» Dunois?—exclamó el rey.—¿No le respondiste como te lo mandé decir por Oliverio, que no había lugar por hoy; que mañana era la fiesta de San Martín, durante la cual con el favor de Dios, no nos ocupará ningún negocio profano; que al día siguiente partíamos para Amboise; pero que á nuestro regreso no dejaríamos de darle audiencia tan pronto como nos lo permitiesen nuestras ocupaciones?

—Todo se lo he dicho, señor—respondió Dunois,—y... sin embargo...

—¡Fuego de Dios! ¿Qué es lo que se atravesó en tu gaznate, Dunois? Fuerza es que ese borgoñón te haya hablado en términos muy indigestos.

—Señor, á no contenerme mi deber, las órdenes de Vuestra Majestad, y su carácter de embajador, acaso la indigestión hubiera sido para él. Por nuestra señora de Orleans, que más deseos tenía de hacerle tragar nuevamente las palabras, que de venir aquí á repetirlas á Vuestra Majestad.

—Por vida de mi padre, Dunois, maravíllome mucho que siendo tú el hombre más impaciente de cuantos existen, te cueste tanto trabajo perdonar el mismo defecto á nuestro arrogante é impetuoso primo Carlos de Borgoña. Pues bien: en cuanto á mí, tanto caso hago de esos importantes mensajes, como las torres de este castillo de los silbidos del

viento nordeste, que viene de Flandes, lo propio que ese fanfarrón de embajador.

—Sepa pues, Vuestra Majestad, que el conde Crève-Cœur queda á la puerta del castillo con su acompañamiento de trompetas y demás séquito. Dice que, puesto que Vuestra Majestad le niega la audiencia que su señor le dió orden de solicitar para asuntos del más urgente interés, permanecerá á la puerta hasta media noche; y á cualquiera hora que salga Vuestra Majestad, sea por algún negocio ó para tomar el aire ó dedicarse á algún devoto ejercicio, se le presentará, le hablará, y no desistirá de su empeño mas que á la fuerza.

—Ese embajador ha perdido el juicio—dijo el rey con mucha serenidad.—¿Parécele á ese botarate de flamenco que ha de ser gran penitencia para un hombre sensato permanecer tranquilamente en el castillo por espacio de veinticuatro horas, cuando tiene para ocuparse todos los negocios de un reino?... Esos genios inquietos y traviesos creen que todos han de ser como ellos, que no se hallan á gusto sino cuando montados á caballo galopan velozmente. Manda retirar los perros, querido Dunois, y que se tenga buen cuidado con ellos; nosotros celebraremos consejo, en lugar de ir hoy á caza.

—Vuestra Majestad no se librará por eso del conde de Crève-Cœur—respondió Dunois;—pues las instrucciones que trae de su amo son, que á no obtener la audiencia que solicita, clave su manopla en la estacada que circuye el castillo, en señal de desafío á muerte de parte del duque, como que se niega á rendir pleito homenaje á la Francia, y que desde luego declara la guerra á Vuestra Majestad.

—¿Sí?—dijo Luis, sin que se pudiese notar variación alguna en el sonido de su voz, pero frunciendo las cejas de modo que sus pelos largos y espesos le cubrían casi enteramente sus obscuros y penetrantes ojos.—¿Las cosas han llegado á tal extremo? ¿Mi antiguo vasallo toma ese tono de autoridad? ¿Mi querido primo me trata con tan poco respeto? Pues bien, Dunois, preciso será desplegar el Oriflama y gritar «Montjoye Saint Dénis!»

—¡Enhorabuena! ¡ojalá!... y «amen!»—exclamó el belicoso Dunois.

Y los soldados de la guardia, que estaban presentes, no pudiendo resistir á igual impulso, hicieron cada cual en su puesto un movimiento de que resultó un triquitraque de armas que sólo duró un momento, pero que resonó distintamente en la sala. Miró Luis en derredor suyo con cierta satisfacción y arrogancia, y por un instante pensó y aun se mostró como hubiera hecho su valeroso padre.

El entusiasmo momentáneo cedió, sin embargo, á un tropel de consideraciones políticas, que en aquella coyuntura hacían sumamente peligrosa toda desavenencia con la Borgoña. Ocupaba entonces el trono de Inglaterra Eduardo VII, intrépido y victorioso rey, que combatiera personalmente en treinta batallas. Era hermano de la duquesa de Borgoña, y podía fundadamente recelarse que sólo aguardaba un rompimiento entre Luis y su cuñado para introducir en Francia por la puerta siempre abierta de Calais, sus armas victoriosas en las guerras civiles, procurando así por medio de una invasión en Francia, recibida siempre con entusiasmo por los ingleses, borrar hasta la memoria de sus disensiones intestinas. A estos recelos añadíase el de la vacilante fidelidad del duque de Bretaña; sin hablar de otros muchos é importantes objetos que merecían la pena de ser tomados en consideración. Así fué que cuando pasados algunos instantes de silencio volvió Luis á tomar la palabra, aunque habló con el mismo tono, hízolo bajo un sentido totalmente distinto.

—Pero no pedrmita Dios—dijo,—que el Rey Cristianísimo autorice el derramamiento de sangre cristiana, pudiendo sin deshonor evitar esta calamidad. No consentiré en ello, sin mediar una necesidad absoluta. Interésame más el bien de mis vasallos, que el agravio que puedan hacer á mi decoro las groseras palabras de un embajador descomedido, que acaso ha traspasado el límite de las facultades de que ha sido revestido. Que se introduzca inmediatamente á mi presencia al embajador del duque de Borgoña.

—«¡Beati pacifici!»—dijo el cardenal La Balue.

—Esta es la pura verdad—añadió el rey,—y Vuestra Eminencia sabe bien que los humildes serán exaltados.

El cardenal pronunció un «amén» en que tomaron parte poquísimas personas; pues hasta las pálidas mejillas del duque de Orleans se cubrieron con la púrpura de la indignación; y el Acuchillado supo reprimir tan poco la suya, que dejó caer con estrépito el recatón de su partesana al suelo, movimiento de impaciencia que le valió severa reprimenda por parte del cardenal, seguida de una instrucción sobre el modo cómo se debían manejar las armas en presencia del soberano. El mismo rey dió muestras de estar extraordinariamente confuso por el silencio que reinaba en toda la sala.

—¡Muy pensativo has quedado, Dunois!—le dijo Luis.—¿Desapruebas acaso que cedamos á ese fogoso embajador?

—Nunca me entrometo, señor—respondió Dunois,—en lo que es superior á mi esfera. Sólo pensaba en pedir una gracia á Vuestra Majestad.

—¡Una gracia, Dunois!... No sueles tú pedirlas muy á menudo, con que puedes contar con mi disposición á concedértela.

—Desearía pues, señor—dijo Dunois con toda la franqueza de un militar,—que Vuestra Majestad me enviase á Evreux para obligar al clero á que guarde una perfecta disciplina.

—Eso sí que sería superior á tu esfera—respondió el rey sonriéndose.

—Señor—replicó el conde,—bien sabré yo reducir á los eclesiásticos á su deber, cuando el señor obispo de Evreux, ó su eminencia el cardenal, si prefiere este último título, sabe enseñar el ejercicio á los soldados de la guardia de Vuestra Majestad.

Volvió á sonreirse el rey, é inclinándose al oído de Dunois, díjole con tono misterioso:

—Acaso llegue el momento en que tú y yo arreglemos como corresponde á ese eclesiástico; pero en la actualidad no es hombre ese con quien pueda uno jugar con dado falso. ¡Ah, Dunois! Roma, Roma es quien nos agobia con

esa pesada carga, amén de muchas otras; pero, primo, paciencia y barajar hasta vernos con buena mano.

Los clarines que resonaron en el patio indicaron la llegada del embajador borgoñón. Todos los que se hallaban en la sala de audiencia apresuráronse á ocupar sus puestos, según el orden de precedencia respectivo: el rey y sus hijas quedaron solos en el centro de la asamblea.

El conde de Crève-Cœur, intrépido y famoso guerrero, entró entonces en la sala; y, contra la costumbre de los embajadores de potencias amigas, presentóse completamente armado, con sólo la cabeza descubierta. Llevaba magnífica armadura de Milán, de bellísimo acero, con labores de oro en él embutidas, trabajadas en el fantástico estilo que se llama arábigo. Pendía de su cuello sobre su reluciente coraza el distintivo de la Orden de su señor, llamado el Toisón de Oro, una de las más honoríficas órdenes de caballería que se conocían entonces en la cristiandad. Seguíale un hermoso paje llevando su casco, y precedíale un heraldo con las credenciales que presentó al rey doblando la rodilla, en tanto que el embajador se detenía en medio de la sala, como para dar tiempo de que pudiese admirarse su noble porte, majestuoso talante y tranquila arrogancia de su fisonomía y modales. El resto de su acompañamiento se quedara en la antecámara ó en el patio.

—Acercáos, señor conde de Crève-Cœur—dijo Luis después de haber echado una ojeada á los despachos.—No había necesidad de credenciales de mi primo, ni para presentarme tan célebre y distinguido guerrero, ni para asegurarme de la justa reputación de que goza en el palacio de su amo. Espero que vuestra bella esposa, cuya sangre tiene alguna relación con la nuestra, goza de perfecta salud. Si vos, señor conde, os hubieseis presentado delante de Nos dándole la mano, creyera que llevabais la armadura en esta ocasión, contra costumbre, para sostener la superioridad de sus atractivos con todos los caballeros enamorados de Francia; pero sin esto me es imposible adivinnar el motivo de veros así tan completamente armado.

—Señor—respondió el embajador,—el conde de Crève-Cœur

debe sentir su infortunio, y suplicaros que le disculpéis si no puede en esta ocasión responder á Vuestra Majestad con la humilde deferencia debida á la real cortesanía con que os habéis dignado hablarle; pero, aunque sólo hiera vuestros oídos la voz de Felipe de Crève-Cœur de Cordés, las palabras que os transmite son las de un excelso señor y soberano el duque de Borgoña.

—¿Y qué palabras tiene que pronunciar Crève-Cœur á nombre del duque de Borgoña?—preguntó Luis, tomando cierta dignidad propia de esta circunstancia.—Pero ante todo, acordáos que en este lugar, Felipe Crève-Cœur de Cordés habla al soberano de su soberano, según él llama.

Inclinóse Crève-Cœur, y con voz levantada principió su arenga de este modo:

—¡Rey de Francia! El poderoso duque de Borgoña os envía nuevamente una nota por escrito, que contiene el detalle de los contrafueros y vejaciones cometidas en las fronteras por los destacamentos y oficiales de Vuestra Majestad; y mi primer pregunta se reduce á saber si Vuestra Majestad está en ánimo de darle satisfacción por estos agravios.

El rey, habiendo echado por un momento la vista á la nota que le presentó el heraldo de rodillas, contestó:

—Estas quejas se han pasado á mi Consejo mucho tiempo hace. De los hechos que se mencionan, unos son represalias de injurias sufridas por mis vasallos; otros están destituídos de pruebas; y los destacamentos y oficiales del duque vengáronse ellos mismos de muchos otros. Sin embargo, si se encuentra alguno que no pueda colocarse en ninguna de estas tres clases, pronto estoy, en calidad de príncipe cristiano, á dar satisfacción á mi primo por los atropellos de que pueda quejarse, aunque cometidos no sólo sin mi autorización, sino contra mis órdenes expresas.

—Transmitiré la respuesta de Vuestra Majestad á mi excelso amo—respondió el embajador;—pero séame lícito manifestar que como en nada difiere de las demás evasivas que se han dado hasta ahora á sus justas quejas, no es creíble que pueda asegurar por s ísola el restablecimiento

de la paz y buena armonía entre la Francia y la Borgoña.

—Será lo que Dios quisiere—dijo el rey.—La moderada respuesta que doy á esas injuriosas reconvenciones, no es hija del temor que tenga á las armas de vuestro amo; dimana únicamente de mi amor á la paz y á la concordia. Pero proseguid desempeñando vuestra comisión.

—La segunda petición de mi amo—continuó el embajador, —es que cese por fin Vuestra Majestad de mantener inteligencias clandestinas con sus ciudades de Gante, Lieja y Malinas. Requiere que Vuestra Majestad mande retirar los agentes secretos que siembran desconfianza entre los buenos ciudadanos de Flandes; y que destierre de sus dominios, ó más bien entregue á su señor feudal para ser castigados como merecen, á los traidores que, habiendo abandonado el teatro de sus intrigas, hallaron fácilmente un asilo en París, Orleans, Tours y otras ciudades de Francia.

—Decid al duque de Borgoña—respondió el rey,—que no sé de qué inteligencias clandestinas me acusa con sobrada injusticia; que mis vasallos de Francia tienen frecuentes relaciones con las principales ciudades de Flandes, empleándose en un comercio ventajoso á entrambos países, cuya interrupción sería tan contraria á los intereses del duque como á los míos; en fin, que por igual motivo muchos flamencos residen en mis estados y gozan de la protección de mis leyes; pero que no tengo noticia de ningún refugiado por revolucionario ó traidor al duque. Proseguid; ya oísteis mi respuesta.

—Sí, y con tanto sentimiento como la primera, señor; pues no la encuentro ni bastante directa ni bastante explícita, para que el duque mi amo quiera recibirla en satisfacción de una larga serie de secretas intrigas, que no porque Vuestra Majestad las niegue en este instante, dejan de tener un carácter de indudable certeza. Prosigo con mi embajada. El duque de Borgoña requiere además al rey de Francia para que le envíe sin demora á sus dominios, bajo buena y segura escolta, las personas de Isabel, condesa de Croye, y de su parienta y tutora la condesa Hamelina, de la misma familia, en atención á que dicha condesa Isabel, que por

las leyes del país y sistema feudal de sus dominios, es pupila del mismo duque de Borgoña, emprendió la fuga dirigiéndose á un pueblo que está fuera de su jurisdicción, negando de este modo la sumisión debida al príncipe su tutor, y poniéndose bajo la oculta protección del rey de Francia, que fomenta su rebelión contra el duque su tutor y señor natural, en desprecio de las leyes divinas y humanas, reconocidas y observadas siempre en todos los países civilizados de Europa. Señor, deténgome aquí para oir la respuesta de Vuestra Majestad.

—Hicisteis bien, conde de Crève-Cœur—dijo Luis con tono de desprecio,—empezando tan de mañana el desempeño de vuestra comisión; pues si lleváis idea de pedirme cuenta de cada vasallo que se ha visto obligado á ausentarse de los dominios de vuestro amo, á causa de sus violencias, podría ser muy bien que terminara el sol su curso sin haber vos apurado la lista. ¿Quién será capaz de asegurar que esas damas se hallan actualmente en mis Estados? Y si efectivamente se han refugiado en Francia, ¿quién se atreverá á decir que yo he protegido su fuga ó las he recibido ofreciéndoles mi protección? Además, aun cuando se hallen en mi reino, ¿quién podrá afirmar que yo conozco el sitio donde se han retirado?

—Señor, Vuestra Majestad me permitirá que le diga que yo tenía un testigo en este negocio, quién viera á esas damas fugitivas en la posada que se llama de la «Flor de lis,» poco distante de este castillo; que vió á Vuestra Majestad cuando las visitaba, aunque bajo el indecoroso disfraz de un mercader de Tours; que recibió de ellas en presencia de Vuestra Majestad mensajes y cartas para sus amigos de Flandes, referidos los primeros y entregadas las segundas al mismo duque de Borgoña.

—Producidme ese testigo, conde; presentadme ese hombre que se atreve á propalar tan manifiestas calumnias.

—Habla Vuestra Majestad en tono de triunfo, pues sabe Vuestra Majestad muy bien que ese testigo no existe. Cuando vivía se llamaba Zamet Magranbín, y era uno de esos gitanos errantes. Ayer, según he podido indagar, fué ahor-

cado por los soldados de vuestro gran Preboste; sin duda con el intento de impedir que se encontrase aquí para atestiguar la verdad de cuanto se ha referido sobre este punto al duque de Borgoña, en presencia de sus consejeros y de mí, Felipe Crève-Cœur de Cordés.

—Por nuestra señora de Embrun—exclamó el rey,—son tan absurdos todos estos cargos, y tan lejos estoy de acusarme de cosa que se les parezca, que más me excitan á risa que promueven mi enojo; aun cuando éste conviene mejor al decoro de mi soberanía. Mi guardia prebostal no pasa día que no castigue con la muerte, como es deber suyo, á bandidos y vagabundos: ¿y hase de calumniar á mi corona por lo que esos bandidos y vagabundos hayan podido decir á mi fogoso primo de Borgoña y á sus sabios consejeros? Yo os ruego digáis á mi buen primo, que si gusta de su compañía puede admitirlos en sus dominios, pues en los míos no hallarán más que corta absolución y una buena soga.

—Mi amo, señor rey, no necesita de tales sujetos—respondió Crève-Cœur con tono menos respetuoso del que se permitiera hasta entonces:—el duque no tiene por estilo consultar brujas, gitanos y otros vagabundos sobre el destino de sus vecinos y aliados.

—Mucha paciencia es la mía; acaso demasiada—exclamó el rey interrumpiéndole:—y puesto que vuestras palabras parecen no llevar más objeto que insultarme, sabré por mi parte enviar un embajador al duque de Borgoña, porque estoy convencido de que portándoos así, os excedéis en vuestras facultades, sean las que fueren.

—Al contrario—respondió Crève-Cœur,—todavía no lo he dicho todo. Oid, Luis de Valois, rey de Francia; oid, nobles caballeros, que estáis presentes; oigan los buenos y leales franceses de toda clase y condición. Y tú, Toisón de Oro—añadió volviéndose al Heraldo,—repite después de mí la siguiente declaración: «Yo, Felipe Crève-Cœur de Cordés, conde del Imperio y caballero de la distinguida orden del Toisón de Oro, en nombre del muy poderoso señor y príncipe Carlos, por la gracia de Dios, duque de Borgoña y de

Lorena, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo y de Gueldres, conde de Flandes y de Artois, conde palatino del Henao, de Holanda, de Zelanda, Namur y Zutfen, marqués del Sacro Imperio, señor de la Frisia, de Salinas y de Malinas, os notifico á vos, Luis, rey de Francia, que en atención á haberos negado á la debida reparación de todos los contrafueros y agravios hechos y ocasionados por vos, ó con



vuestro auxilio, sugestión é incitamiento, al referido mi señor duque y á sus amados vasallos, niega por mi medio el pleito homenaje á vuestra corona, decláraos falso y sin fe, y os reta como príncipe y como hombre. He aquí una prenda para sostener cuanto acabo de decir.

Y así diciendo, quitóse la manopla de su mano derecha y arrojóla al suelo en medio de la sala.

Durante una escena tan extraordinaria, y hasta que pre-

senciaron este último rasgo de audacia, guardaron los circunstantes el más profundo silencio; pero luego que se oyó el ruído que hizo al caer la manopla, y el grito de «¡Viva Borgoña!» que dió casi al mismo tiempo con voz grave Toisón de Oro, el heraldo borgoñón, sucedió al silencio un estrepitoso tumulto. Mientras que Dunois, el duque de Orleans y el anciano lord Crawford y uno ó dos más, cuya elevada clase les autorizaba para ello, se disputaban el honor de levantar el guante, resonaban por la sala las voces de «¡Heridle! ¡Matadle! ¡Viene á insultar al rey de Francia en su mismo palacio!»

Pero el rey apaciguó el tumulto, gritando con voz de trueno que sofocaba las demás é infundía respeto á todos:

—Silencio, señores; que nadie se atreva á poner la mano en el embajador, ni un dedo en su prenda. Y vos, señor conde, ¿en qué apoyáis esa existencia, y qué garantía es la vuestra para aventurarla de este modo á una suerte tan arriesgada? ¿Vuestro duque es de condición distinta de los demás príncipes, para defender sus derechos tan fuera del orden natural?

—Sí, no hay duda—respondió el intrépido conde de Crève-Cœur,—de condición distinta, de materia mucho más noble que los demás príncipes de Europa; pues ninguno de ellos se atrevió á daros asilo á vos, rey Luis, cuando siendo únicamente delfín, desterrado de Francia, os veíais perseguido por la implacable venganza de vuestro padre y por todo el poder de su reino: sólo mi ilustre amo, cuya generosidad habéis recompensado tan indignamente, se atrevió á admitiros y protegeros como hermano. Adiós, señor; ya queda desempeñada mi comisión.

Diciendo esto, retiróse el conde sin ninguna ceremonia de atenta despedida.

—Seguidle, seguidle—gritó el rey,—recoged la manopla y seguidle: no hablo contigo, Dunois; ni contigo tampoco, lord Crawford; me pareces demasiado viejo para encargarte de un negocio tan acalorado. Primo de Orleans, tú eres demasiado joven para tomarlo á tu cargo. Señor cardenal, señor obispo de Evreux, sólo á la santidad de vuestro minis-

terio corresponde establecer la paz entre príncipes cristianos; recoged la manopla y haced conocer al conde de Crève-Cœur el grave pecado que ha cometido insultando en su propia corte á un gran monarca, y obligándole á atraer las calamidades de la guerra sobre sus estados y los de sus vecinos.

Interpelado así personalmente el cardenal de La Balue, cogió el guante con la precaución con que cogiera una víbora (tanta era su aversión á este símbolo de guerra,) y salió en seguida de la regia estancia en busca del embajador.

Luis extendió silenciosamente la vista sobre sus cortesanos, cuya mayor parte, excepto los que nombramos, eran hombres de obscuro nacimiento, que debían los altos empleos á que el rey les había elevado en su palacio, no á su valor ni á sus hazañas, sino á habilidades de muy distinto género. Mirábanse unos á otros perdido el color, y era evidente que las escenas de que acababan de ser testigos hicieron en ellos una impresión poco agradable. Echóles Luis una mirada de desprecio, y dijo en alta voz:

—Por más que el conde de Crève-Cœur sea presuntuoso y soberbio, ello es fuerza confesar que tiene en él el duque un servidor que no cede en osadía á ninguno de los que cualquier otro príncipe haya podido encargar de un mensaje. Desearía yo saber dónde podría encontrar otro tan fiel para enviar mi respuesta.

—Vuestra Majestad agravia á la nobleza francesa, señor —dijo Dunois:—cada uno de nosotros es muy capaz de llevar un cartel de desafío al duque de Borgoña en la punta de la espada.

—Y no ofende menos Vuestra Majestad, señor—dijo el anciano Crawford,—á los caballeros escoceses que tienen el honor de serviros. Ni yo ni ninguno de mis subordinados, como que somos de la clase que para ello se requiere, vacilaríamos en pedir cuenta de su conducta á ese orgulloso embajador. Mi brazo conserva todavía bastante vigor para castigarle, si Vuestra Majestad se digna permitírmelo.

—Pero Vuestra Majestad—añadió Dunois,—no quiere em-

plearnos en ningún servicio que sea honorífico para Vuestra Majestad, para nosotros y la Francia.

—Di más bien, Dunois—respondió el rey,—que no quiero ceder á esa impetuosidad temeraria con que por una fruslería, á fuer de caballeros andantes, pondríais en peligro vuestro honor, el trono y la Francia. No hay ninguno entre vosotros que ignore cuán preciosa es cada hora de paz para curar las heridas de un país que tanto ha sufrido: y, sin embargo, todos os lanzaríais á la guerra á la primera aventura que os proporcionara una gitana vagabunda ó una damisela errante, cuya reputación tal vez no vale mucho más... Pero aquí vuelve La Balue; espero que nos traerá nuevas más pacíficas. Y bien, señor cardenal, ¿habéis restituído al conde el juicio y la calma?

—Señor—respondió La Balue,—mi comisión era espinosa y difícil. He preguntado á ese soberbio conde cómo tuviera atrevimiento para dirigir á Vuestra Majestad la presuntuosa reconvención que puso fin á la audiencia; temeridad que debía atribuirse, no á su amo, sino á su propia insolencia, lo que por consiguiente le ponía á discreción de Vuestra Majestad y le sujetaba á todo castigo que fuera del agrado de Vuestra Majestad imponerle.

—Hablasteis muy bien—dijo el rey:—y él ¿qué respuesta dió?

—El conde—continuó el cardenal,—tenía el pie en el estribo para montar á caballo, y al oir mis palabras ha vuelto la cabeza sin variar de posición. «Aunque me hubiese hallado á cincuenta leguas, me dijo, si llegara á mí noticia que el rey de Francia hiciese una pregunta humillante para mi príncipe, volviera las riendas de mi caballo para venir á desahogar mi corazón con la respuesta que acabo de darle.»

—Ya os manifesté, señores—dijo el rey echando una mirada en derredor suyo sin la menor señal de cólera ni aun de agitación,—que mi primo el duque posee en Felipe de Crève-Cœur tan digno servidor como el mejor que otro príncipe alguno haya podido tener á su diestra. Pero, ¿le habéis decidido á quedarse?

—Sí, señor, por veinticuatro horas—respondió el cardenal.

—y empeñéle también á recobrar interinamente la prenda del desafío. Se ha aposentado en la posada de la «Flor de lis.»

—Procurad que le traten espléndidamente y á mis expensas—dijo el rey.—Un servidor como ese es una perla digna de la corona de un príncipe... ¡Veinticuatro horas!—añadió en voz baja, hablando consigo mismo y abriendo los ojos como si quisiese penetrar en el porvenir...—¡Veinticuatro horas!... El plazo es de los más cortos; sin embargo, veinticuatro horas, cuando se saben hábil y mañosamente aprovechar, equivalen á un año entre negociadores indolentes é incapaces. ¡Vamos, señores, á la caza, al bosque! Orleans, querido primo, deja á un lado esa modestia, por bien que te siente, y no te dé cuidado el aire reservado de Juana. Primero cesará el Loira de recibir las aguas del Cher, que ella deje de amarte, como tú de preferir al suyo el cariño de otra—añadió en tanto que el desgraciado príncipe seguía con lentos pasos á su futura esposa.—Tome cada cual su venablo, señores; pues Alegre, mi cazador, ha descubierto un jabalí que dará qué hacer á hombres y á perros. Dunois, troquemos los venablos; este es harto pesado para mí, y acuérdome que nunca he encontrado semejante defecto en tu lanza. A caballo, señores, á caballo.

Y toda la corte partió para la caza.

———

CAPITULO IX

La caza del jabalí

Quiero tratar con muchachos atolondrados y hombres estúpidos de corazón de bronce. No me convienen aquellas personas que con escrutadora mirada penetran en mi pensamiento.
SHAKSPEARE.—«Ricardo III».

Sin embargo de cuanta experiencia podía tener el cardenal del carácter de su amo, cometió en esta ocasión una imprudencia política. Indújole su vanidad á creer que desempeñara mejor su comisión, persuadiendo al conde de Crève-Cœur á quedarse en Tours, de lo que hubiera hecho probablemente cualquier otro negociador de que se valiera el rey; y como no ignoraba la importancia que daba Luis á cuanto contribuyera á alejar un rompimiento con el duque de Borgoña, quiso significarle que estaba en la inteligencia de haberle prestado un importante servicio que debía serle sumamente agradable. Colocóse, pues, más inmediato á la persona del rey de lo que acostumbraba, y procuró entablar conversación con él sobre los acontecimientos de aquella mañana.

Esto era obrar inconsideradamente por muchas razones, pues no les gusta por lo común á los monarcas que se les acerquen sus vasallos como para hacer valer los servicios que creen haberles prestado; y Luis, el monarca más celoso de su autoridad de cuantos han existido, mostrábase especialmente inaccesible y reservado para los que intentaban valerse de un servicio ó penetrar sus ocultos pensamientos.

El cardenal, sin embargo, muy satisfecho de sí mismo y abandonándose á la alegría del momento, como suele suceder algunas veces al hombre de más prudencia, continuaba cabalgando á la derecha del rey, y hacía recaer la conversación siempre que podía sobre Crève-Cœur y su embajada. Acaso era este el objeto que ocupaba más en aquel instante el entendimiento del rey, y acaso por esto mismo era el de que menos le gustaba que le hablasen. Luis, por último, que le escuchaba atentamente aunque sin darle respuesta que pareciese dirigida á prolongar la conversación, hizo seña á Dunois, quien se hallaba á poca distancia, para que viniese á colocarse á su izquierda.

—Salimos para hacer ejercicio y divertirnos—le dijo,—pero este reverendo padre quisiera que celebrásemos un consejo de Estado.

—Espero que Vuestra Alteza me dispensará de tomar parte en él—respondió Dunois:—yo nací para pelear por la Francia; mi corazón y mi brazo están consagrados á su servicio; pero mi cabeza no es muy á propósito para los consejos.

—Pues la del cardenal sólo es buena para esto, Dunois—replicó el rey.—Acaba de confesar á Crève-Cœur á la puerta del castillo, y nos ha referido toda su confesión. ¿No me lo habéis dicho todo, todo, todo?—añadió cargando el acento sobre estas últimas palabras, y dirigiendo al cardenal una mirada penetrante, que se escapó de sus largas cejas negras como brilla la hoja de un puñal al sacarle de la vaina.

Tembló el cardenal, esforzándose para responder á la pulla del rey, y díjole que «aun cuando su ministerio le imponía la obligación de guardar los secretos de sus penitentes en general, no había «sigillum confessionis» que no quedase derretido al soplo de Su Majestad.»

—Y como Su Eminencia—continuó el rey,—está dispuesto á comunicarnos los secretos de los demás, cree como es natural, que no seré yo menos franco con él; y para entablar entre nosotros esta especie de correspondencia, desea saber muy discretamente si esas dos señoras de Croye se

hallan en efecto en mis dominios. Siento mucho no poder satisfacer su curiosidad, ignorando como yo mismo ignoro en qué parte de nuestros estados pueden haberse ocultado unas doncellas errantes, unas disfrazadas princesas, ó unas condesas perseguidas; pues gracias á Dios y á Nuestra Señora de Embrun, tienen alguna mayor extensión de la necesaria para poder contestar con acierto á las muy discretas preguntas de Su Eminencia. Pero, suponiendo que se hallasen en mi castillo, Dunois, ¿qué responderías á la perentoria demanda de nuestro primo de Borgoña?

—Pronto habré contestado, si Vuestra Alteza se digna decirme si prefiere la paz ó la guerra—respondió Dunois con una franqueza hija de su carácter naturalmente abierto é intrépido, con el que á veces divertíase en extremo Luis, quien, como todo hombre sagaz, deseaba tanto penetrar en el corazón de los demás, como ocultar lo que en el suyo sentía.

—Por San Martín de Tours, Dunois—dijo Luis,—tendría yo tanto gusto en poder decírtelo, como tú en saberlo; pero yo mismo lo ignoro. Por otra parte, suponiendo que me decidiese por la guerra, ¿qué haríamos de esa hermosa, rica y joven heredera, si con efecto se hallase en mis estados?

—Podría Vuestra Alteza casarla con alguno de sus leales servidores, que tuviese á un mismo tiempo un corazón para amarla y un brazo para defenderla.

—¿Verbigracia, tú?... Por vida de... No te creía yo tan político siendo tan franco.

—Nada entiendo en política, señor; pero, por Nuestra Señora de Orleans, jamás gasto cumplimientos, y monto á caballo así que lo tengo ensillado. Por lo menos, Vuestra Majestad debe á la casa de Orleans un matrimonio ventajoso.

—Sin duda, y pronto estoy á cumplir con la deuda... Sí, vive Dios, la pagaré. ¿No ves esa linda pareja?

Al decir esto señaló al desgraciado duque de Orleans y la princesa Juana, que, sin atreverse á quedar á mayor distancia del rey ni á separarse en su presencia, guardaban

la misma línea, sin embargo de estar sus caballos apartados dos ó tres pasos el uno del otro, separación que la cortedad por una parte y la aversión por otra no podían disminuir, al paso que el temor les impedía aumentarla.

Dunois volvió los ojos hacia donde señalaba el brazo del rey; y como la situación de su infeliz pariente y de su futura esposa ofrecíale la idea de dos perros que enlazados forzosamente uno á otro, andan no obstante tan apartados cuanto lo permite la traílla que los sujeta, no pudo menos de menear la cabeza, no atreviéndose á contestar de otro modo al hipócrita tirano.

Dió muestras Luis de haber penetrado su pensamiento.

—Serán el matrimonio más feliz—dijo,—vivirán tranquilamente y no creo que los hijos les incomoden mucho; pero el tenerlos, no siempre puede contarse como una dicha.

Tal vez el recuerdo de su ingratitud hacia su padre contribuyó á que el rey no pasase de estas últimas palabras, dando á la irónica sonrisa que asomaba á sus labios una expresión severa que casi tenía apariencia de arrepentimiento; pero poco después siguió la conversación por diferente estilo.

—Hablando en plata, mi querido Dunois, á pesar de cuanto venero el santo sacramento del matrimonio (y al decir estas palabras el rey se santiguó,) preferiría que la casa de Orleans me diese valientes soldados como tú y tu padre, por cuyas venas corre la sangre real de Francia, sin que recláméis derecho alguno, antes de ver, como en Inglaterra, despedazada la nación por guerras intestinas, á que ha dado margen la rivalidad de legítimos aspirantes á la corona. El león nunca debiera tener más que un cachorro.

Dunois suspiró y no abrió los labios porque sabía que el contradecir á su arbitrario soberano, lejos de favorecer á su pariente, iba por el contrario á perjudicarle. Sin embargo, no pudo menos de responder después de un corto intervalo de silencio:

—Ya que Vuestra Majestad tiene á bien citar el nacimiento de mi padre, ello es fuerza confesar que, dejando aparte la fragilidad de los que le dieron el sér, pudo consi-

derársele más feliz y más afortunado en deber su existencia al amor ilegítimo que al odio conyugal.

—Eres muy bellaco y atrevido, Dunois—dijo el rey en tono de chanza,—al hablar con tanta irreverencia del sagrado nudo del matrimonio. Pero dejemos esta conversación, que el jabalí está ya desalojado. Soltad los perros, y favorézcanos el glorioso San Huberto. ¡Halalí, halalí!...

El eco de los bosques repitió los alegres sonidos de la corneta del rey, en tanto que éste seguía ya la caza acompañado de dos ó tres de sus guardias, en cuyo número se contaba nuestro amigo Quintín Durward. Y conviene observar aquí que aun cuando el rey se entregaba con ardor á su diversión favorita, no pudiendo contener su acre y maligno carácter, halló medio de recrearse incomodando al cardenal de La Balue.

Una de las debilidades de aquel hábil diplomático, según ya notamos en otra ocasión, era la de considerarse el hombre más á propósito para representar el papel de consumado cortesano y finísimo galán, á pesar de la obscuridad de su nacimiento y de su falta de educación. A la verdad no entraba en las lides caballerescas como Becket, ni reclutaba soldados como Wolsey; pero era la galantería, en que también aquellos se distinguieron, su favorito recreo, y aparentaba manifestar asimismo una afición extraordinaria al marcial ejercicio de la caza. Sin embargo, aunque hubiese deslumbrado á ciertas personas que consideraban su poder, su riqueza y su influencia de hombre de estado como suficiente peso para contrabalancear lo que le faltaba de fino y de bizarro, los magníficos caballos que compraba á cualquier precio, como que carecían de aquella clase de consideraciones, manifestábanse del todo indiferentes al honor de ser montados por tan alto personaje, y no le trataban con mayor respeto del que hubieran tributado en otro tiempo á su padre el carretero, molinero ó sastre, de quien era digno rival en el arte de la equitación. Constábale muy bien al rey, y divirtiéndose, ya en espolear á su caballo, ya en pararle de repente, logró por medio de

esta maniobra, muchas veces repetida, poner al caballo del cardenal, á quien no permitía apartarse de su lado, en tal estado de rebelión contra su jinete, que fácil fué presumir no tardarían en separarse. Mientras el corcel del prelado relinchaba, coceaba y se encabritaba, Luis, que se complacía en apurar al poco diestro jinete, hacíale varias preguntas sobre negocios importantes, dándole á entender que iba á aprovechar esta ocasión para confiarle algunos de los secretos de estado que pocos momentos antes el cardenal andaba tan solícito en indagar.

No es fácil formar idea de situación más apurada que la de un consejero privado que se veía en la precisión de escuchar y responder á su soberano, en tanto que cada corveta de su impetuoso caballo obligábale á mudar de actitud y le ponía en un estado más precario. Su ropaje de púrpura flotaba en todas direcciones, y lo único que podía preservarle de una pronta y peligrosa caída era la profundidad de su silla, sobradamente alta por delante y por detrás. Dunois moríase de risa sin poder reprimirse; y el rey, que tenía un modo particular de gozarse interiormente con el buen resultado de sus malignas tretas, sin que la risa se manifestase en su semblante, reprendía á su ministro con la mayor seriedad y tono de amistosa dulzura su excesivo ardor para la caza, que no le permitía conceder algunos momentos, á los negocios del Estado.

—Pero no quiero por más tiempo servir de obstáculo á vuestros placeres—añadió dirigiéndose al cardenal que se hallaba entonces en los mayores apuros.

Y dando las riendas á su caballo, se adelantó.

Antes de que La Balue pudiese decir una palabra para responder ó excusarse, su caballo, mordiendo el freno, partió á todo escape, y bien pronto dejó atrás el rey y á Dunois, que le siguieron con paso moderado, para disfrutar mejor del apuro del prelado cortesano.

Si acaso les sucedió alguna vez á nuestros lectores, como á nosotros mismos, desbocárseles el caballo, no podrán menos de hacerse cargo desde luego de lo apurado, peligroso y ridículo de la situación de nuestro estadista. Aquellas ma-

nos y piernas del cuadrúpedo que no se hallan ya subordinadas al jinete, ni aun algunas veces al mismo animal á quien más propiamente pertenecen, y corren con tanta rapidez como si las últimas quisiesen alcanzar á las primeras; las dos piernas pendientes del caballero, que apoyaríamos gustosos en el verde césped y que aumentan el peligro con apretar los ijares del corcel; las manos que han abandonado las riendas para asirse de la crín; el cuerpo que en lugar de mantenerse firme y derecho en el centro de gravedad, como encargaba el viejo Angelo, ó inclinado hacia delante, como el de un jockey en Newmarket, vese tendido sobre el cuello del caballo; sin más medio de evitar una caída de los que tendría un costal de trigo; todo contribuye á hacer divertido el cuadro para los espectadores, por más que no tenga quien le ofrezca malditas las ganas de reir. Pero añadid á este espectáculo algún requisito particular del traje ó facha del mal aventurado caballero; un uniforme magnífico, por ejemplo, un hábito religioso, un traje extraordinario; también el lugar de la escena, ya sea una carrera de caballos, una revista, una procesión, ú otro lugar de reunión pública: si la desgraciada víctima quiere dejar de ser el objeto de la burla general y de inextinguible risa, no tiene más remedio que romperse uno ó dos miembros al caer; si desea más eficaz medida haga por procurarse muerte repentina, pues es imposible lograr sin esto una verdadera compasión. En nuestro caso, el vestido corto del cardenal, pues dejara La Balue su ropón en el castillo, sus medias coloradas, su capelo del mismo color, adornado con largos cordones, y su aire de turbación, daban mayor pábulo á la chacota con que se celebraba su torpeza.

El caballo, entregado á sí mismo, galopando, ó volando, por mejor decir, por una avenida tapizada de verde da con los que estaban persiguiendo al jabalí, derriba uno ó dos cazadores que poco se aguardaban á ser atacados por retaguardia, pisa y atropella muchos perros, y siembra la confusión en toda la cuadrilla: excitado todavía más por los gritos y amenazas de los cazadores, arrastra al asustado car-

denal más allá del lugar por donde corría el formidable animal, furioso y con todos los colmillos cubiertos de espuma.

Viéndose La Balue tan inmediato al jabalí, dió un tremendo grito para pedir socorro. Este grito ó acaso la presencia de la terrible fiera, produjo tal efecto en el desbocado corcel, que interrumpió su carrera y dió de sopetón tal brinco de lado, que el cardenal, quien se sostuviera hasta entonces por haber seguido en línea recta, cayó como un plomo en tierra. Este final de la caza de La Balue verificóse tan cerca del jabalí, que á no verse el animal tan ocupado en sus propios peligros pudiera haber sido tan fatal al prelado esta proximidad, como lo fué, según se cuenta, un acontecimiento semejante á Favila, rey de los visigodos, en España. Salió no obstante bien librado, sin más detrimento que el de un grande ataque de miedo; y alejándose á gatas con tanta ligereza como pudo del lugar por donde tenían que pasar los perros y cazadores, vió desfilar toda la comitiva sin que nadie se tomase la pena de ofrecerle su socorro, pues los cazadores de aquella época no tenían por accidentes de esta naturaleza mejores entrañas que los del día.

El rey dijo al pasar á Dunois:

—Allí está el cardenal en posición bien humilde... no es gran cazador, que digamos; pero á la verdad que como pescador y más si se trata de pescar un secreto, puede tenérselas tiesas al mismo San Pedro. Sin embargo, ha tenido que habérselas esta vez con quien no le cede en nada.

No pudieron llegar estas palabras á los oídos del cardenal, pero bien pudo adivinar su sentido por la mirada desdeñosa con que fueron acompañadas. Suele decirse que escoge el diablo para tentarnos ocasiones semejantes á las que ofreció al cardenal La Balue el amargo resentimiento que se apoderó de él al ver el ademán despreciativo de Luis. Disipóse su pavor momentáneo en cuanto se aseguró de que su caída no le había lastimado; pero su vanidad humillada y el rencor que sintió contra su soberano, ejercieron en él una influencia de más larga duración.

No bien acabó de pasar la comitiva de la caza, un caballero que más parecía espectador de la diversión que partícipe de ella, adelantóse con uno ó dos de los que le acompañaban, y manifestó la mayor sorpresa de hallar al cardenal á pie, solo, sin caballo, y en un estado que no dejaba duda sobre el accidente que tan mal le había parado. Apearse, ofrecerle todos los auxilios que estaban en su mano, mandar que diesen al cardenal un palafrén muy manso, que montaba uno de los suyos, expresar su admiración de que los usos de la corte de Francia permitiesen abandonar á los peligros de la caza y desamparar en un caso de necesidad al más distinguido de sus hombres de Estado, tales fueron los naturales rasgos de humanidad y cortesía que tan extraordinario encuentro ofreció desplegar al conde Crève-Cœur, pues era cabalmente el embajador borgoñón quien acudió al socorro del cardenal desmontado.

No podía ser más propicio el momento, ni las disposiciones podían estar más á punto para hacer sobre la fidelidad de La Balue alguna de aquellas tentativas, á que, es bien sabido, tuvo la criminal debilidad de no saber resistir. Ya por la mañana, como no se había escapado á la suspicacia de Luis, mediaron entre los dos ciertas pláticas, que el cardenal no se atrevió á referir á su amo; pero aun cuando hubiese oído con satisfacción, la seguridad que le dió el conde del alto aprecio que merecieran al duque de Borgoña su persona y relevantes prendas, y no le fuese fácil resistir á un impulso de tentación oyendo hablar á Crève-Cœur de la munificencia de su señor y pingües beneficios que tenía á su disposición en Flandes; sin embargo, sólo después de exasperado por los acontecimientos que acabamos de referir, y de haber visto tan cruelmente herida su vanidad, resolvióse en momento fatal á dar al rey Luis XI una prueba de que ningún enemigo puede ser tan peligroso como el amigo y confidente ofendido.

En esta ocasión, dióse prisa en persuadir á Crève-Cœur que se alejase para no dar lugar á que les viesen juntos; pero le dió una cita para la tarde en la abadía de San Martín de Tours después de vísperas, con un tono que

aseguró al borgoñón que su amo acababa de obtener una ventaja que acaso no se hubiera atrevido á prometerse, excepto en un instante como aquel de exasperación.

Mientras esto pasaba, Luis, que á pesar de ser el príncipe más político de su siglo, había en esta ocasión, como en otras, permitido á sus pasiones entrometerse en su prudencia, seguía con ardor la caza del jabalí, que se hallaba entonces en su punto más interesante. Sucedió que un jabato de dos años atravesó la línea del animal acosado; los perros, engañados siguieron esta nueva dirección, y sólo dos ó tres perros viejos de gran experiencia no dejaron la buena pista: la mayor parte de los cazadores, por fin, se habían igualmente desviado. Vió el rey con oculta satisfacción que se equivocaba Dunois lo propio que los demás, y gozó de antemano el placer de llevar ventaja á un caballero consumado en el arte de la montería, lo que casi se consideraba entonces por tan glorioso como serlo en la profesión de las armas. Luis iba bien montado y seguía muy de cerca los perros que no abandonaron el primer camino; de suerte que, cuando el jabalí, al llegar á un terreno pantanoso, se volvió para oponer la última resistencia á sus enemigos, encontróse el rey solo é inmediato al furioso animal.

Mostró Luis en esta ocasión todo el ardimiento y habilidad de un cazador consumado, pues despreciando el peligro, acometió al jabalí, que se defendía de los perros echando espumarajos de rabia, é hirióle con su venablo. Pero como su caballo, si se acercó á la fiera fué contra su voluntad y coceando, no pudo asegurar bien el golpe para matarle ó dejarle fuera de combate. Todos los esfuerzos fueron vanos para determinar al corcel á un segundo ataque, de modo que el rey tomó el partido de echar pie á tierra y acometer solo al jabalí, esgrimiendo una de aquellas espadas cortas, rectas, agudas y afiladas de que se valen los cazadores en semejantes casos. El animal, embravecido, se olvidó de los perros para precipitarse sobre el nuevo enemigo que se le presentaba, en tanto que el rey, aguardándole á pie firme, preparó su espada para clavársela en la



Con su venablo atravesó al jabalí de parte á parte



garganta, ó más bien en el pecho debajo de la espaldilla, en cuyo caso el mismo peso é impetuosidad del animal feroz hubieran seguramente acelerado su destrucción. Desgraciadamente la humedad del suelo hizo resbalar el pie del monarca en el momento preciso que iba á ejecutar esta delicada y peligrosa suerte; la punta del chuzo, dando en la coraza de pelos erizados que cubrían la espalda del animal, escurrióse sin herirle, y Luis dió con su cuerpo en tierra. Esta caída fué, sin embargo, feliz para el monarca, pues á causa de ella el jabalí, que había dirigido el hocicazo contra su muslo, erró también el golpe, y sólo le desgarró un faldón de su vestido de caza. La impetuosidad del ataque llevóle algunos pasos más allá, pero no tardó en volverse para embestir de nuevo al rey mientras se levantaba. Hallábase en esto la vida de Luis en el mayor peligro, cuando Quintín Durward, que á causa de la lentitud de su caballo quedárase atrás, pero que afortunadamente había reconocido y seguido la bocina del rey, llegó en tan crítico momento, y con un golpe de venablo atravesó al animal.

El rey, que entretanto se había levantado, corrió á su vez á auxiliar á Durward, y acabó de matar al jabalí, clavándole su espada en la garganta. Antes de hablar una palabra á Quintín midió la longitud del animal, calculando por los pasos los pies que contaba; limpióse el sudor de su frente y la sangre de sus manos, quitóse su sombrero de caza, colocóle en una zarza y dirigió una devota oración á los santitos de plomo que lo cubrían.

—¿Eres tú, querido joven escocés?—dijo, fijando al fin una mirada en Durward.—Vaya que has empleado bien tus ejercicios, y el tío Pedro te debe otro excelente almuerzo como el que te dió en la «Flor de lis.» ¡Y bien! ¿Porqué no hablas? ¿Has perdido en la corte todo tu ardor y deseos de distinguirte? Pues á los demás les sucede todo lo contrario.

Quintín, joven mañoso y fino, como pudiera serlo el más avisado y precavido de Escocia, había concebido más bien temor que confianza hacia su peligroso señor, y tenía de-

masiada prudencia para aprovecharse del arriesgado permiso de familiaridad que parecía concedérsele. Respondió en pocas pero escogidas expresiones, que si le era lícito dirigir la palabra á Su Majestad, sería únicamente para suplicarle se dignase perdonar la rústica osadía con que se condujo cuando no conocía el alto y sagrado carácter de su real persona.

—¡Bien, bien!—dijo el rey,—perdono tu osadía en favor de tu viveza y habilidad. Ya me sorprendió el tino con que adivinaste la profesión de mi compadre Tristán. Desde entonces, según me han informado, te faltó muy poco para que te sirviese un plato de su cocina. Te aconsejo que andes con él con cuidado, porque es un mercader que trafica en brazaletes algo duros y en collares harto apretados. Ayúdame á montar á caballo. Me places y quiero protegerte: con nadie cuentes sino conmigo; ni siquiera con tu tío ni con lord Crawford. No hables á nadie del oportuno servicio que me has prestado en mi lucha con el jabal ; pues quien se alaba de haber socorrido á su rey en caso tan urgente, el placer de decirlo debe bastarle por recompensa.

El rey tocó entonces la corneta, y á su són se le reunieron inmediatamente Dunois y otros muchos cazadores que le dieron el parabién por la muerte del jabalí. Apropiábase el monarca sin escrúpulo en esta ocasión mucha mayor gloria de la que realmente le correspondía, pues habló de la cooperación del joven Durward tan superficialmente, como suele hablar un cazador de elevada categoría que se alaba del número de piezas que trae en su zurrón, sin mencionar al mozo que le ayudara á matarlas. Mandó en seguida á Dunois que enviara el jabalí á los monjes de San Martín de Tours, para que se regalasen con él los domingos, y se acordasen del rey en sus oraciones.

—¿Y qué se ha hecho su eminencia el señor cardenal?—preguntó Luis.—Paréceme que es falta de atención y poco miramiento por la Santa Iglesia abandonarle sin caballo en medio del bosque.

—Si Vuestra Majestad me lo permite—dijo Durward viendo que todos guardaban silencio,—diré que he visto á Su Emi-

nencia salir del bosque montado en un caballo que le dieron.

—El cielo cuida siempre de los que le pertenecen—dijo el rey.—Vamos, señores, partamos hacia el castillo; por hoy está concluída la cacería. Señor escudero—añadió dirigiéndose á Durward,—id por mi cuchillo de monte, que se me cayó junto al jabalí. Pasa adelante, Dunois; pronto te alcanzaré.

Luis, cuyos movimientos más insignificantes en apariencia estaban casi siempre calculados como estratagemas ó ardides de guerra, procuróse de este modo la ocasión de hablar á solas con Durward.

—Valiente escocés—le dijo,—tú tienes penetración, según comprendo. ¿Puedes informarme de la persona que ha dado un caballo al cardenal? Algún extranjero sin duda; pues mis cortesanos habiéndome visto pasar por delante de él sin detenerme, no se habrán seguramente dado prisa en prestarle este favor.

—No he podido ver más que un solo instante á los que han auxiliado al cardenal, señor—respondió Quintín:—únicamente me fué dable fijar en ellos una mirada fugaz, pues tuve la desgracia de caer del caballo y estaba corriendo á todo escape para ocupar mi puesto; pero presumo que sería el embajador de Borgoña y su comitiva.

—¡Ah! ¡con que el borgoñón!—exclamó el rey.—Ahora bien... la Francia se halla en estado de obrar por su parte.

No se pasó después cosa particular, y el rey entró en el castillo con su acompañamiento.

CAPITULO X

El centinela

¿Dónde estará esa música, en los aires ó en la tierra?
SHAKSPEARE.—«La Tempestad».

—Me convertí todo en oídos y percibí tan melodiosas armonías que eran capaces de crear un alma en el seno mismo de la muerte.
COMUS.

No bien acababa de entrar Quintín en su pequeño aposento para hacer alguna variación indispensable en su traje, cuando su digno tío se le presentó para enterarse detalladamente de todo lo sucedido en la caza.

El joven, que no podía menos de estar persuadido que el brazo de Luis valía probablemente algo más que su juicio, procuró con su respuesta dejar al rey en plena posesión de la victoria que había indicado desear apropiarse exclusivamente. Contestóle el Acuchillado jactándose de la conducta harto superior que hubiera él guardado en semejantes circunstancias, terminando la lección con algunas suaves reconvenciones por su poca diligencia y celo en socorrer al rey cuando podía peligrar su vida. Mostró el joven muchísima prudencia, diciendo solamente para disculparse que, según todas las reglas de la montería, no era decoroso herir á un animal atacado por otro cazador, á menos que éste no pidiese asistencia. Terminada apenas esta discusión, Quintín tuvo ya motivos para congratularse de su disimulo. Un golpecito dado á la puerta anunció una visita; abrióse aquélla, y Oliverio el Gamo, el Malo ó el Diablo, pues bajo estos tres nombres era conocido, entró en el aposento.

Dimos ya, á lo menos en cuanto al exterior, la descripción de este hombre, diestro, pero sin principios. Su modo de andar y sus modales le daban una semejanza casi perfecta con el gato doméstico, que agachado y dormido en apariencia, ó atravesando el cuarto con paso lento, tímido y furtivo, no deja por esto de acechar con sumo cuidado el agujero de algún desgraciado ratón, y que restregándose con cierta familiaridad contra aquel cuya mano desea que le acaricie, arrójase sobre su presa un instante después, arañando acaso á quien acabara de halagar.

Entró Oliverio inclinado hacia adelante con ademán humilde y modesto, saludando al señor Acuchillado con tanta atención que todo el que hubiese presenciado esta entrevista no pudiera menos de sacar por consecuencia que venía á solicitar algún favor del arquero escocés. Dió el parabién á Lesly por la excelente conducta de su sobrino en la caza de aquel día, conducta—observó,—que se había granjeado la atención particular de Su Majestad. Paróse al decir esto como esperanzando contestaciones, y permaneció con los ojos fijos en el suelo, levantándolos únicamente de vez en cuando para dirigir á Quintín una mirada á hurtadillas, en tanto que el Acuchillado contestaba lamentándose: «Que había sido una lástima que el rey no le hubiese tenido inmediato á su persona en lugar de su sobrino, en atención á que él hubiera indubitablemente atravesado el jabalí con un solo golpe de venablo, cuando, según había podido comprender, Quintín dejó todo el peligro y la fatiga para Su Majestad.»

—Pero—añadió,—esto servirá de lección al rey por todo el resto de su vida, y le enseñará á disponer que un hombre de mi estatura monte mejores caballos. ¿Cómo mi enorme montaña ambulante de raza flamenca, hubiera podido seguir al corcel normando de Su Majestad? Y sin embargo, no era por falta de surcarle los flancos con buenos espolazos. Esto es bochornoso, señor Oliverio, y vos deberíais ponerlo en consideración de Su Majestad.

Maese Oliverio sólo respondió á esta observación dirigiendo al intrépido y rudo arquero una de aquellas lentas

y equívocas miradas que, acompañadas de un ligero movimiento de mano por una parte y una leve inclinación de cabeza por otra, pueden tomarse por conformidad á lo que acaba de oirse y por invitación á no hablar más del asunto que se trata.

La mirada que echó en seguida al joven escudero era más viva, más observadora mientras le decía con ambigua sonrisa:

—¿Luego en Escocia, joven, se usa dejar á los príncipes en peligro por falta de socorro, en ocasiones como la que se os ofreció esta mañana?

—En Escocia—respondió Quintín resuelto á no dar más aclaraciones sobre este punto,—no solemos tomar parte intempestivamente en las hermosas diversiones de nuestros reyes, cuando pueden salirse de apuro sin nuestra intervención. Estamos persuadidos de que un príncipe cazando debe correr la misma suerte que los demás y que sólo á este efecto se dedica á tal ejercicio. ¿Qué sería la caza sin fatiga y sin peligro?

—¡Oíd cómo se explica ese joven sin seso!—dijo su tío.—Siempre con esas máximas ridículas, y siempre con la respuesta al canto para justficar sus acciones. No sé de dónde diablos se ha sacado ese talento; pues yo nunca he sabido dar razón de cómo y por qué hago las cosas, excepto el comer cuando tengo hambre; mandar tocar llamada para reunir la tropa y otras cosas que atañen al servicio.

—Yo os pregunto, señor mío—dijo el barbero real, abriendo á medias los párpados para mirarle,—¿qué razón dais para mandar reunir la tropa?

—La orden de mi capitán—respondió el Acuchillado.—Por San Gil que no conozco más razón que esa. Si mi capitán se lo mandase á Tyrie ó á Cuningham, tendrían que hacer lo propio.

—No hay duda que es razón enteramente militar. Pero, señor Lesly, vos sin duda os tendréis por dichoso de saber que Su Majestad está tan lejos de reprobar la conducta que observó esta mañana vuestro sobrino, que le ha escogido para desempeñar esta tarde una comisión.

—¡Le ha escogido!...—exclamó Lesly con tono de la mayor sorpresa.—Que me ha escogido á mí, supongo querréis decir.

—No; quiero decir precisamente lo que digo—respondió el barbero con mucha dulzura, pero con tono decidido.—El rey tiene órdenes que dar á vuestro sobrino.

—¡Cómo!—continuó el Acuchillado.—Por qué, y qué razón hay, ó cómo es posible que Su Majestad prefiera los servicios de un muñeco á los míos?

—No os puedo dar mejor razón, señor Lesly—respondió Oliverio,—de la que vos mismo me dabais pocos momentos hace. Tal es la orden de Su Majestad. Pero si puedo tomarme la libertad de hacer una conjetura, me aventuraré á decir que acaso Su Majestad tiene que dar una comisión más propia de un joven como vuestro sobrino, que de un guerrero experimentado como sois vos.—Por consiguiente, joven, preparad vuestras armas y seguidme. Tomad un arcabuz, pues vais á desempeñar las funciones de centinela.

—¡De centinela!—repitió su tío.—¿Estáis bien seguro de no equivocaros, maese Oliverio? Nunca se ha confiado la guardia interior del castillo sino á los que, como yo, cuentan doce años de servicio en nuestro distinguido cuerpo.

—Conozco á fondo las intenciones de Su Majestad—respondió Oliverio,—y no puedo tardar más tiempo en realizarlas.

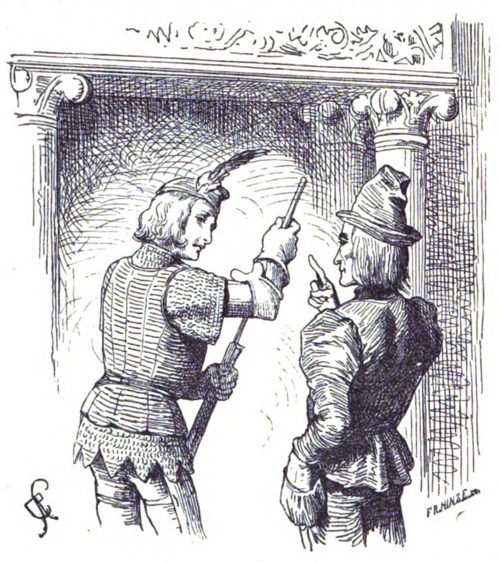
—Pero—dijo el Acuchillado,—si mi sobrino no es todavía arquero libre; no es más que escudero, que sirve bajo mis órdenes.

—Dispensad—contestó Oliverio:—apenas hace medio hora que el rey envió á buscar el registro y le inscribió entre los individuos de la Guardia. Tened la bondad de ayudar á vuestro sobrino á prepararse para el servicio.

Lesly, en quien no cupieran por esto envidia ni celos, apresuróse á ayudar á Quintín á equiparse y armarse, dándole al mismo tiempo instrucciones de cómo debería conducirse cuando estuviese sobre las armas; pero no pudo contenerse de entremezclar de cuando en cuando en sus lecciones alguna interjección de sorpresa, relativa á la bue-

na fortuna que tan prematuramente se entraba por la casa del joven militar.

—Jamás se había dado, ni aun en mi favor, un ejemplo como éste en la Guardia escocesa—dijo,—pero sin duda va á confiársele la custodia de los pavos reales y papagayos de las Indias, que el embajador de Venecia regaló últimamente á Su Majestad. No puede ser otra cosa; y como este servicio es propio de un joven imberbe—continuó retorcién-



dose los bigotes,—celebro infinito que la elección de Su Majestad haya recaído en mi sobrino.

Dotado de travieso y perspicaz ingenio y de imaginación ardiente, dió Quintín mucha mayor importancia á la comisión que acababa de recibir, y latía su corazón de alegría á la idea de una distinción que le prometía rápidos ascensos. Resolvió espiar con mucho cuidado los razonamientos y aun los gestos de su guía, pues sospechaba que en ciertos casos, por lo menos, era preciso interpretarlos en un sentido contrario, como se dicen que explican los sueños los adivinos. No podía menos de felicitarse por haber guarda-

do el más profundo secreto sobre las ocurrencias de la caza; y tomó una resolución que, atendida su edad, daba muestras de suma prudencia, que era encadenar sus pensamientos en su corazón y tener su lengua en sujeción completa mientras respiraría el aire de aquella solitaria y misteriosa corte.

Pronto se hubo terminado su equipo, y siguiendo á maese Oliverio, salió del cuartel con el arcabuz al hombro; pues aunque la Guardia escocesa conservaba el título de arqueros de la Guardia, apresurárase con todo á substituir las armas de fuego al arco, que nunca fuera el arma favorita de aquella nación.

Su tío le fué siguiendo mucho rato con la vista, en ademán que indicaba una mezcla de admiración y curiosidad; y por más que ni la envidia ni los bajos sentimientos que ella produce tomasen parte en sus honradas meditaciones, parecíale que el favor otorgado á su sobrino desde el primer día de su servicio, ofendía un poco su propia importancia, no dejando de rebajar esta idea la satisfacción que por otra parte le causaba.

Meneó gravemente la cabeza, abrió un armario, sacó un gran botillo de vino añejo, sacudióle para asegurarse de si menguaba mucho el contenido, llenó un vaso de licor precioso, le apuró de un trago y repantigóse en un gran sillón de roble. Cabeceando entonces nuevamente, dió muestras de hallar tanto alivio en este movimiento de oscilación, semejante al de aquellas figuritas de resorte que sirven de juguete á los niños, que le fué continuando hasta que cayó en un sopor, de que sólo pudo arrancarle la señal acostumbrada para acudir á la mesa.

Habiendo dejado á su tío en entera libertad de entregarse á sus sublimes reflexiones, Quintín Durward siguió á su guía Oliverio, que sin atravesar ningún patio, congújole por pasajes, ya abiertos bajo bóvedas, ya expuestos al aire libre, por escaleras, galerías y corredores que comunicaban unos con otros por medio de puertas secretas colocadas donde menos pudiera esperarse, é hízole entrar en una

ancha y espaciosa galería, adornada por más antigua que primorosa tapicería y por algunos cuadros de la áspera y fría escuela de la época anterior á aquella en que el esplendor de las artes llegó repentinamente á tan alto grado. Representaban los cuadros, á lo que se creía, los paladines de Carlo Magno, que tan admirables páginas ocupan en la historia novelesca de Francia; y como el célebre Rolando de agigantada estatura, era el personaje que entre ellos sobresalía, llamaron á aquel aposento la galería de Rolando.

—Vais á quedaros aquí de centinela—dijo Oliverio calladito, como si creyera que las adustas facciones de los monarcas y guerreros que le rodeaban pudieran armarse de furor si se atrevía á levantar la voz, ó temiese tal vez despertar los ecos que dormitaban bajo las esculpidas bóvedas y entre los góticos adornos de este vasto y sombrío aposento.

—¿Cuál es el santo y seña?—preguntó Quintín sin levantar más la voz de lo que hiciera Oliverio.

—¿Tenéis cargado el arcabuz?—le dijo el barbero sin contestar á su pregunta.

—Pronto lo estará—respondió Quintín.

Y habiendo cargado el arma, encendió la mecha en un fuego casi apagado que había en una inmensa chimenea, de tal dimensión, que pudiera fácilmente tomarse por un gabinete ó una capilla de estilo gótico dependiente de la galería.

Oliverio aprovechó este intervalo para decirle que aun ignoraba uno de los insignes privilegios del cuerpo en que servía, que era recibir órdenes directas del rey ó del gran condestable, sin que fuesen transmitidas por la voz de los oficiales.

—Joven—añadió,—vos estáis colocado aquí por orden de Su Majestad, y no tardaréis mucho en saber el motivo. Entretanto os quedaréis en esta galería. Podéis pasearos ó estar parado, como bien os parezca, pero no debéis sentaros ni dejar un solo instante el arma. Se os prohibe silbar y cantar en alta voz; pero tenéis libertad, si así gustáis, de murmurar algunas oraciones y aun de entonar algunas

coplas decentes, como sea á media voz. Adiós, y procurad vigilarlo todo.

—¡Vigilarlo todo!—pensó el joven militar mientras que su conductor se alejaba sin ruído, con aquel paso furtivo que le era habitual y salía por una de las puertas laterales oculta entre los tapices.—¡Vigilarlo todo! ¿Y sobre quién ó contra quién debo yo ejercer mi vigilancia? No hay aquí apariencia de hallar más enemigos que algún ratón ó murciélago, á menos que se animen esos antiguos y feos guerreros para perturbar el sosiego de mi servicio. Pero no importa; esta es mi obligación, á lo que parece, y es preciso desempeñarla.

Habiendo formado así la enérgica resolución de cumplir exactamente con su deber, procuró abreviar el tiempo cantando á media voz algunos piadosos himnos que aprendió en el convento donde hallara asilo después de la muerte de su padre, y no pudo menos de pensar que, exceptuando la variación del hábito de servicio en un elegante uniforme militar como el que llevaba ahora, parecíase mucho su paseo por la galería de un castillo real de Francia, á los que tan repetidas veces diera por el claustro de Aberbrothick.

Poco después, como para persuadirse de que no era habitante de una celda, sino ciudadano del mundo, púsose á cantar con voz que no excediese del permiso que se le había dado, alguna de las rudas y antiguas coplas que le enseñó el viejo arpista de su familia, como la derrota de los daneses en Aberlemno y en Forres, el asesinato del rey Duffus en Forfar y otras endechas relativas á la historia de su país, y particularmente á la del distrito donde vió la primera luz. Consumió en esto bastante tiempo; y eran más de las dos de la tarde cuando el hambre que le acosaba le trajo á la memoria que si los buenos padres de Aberbrothick eran rígidos en exigir su asistencia al templo en las horas de los oficios divinos, no eran menos puntuales en avisarle para acudir al refectorio; cuando en el interior de un castillo real, después de haber pasado la mañana cazando y estado tres ó cuatro horas haciendo cen-

tinela, nadie se tomaba el trabajo de considerar que una extremada impaciencia para llenar el buche debía ser la natural consecuencia de tales argumentos.

Existe, sin embargo, en los gratos acentos de la armonnía un hechizo capaz de adormecer el sentimiento de natural incomodidad que experimentaba Quintín en esta ocasión. A los dos extremos opuestos de aquella larga sala ó galería veíanse dos grandes puertas adornadas con pesados arquitrabes, que conducían probablemente á una larga fila de aposentos, á los cuales sirviera de comunicación la galería. En tanto que nuestro héroe se paseaba solitariamente de una á otra de las dos puertas, puntos que formaban los límites del servicio que estaba desempeñando, sorprendióle el armonioso concierto de música divina que resonó repentinamente junto á una de las puertas, y que á él por lo menos le pareció producido por el mismo laúd y voz que le encantaron el día precedente. Todas sus ilusiones de la mañana del día anterior, cuyo recuerdo se debilitara á causa de los importantes acontecimientos que ocurrieran después, volvieron á despertarse en su imaginación con más viveza que nunca; y echando raíces, por decirlo así, en el lugar donde sus oídos podían más fácilmente embriagarse de aquellos melodiosos acentos, con el arcabuz al hombro, entreabierta la boca, la vista, el oído y toda su alma dirigidos hacia aquel foco de atracción, parecía más bien la estatua de un centinela que sér animado, y no tenía otra idea que saborearse en cada nota que pasaba escapándose del centro de la armonía. Aquellos deliciosos sonidos no eran continuos. Amortiguábanse, disminuían, cesaban enteramente y empezaban de nuevo después de un silencio de duración incierta. Pero como la música, lo propio que la hermosura, suele ser mucho más atractiva, ó á lo menos más interesante á la imaginación cuando sólo desarrolla sus preciosidades por intervalos, y deja al pensamiento el cuidado de llenar el vacío ocasionado por la distancia, tenía tiempo Quintín, durante los claros del hechizo que le fascinaba, para entregarse á deleitoso desvarío. Atendidas las noticias de los camaradas de su tío y la escena que pasara

en la sala de audiencia aquella misma mañana, no podía ya dudar que la sirena que había lisonjeado sus oídos era, no la hija ó parienta de un miserable posadero, como profanamente supusiera, sino la infeliz condesa disfrazada, por cuya causa los reyes y príncipes estaban á pique de sacar las espadas y enristrar las lanzas. Mil extravagantes ideas que en aquel siglo novelesco y emprendedor introducíanse fácilmente en la cabeza de un joven de carácter romántico y dado á aventuras, arrojaron de sus pensamientos la escena de su acción verdadera, substituyendo un campo de ilusiones en que se perdía. Pero sacóle repentinamente de este estado una mano que al improviso se apoderó de su arma, al tiempo que una voz áspera le gritaba al oído:

—¡Fuego de Dios, señor escudero! ¡Parece que montáis vuestra guardia durmiendo.

Esta era la voz monótona, pero imponente é irónica de maese Pedro. Vuelto en sí Quintín, llenóse de vergüenza y de temor viendo cuál había quedado tan absorto en sus meditaciones, que no advirtió que el rey, entrando probablemente muy quedito por alguna puerta secreta y oculta entre los tapices, se le acercara lo suficiente para poder desarmarle.

En medio de su sorpresa, su primer movimiento fué recobrar su arcabuz por medio de una sacudida tan violenta que hizo retroceder al rey tambaleándose algunos pasos; pero temió después que, cediendo á este natural instinto, como puede llamarse, que induce á un valiente á resistir á la tentativa que se hace para desarmarle, no hubiese agravado con este acto el descontento que debió sentir Luis viendo el descuido con que montaba su guardia. Ocupado con esta idea, púsose el arma en el hombro, casi sin saber lo que hacía; y permaneció inmóvil delante el monarca á quien tenía motivo para creer mortalmente ofendido.

Luis, cuyas tiránicas disposiciones dimanaban menos de una ferocidad natural y de carácter cruel que de una política envidiosa y suspicaz, tenía sin embargo una buena dosis de aquella severidad mordaz que le hubiera convertido

en un déspota en la conversación á no haber sido más que un particular, y deleitábase siempre en las inquietudes que causaba en semejantes casos. Pero no llevó muy lejos su victoria, pues se contentó con decirle:

—El servicio que me has prestado esta mañana es más que suficiente para disimular un descuido en tan novel militar... ¿Has comido?

Quintín, que más bien esperaba ser enviado al gran Preboste que recibir semejante cumplimiento, contestó negativamente con humildad.

—¡Pobre muchacho!—dijo Luis con tono más dulce de lo que acostumbraba,—he aquí lo que le tenía amodorrado, el hambre. Me consta que tu apetito es un lobo continuo; yo te libraré de un animal feroz como tú me has librado de otro. Procediste con mucha discreción en este punto, y estoy satisfecho de ti. ¿Puedes pasar todavía una hora sin comer?

—Veinticuatro, señor—respondió Quintín,—ó dejaría de ser un verdadero escocés.

—Por otro reino—replicó Luis,—no quisiera ser la infeliz empanada que pillases después de tal abstinencia. Pero se trata en esta ocasión, no de tu comida sino de la mía. Sentaránse hoy á mi mesa y enteramente á solas el cardenal de La Balue y ese embajador borgoñón, ese conde de Crève-Cœur y... Puede suceder... el diablo trabaja mucho cuando los enemigos se reunen bajo los auspicios de la amistad.

Cortó la conversación, guardó silencio, y tomó un aspecto sombrío y pensativo. Como el rey no parecía dispuesto á continuar, Quintín se atrevió por fin á preguntarle cuál sería su deber en esta circunstancia.

—Estar de centinela detrás del armario con el arcabuz cargado—respondió el rey,—y si hay traición, disparar contra el traidor.

—¡Traición, señor!—exclamó Durward.—¡En un castillo tan bien custodiado!

—A ti te parece imposible—dijo el rey sin darse por agraviado al parecer de su franqueza,—pero nuestra histo-

ria nos prueba que puede introducirse la traición por el agujero abierto por una barrena. ¡Traición con tanta guardia! ¡Joven insensato!... «¿quis custodiat ipsos custodes?» ¿Quién me saldrá garante de la fidelidad de esa misma guardia?

—El honor escocés, señor—respondió Quintín con osadía.

—Tienes razón; tu respuesta me gusta. Es verdad—dijo Luis con cierta jovialidad,—el honor escocés no se ha desmentido nunca, y esta es la razón porque deposito en él toda mi confianza. Pero la traición...

Y recobrando su aire sombrío dió algunos pasos desiguales por el aposento, y añadió:

—Sí, la traición se sienta en nuestros banquetes, fermenta en nuestras copas, toma el traje de nuestros consejeros, ofrece la sonrisa de nuestros cortesanos y la maligna humorada de nuestros bufones, y, sobre todo, se esconde bajo la amistosa franqueza de un enemigo reconciliado. Fióse Luis Orleans de Juan de Borgoña, y fué asesinado en la calle de Barbette; Juan de Borgoña se entregó con confianza al partido de Orleans, y también fué asesinado en el puente de Montereau. Por esto no quiero fiarme de nadie, de nadie absolutamente. Oye... Yo no apartaré los ojos de ese insolente conde ni del cardenal, sobre cuya lealtad tengo mis sospechas. Si digo «Ecosse en avant,» dispara contra Crève-Cœur y déjale en el mismo sitio.

—Tal es mi deber—dijo Quintín,—siempre que vea peligrar la vida de Vuestra Majestad.

—Ciertamente; ni quiero yo decir otra cosa. ¿Qué bien me resultaría de la muerte de un soldado insolente? Si fuese el condestable de San Pablo...

Hizo aquí una nueva pausa como si creyese haberse excedido, y continuó sonriendo:

—Mi cuñado Jaime de Escocia... vuestro rey Jaime quiero decir, mató á puñaladas á Douglas mientras le estaba dando hospitalidad en su real sitio de Skirling.

—De Stirling, señor—respondió Quintín,—y por cierto que aquella acción fué tan atroz como desventajosa en sus resultados.

—¿Stirling llamáis á ese sitio?—dijo el rey sin querer dar á entender que hubiese advertido lo que añadió Quintín.—Enhorabuena; poco importa el nombre. Además; yo no quiero el menor mal á esa gente, ni tampoco me traería gran cuenta; pero ellos pueden haber concebido proyectos menos inocentes contra mí y en tal caso cuento con tu arcabuz.

—Seré puntual á la seña, señor; sin embargo...

—¿Vacilas? Habla, te lo permito... Hombres como tú son capaces de dar un buen consejo.

—Solamente quisiera aventurarme á decir que si Vuestra Majestad tiene motivos para desconfiar de ese borgoñón, me sorprende que le admita á solas tan cerca de Su Real Persona.

—Sosegáos, señor escudero; hay ciertos peligros que se desvanecen apenas se arrostran, y que se hacen inevitables cuando damos á entender que nos asustan. Diez contra uno se puede apostar á que si me adelanto determinadamente á un perro que me gruñe y le acaricio, recobrará su buen humor; pero si doy muestras de temerle, echaráseme encima y me despedezará. Quiero ser franco contigo, Quintín; es conveniente que ese hombre no vuelva á su irascible amo con el resentimiento en el corazón, y me avengo en correr algún riesgo, porque jamás temí exponer mi vida por el bien de la Francia. Sígueme.

Hizo Luis pasar al joven escudero, hacia quien manifestó haber cobrado muy particular afecto, por la misma puerta lateral que le franqueara el paso, y díjole enseñándosela:

—Quien quiera prosperar en la corte, debe conocer las escaleras excusadas, las puertas secretas, los pequeños corredores y aun las trampas y lazos de los palacios de los reyes, lo propio que las grandes salas y puertas principales.

Después de haber atravesado un intrincado laberinto de pasillos y corredores, entró el rey en una salita abovedada, donde había puesta una mesa con tres cubiertos. Los muebles eran tan sencillos que rayaban en mezquindad. Sólo un armario muy grande, aunque ligero y con ruedas,

donde había colocadas algunas piezas de vajilla de oro y plata, anunciaba en algún modo la morada de un rey. Este señaló á Durward por sitio donde debía situarse el espacio que había detrás del armario, donde quedaba bien guarecido y en disposición de verlo todo sin ser visto; y después de haberse asegurado colocándose en varios puntos de la sala, de que nadie podía descubrirle, dióle sus últimas instrucciones.

—Acuérdate de las palabras: «¡Escocia, á ellos!» En el momento que las oigas derriba el armario, sin dársete cuidado de las copas ni de los vasos, y fuego contra Crève-Cœur con mano firme y segura: si errares el golpe, embístele espada en mano. Oliverio y yo nos las entenderemos con el cardenal.

Al decir esto, dió un silbido, á cuya señal se presentó Oliverio, que era su primer ayuda de cámara y barbero, quien en realidad desempeñaba con aquel príncipe todas las funciones que exigían próxima inmediación á su persona. Llegó seguido de dos ancianos, únicos criados que sirvieron á la mesa. Luego que estuvo sentado el rey, entraron los dos convidados; y Quintín, invisible para ellos, estaba colocado de modo que no perdió la menor circunstancia de esta entrevista.

Recibióles Luis con tal cordialidad y agasajo, que no supo Quintín cómo conciliarlo con las órdenes que recibiera y el objeto que le tenía en emboscada con una boca de fuego pronta á despedir la muerte. No tan sólo parecía Luis hallarse muy distante de abrigar el menor asomo de temor, sino que cualquiera hubiera creído que los dos individuos á quienes honraba con admitirles en su mesa, eran los más dignos de una confianza sin límites, y á quienes quería dar pruebas nada equívocas de su benevolencia y aprecio. No podía su conducta presentarse más afable ni más llena de dignidad. Cuando todo lo que le rodeaba, y hasta sus mismos vestidos, no presentaban tanto lujo como el que ostentaban en las solemnidades los príncipes menos poderosos del reino, todos sus gestos y palabras daban á conocer un gran monarca en un momento de familiaridad. Quin-

tín se sintió tentado á suponer ó que la conversación que poco antes tuviera con Luis tenía visos de sueño, ó que el respeto y sumisión del cardenal y el modo franco, abierto y honrado del noble borgoñón, disiparan completamente las sospechas del rey.

Mas en tanto que los convidados, obedeciendo las órdenes de Su Majestad, iban á ocupar los asientos que tenían preparados en la mesa, dirigióles el rey una mirada rápida como el relámpago, fijando en seguida otra en el armario en que quedaba oculto Quintín. Esta fué obra de un instante; pero las miradas del soberano estaban animadas de tal expresión de odio y desconfianza respecto á sus convidados, y parecían repetir á Durward una orden tan precisa de estar alerta y ejecutar con prontitud lo convenido, que no puso la menor duda en que la voluntad de Luis, sus temores y disposiciones no habían cambiado. Quedó, pues, sorprendido más que nunca de la facilidad con que el monarca sabía cubrir con espeso velo los movimientos de sus desconfianzas.

Dando muestras de haber enteramente olvidado la altanería con que le habló Crève-Cœur en presencia de toda la corte, el rey platicó con él sobre los tiempos antiguos y acontecimientos ocurridos durante su destierro en Borgoña, haciéndole preguntas relativas á todos los nobles que conoció entonces, como si aquella época hubiese sido la más feliz de su vida, y como si conservara todavía por todos los que contribuyeron á endulzar el tiempo de su destierro los más tiernos sentimientos de amistad y gratitud.

—Si se hubiese tratado de un embajador de otra nación —le dijo,—hubiera desplegado más pompa y aparato en recibirle; pero á un antiguo amigo, que repetidas veces ha comido á mi mesa en el castillo de Génappes, he querido manifestarme tal como me gusta ser, el viejo Luis de Valois, sencillo y franco como el mayor patán de sus dominios. Sin embargo, mandé que nos sirviesen más regalada comida que de ordinario, señor conde, porque no ignoro vuestro proverbio borgoñón: «Mieux vaut bon repas que bel habit;» y por este motivo dispuse que cuidaran algo

de nuestra mesa. En cuanto al vino, ya sabéis que es el objeto de una antigua emulación entre la Francia y la Borgoña; pero lo arreglaremos de modo que queden contentos los dos países: brindaré á vuestra salud con vino de Borgoña, y vos me corresponderéis con el Champaña. Olivier, dame un vaso de vino de Auxerre.

Y entonó alegremente una canción entonces muy conocida que empezaba:

«Auxerre est la boisson des rois»

—Señor conde—continuó,—brindo á la salud de nuestro buen primo el noble duque de Borgoña.—Olivier, llena una copa de oro de vino de Reims, y preséntala al conde de rodillas, pues representa aquí á nuestro querido hermano. —Señor cardenal, yo mismo llenaré vuestro vaso.

—Ya está lleno, señor, hasta derramarse—dijo el cardenal con el tono grosero de un favorito que habla con un amo indulgente.

—¡Oh! me consta que Vuestra Eminencia tiene firmeza en la mano; pero, ¿por quién os declaráis en nuestra gran contienda? ¿Por Sillery ó por Auxerre? ¿Por Francia ó por Borgoña?

—Guardaré la neutralidad, señor—respondió el cardenal, —y llenaré mi vaso de vino de Auvernia.

—La neutralidad es sumamente peligrosa—replicó el rey. Viendo empero al cardenal algo colorado, dió otro giro á la conversación, y añadió:

—Pero vos preferís el vino de Auvernia, porque es tan generoso que no tolera el agua. Y bien, señor conde, ¿vaciláis en apurar la copa? Espero que no hallaréis en ella ningún amargor nacional.

—Yo quisiera, señor—respondió el conde de Crève-Cœur, —que todas las contiendas nacionales se pudiesen terminar tan agradablemente como la rivalidad de nuestras viñas.

—Y con el tiempo, señor conde, que necesitáis para beberos esa copa de Champaña—añadió el rey.—Ahora que le bebisteis tened la bondad de guardar esa copa, como un

testimonio de mi aprecio. Es un regalo que no haría á todos: esa prenda perteneció á aquel rey que fué el terror de la Francia, á Enrique V de Inglaterra. Fué tomada en la rendición de Ruán cuando las armas reunidas de Borgoña y de Francia arrojaron á aquellos isleños de Normandía. No puedo ponerla en más dignas manos que las de un noble y valiente borgoñón que sabe que sólo de la amistad recíproca de estas dos naciones depende que el continente continúe libre del yugo de los ingleses.

El conde dió la respuesta que exigían las circunstancias, y Luis se entregó abiertamente á la jovialidad satírica, que hacía brillar alguna vez como un relámpago su carácter naturalmente receloso. Dando alma y giro á la conversación como era natural, hacía observaciones siempre finas y picantes, algunas veces ingeniosas, pero que no daban muestras de salir de un buen corazón: las anécdotas con que la intermediaba resaltaban más por jocosas que por delicadas; pues ni una palabra, ni una sílaba, ni una letra fuera del propósito anunciaban la situación de un hombre que temiendo ser asesinado, tenía en su aposento un militar armado con un arcabuz para precaver ó anticiparse al delito.

El conde de Crève-Cœur siguió con franqueza la broma y jovialidad del rey, mientras que el prelado, de humor más flexible, soltaba la carcajada á cada chiste y aplaudía las pullas del rey, sin causarle el menor escrúpulo ciertas expresiones que llenaban de rubor al joven escocés en su mismo escondrijo. Al cabo de hora y media levantáronse de la mesa y el rey despidiéndose de sus huéspedes con urbanidad, les dió á entender que deseaba quedar solo.

Luego que hubieron partido y retirádose hasta el mismo Olivier, llamó el rey á Quintín diciéndole que ya podía salir, pero con voz tan débil, que apenas pudo creer el joven ser la misma que acababa de animar el festín con lo chusco de las palabras que vertiera. Al acercársele notó que la fisonomía del monarca había sufrido igual metamórfosis; extinguióse en sus ojos el fuego de una vivacidad forzada, abandonó la sonrisa sus labios, todas sus fac-

ciones indicaban la misma fatiga que experimenta un actor célebre cuando acaba de agotar sus fuerzas para representar un papel que le traiga generales aplausos.

—No quedas aún relevado de la guardia—dijo Luis á Durward,—pero toma algún alimento; esta mesa te proporciona los medios. Luego después te instruiré de lo que te resta que hacer, pues no ignoro que el hambriento no tiene oídos.

Sentóse de nuevo en su sillón, apoyó la frente en su mano, y guardó silencio.

———

CAPITULO XI

La galería de Rolando

Los artistas nos representan ciego á Cupido.—¿Tiene ojos el himeneo? ¿O bien pervierten su órgano visual aquellos lentes que le prestan los padres, tutores ó consejeros para que mire tierras, posesiones, joyas y toda clase de bienes y riquezas y vea gracias á ella su valor diez veces multiplicado?—A mi parecer cuestión es esta digna de meditarse.
«Desdichas de un casamiento».

Por más que Luis XI, rey de Francia, fuese el soberano de Europa más apasionadamente celoso de su poder, sabía sin embargo contentarse con la substancia, y sin dejar de conocer y exigir algunas veces con escrupulosidad lo que era debido á su elevada clase, solía en general desatender lo que sólo tenía relación con el mero ceremonial exterior. En un príncipe de mejores prendas, la familiaridad con que admitía á su mesa á varios de sus vasallos y sentábase aún algunas veces á la suya, hubiérale acarreado extremada popularidad exterior. Aun á pesar de su bien conocido carácter, la sencillez de sus costumbres hacía que disimulasen una buena parte de sus vicios aquella clase de sus súbditos que no se veía expuesta por ningún estilo á ser víctima de sus maquinaciones. El estado llano, que bajo el reinado de este príncipe sagaz, elevárase á un grado de opulencia é importancia no conocida hasta entonces, respetaba su persona aunque sin amarle, y á su poderoso apoyo debió el poder sostenerse contra el encono de los nobles, que acusaban al rey de degradar el honor de la corona de Francia y deslustrar sus espléndidos privilegios

con aquel mismo desprecio de la etiqueta que tanto agradaba á los ciudadanos de la clase media.

Aguardó el rey de Francia que uno de sus guardias hubiese satisfecho la voracidad de su juvenil apetito con una paciencia que otros muchos príncipes miraran como degradante, tomándola él sin duda por objeto de diversión. Debe suponerse, sin embargo, que Quintín tenía demasiado juicio y prudencia para sujetar la paciencia del rey á muy dilatada y fastidiosa prueba; y, efectivamente, probó varias veces terminar la comida sin que Luis se lo permitiese.

—No, no—le dijo bondadosamente,—ya leo en tus ojos que aun te queda valor para más. Adelante: por Dios y San Dionisio vuelve á la carga; una buena comida y una santa misa (santiguóse al decir esto,) nunca pueden perjudicar á un buen cristiano. Cuélate un vaso de vino; pero cuidado con el zumo de parras: este es el escollo de tus compatriotas, lo propio que de los ingleses, que, dejando este defecto, son los mejores soldados que visten armadura. Vamos, lávate prontamente las manos, no te olvides de rezar las gracias, y sígueme.

Quintín obedeció, y conducido por una infinidad de corredores diferentes de aquellos por donde había ya pasado, pero que formaban igualmente una especie de laberinto, hallóse en la galería de Rolando.

—Acuérdate bien—le dijo el rey con tono imperativo,—de que nunca te has separado de aquí; y cuidado que no has de dar otra respuesta á tu tío y á sus camaradas. Atiende: para grabar esta orden en tu memoria te regalo esta cadena de oro (y le echó al brazo una cadena de gran valor.) Si yo no gusto de ataviar mi persona, no por esto aquellos á quienes concedo mi confianza dejan de tener los medios de rivalizar con el más pintado. Pero cuando una cadena como esta no basta para sujetar una lengua harto indiscreta, mi compadre el Ermitaño tiene un amuleto para el gaznate que nunca deja de curar radicalmente. Ahora bien, atiende lo que voy á decirte. Ningún hombre, excepto Olivier y yo, debe entrar aquí esta tarde, pero vendrán señoras acaso de un extremo de la galería, acaso de otro, tal vez de

los dos. Puedes contestar si te preguntan; pero dando guardia, tu respuesta debe ser concisa, y guárdate bien de dirigirles la palabra á tu vez, ó de dar pie para que se dilate la conversación; pon sobre todo gran cuidado en escuchar lo que digan; tus oídos no están menos á mi servicio que tus brazos. Yo te compré en cuerpo y alma; de consiguiente, lo que puedas recoger de su conversación lo grabarás en tu memoria hasta que me lo hayas referido, después de lo cual lo olvidarás... Me ocurre una idea muy á propósito: valdrá más que pases por un recién llegado de Escocia, venido directamente de sus montañas y que no entiende todavía nuestra lengua, ¡bravo! De este modo, si te hablan, tú no les contestarás. Esto te librará de toda sujeción y hablarán con más libertad delante de ti. Ya me has comprendido; adiós: sé prudente y tienes en mí un amigo.

Luego que el rey hubo dicho esto, desapareció entre los tapices, dejando á Quintín con entera libertad para reflexionar sobre cuanto había visto y oído. Hallábase el joven en una de aquellas situaciones en que es más agradable mirar adelante que detrás, pues la idea de haberse visto como un cazador acechando un ciervo detrás de un zarzal para quitar la vida al noble conde de Crève-Cœur, nada tiene de lisonjero. Es verdad que las medidas tomadas por el rey en esta coyuntura parecían puramente defensivas y de precaución, pero, ¿quién le aseguraba que no recibiese dentro de poco órdenes terminantes para alguna expedición ofensiva del mismo género? Sería esta una crisis muy apurada para él, pues no podía dudar, atendido el carácter del rey, que se perdería dejando de obedecer, en tanto que el honor le presentaba la obediencia en este caso como un oprobio ó un crimen. Procuró variar el rumbo de sus reflexiones, y acogióse al sabio consuelo adoptado frecuentemente por la juventud cuando ve venir males de frente, pensando que sobrado tiempo tendría, cuando la ocasión llegara, para reflexionar lo que debiese hacer, y que no había necesidad de aumentar con la idea de un desgraciado porvenir los males con que diera á cada paso.

Fuéle tanto más fácil á Quintín adoptar este sistema de alivio, cuando las últimas órdenes del rey diéranle lugar á ocuparse de halagüeñas ideas que no le inspiraba su propia situación. La dama del laúd era seguramente una de las que debía vigilar; é hizo firme propósito de cumplir con exactitud una parte de las instrucciones que recibiera de Luis, recogiendo con el mayor cuidado todas las palabras que saldrían de sus labios, á fin de calcular si la magia de su conversación igualaba á la de su habilidad en la música; pero con igual sinceridad prestó interior juramento de no poner en noticia del rey más de lo que fuera capaz de inspirarle sentimientos favorables al objeto por quien tomaba tanto interés.

Esta vez no había peligro de que se durmiese, como antes había sucedido. Cada soplo de viento que, pasando por una ventana abierta, agitaba la antigua tapicería, presentábasele como preludio de la llegada del hermoso objeto de su expectación. En una palabra, experimentaba aquella misteriosa inquietud, aquella vaga impaciencia que acompaña siempre al amor y contribuye no pocas veces á producirle.

Abrióse por fin una puerta, rechinando sobre sus goznes, pues las puertas del siglo décimoquinto no se prestaban á esta operación tan silenciosamente como las nuestras. Pero ¡ah! No era la puerta colocada al extremo de la galería donde resonaran los acentos del laúd. Apareció en su umbral una forma femenina que, habiendo hecho una seña para que no la siguiesen á dos damas que la acompañaban, se adelantó sola dentro de la estancia. Por la imperfección de su porte y la irregularidad de sus pasos, que se hacía más perceptible en una sala tan vasta, Durward conoció en seguida á la princesa Juana, y tomando la actitud respetuosa que exigía su situación, rindióle los honores militares cuando pasó por delante de él. La princesa correspondió á su saludo con una graciosa inclinación de cabeza, y Quintín tuvo entonces ocasión de verla más distintamente que por la mañana.

Las facciones de aquella desgraciada princesa nada ofrecían que fuese capaz de hacer olvidar los defectos de su andar y de su talle. Por cierto que en su fisonomía no se notaba cosa desagradable en sí misma; y que sin embargo de verse sin las gracias de la hermosura, aun brillaba cierta expresión de agrado, de amargura y de paciencia en sus rasgados ojos azules, que solía tener siempre bajos; pero á más de carecer enteramente de color, tenía su cutis aquel tinte amarillento que indica una enfermedad habitual, y sus pálidos y poco carnosos labios destruían la ventaja de unos blancos y bien situados dientes. Juana tenía muy apiñada cabellera, de un matiz rubio muy singular con punta de azul; y su doncella, que sin duda consideraba como una gracia las abundantes trenzas de su señora, le había hecho muy poco favor, pues la había peinado formándole numerosos rizos en derredor de su rostro, cuya palidez hacían resaltar aún más, dándole una expresión que no parecía propia de un habitante de este mundo. Por fin, para completar la obra, Juana llevaba un vestido de seda verde-bajo, que acababa de darle el aire de un espectro ó de un cadáver.

Mientras que Guintín iba siguiendo con la vista aquella singular aparición con una curiosidad que se confundía con la lástima, pues cada mirada, cada gesto de la princesa parecía despertar este último sentimiento, abrióse una puerta al extremo de la galería, y entraron en ella dos señoras.

Una de ellas era la misma joven que, cumpliendo con la orden del rey, presentárale la fruta en el memorable almuerzo de la posada de la «Flor de lis.» Revestida ahora de toda la dignidad misteriosa de la ninfa del laúd y del velo, con el carácter, á lo menos según conjeturas de Durward, de noble heredera de un rico condado, causóle su hermosura diez veces más impresión que cuando sólo miraba en ella la hija de un pobre posadero sirviendo á un viejo rico y extravagante. No podía atinar qué poderoso encanamiento le cegara entonces para no columbrar su verdadera calidad. Sin embargo, su traje era tan sencillo como la primera vez que la vió, pues no llevaba más que un

vestido de luto, sin ningún adorno, y todo su tocado consistía en un velo de crespón echado hacia atrás, que dejaba enteramente descubierto su rostro; y como Quintín tenía ya noticia de su elevada cuna, creyó notar en ella una elegancia en su primoroso talle, una dignidad en todas sus acciones que no llamaran antes su atención, y un aire noble que realzaba sus proporcionadas facciones, bellísimo color y ojos llenos de fuego y de vivacidad.

Aun cuando debiese costarle la vida, no dejara Durward de rendir á esta beldad, lo propio que á su compañera, el mismo tributo que acababa de pagar á la dignidad real de la princesa. Ellas le recibieron como damas acostumbradas á las respetuosas demostraciones de los inferiores, y correspondieron con urbanidad: á Quintín hubo de parecerle, sin embargo, acaso por mera ilusión de la juventud, que al rendirle los honores, la más joven se había ruborizado, no se atrevía á levantar los ojos y experimentaba leve turbación, lo cual no podía dimanar más que de presentársele á la vista el mismo temerario extranjero que habitaba el torreón inmediato al suyo en la posada de la «Flor de lis;» pero, ¿debía tomarse por un indicio de desagrado? He aquí un problema para él de difícil resolución.

La compañera de la condesita, vestida como ella sencillamente de riguroso luto, había llegado á aquella edad en que las mujeres hacen mayor caso de la celebridad de una hermosura que empieza ya á declinar. Poseía aún la suficiente para acreditar cuál debía haber sido en otro tiempo el poder de sus atractivos; y era evidente, atendido su despejo, que tenía presentes sus antiguas conquistas y que no renunciara aún á la pretensión de nuevos triunfos. Era alta, risueña, aunque algo altiva; y volviendo el saludo á Quintín con una agradable sonrisa de condescendencia, dijo casi al mismo instante algunas palabras al oído de su joven compañera, que volvió la cabeza hacia el militar como para comprobar alguna observación que acabara de hacérsele, y á la que contestó sin levantar la vista. Quintín no pudo menos de sospechar que la observación hecha á la dama joven no era en desventaja suya: y celebró mucho,

no sé por qué, el no haber ésta alzado hacia él los ojos para verificar la exactitud. Imaginaba acaso que ya empezaba á existir entre ellos aquella misteriosa simpatía que da importancia á la menor bagatela.

Sólo un instante pudo ocuparle este pensamiento, pues el encuentro de la princesa Juana con aquellas damas extranjeras llamó muy pronto toda su atención. Viéndolas ella entrar se detuvo para aguardarlas, probablemente porque sabía que el andar no le era muy ventajoso; y como daba muestras de experimentar alguna turbación, recibiendo y volviéndoles sus cortesías, la dama de mayor edad, ignorando su elevada jeranquía, hizo saludos con un semblante que al parecer indicaba la persuasión de dispensar mayor honor del que recibía.

—Celebro mucho, señora—le dijo con una sonrisa de condescendencia y de estímulo,—que se nos haya por fin permitido disfrutar de la compañía de una persona de nuestro sexo, tan respetable como vos parecéis. A la verdad, mi sobrina y yo no tenemos que estar muy satisfechas hasta ahora de la hospitalidad del rey Luis.—No me tires de la manga, sobrina mía; estoy segura que leo en los ojos de esta joven la compasión que le inspira nuestra situación. —Desde nuestra llegada, hermosa dama, podemos decir que se nos ha tratado como prisioneras; después de tantas invitaciones para poner nuestra causa y nuestras personas bajo la protección del rey de Francia, Su Majestad cristianísima nos señaló al principio por toda habitación una infeliz posada, y luego un rincón de este castillo carcomido, un triste aposento de donde sólo nos permite salir al ponerse el sol, como si fuésemos murciélagos ó mochuelos, cuya apariencia en medio del día debe considerarse como signo de mal agüero.

—Siento mucho—respondió la princesa más turbada que nunca por el giro que iba tomando la conversación,—que no hayamos podido hasta ahora recibiros como merecéis. Me lisonjeo de que vuestra sobrina estará más satisfecha.

—¡Oh! sí, mucho; me faltan términos para expresarlo—exclamó la condesita.—Yo no buscaba más que un refugio

seguro, y he encontrado soledad y secreto. Ya vivíamos bastante retiradas en nuestro primer asilo; pero nuestra reclusión es todavía más completa en este castillo, lo que aumenta á mis ojos el precio de la protección que Su Majestad se ha servido dispensar á unas desgraciadas fugitivas.

—Basta, sobrina mía—dijo la tía.—Todo lo que dices no tiene pies ni cabeza. Hablemos en conciencia, ya que nos hallamos al fin solas con una persona de nuestro sexo... Digo solas, porque ese joven militar no es más que una hermosa estatua, que ni parece tener acción en las piernas; por otra parte comprendo que tampoco puede hacer uso de la lengua, á lo menos para articular un idioma culto. No tengo, pues, reparo en asegurar, ya que sólo esta señora puede oirnos, que lo que más siento en este mundo, es haber emprendido este viaje á Francia. Yo me prometía un espléndido recibimiento, torneos, cañas, regocijos, festejos; y en vez de todo esto, sólo hemos tenido reclusión y obscuridad. La mejor compañía que el rey nos ha proporcionado, ha sido un gitano errante, de quien nos excitó á valernos para seguir correspondencia con nuestros amigos de Flandes. Acaso su profunda política concibió el proyecto de tenernos aquí encerradas por todo el resto de nuestra vida, á fin de apoderarse de nuestros dominios cuando se extinga la antigua casa de Croye. El duque de Borgoña no ha sido tan cruel, porque al fin ofrecía á mi sobrina un marido, aunque malo.

—Yo hubiera preferido un convento á la mano de un mal esposo—dijo la princesa, que apenas hallaba ocasión para tomar la palabra.

—Siempre quiere una tener por lo menos la libertad de la elección, señora—replicó la dama con mucha volubilidad. —Dios sabe que esto tiene únicamente relación con mi sobrina; pues en cuanto á mí, mucho tiempo hace que renuncié á la idea de mudar de estado. ¿Os sonreís, señora?... Pues yo os empeño mi palabra de que es la verdad; sin embargo, no debe ser esto una excusa para el rey, que

por su conducta y figura se parece más al viejo Miguelón, cambista de Gante, que á un sucesor de Carlo Magno.

—¡Silencio!—dijo la princesa con severidad.—Tened presente que estáis hablando de mi padre.

—¡De vuestro padre!—repitió la dama borgoñona con acento de la mayor sorpresa.

—Sí, de mi padre—continuó la princesa con dignidad,—yo soy Juana de Francia. Pero no temáis, señora—prosiguió con aquel tono humilde que le era natural,—no llevabais idea de ofenderme, y no me considero ofendida. Disponed de mi influencia para hacer más tolerable vuestro destierro, lo propio que el de esa interesante joven... ¡Ah! Vale muy poco; con todo os la ofrezco con la mejor voluntad.

La condesa Amelina de Croye, así se llamaba la extranjera de mayor edad, recibió el obsequioso ofrecimiento de la protección de la princesa con profunda cortesía y muestras de sumo respeto. Había frecuentado largo tiempo los palacios, conocía perfectamente toda su táctica y reputaba por sólido é imprescindible el principio adoptado por los cortesanos de todos los siglos, es decir, que si pueden en sus tertulias y conversaciones particulares afear los vicios y los caprichos de sus amos y lastimarse del poco aprecio que se les muestra, ó del olvido de que no se consideran dignos, no debe escapárseles una sola palabra de esta clase en presencia del soberano ni de ninguna otra persona de su familia. Sintió, pues, en extremo la equivocación que padeciera hablando á la hija de Luis en términos tan opuestos á todas las leyes del decoro. Hubiera, por lo tanto, echado los bofes con tanta excusa y satisfacción si la princesa no le impusiera silencio y no la tranquilizara algún tanto diciéndole con una amabilidad que no dejaba de tener toda la fuerza de precepto en la boca de una regia persona, que no tenía que cansarse en hablar más sobre este punto si había de disculparse.

La princesa Juana tomó entonces una silla con un aire de dignidad que maravillosamente le sentaba, y dijo á las dos extranjeras que se sentasen á su lado, lo cual hizo la más joven con respetuosa cortedad, que nada tenía de fin-

gimiento, mientras su compañera lo hacía con una apariencia de respeto y humildad tan afectada, que inclinaba á dudar sobre la veracidad de ambos sentimientos. Empezaron las damas su plática, pero con voz harto baja para que Quintín pudiese comprender el asunto de que trataban. Notó únicamente que la princesa prodigaba una atención particular á la más joven é interesante de las dos señoras; y que, sin embargo de explicarse la condesa Amelina con mayor verbosidad, no producían sus exagerados cumplimientos tan buen efecto en la princesa como las concisas á la par que modestas contestaciones de su joven compañera.

Discurriera apenas un cuarto de hora desde que empezó la conversación, cuando se abrió de repente la puerta del extremo inferior de la galería y entró un hombre embozado. Quintín, en cumplimiento de las órdenes del rey, y con ánimo de no exponerse segunda vez á ser reconvenido por negligente, adelantóse sin demora, y colocándose entre el caballero y las damas, intimó á aquél que se retirara al momento.

—¿Por orden de quién?—preguntó el desconocido en tono de sorpresa y de desprecio.

—Por orden del rey—contestó Quintín con firmeza,—y yo estoy aquí para hacerla cumplir.

—Esta orden no comprende á Luis de Orleans—dijo el duque desembozándose.

Vaciló un momento el joven centinela; pero, ¿cómo era posible oponerse al primer príncipe de la sangre, que, según voz común, iba cuanto antes á enlazarse con la familia real?

—La voluntad de Vuestra Alteza—dijo,—es para mí sobrado respetable para que me atreva á contrariarlas; pero espero que si llega el caso, se dignará declarar que cumplí con mi deber, hasta que Vuestra Alteza manifestó tan abierta resistencia.

—Vaya, vaya, joven, que nadie ha de reprenderte por esto—dijo Orleans.

Y pasando adelante, se acercó á la princesa con aquella urbanidad tan tímida que solía manifestar siempre que le

hablaba. Dijo que comiendo con Dunois había sabido que habría reunión de damas en la galería de Rolando; y se tomaba la libertad de asistir á ella.

Un ligero rubor que asomó á las pálidas mejillas de la desgraciada Juana y que por un momento comunicó á sus facciones cierta apariencia de hermosura, probó que esta-



ba muy lejos de descontentarla el que se hubiese aumentado la reunión. Presentó al duque á las dos condesas de Croye, las que le recibieron con el respeto debido á su elevada clase; y la princesa señalándole una silla, le convidó á tomar parte en la conversación.

Respondió el duque con mucha gracia que no podía ponerse al nivel de tan hermosas damas, y tomando el almohadón de una silla, púsole á los pies de la condesita de Croye y se sentó en él, de modo que, sin desairar á la princesa, podía dedicar la mayor parte de su atención á la belleza que tenía á su lado.

Al principio, lejos de ofender á Juana semejante colocación, manifestábase aún satisfecha, y llegaba á estimular al duque á obsequiar á la hermosa extranjera, considerando

sus obsequios como hijos del deseo de agradarla por dirigirse á una señorita que se hallaba, según muestras, bajo su protección. Pero el duque de Orleans, aunque acostumbrado á someter todas sus facultades al yugo inflexible de Luis cuando se hallaba en su presencia, sobrábale determinación para abandonarse á sus propias inclinaciones cuando no le sujetaba aquel respeto; y como su elevada clase le permitía salirse del ceremonial de estilo y tomar cierto aire de familiaridad, fueron tan enérgicos y profusamente prodigados los elogios que tributó á la hermosura de la condesa Isabel, acaso porque había apurado más botellas de lo acostumbrado, pues Dunois distaba mucho de ser enemigo de Baco, que al fin se manifestó completamente enamorado y pareció olvidar que estaba delante de la princesa.

Este tono agasajador de que se valía, sólo era agradable á una de las tres damas de la reunión, pues la condesa Amelina vislumbraba ya para lo venidero una alianza con el primer príncipe de Francia: y es preciso convenir en que el nacimiento, hermosura y considerables dominios de su sobrina no presentaran la realización de esta ambiciosa idea imposible á los ojos de todo proyectista que no hiciera entrar en el cálculo de los obstáculos las miras de Luis XI. La condesa Isabel escuchaba los requiebros del duque con encogimiento y turbación, y echaba de cuando en cuando una mirada deprecatoria á la princesa, como para suplicarle que la librase de tal apuro. Pero la sensibilidad agraviada y la timidez natural de Juana de Francia impedíanle hacer un esfuerzo para generalizar la conversación, que por fin, exceptuando algunas exclamaciones de Amelina, fué casi exclusivamente sostenida por el mismo duque, aunque á expensas de Isabel, cuyos atractivos ofrecieron siempre pábulo á su inagotable elocuencia.

No debemos olvidar que existía un tercero, el centinela, en quien nadie soñaba, y que veía disiparse sus lisonjeras visiones como se derrite la cera al influjo de los rayos del sol, á medida que el duque iba enardeciéndose en sus apasionadas pláticas. Al fin, la condesa Isabel de Croye de-

terminóse á hacer un esfuerzo para abreviar esta conversación, que se le hacía tanto más insoportable, cuanto era evidente lo que mortificaba á la princesa el modo de portarse del duque.

Dirigiéndose, pues, á ésta, dijo con modestia, pero no sin resolución, que el primer favor que reclamaría de la protección que se había dignado prometerla, sería que tuviese la bondad de persuadir al duque de Orleans que las damas de Borgoña, sin tener tanto talento y brillo como las de Francia, no eran sin embargo tan necias que no gustasen de otras conversaciones que las que sólo consisten en cumplimientos extravagantes.

—Siento mucho, señora—dijo el duque tomando la palabra con anticipación á la princesa,—que hagáis á la vez la sátira de la hermosura de las damas de Borgoña y de la veracidad de los caballeros franceses. Si somos extravagantes y prontos en expresar nuestra admiración, es porque amamos por el mismo estilo que combatimos, sin abandonar nuestro corazón á frías deliberaciones, y nos rendimos á la hermosura con tanta rapidez como triunfamos del valor.

—La hermosura de nuestras compatriotas—contestó la condesita con mayor desdén del que se atreviera á usar con aquel encumbrado galán,—es tan poco á propósito para reclamar semejantes triunfos, como el valor de nuestros caballeros es incapaz de ceder á ningún otro.

—Respecto vuestro patriotismo, condesa—replicó el duque,—y no me opondré á la última parte de vuestro argumento hasta que un caballero borgoñón se presente á sostenerla con la lanza. Pero en cuanto á la injusticia con que tratáis los atractivos de las damas de vuestro país, apelo á los de vos misma. Miradlos allá—añadió indicándole un gran espejo, que era entonces un objeto tan raro como de gran valor, regalo hecho al rey por la república de Venecia,—y decidme examinándolos cuál será el corazón capaz de resistir á ellos.

Oprimida la princesa por el completo desprecio con que la trataba el que debía ser su esposo, dejóse caer sobre su silla, lanzando un suspiro que hizo volver al duque de la

región de las quimeras, y obligó á la condesa Amelina á preguntarle si se hallaba indispuesta.

—Me ha sobrecogido repentinamente un fuerte dolor de cabeza—respondió la princesa Juana,—pero se me pasará al momento.

Su palidez progresiva desmintió sus palabras, y la condesa Amelina, temiendo que la acometiese algún desmayo, se dió prisa á llamar para que acudiesen á socorrerla.

El duque, mordiéndose los labios y maldiciendo la indiscreción de su lengua, corrió á avisar á las damas de la princesa que se hallaban en el aposento inmediato: entraron éstas precipitadas, y mientras que prodigaban á su señora los socorros acostumbrados en semejantes casos, no pudo menos, como caballero fino, de ayudar á sostenerla y tomar parte en su alivio. Su voz, que tomó el acento de la ternura á causa de la compasión que sintiera y reconvenciones que él mismo se hacía, fué lo que más contribuyó á que volviera en sí, y al mismo tiempo entró el rey en la galería.

CAPITULO XII

El político

> Es maestro tan hábil en el arte de la astucia que, dicho sea sin ofender á Satanás, sería muy cacap de dar una lección al mismo diablo, y enseñar al antiguo tentador nuevos medios de tenatción.
>
> «Comedia antigua».

Al entrar en la galería, Luis frunció las cejas de la manera que le era peculiar y hemos descrito ya, es decir, uniéndolas de tal modo, que sus largos pelos casi le cubrían la vista, y por debajo de aquella especie de velo lanzó una mirada penetrante á todos los que estaban presentes; y entonces se achicaron de tal manera sus ojos y pasaron á ser tan vivos y centelleantes que, según declaró después Quintín, parecían los de una víbora que se descubre entre la espesura de brezos donde se ocultara.

Cuando esta tan rápida como perspicaz mirada hubo dado á conocer al monarca la causa de la confusión que reinaba en la galería, dirigióse primero al duque de Orleans:

—¡Vos aquí, querido primo!—exclamó.

Y volviéndose á Quintín, díjole con severidad:

—¿Así cumplís mis órdenes?

—Perdone Vuestra Majestad á ese joven, señor—dijo el duque;—no desatendió su deber: pero como llegara á mi noticia que la princesa se hallaba aquí...

—No podía impediros venir á hacerle la corte—añadió el rey, cuya detestable hipocresía persistía en dar á entender que albergara el duque una pasión que sólo existía en el corazón de su desventurada hija.—Pero, ¿cómo os atrevéis,

joven, á corromper así los centinelas de mi guardia?... Basta: ¿no debe perdonarse á un caballero galán que sólo vive de amor?

El duque de Orleans levantó la cabeza como queriendo responder para rectificar en esta parte la opinión del rey; pero el respeto que por instinto tributaba á Luis, ó más bien el temor con que le habían criado desde la infancia, le encadenó la lengua.

—¿Y Juana se ha puesto mala?—dijo el rey.—No te desesperes, Luis de Orleans: esto se le pasará al momento. Dale tu brazo hasta su aposento, y yo escoltaré á estas damas hasta el suyo.

El tono de esta insinuación equivalía á una orden: el duque se retiró con la princesa por uno de los extremos de la galería, en tanto que el rey quitándose el guante de la mano derecha, acompañó con obsequiosa finura á la condesa Isabel y á su parienta hacia el gabinete que se hallaba situado al otro extremo. Saludólas profundamente cuando entraron en él; permaneció cosa de un minuto delante la puerta después que hubieron desaparecido; y cerrándola entonces con mucha cachaza, echó la segunda vuelta; quitó de la cerradura una gran llave, y ensartóla en su ceñidor, lo que le dió la semejanza con uno de aquellos viejos avaros, que no pueden gozar de tranquilidad si no llevan consigo la llave de su arca.

Con lento paso, pensativo ademán y bajos los ojos, adelantóse Luis hacia Durward, que temiendo una severa reprensión por la parte que tuvo en el disgusto del rey, vióle llegar con harta inquietud de su alma.

—No te portaste bien—dijo Luis levantando los ojos y fijándolos en Quintín cuando estuvo á dos ó tres pasos de él;—has faltado á tu deber y mereces la muerte. Nada tienes que alegar en tu defensa. ¿Qué te importan á ti duques ni princesas? ¿Debías tener presente otra cosa que mis órdenes?

—Pero, ¿qué debía yo hacer, señor?—preguntó el joven soldado.

—¿Qué podías hacer cuando fuerzan el puesto que te

está confiado?—respondió el rey con desprecio.—¿De qué sirve, pues, el arma que llevas al hombro? Debías presentar su punta al presuntuoso rebelde, y si no se retiraba al momento, dejarle muerto á tus pies. Retírate; pasa por esta puerta; bajarás por una escalera que se halla en el primer aposento y que te conducirá al patio interior donde se halla Oliverio el Gamo; dile que venga á verme, y luego vuélvete al cuartel. Si en algo aprecias la vida, procura que no sea tan ágil tu lengua como lento ha sido tu brazo en el día de hoy.

Celebrando haber escapado tan barato, pero sumamente disgustado de la fría crueldad que el rey parecía exigir de él en la ejecución de sus deberes, Durward cumplió lo que Luis acababa de mandarle, y comunicó sus órdenes á Oliverio. El astuto barbero saludó, suspiró, sonrióse, dió las buenas noches al joven con voz todavía más meliflua de lo que solía, y separáronse; Quintín para volver al cuartel, y Oliverio para presentarse á Su Majestad.

Aquí se halla por desgracia un claro en las memorias de que nos servimos para redactar esta verdadera historia, pues habiendo sido compuestas en su mayor parte con arreglo á las noticias suministradas por Quintín Durward, no contienen pormenor alguno relativo al coloquio que medió en ausencia suya entre el rey y su consejero privado. Hallábase por dicha en la biblioteca del castillo de Hautlieu un manuscrito de la «Crónica escandalosa» de Juan de Troyes, mucho más completa que la que se imprimió, y en la que se continuaban varias curiosísimas notas que nos inclinamos á creer escritas por el mismo Oliverio después de la muerte de su señor, y antes de que tuviese la felicidad de ser recompensado con el dogal que tuviera tan dignamente merecido. Este es el depósito de que hemos extraído la relación muy circunstanciada de la conferencia que tuvo Luis en esta ocasión y que arroja sobre la política de este príncipe una luz que en vano hubiéramos buscado en otra parte.

Cuando el favorito barbero llegó á la galería de Rolando, encontró al rey sentado con ademán pensativo en la

silla que su hija acababa de dejar. Conociendo perfectamente el carácter de su amo, adelantóse quedito según su costumbre hasta encontrar la línea del rayo visual del rey, como para advertirle de su presencia, después de lo cual retrocedió modestamente, y aguardó que se le diese orden para hablar ó escuchar. La primera palabra que le dirigió el rey Luis indicaba malhumor.

—Y bien, Oliverio, he aquí que se desvanecen nuestros bellos proyectos como se derrite la nieve al impulso del viento del sur. Plegue á nuestra Señora de Embrun que no se parezcan á aquellos grandes vellones que dan pábulo á tantas anécdotas de los aldeanos suízos, y que no se desplomen por fin sobre nuestras cabezas.

—He sabido con sentimiento que no todo va bien, señor —respondió Oliverio.

—¡No va todo bien!—exclamó el rey levantándose y dando grandes pasos por la galería;—todo va mal, casi tan mal como puede ir; he aquí el resultado de tus consejos extravagantes. ¿Me correspondía á mí erigirme en protector de doncellas desconsoladas? No dudes que el borgoñón corre á las armas, y que está en vísperas de concluir una alianza con los ingleses. Eduardo, que nada tiene ya que hacer en casa, hará llover sobre nosotros millares de combatientes por ese malhadado portillo de Calais. Tomados separadamente, podía aún engañarlos ó contrarrestarlos; pero ¡reunidos! ¡reunidos! y con el descontento y la traición de ese malvado condestable San Pablo!... Tú tienes la culpa de todo, Oliverio, tú que me aconsejaste recibir aquí á esas dos mujeres y emplear aquel bribón de gitano para llevar los mensajes á sus vasallos.

—Ya sabe Vuestra Majestad las razones en que me fundaba. Los dominios de la condesa están situados entre las fronteras de Flandes y de Borgoña; su castillo es casi inexpugnable, y tiene tales derechos sobre varios Estados inmediatos, que si hubiese quien los apoyase como corresponde, podría dar harto que hacer al borgoñón. Lo más importante del negocio está en que la condesa dé la mano á un hombre de buenas disposiciones para con Francia.

—Convengo en que es un cebo capaz de tentar á un santo, Oliverio; si hubiésemos podido ocultar que se hallaba aquí, no nos fuera difícil combinar un enlace cual se requería para esa rica heredera, que hubiese sido muy útil para la Francia. Pero, ¡el maldito gitano!... ¿Cómo pudiste aconsejarme que confiase á ese perro hereje una comisión que exigía tanta fidelidad?

—Espero que recordará Vuestra Majestad, señor, que fuisteis vos mismo quien le dispensó demasiada confianza, mucha más de lo que yo quisiera. El hubiera llevado con lealtad una carta de la condesa á su pariente para encargarle que se mantuviese firme en su castillo y ofrecerle pronto socorro; pero Vuestra Majestad quiso hacer una prueba de su ciencia profética, comunicándole secretos que valían la pena de ser vendidos al duque Carlos.

—Me avergüenzo de ello, Oliverio; y sin embargo, se asegura que esos paganos descienden de los sabios caldeos que aprendieron los misterios de los astros en las llanuras de Sennaar.

Oliverio, sabiendo muy bien que su amo, á pesar de toda su penetración y sagacidad, era tanto más propenso á dejarse engañar por los adivinos, astrólogos y toda esa raza de charlatanes que se jactan de iniciados en las ciencias secretas, cuanto se preciaba él mismo de tener algunos conocimientos de ellas, no se atrevió á insistir más sobre este punto, y contentóse con añadir que el gitano había sido mal profeta en lo que más le interesaba, sin lo cual se hubiera guardado muy bien de volver á Tours para ser ahorcado conforme lo merecía.

—Sucede frecuentemente—respondió Luis con mucha gravedad,—que los que están dotados de la ciencia profética, no tienen poder para prever los acontecimientos que les interesan personalmente.

—Con permiso de Vuestra Majestad, esto es como si se dijese que un hombre no puede ver su brazo á la luz de una vela que tiene en la mano, y que le pone de manifiesto todos los objetos que le rodean.

—La luz que le presenta las facciones de los demás no

puede hacerle ver las suyas; y este ejemplo es el que prueba mejor lo que te decía. Pero este no es el objeto de que se trata en la actualidad. El gitano recibió su recompensa; téngale Dios en su santa gloria... Pero, ¿esas damas?... No solamente el borgoñón nos amenaza con una guerra porque les concedemos un asilo, sino que hasta su presencia en mi castillo parece peligrosa por lo que respecta á mi propia familia. Mi primo de Orleans, tan cándido como es, ha visto á la condesita, y atrévome á asegurar que esta entrevista perjudicará á su docilidad en punto al matrimonio con Juana.

—A Vuestra Majestad le es fácil enviar las condesas de Croye al duque de Borgoña, y comprar la paz á este precio. Ciertas gentes no dejarán de citar esta acción como contraria al honor y dignidad de la corona; pero si la necesidad exige este sacrificio...

—De reportarme este sacrificio algún provecho, Oliverio, no vacilaría en hacerlo. Soy un viejo salmón, he adquirido grande experiencia, y no muerdo el anzuelo por más que se presente con el cebo del honor. Pero lo que nos importa más que faltar á ese vano fantasma de honor, es la ventajosa esperanza que perderíamos y que nos movió á concederles un asilo. Habría, por cierto, motivo de reventar de despecho si desperdiciábamos una ocasión tan propicia de colocar un amigo de nuestra corona, un enemigo del duque de Borgoña, en el centro mismo de sus dominios, tan cerca de las ciudades descontentas de Flandes. No, Oliverio; no puedo determinarme á renunciar á las ventajas que presenta el proyecto de casar á la condesita con algún adicto á mi dinastía.

—Vuestra Majestad—dijo Oliverio después de un momento de reflexión,—podría disponer de su mano á favor de alguna persona digna de vuestra augusta confianza, que tomase todo el vituperio sobre sí, y sirviera en secreto á la Francia, en tanto que á Vuestra Majestad le fuera fácil desmentirlo en público.

—¿Y dónde encontrar esa persona?... Si la entregaba á

uno de nuestros nobles revoltosos incorregibles, ¿no sería darle pie para hacerse independiente? ¿No es esto cabalmente lo que mi política procura evitar de tantos años á esta parte? Dunois á la verdad... sí; de él únicamente pudiera fiarme; Dunois defendería la corona de Francia, por más apurada que fuese la situación en que se hallase... Las riquezas, sin embargo, y los honores cambian frecuentemente el carácter de los hombres; no, ni de Dunois me fiaré tampoco.

—Vuestra Majestad puede procurarle algún otro esposo —dijo Oliverio con más melifluo é insinuante tono del que solía adoptar conversando con el rey, que le permitía mucha libertad—un hombre que dependiese enteramente de vuestra protección y favor, y que no pudiese existir sin vuestro apoyo, lo propio que si estuviese privado del aire ó del sol; un hombre más recomendable por su ingenio que por su brazo; un hombre...

—Un hombre como tú, ¿no es verdad? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! No, Oliverio, á fe mía, que esta vez tu flecha no ha dado en el blanco... ¡Cómo! Porque te otorgo mi confianza, y en recompensa de tus servicios te permito de vez en cuando trasquilar muy de cerca á mis vasallos, ¿imaginas poder aspirar á la mano de tan perfecta hermosura, y adquirir de más á más el título de conde de primera clase? ¡Tú!... ¡tú!... ¡destituído de nobleza y educación, cuya prudencia existe únicamente en una especie de artificio y cuyo valor es más que incierto y dudoso!

—Vuestra Majestad me imputa una presunción de que realmente no soy culpable.

—Lo celebro infinito; y puesto que me niegas un sueño tan absurdo, formo ya mejor juicio de tu discreción; sin embargo, me parece que tus proposiciones tenían por norte el fin indicado. Pero, siguiendo el hilo de nuestra conversación, no me atrevo á casar esa beldad con ninguno de mis vasallos, ni á devolverla al duque, ni á mandarla pasar á Inglaterra, ó Alemania, porque verosímilmente caería en manos de alguien más inclinado á aliarse con la Borgoña que con la Francia, más dispuesto á sujetar á los

honrados descontentos de Lieja y Gante que á franquearles algún apoyo saludable que daría su quehacer á Carlos el Temerario, sin necesidad de salir de sus dominios... ¡Estaban tan maduros para una insurrección!... ¡los liejenses sobre todo!... Bien entusiasmados y sostenidos, ellos solos entretuvieron á mi digno primo por más de un año... ¿Y qué tal si los protegiese un belicoso conde de Croye?... No, Oliverio; tu plan ofrece grandes ventajas para renunciar á él sin hacer grandes tentativas. Apura, apura tu fértil ingenio. ¿No puedes atinar alguna cosa de provecho?

Oliverio guardó silencio buen rato, y respondió por fin:

—¿No fuera dable intentar con buen éxito un matrimonio entre Isabel de Croye y el joven Adolfo, duque de Gueldres?

—¡Cómo!—exclamó el rey con asombro.—¡Sacrificar tan amable criatura á un furioso, á un miserable que hizo deponer, aprisionar á su propio padre y que repetidas veces ha intentado envenenarle y asesinarle! No, Oliverio, no; esto sería harto atroz crueldad, aun para nosotros que marchamos con paso firme á nuestro sagrado objeto que es la paz y la felicidad de la Francia, sin detenernos mucho en los medios para conseguirlo. A más de que se halla muy distante de nosotros y le detestan los habitantes de Gante y de Lieja. No, no; indícame otro marido para la condesa, pues tu Adolfo de Gueldres no sirve para el caso.

—Mi imaginación está agotada, señor; no puedo dar con persona alguna que me parezca corresponder á las miras de Vuestra Majestad, en calidad de esposo de Isabel de Croye... ¡Eso de ser fuerza que reuna tan diversas circunstancias!... Amigo de Vuestra Majestad, enemigo de Borgoña, bastante político para conciliarse el afecto de los de Gante y Lieja, harto valeroso para defender sus limitados dominios del poder del duque Carlos, de alta nobleza, ya que Vuestra Majestad insiste sobre este punto, y á más, de un carácter excelente ó virtuoso que...

—No te he recomendado el carácter, Oliverio, es decir con tanto empeño; pero no me parece que el esposo de Isabel de Croye deba ser pública y universalmente detes-

tado como Adolfo de Gueldres. Por ejemplo, ya que es preciso que yo mismo proponga alguno, ¿por qué no ha de ser Guillermo de la Marck?

—A fe mía, señor—dijo Oliverio,—no puedo quejarme de qué Vuestra Majestad exija grandes virtudes ni mérito moral en el feliz esposo de la condesita, si le parece que pueda ser propio para ella el «Jabalí de las Ardenas...» ¿De la Marck?... Sabe todo el mundo que no hay mayor bandido ni asesino más feroz en todas nuestras fronteras, en términos de haber sido excomulgado por el Papa á causa de mil crímenes.

—Ya haremos que le absuelvan, amigo Oliverio; la Santa Iglesia es misericordiosa.

—Puede considerársele como proscrito: la Dieta de Ratisbona le expulsó del imperio.

—Haremos revocar esta sentencia: la Dieta entrará en razón.

—Aun admitiendo que sea noble de nacimiento—dijo Oliverio,—su fisonomía, sus modales y hasta su corazón le dan trazas de un cortante flamenco... Nunca se allanará la condesita á tal enlace.

—O yo me engaño como un tonto, Oliverio, ó el modo particular con que hace la corte debe alejar todo temor de una negativa.

—Ciertamente, señor, me equivocaba de todo punto cuando acusaba á Vuestra Majestad de harto escrupuloso. ¡Por vida mía! los delitos de Adolfo son virtudes si se comparan con los de La Marck. Y ¿cómo se presentará á su futura esposa? Ya sabe Vuestra Majestad que no osa salir de la selva de las Ardenas.

—Esto es lo que debemos prevenir. Desde luego conviene dar á entender particularmente á esas dos damas que es imposible permanezcan más tiempo en esta corte sin ocasionar un rompimiento entre Francia y Borgoña; y que no siendo mi intento ponerlas en manos del lindo de mi primo, deseo que se ausenten secretamente de mis estados.

—Pedirán que se las deje pasar á Inglaterra, y las ve-

remos luego volver con un lord, rubito, redondito de cara, y seguido de tres mil buenos arqueros.

—No, eso no; no me atrevería á ofender á mi primo de Borgoña en términos de permitirlas ir á Inglaterra; esto nos atraería su disgusto lo mismo que si permaneciesen aquí. De ningún modo: mi intento es poner á la condesita bajo la protección de la Iglesia; todo lo que puedo hacer es cerrar los ojos á la partida de las condesas Amelina é Isabel, que irán disfrazadas y seguidas de una reducida escolta, á refugiarse en casa del obispo de Lieja, quien pondrá por algún tiempo á la hermosa Isabel bajo la salvaguardia de un convento.

—Que no la pondrá á salvo de los atentados de Guillermo de la Marck, así que conozca las favorables intenciones de Vuestra Majestad, ó yo me equivoco mucho.

—Por cierto que mediante los socorros pecuniarios que voy ocultamente suministrándole, ha logrado de la Marck reunir una lucida tropa de combatientes tan desalmados como los primeros bandidos del mundo, con cuyo auxilio logra sostenerse en los bosques, haciéndose tan formidable al duque de Borgoña como al obispo de Lieja. No le falta más que algún dominio de que pueda llamarse dueño; y hallando tan bella ocasión de calzarse con él por medio de un matrimonio, creo ¡vive Dios! que sabrá aprovecharla sin que por nuestra parte se necesite más que una ligera insinuación. El duque de Borgoña tendrá entonces clavada en su ijar una espina que ningún cirujano podrá arrancar mientras yo viva. Cuando el Jabalí de las Ardenas, que está ya proscrito en sus dominios, se halle fortificado con la posesión de las tierras, castillos y señoríos de esa hermosa dama, y cuando los liejenses descontentos se decidan tal vez á nombrarle jefe, piense entonces enhorabuena Carlos en declarar la guerra á Francia: ó más bien bendiga su fortuna si la Francia no se la declara antes. Y bien, ¿qué te parece de este plan, Oliverio?

—Admirable, señor, salvo el fallo que dé esa señora en definitiva al Jabalí de las Ardenas. Hablando en plata, á

no faltarle un soplo de galantería exterior, sería el gran preboste Tristán un novio más á propósito para ella.

—Y sin embargo, no hace mucho que proponías á maese Oliverio el barbero; pero, amigo, tanto el compadre Oliverio como el compadre Tristán, aunque excelentes para el consejo y la ejecución, no poseen los ingredientes que necesariamente se requieren para formar un conde. ¿Ignoras que los artesanos flamencos aprecian la nobleza en los demás sólo porque no la tienen ellos? Plebeyos insurreccionados desean siempre un jefe que pertenezca á la grandeza. Mira en Inglaterra Ked ó Cade, ó como se llame; se ha granjeado todo el partido de la canalla vendiéndose por oriundo de los Mortimers. La sangre de los príncipes de Nassau, tan noble como la mía propia, circula por las venas de Guillermo de la Marck. Pero pensemos en la ejecución de nuestro proyecto: ello es fuerza que yo persuada á las condesas de Croye á partir sin dilación y con mucho sigilo, con una escolta segura, en lo cual no habrá gran dificultad. No se necesita más que darles á entender que ningún otro recurso les queda á no querer ser entregadas al de Borgoña. Tú discurrirás el modo de informar á Guillermo de la Marck del camino que siguen y de todos los pasos que dén, y él por su parte que procure la elección y los medios de hacerse aceptar por esposo. Ya tengo yo meditada la persona que debe acompañarlas.

—¿Podré preguntar á Vuestra Majestad quién será el encargado de semejante comisión?

—Un extranjero; un hombre que no tiene en Francia parientes ni intereses que puedan contrariar la ejecución de mis órdenes, y que conoce muy poco el país y los bandos que le dividen, para sospechar de mis intenciones un grado más allá de lo que yo quisiera darle á entender. En una palabra; mi proyecto es fiar esta comisión al joven escocés que acaba de darte la orden de venir aquí.

Guardó silencio Oliverio por un buen rato, con un aire que harto indicaba alguna duda sobre la prudencia y utilidad de semejante elección.

—Vuestra Majestad—dijo por fin,—no suele dispensar tan pronto su confianza á un extranjero.

—Tengo para esto mis motivos—respondió el rey.—Tú no ignoras mi devoción al glorioso San Julián... (hizo al decir esto la señal de la cruz.) Noches pasadas estaba yo rezando mis oraciones á aquel santo bendito, y como es patrón de los viajeros, le suplicaba humildemente se dignase aumentar el número de mis servidores con algunos de esos extranjeros que andan errantes por nuestro reino en busca de fortuna, quienes pudieran establecerse aquí consagrando á nuestra voluntad una obediencia ilimitada; y yo en recompensa prometí al santo recibirlos, protegerlos y sustentarlos en su glorioso nombre.

—¿Y San Julián—interrumpió Oliverio—en contestación á sus preces ha enviado de Escocia á Vuestra Majestad esas dos piernas de galgo?

Aunque el barbero, que sabía perfectamente que su amo, á falta de sentimientos religiosos, tenía una gran dosis de superstición y que por lo tanto era facilísimo ofenderle en semejante tema; aun cuando conocía la debilidad del rey, y de consiguiente empleó en la anterior pregunta el tono más suave y cándido que le fué posible, Luis comprendió el sarcasmo que encerraba y miró á Oliverio sumamente disgustado.

—Pícaro—exclamó:—con harta razón te llaman Oliverio el diablo, pues así te atreves á mofarte de tu señor y de los santos gloriosos. Júrote que á serme menos necesario, te mandaba ahorcar en el viejo roble que está enfrente del castillo para que sirvieses de escarmiento á los que se mofan de los sagrados objetos de nuestra religión. Sabe pues, vil incrédulo, que apenas cerré los ojos se me apareció en sueño el bendito San Julián acompañando á una joven que me presentó diciéndome era su destino escapar del hierro, de la cuerda y del río. Añadió que dicho joven traería la suerte á aquel en cuyo favor se declarara y en los lances en que tomase parte. A la mañana siguiente cuando salí á paseo me encontré con ese cuya imagen viera en mi sueño. En su propio país, en medio de la matanza de

toda su familia, había ya él sólo escapado del hierro; y aquí en el breve espacio de dos días se ha librado de una manera extraordinaria de ahogarse y de ser ahorcado. Además, en una ocasión especial que ya te he indicado, me ha sido de la mayor utilidad. Recíbole, pues, como enviado por San Julián para servirme en las más difíciles, peligrosas y aun desesperadas empresas.



Al terminar el rey este razonamiento, quitóse el sombrero, y escogiendo de entre las numerosas y pequeñas imágenes de plomo que lo ceñían la que representaba á San Julián, colocóla encima de una mesa como solía hacerlo cuando agitaban su ánimo el temor ó la esperanza ó atormentábanle acaso los remordimientos. Luego arrodillándose delante de ella murmuró con apariencia de profunda devoción:

—«¡Sancte Juliane, adsis precibus nostris! ¡Ora, ora pro nobis!»

Era éste uno de aquellos accesos de devoción supersticiosa que á menudo se apoderaban de Luis en sitios y ocasiones extraordinarias y que daban al más astuto de todos los monarcas la apariencia, sino de un loco, á lo menos de un hombre cuyo ánimo aterraba la íntima convicción de sus crímenes.

Mientras se entregaba á esta ocupación, contemplábale su favorito con una expresión de sarcasmo y de desprecio que apenas cuidaba disimular. Una de las singularidades de aquel hombre era que en todas sus relaciones con el rey se despojaba de aquella meliflua afectación de oficiosa humildad, otro de los rasgos característicos de su conducta con los demás, y si aun en esto se asemejaba al gato, era cuando este animal estaba sobre sí, vigilante, prevenido, ágil, y pronto á dar un brinco á la primera ocasión. Esta diversidad de conducta procedía sin duda de que no podía Oliverio ignorar que Luis era harto profundo hipócrita para no distinguir los verdaderos objetos por entre el velo con que se cubrieran los demás.

—¿Las facciones de ese joven—dijo Oliverio,—se parecen entonces á las de aquel que vió Vuestra Majestad en sueños?

—Su parecido no puede ser más perfecto—respondió el rey, que como la mayor parte de los supersticiosos llegaba á contemporizar con las imposturas de su propia imaginación.—Por otra parte, mandé á Galeoto Martinello que hiciese su horóscopo, y me convencí enteramente, así por medio de su arte como por mis propias observaciones, que el destino de ese joven, considerado bajo varios aspectos, está sujeto á la influencia de las mismas constelaciones que el mío.

Cualquiera que fuese el juicio que formó Oliverio de los motivos que alegaba tan decididamente el monarca para apoyar la preferencia á que daba á un mozo inexperto, no se atrevió á replicar, en atención á que Luis, que durante su destierro estudiara con suma aplicación la mentirosa cien-

cia de la astrología judiciaria, no hubiera seguramente sufrido chanza ninguna dirigida á desacreditar sus conocimientos. Limitóse pues á contestar que esperaba que el joven desempeñaría fielmente tan escabroso encargo.

—Ya tomaremos nuestras precauciones para que no pueda proceder de otro modo—dijo Luis.—El no sabrá más sino que lleva la comisión de escoltar á las dos condesas hasta la residencia del obispo de Lieja. Tan ignorante estará como ellas mismas de la intervención que probablemente tendrá Guillermo de la Marck. Nadie entrará en el secreto más que el guía: es preciso pues que Tristán ó tú me proporcionéis uno á propósito para llevar á cabo mis proyectos.

—Pero en tal caso—replicó Oliverio,—á juzgar por sus maneras y el país donde ha nacido, es probable que ese joven cuando vea al Jabalí de las Ardenas atacar su comitiva, eche mano de sus armas y tal vez no saldrá del paso tan felizmente como esta mañana.

—Si perece entre los colmillos del jabalí—dijo Luis con la mayor indiferencia,—el bendito San Julián me deparará otro en su lugar. Mensajero muerto después de desempeñado su mensaje y botella rota después de apurado el vino, es poco más ó menos una misma cosa. Pero es preciso no perder momento en la marcha de esas señoras, y persuadir en seguida al conde de Crève-Cœur que se ha verificado sin mi consentimiento ni tolerancia, en atención á que quería entregarlas á mi buen primo, lo que no he podido verificar á causa de su repentina fuga.

—Témome que el conde sea buen podenco, y esté su amo harto prevenido contra Vuestra Majestad para que se determinen á creerlo.

—¡Virgen Santísima!... ¡Qué incredulidad sería esta para cristianos!... Ello será fuerza que me crean, Oliverio. Manifestaré en todas las relaciones que medien con mi querido primo el duque Carlos tan completa é ilimitada confianza, que debería ser peor que un hereje para desconfiar de mi sinceridad en este punto. Tan convencido estoy de que puedo persuadir al duque de Borgoña lo que á mí

me parezca, que, si preciso fuera para disipar todas sus dudas, iría á visitarle á su tienda, sin armas, montado en el más tranquilo palafrén, sin más guardia que tu persona, amigo Oliverio.

—Pues yo, señor, aunque no me alabo de saber manejar el acero bajo otra forma que la de una navaja de afeitar, antes acometería á un batallón de suízos armados con picas que acompañar á Vuestra Majestad á semejante amistosa visita hecha á Carlos de Borgoña, cuando tiene él tantos motivos para estar bien seguro de que el corazón de Vuestra Majestad alberga rencor y enemistad contra él.

—Eres un necio, Oliverio, por más que blasones tanto de sabio. ¿Ignoras que un político profundo debe aparentar á veces llaneza é ingenuidad, así como el valor se oculta en algunos casos bajo la apariencia de cierta timidez? No pondría la menor duda en hacer lo que acabo de decir si lo exigiesen las circunstancias, como los santos bendijesen mis proyectos y las constelaciones celestes indicasen en su curso una conjunción favorable á semejante empresa.

En estos términos dió Luis XI la primera idea de la resolución extraordinaria que ejecutó más adelante con la esperanza de burlar á su eterno rival, lo que faltó poco para que no ocasionase su propia ruína.

Separándose el rey de su consejero dirigióse inmediatamente á la habitación de las señoras de Croye. No necesitó esforzarse mucho para persuadirlas á dejar la corte de Francia, luego que les indicó que acaso no hallarían en ella decidida protección contra el duque de Borgoña: su simple permiso hubiera sido suficiente; pero no le fué tan fácil determinarlas á aceptar Lieja por lugar de su refugio. Pidiéronle y suplicáronle que las enviase á Bretaña ó á Calais, donde bajo la protección de aquel poderoso duque ó del rey de Inglaterra podrían estar en seguridad hasta que el soberano de Borgoña moderase su rigor con respecto á ellas. Pero ninguno de estos puntos de seguridad convenía á los planes de Luis, y consiguió por fin hacerlas adoptar el que favorecía la ejecución de sus proyectos.

No era dable dudar del poder que tenía el obispo de Lie-

ja para defenderlas, pues que su dignidad eclesiástica le suministraba medios para su defensa contra todos los príncipes cristianos, y por otra parte, sus fuerzas como príncipe secular, si no eran muy considerables, bastaban á lo menos para poner su persona y las de cuantos tomaba bajo su protección al abrigo de toda violencia repentina. La dificultad consistía en poder llegar á salvo hasta la pequeña corte del obispo; pero Luis ofreció remediarlo haciendo correr la voz de que las condesas de Croye se escaparon de Tours durante la noche por temor de ser entregadas al embajador de Borgoña, y que habían tomado el camino de Bretaña. Prometióles también una pequeña escolta con cuya fidelidad podrían contar y cartas para invitar á los comandantes de las ciudades y fortalezas del tránsito á franquearles por todos los medios posibles auxilio y protección durante el viaje.

Las condesas de Croye, aunque interiormente disgustadas por la descortesía y poca generosidad con que las privaba Luis del asilo que se les había prometido en su corte, estuvieron tan lejos de hacer la menor objeción á la precipitada marcha que se les proponía, que se anticiparon á sus deseos, suplicándole que las permitiese partir aquella misma noche. La condesa Amelina estaba ya cansada de una corte donde no había festines donde lucir ni cortesanos para admirarla; y la condesa Isabel creía haber visto ya lo suficiente para inferir que si la tentación tomaba un poquito más de incremento, Luis XI, no contento con arrojarlas de su corte, no pondría el menor escrúpulo en entregarlas al irritado duque de Borgoña, su señor feudal. Su resolución satisfizo tanto más al monarca, cuanto deseaba conservar la paz con el duque Carlos, y temía que la presencia de la hermosa Isabel pusiese un obstáculo á la realización de su plan favorito, á saber, el matrimonio de su hija Juana con el duque de Orleans.

CAPITULO XIII

El astrólogo

¿Compararme á mí con los reyes?... Desprecio tan pobre parangón; yo soy un «sabio», y puedo mandar los elementos... por lo menos los hombres lo creen así; y en semejante creencia, he fundado para mí un imperio que no tiene límites.

«Albumazar».

Una rápida corriente parecía traer al joven escocés las ocupaciones y aventuras, pues no tardó en ser llamado al aposento de su capitán lord Crawford, donde, con grande admiración suya, encontró nuevamente al rey. Este príncipe empezó á decirle, relativamente á cuanto iba á honrarle y á la prueba de confianza que le merecía, varias palabras que le hicieron temer una nueva emboscada semejante á la del armario, ó alguna otra aun menos agradable expedición; pero desvanecióse no solamente esta idea, sino que bendijo su estrella, como decirse suele, al enterarse de que le escogiera el rey para escoltar, del modo más seguro, y al propio tiempo oculto, á las condesas de Croye, con cuatro hombres que estarían bajo sus órdenes, y de los cuales uno serviría de guía hasta la corte de su pariente el obispo de Lieja. Luis le entregó lo que hubiera podido llamarse un itinerario, que contenía el nombre de los puntos donde debía hacer alto, que eran en general lugares obscuros y monasterios solitarios situados á distancia de las ciudades; y además las precauciones que les era indispensable tomar, especialmente al acercarse á las fronteras de Borgoña. Dióle, por fin, instrucciones de lo que debía practicar para pasar por mayordomo de dos distingui-

das damas inglesas que volvían de una peregrinación á San Martín de Tours, é iban á cumplir otra á la santa ciudad de Colonia, con el fin de visitar las milagrosas imágenes de los tres magos, aquellos sabios monarcas de Oriente, que fueron á adorar el niño Jesús en Belén, pues en dicha calidad de peregrinas debían viajar las condesas de Croye.

Sin poder darse exacta cuenta del motivo de su agitación, sintió Quintín rebosar su corazón de alegría á la sola idea de que iba á acercarse á la hermosa del torreón, y en calidad que le daba derecho á obtener su confianza, pues á su prudencia y valor iba á confiarse principalmente el cuidado de protegerla. No tenía la menor duda de que lograría conducirla con felicidad al término de su vieje. Los peligros rara vez arredran á la juventud; y Durward, sobre todo, acostumbrado á respirar desde su niñez el aire de la libertad, intrépido y lleno de confianza en sí mismo, no pensaba en ellos sino para despreciarlos. No veía la hora de quedar libre de la presencia del rey, para poder entregarse con satisfacción á la secreta alegría que le causaban tan inesperadas nuevas, las que le excitaban unos ímpetus de placer cuya demostración hubiera sido harto impropia en presencia de semejantes testigos.

Pero Luis no había concluído todavía. Este desconfiado monarca tenía que consultar un consejero de un temple enteramente distinto del de Oliverio el Diablo, y cuya ciencia se consideraba dimanar de los astros y de las inteligencias superiores, del mismo modo que se creía generalmente que, atendidas sus consecuencias, el diablo mismo inspiraba sus consejos á Oliverio.

Luis mandó, pues, al impaciente Quintín que le siguiera y le guió á una torre apartada del castillo de Plessis, donde se hallaba instalado con bastantes conveniencias y aparato el célebre astrólogo, poeta y filósofo Galeoto Marti, ó Marcio, ó Martivalle, nacido en Narni en Italia, autor del famoso tratado de «Vulgo Incognitis,» objeto de la admiración de su siglo y de los elogios de Pablo Jovis. Floreciera por largo tiempo en la corte de Matías Corvino, rey de Hungría; pero Luis le había en algún modo engañado

para atraerle á la suya, envidioso de que se aprovechase el monarca húngaro de los consejos y compañía de un sabio, que tenía fama de leer con tanto acierto en los decretos del cielo.

Martinvalle no era uno de aquellos pálidos y ascéticos profesores de ciencias místicas que marchitan su rostro y gastan su vista pasando toda la noche sobre sus crisoles, y macerando su cuerpo con el examen de la osa polar. Entregábase á todos los placeres mundanos, y antes de volverse algo corpulento distinguiérase en la carrera de las armas y en todos los ejercicios militares y gimnásticos; de suerte que Juan Pannonio ha dejado un epigrama en versos latinos, que trata de una lucha que ocurrió entre Galeoto y un campeón célebre en aquel arte, en que el astrólogo quedó completamente victorioso.

Las habitaciones de este sabio belicoso y cortesano estaban mucho más suntuosamente amuebladas que ninguna de las que viera Quintín en el palacio del rey. El primorosamente labrado enmaderamiento de su biblioteca, lo propio que lo rico y magnífico de los tapices, eran una prueba del delicado gusto del sabio italiano. Desde su biblioteca conducía una puerta á su dormitorio y otra á un torreón, teatro de sus observaciones. Un hermoso tapete de Turquía que formó parte del botín cogido en la tienda de un bajá después de la famosa batalla de Jaiza, en que el astrólogo combatiera al lado de Matías Corvino, valeroso campeón de la cristiandad, cubría una espaciosa mesa de roble colocada en medio del aposento. Veíanse sobre aquella mesa gran número de instrumentos de matemáticas y astronomía, riquísimos todos y preciosamente trabajados. Su astrolabio de plata era regalo del emperador de Alemania, y su vara de Jacob, de ébano, engastada y embutida en oro, una demostración de aprecio del Pontífice reinante.

Presentábanse ordenados encima de la mesa ó colgados á lo largo de las paredes otros objetos de diversas clases; entre otras cosas, dos armaduras completas, una de malla y otra de finísimo acero; ambas, atendida su magnitud, parecían reconocer por dueño á Galeoto Martivalle, cuya es-

tatura era casi gigantesca: una espada toledana, un sable escocés, una cimitarra turca; arcos, aljabas y otras armas, instrumentos de música de varias especies; un crucifijo de plata; un vaso sepulcral antiguo; varios de aquellos pequeños penates de bronce, objetos del culto del paganismo, y otras muchas cosas que sería difícil describir, varias de las cuales, según las supersticiosas creencias de aquel siglo, parecían destinadas al arte mágico.

La biblioteca de este hombre extraordinario ofrecía también una miscelánea por el mismo estilo. Veíanse algunos curiosos manuscritos de autores clásicos, al lado de las voluminosas obras de los teólogos cristianos y de los laboriosos sabios que cultivaban las ciencias químicas y pretendían descubrir á sus discípulos los secretos más misteriosos de la naturaleza por medio de la filosofía hermética. Algunos estaban escritos en caracteres orientales, y otros ocultaban su sentido ó sus absurdos bajo el velo de geroglíficos ó signos cabalísticos.

Todo el aposento, lo propio que su rico y variado ajuar, ofrecía un cuadro calculado para causar impresión, considerando la general creencia, en aquella época indisputablemente sostenida, sobre la verdad de las ciencias ocultas. El efecto que producía era aún más vivo por el aspecto y los modales del astrólogo, quien sentado entonces en un gran sillón examinaba con curiosidad una muestra del arte de imprimir, que acababa de inventarse, salida de una prensa de Francfort.

Galeoto Martivalle era hombre alto, que á pesar de su gordura no carecía de cierta dignidad. Anduviera ya más de la mitad de la carrera de la vida, sin que el hábito contraído desde su juventud de continuo ejercicio, que no había aún totalmente abandonado, pudiese contener una natural tendencia á la obesidad, que se aumentó con la vida sedentaria que llevaba dedicado al estudio, y con su afición á los placeres de opípara mesa. A pesar de sus facciones sumamente abultadas, conservaba noble y majestuoso aspecto, y envidiara un ermitaño su negra y crecida barba, que le caía sobre el pecho. llevaba una bata con mangas

anchas de riquísimo terciopelo de Génova, galoneada con presilla de oro, guarnecida de armiños y ajustada al cuerpo con un cinturón de ante, en el que se veían representados, de color encarnado, los doce signos del Zodíaco. Levantóse y saludó al rey, pero en ademán de hombre á quien no imponía la presencia de tan distinguido personaje, y que se consideraba en el caso de no deber comprometer la dignidad que afectaban entonces los que se dedicaban al estudio de las ciencias.

—Estáis muy ocupado, padre—le dijo el rey,—y según parece, con ese nuevo método de multiplicar los escritos por medio de una máquina. ¿Cómo es posible que objetos tan mecánicos y terrestres puedan ocupar la imaginación de un hombre para quien el firmamento desarrolla sus celestiales mapas?

—Hermano mío—respondió Martivalle, pues así llamaba al rey de Francia el habitante de aquel laboratorio, cuando se dignaba visitarle en clase de discípulo,—creed que calculando los resultados de esta invención, leo en ella con tanta certeza como en la mejor combinación de los cuerpos celestes el agüero de las más admirables y estupendas variaciones. Cuando considero la lenta y escasa corriente con que el río de la ciencia nos ha traído sus aguas hasta el día, la dificultad que tienen en procurársela los que de ella están más sedientos, el desprecio con que la miran los que no piensan más que en sus comodidades, la funesta posibilidad de que se desvíe ó se seque á causa de las invasiones de la barbarie, ¿puedo yo contemplar sin asombro y maravilla los destinos de las futuras generaciones, sobre las cuales los conocimientos caerán como abundante lluvia, sin que se interrumpan ni disminuyan, fertilizando ciertas comarcas, inundando otras, trastornando todo el sistema de la vida social, estableciendo y destruyendo religiones, erigiendo y arruinando reinos...

—Un momento, Galeoto—exclamó Luis,—todas esas variaciones, ¿sucederán en nuestros tiempos?

—No, hermano mío—respondió Martivalle,—esta invención

puede compararse á un arbolillo que acaba de plantarse y que dará en los futuros siglos precioso pero fatalísimo fruto, como el del Edén, es decir, la ciencia del bien y del mal.

—Allá se las haya la posteridad—dijo Luis después de una breve pausa.—Nosotros vivimos en el siglo presente, y á éste sólo debemos dedicar nuestros cuidados. El mal de cada día sobra ya para ocuparnos. Decidme, ¿concluísteis el horóscopo que os encargué y sobre el cual me hicísteis ya alguna observación? Aquí os traigo la parte interesada, á fin de que podáis emplear en ella la quiromancia ó la ciencia que más os acomode. El negocio urge.

Levantóse el sabio y acercándose al joven guardia, fijó en él sus rasgados ojos negros, sumamente vivos, como si se ocupase interiormente en analizar todos los contornos y líneas de su fisonomía. Confuso y avergonzado Quintín de ser el objeto de tan serio examen por parte de un hombre de tan venerable é imponente aspecto, bajó los ojos y no los levantó hasta mandárselo con imperioso acento el astrólogo.

—No te asustes: levanta los ojos y dame esa mano.

Cuando Martivalle hubo examinado la mano derecha de Durward con todas las ceremonias que exigían las misteriosas artes que profesaba, llamó aparte al rey y separóle algunos pasos.

—Real hermano mío—le dijo,—la fisonomía de ese joven, junto con las líneas impresas en su mano, confirman maravillosamente el informe que os dí sobre su horóscopo; los progresos que vos mismo habéis hecho en nuestro arte sublime, os han dado lugar á formar un concepto igual al mío: todo indica que ese joven será valiente y dichoso.

—¿Y leal?—dijo el rey,—pues la lealtad no es siempre compañera inseparable del valor y de la dicha.

—Leal también—respondió el astrólogo,—pues sus ojos y miradas contienen una firmeza varonil y su «linea vitæ» es recta, profundamente marcada, lo que prueba que será fiel y lealmente adicto á los que le hagan algún bien ó le otorguen su confianza. Sin embargo...

—¡Sin embargo!...—repitió el rey.—Y bien, padre Galeoto, ¿por qué no continuáis?

—Los oídos de los reyes se parecen al paladar de aquellos enfermos delicados que no pueden sufrir lo amargo de los medicamentos necesarios á su curación.

—Mis oídos y mi paladar están ajenos de semejante delicadeza. Puedo oir cualquier buen consejo y tragarme cualquier medicina saludable, sin dárseme cuidado ni de lo severo del uno, ni de lo acibarado de la otra. Cuando niño no me echaron á perder con mimos y contemplaciones; y he pasado mi juventud en los sufrimientos y destierro. Las advertencias más duras suelen penetrar por mis oídos sin lastimarlos.

—Os diré pues con franqueza, señor, que si hay en la expedición que proyectáis alguna cosa... alguna cosa que... en fin, que pueda espantar una conciencia timorata, no debéis confiarla á ese joven, á lo menos hasta que algunos años pasados en servicio vuestro le hayan quitado todo escrúpulo como á los demás.

—¿Y es esto todo lo que no os atrevíais á decirme, mi buen Galeoto? ¿Teníais algún temor de ofenderme hablándome de este modo? ¡Ah! yo sé que vos estáis bien persuadido de que no puede uno dejarse guiar en el camino de la política del trono por máximas abstractas dictadas por la religión y la moral, como podemos y debemos hacerlo sin interrupción en el de la vida privada. ¿Sabéis por qué nosotros, príncipes de la tierra, fundamos iglesias y monasterios, emprendemos peregrinaciones, nos imponemos penitencias y hacemos actos de devoción, de que pueden dispensarse los demás? Porque el bien público y el interés de nuestros reinos nos obligan á tomar ciertas medidas que no pueden menos de cargar nuestras conciencias como cristianos. Pero el cielo es misericordioso; tiene la Iglesia un fondo inagotable de méritos y la intercesión de Nuestra Señora de Embrun y de los gloriosos Santos es continua y omnipotente.

Al decir esto, quitóse el sombrero, púsole sobre la mesa, y arrodillándose delante de las imágenes de plomo colo-

cadas alrededor, dijo: «Sancte Huberte! sancte Juliane! sancte Martine! sancta Rosalia! santi quotquot adestis!... orate pro me peccatore!» Golpeóse el pecho, levantóse, púsose otra vez el sombrero, y volviéndose al astrólogo:

—Estad seguro, amado padre mío—le dijo,—que si en la expedición que proyecto hubiese algún requisito de la clase que acabáis de significarme, no se confiara la ejecución á ese joven, ni aun se le llegara á enterar de aquella parte del plan.

—Obraréis en esto sabiamente, real hermano mío. Puédese temer también alguna cosa de la impetuosidad de ese joven, defecto inherente á todos los de temperamento sanguíneo; pero según todas las reglas del arte, esta circunstancia no puede entrar en comparación con las demás bellas cualidades descubiertas por su horóscopo y por otros medios.

—¿La media noche será hora favorable para dar principio á un peligroso viaje? Consultad vuestras efemérides; allí están. Ya veis la posición de la luna con respecto á Saturno, y la influencia de Júpiter. Paréceme, salva la sumisión á vuestros superiores conocimientos, que este es un agüero de feliz éxito para el que mande partir una expedición á esta hora.

—Sí—respondió el astrólogo después de un instante de reflexión,—esta conjunción promete buen resultado «al que manda partir» la expedición; pero imagino que estando Saturno en combustión amenaza riesgos é infortunios «á los que parten:» de lo que saco por consecuencia que el viaje puede ser peligroso y aun fatal para los que lo emprenden á semejante hora. Esta adversa conjunción presagia actos de violencia y un cautiverio.

—¿Violencia y cautiverio con referencia á los que parten —dijo el rey,—pero buen resultado para el que manda partir?... ¿No es esto lo que me decís, sabio padre mío?

—Exactamente—respondió Martivalle.

Luis no contestó á esta predicción, que probablemente aventurara el astrólogo porque veía que el objeto sobre que se le consultaba encubría algún peligroso proyecto. Ni aun

dejó siquiera entrever hasta qué punto concordaba con sus miras, que como sabe el lector, no eran otras que poner á la condesa Isabel de Croye en manos de Guillermo de la Marck, caballero de elevada cuna, pero degradado por sus crímenes, hasta el extremo de convertirse en jefe de bandidos, célebre por su turbulento carácter y feroz ardimiento.

Sacó entonces el rey un papel de la faltriquera, y antes de entregarlo á Martivalle, le dijo con tono muy parecido al que se usa en las apologías:

—¡Sabio Galeoto! No os admire que, poseyendo en vos un oráculo, un tesoro, una ciencia superior á la de todo sér viviente de nuestros das, sin exceptuar al mismo Nostradamus, desee frecuentemente aprovecharme de vuestros conocimientos en medio de las dudas y dificultades que rodean á un príncipe que tiene que hacer frente en sus dominios á osados rebeldes, y fuera de ellos á poderosos é inveterados enemigos.

—Señor—respondió el filósofo,—cuando me invitasteis á abandonar la corte de Buda por la de Plessis, lo hice con la firme resolución de poner al arbitrio de mi real protector todo aquello de que fuese capaz mi arte para su mayor utilidad y provecho.

—Lo agradezco, mi buen Martivalle—dijo el rey.—Atended ahora, pues, á esta pregunta.

Desarrolló entonces el papel que tenía en la mano y leyó lo siguiente:

«Un hombre empeñado en importante cuestión, que parece deberá ser decidida por las leyes ó por la fuerza de las armas, desea terminar amistosamente este negocio por medio de una entrevista personal con su adversario. Pregunta: ¿cuál será el día propicio para realizar su propósito, como también cuál éxito puede éste tener, y si su antagonista corresponderá á esta prueba de confianza con gratitud y franqueza, ó abusará de las ventajas que la mencionada conferencia le proporcione?»

—Esta es una pregunta importante—respondió Martivalle cuando el rey hubo terminado la lectura.—Requiere que

trace un planetario, y consuma sobre él muchas horas de vastas y profundas meditaciones.

—Hacedlo, padre mío, mi maestro en ciencias—repuso Luis,—y conoceréis lo que es servir y obligar á un rey de Francia. He resuelto, si lo permiten las constelaciones, y mis débiles conocimientos me inducen á creer que favorecen mis proyectos, poner en algún peligro mi propia persona para terminar de una vez esas guerras anti-cristianas.

—¡Ojalá los Santos protejan las piadosas intenciones de Vuestra Majestad — respondió el astrólogo, — y velen por vuestra sagrada persona!

—Gracias, docto padre—dijo Luis.—Entretanto, he aquí alguna cosita para que podáis aumentar vuestra preciosa biblioteca.

Diciendo esto, puso debajo de un libro un pequeño bolsillo con oro, pues mezquino hasta en sus supersticiones, juzgaba haber comprado los servicios del astrólogo á precio regular con la pensión que le tenía señalada, y creíase con derecho á hacer uso de sus talentos, con módica paga, aun en las más importantes ocasiones.

Luis, para valernos del idioma forense, habiendo así satisfecho los honorarios de su abogado consultor, volvióse á Durward, diciéndole:

—Sígueme, mi buen escocés, sígueme como un hombre escogido por el Destino y por un soberano para llevar á término una importante empresa. Procura que todo esté pronto para que puedas poner pie en el estribo el instante mismo en que la campana de San Martín dé las doce de la noche. Un minuto más tarde ó temprano podría hacerte perder el favorable aspecto de las constelaciones que tan propicias se muestran á tu expedición.

Dicho esto, partió Luis, seguido del joven arquero; y apenas estuvieron fuera del aposento, entregóse el astrólogo á reflexiones harto distintas de las que parecían animarle mientras estuvo presente el monarca.

—¡Miserable avaro!—exclamó palpando el bolsillo, pues no poniendo límites á sus gastos, tenía siempre necesidad de metálico.—¡Vil y sórdido usurero! La mujer de un ca-

pitán de buque mercante daría más por saber si su marido llegará á salvamento. ¡El adquirir una tintura de las bellas letras!... sí, cuando la zorra gruñendo y el lobo aullando puedan pasar por músicos... ¡El leer en el glorioso blasón del firmamento!... sí, cuando el topo ciego tenga los ojos del lince... «Post tot promissa...» después de haberme hecho tantos ofrecimientos para arrancarme de la corte del magnífico Matías, donde el huno y el turco, el cristiano y el infiel, el Czar de Moscovia y el Kan de los tártaros contendían sobre quién me colmaría más de regalos! ¿Juzga acaso que soy yo hombre para pasar miserable vida en este vetusto castillo como pájaro en jaula pronto á melodioso trino para cuando le diere á él la gana de silbar?... No, á fe mía... «Aut inveniam viam, aut faciam.» Descubriré ó imaginaré algún medio... El cardenal de La Balue es político y liberal: verá la pregunta que el rey acaba de hacerme, y culpa será de su eminencia si no hablan los astros conforme él desee.

Cogió de nuevo el bolsillo que despreciaba y sacudióle en la mano como para formar juicio de su peso.

—Podría suceder—dijo,—que se hallase en el fondo de este miserable bolsillo alguna perla ó joya de gran valor: he oído decir que puede ser generoso hasta la prodigalidad cuando á ello le mueve su capricho ó lo exige su interés.

Vació el bolsillo sobre la mesa, y halló en él ni más ni menos que diez monedas de oro, lo cual le ocasionó otro arrebato de indignación.

—¿Cree acaso—continuó,—que por esta miserable gratificación ejerceré yo la celestial ciencia que estudié con el Abad armenio de Istrahoff, quien pasó cuarenta años sin ver el sol, y con el griego Dubrario, de quien se asegura que había resucitado muertos, y visitado también el Scheik Ebn-Kalı en su gruta de la Tebaida? ¡No, vive Dios! El que desprecia la ciencia perecerá por su ignorancia... ¡Diez monedas de oro!... Casi me avergonzaría de ofrecer esta suma á Antoñita para alfileres.

A pesar de tantas exclamaciones y arrogancias, no por

esto dejó el irritado sabio de meter el despreciado oro en una escarcela que llevaba en el cinturón, y que Antoñita y



otras personas que cooperaban á sus extravagantes gastos solían agotar con mayor prontitud de la que el filósofo con toda su ciencia hallaba medio para llenar.

CAPITULO XIV

El viaje

Todavía te veo, hermosa Francia, tierra favorecida por la naturaleza y el arte: aún te contemplo á ti y á tus hijos, para quienes el trabajo viene á ser como un recreo, tal es la largueza con que tu suelo agradecido les devuelve el tributo que cultivándole le pagan: veo también á tus hijas de tez tostada por los rayos del sol, con sus risueños ojos y sus lustrosas trenzas, negras como el plumaje del cuervo. Francia privilegiada, tú tienes, sin embargo, en los antiguos y modernos tiempos muchas historias tristes que contar.

«Anónimo».

Evitando entablar conversación con nadie absolutamente, pues esta es la orden que recibiera, dióse prisa Durward en revestrise de una excelente coraza, aunque sin adornos, tomó sus brazaletes y demás piezas de armadura, y defendió su cabeza con un buen casco de acero sin visera, añadiendo un sobretodo de piel de camello bien preparado y bordado en todas las costuras, prenda que no llevara de más precio un oficial superior al servicio de alguna ilustre familia.

Estas armas y traje fueron llevados á su aposento por Oliverio, quien con tranquilo ademán é insinuante sonrisa participóle que su tío había recibido orden de montar la guardia, para que no pudiera hacerle ninguna pregunta sobre la causa de tan misteriosos preparativos.

—Procuraremos disculparos con vuestro pariente—le dijo Oliverio sonriéndose todavía,—y... querido hijo mío, cuando estéis de vuelta sano y salvo después de haber desempe-

ñado una comisión tan agradable, no dudo que seréis considerado digno de una promoción que os dispensará en lo sucesivo de dar cuenta á nadie de vuestras acciones, y que antes al contrario, os colocará á la cabeza de gentes que deberán daros razón de las suyas.

Así se expresaba Oliverio el Diablo, calculando probablemente en su idea los sucesos que podían dar lugar á creer que el joven á quien estrechaba cordialmente la mano mientras hablaba, debía por precisión encontrar la muerte ó el cautiverio en el desempeño de su comisión. A estas lisonjeras expresiones añadió como gratificación de parte del rey un pequeño bolsillo lleno de monedas de oro, con que pudiera atender á los gastos del viaje.

Algunos minutos antes de media noche, Quintín, con arreglo á sus instrucciones, encaminóse al segundo patio del castillo, y se paró cerca de la torre del Delfín, que como saben nuestros lectores, fué destinada para residencia temporal de las condesas de Croye. Encontró allí los hombres y caballeros que debían componer la escolta, dos mulas cargadas de bagaje, tres palafrenes para las dos condesas y una leal doncella que las seguía; y para él un soberbio bridón, cuya silla, guarnecida de acero, brillaba á los pálidos rayos de la luna. Ni una sola palabra se pronunció de una ni de otra parte para darse á conocer. Los hombres permanecían inmóviles en sus sillas como si fuesen estatuas; y Quintín, á la débil luz del astro de la noche, notó con satisfacción que iban bien armados, llevando largas lanzas. No eran más que tres; pero uno de ellos dijo en voz baja á Durward con marcado acento gascón, que debía reunírseles su guía más allá de Tours.

Observábase entretanto, que en la torre pasaban continuamente luces de una á otra ventana, cual si las damas que la habitaban se diesen prisa en sus preparativos de marcha. Vióse por fin abrirse una puertecita que comunicaba al patio desde el cuarto bajo de la torre, y salieron por ella tres mujeres acompañadas de un hombre embozado en larga capa. Colocáronse en los palafrenes que les tenían preparados; y el hombre que las acompañaba se adelantó

para dar el santo y hacer las señales necesarias á los vigilantes guardias que ocupaban los apostaderos por los cuales tuvieron que pasar sucesivamente. Llegaron por fin á la última de aquellas formidables barreras, donde hizo alto el hombre que les sirviera de guía y dijo en voz baja algunas palabras á las dos condesas con aire de oficioso apresuramiento.

—¡Protéjaos el cielo, señor!—respondió una voz que hizo estremecer el corazón de Durward,—y él os perdone si habéis tenido miras más interesadas de lo que expresan vuestras palabras!

El hombre á quien la señora hablara de esta suerte, murmuró una respuesta que no pudo oirse y volvió á entrar en el castillo, mientras Quintín, al resplandor de la luna, creyó reconocer en él al mismo rey, á quien el deseo de asegurarse bien de la partida de las damas había sin duda determinado á honrarla con su presencia, por temor de que alguna perplejidad por parte de ellas ó de los guardias del castillo no suscitase imprevistas dificultades.

Mientras la cabalgata estuvo en las inmediaciones del castillo, fué preciso que marchase con muchas precauciones para evitar las trampas, lazos y celadas que amenazaban la vida de aquellos que no las conocían. Pero el gascón parecía tener el hilo de Ariadna para guiarse en aquel laberinto; y al cabo de un cuarto de hora de marcha halláronse más allá de los límites de Plessis el Parque y á corta distancia de la ciudad de Tours.

La luna acababa de salir enteramente de entre las nubes que hasta entonces la ciñeran y ofuscaran, y derramaba un océano de amena luz sobre el paisaje no menos delicioso. Veían nuesros viajeros correr las majestuosas aguas del soberbio Loira por la más rica llanura de Francia, serpenteando entre orillas ornadas de torres y azoteas, de viñas y plantíos de moreras. Divisaron la ciudad de Tours, la antigua capital de la Turena, dominada por las torres que defendían sus puertas, y sus fortificados muros plateados por los rayos de la luna, en tanto que, del recinto que aquellos formaban, veíanse sobresalir las más elevadas fábricas de

aquel inmenso edificio gótico que la devoción del santo obispo Perpetuo erigiera en época tan remota como en el siglo quinto, y que el celo de Carlo Magno y de sus sucesores aumentara considerablemente, empleando harto soberbia arquitectura para convertirle en el más magnífico templo de toda la Francia. Las torres de la iglesia de San Graciano se descubrían tan claramente como el sombrío y formidable castillo que, según fama, sirviera en otro tiempo de residencia al emperador Valentiniano.

Por más que las circunstancias en que se hallaba el joven escocés fuesen tan á propósito para absorber sus ideas, acostumbrado, sin embargo, á los salvajes aunque pintorescos espectáculos de su patria, no pudo menos de admirar con entusiasmo una escena que el arte y la naturaleza parecían haberse complacido en enriquecer á porfía con todo el esplendor de sus recursos, y cuya magnificencia resaltaba más comparada con los áridos paisajes de Escocia. Distrájole de su contemplación la voz de la condesa Amelina, que excedía una octava por lo menos del melodioso sonido de aquella voz que regaló su oído al despedirse del rey Luis. Dijo que deseaba hablar con el jefe de la escolta, y entonces Quintín espoleando diestramente su caballo, presentóse á las dos damas en calidad de tal, después de lo que, la condesa Amelina le sometió al siguiente interrogatorio:

—¿Cuál es vuestro nombre y condición?

Durward la satisfizo sobre ambos puntos.

—¿Conocéis bien el camino?

Quintín no podía asegurarle que le conociese muy bien; pero díjole que había recibido instrucciones detalladas; que á la primera parada debía encontrar un guía capaz bajo todos conceptos de dirigir su marcha ulterior, y que, ínterin, hacía sus veces un jinete que acababa de reunírseles y que completaba su escolta.

—¿Y cómo os escogieron para tal servicio? Se me ha dicho que sois el mismo joven que estaba ayer de guardia en la galería donde encontramos á la princesa de Francia. Parecéis harto mozo y de poca experiencia para confiaros

semejante comisión. Por otra parte, no sois francés, pues habláis nuestra lengua con acento extranjero.

—Mi deber, señora, es ejecutar las órdenes del rey, y no discutir los motivos.

—¿Sois noble?

—Esto puedo asegurarlo en conciencia, señora.

—¿Y no sois vos—le preguntó la condesa Isabel, dirigiéndole á su vez la palabra, aunque con tímido acento,—el que vi con el rey en la posada de la «Flor de lis?»

Quintín respondió afirmativamente, bajando la voz, acaso por experimentar igual sentimiento de timidez.

—En este caso, querida tía—continuó la condesa,—juzgo que nada tenemos que temer hallándonos bajo la salvaguardia del señor: no tiene trazas de hombre á quien haya podido confiarse con prudencia la ejecución de un plan de traición y de crueldad contra dos mujeres indefensas.

—Juro por mi honor, señora—exclamó Durward,—por la gloria de mi familia, y por los restos de mis abuelos, que no quisiera por toda la Francia y la Escocia reunidas ser culpable de traición y de crueldad en lo que vos decís.

—Os explicáis noblemente, joven—dijo la condesa Amelina,—pero ya estamos acostumbradas á las azucaradas palabras del rey de Francia y de sus agentes. Así es cómo nos determinó á buscar un asilo en Francia, cuando hubiéramos podido con menos peligro que hoy hallarle en el palacio del obispo de Lieja, ó ponernos bajo la protección de Venceslao de Alemania, ó Eduardo de Inglaterra. ¿Y en qué han venido á parar los ofrecimientos del rey? En ocultarnos indigna y vergonzosamente como géneros de ilícito comercio, bajo nombres plebeyos, en una miserable hostería; cuando tú sabes, Marta—añadió volviéndose á la doncella,—que nunca nos entregamos á las tareas del tocador sino bajo dosel y sobre tablado de tres gradas. Aquí nos veíamos obligadas á vestirnos en tierra llana como si fuésemos dos lecheras.

Marta convino en que su ama decía harto triste verdad.

—Gustara yo que no tuviésemos más motivos de queja

que este, querida tía—dijo Isabel:—de buena gana lo pasara sin todo ese aparato de grandeza.

—Pero no de sociedad, sobrina mía; esto es imposible.

—De todo, querida tía—respondió Isabel con una voz que penetró hasta el corazón de su joven conductor,—sí, de todo absolutamente, como hubiese encontrado honroso y seguro asilo. No deseo, y bien sabe Dios que no he deseado nunca ocasionar una guerra entre la Francia y Borgoña, mi patria. Sentiría en extremo que por mi causa perdiese un solo hombre la vida. Yo no pedía otra cosa que el permiso de retirarme al convento de Noirmontiers ó á algún otro santo monasterio.

—Hablas como una loca, sobrinita mía, y no como corresponde á la hija de mi noble hermano. Es una felicidad que exista todavía quien conserve algún resto de la arrogancia de la ilustre familia de Croye. ¿Cómo se distinguiría una dama de elevada alcurnia, de una lechera tostada por el sol, sino porque se rompen lanzas por la una y varas de avellano por la otra? Dígote, niña, que cuando me hallaba yo en la flor de la juventud, como que tenía tan pocos años como tú ahora, sostúvose en honor mío el famoso torneo de Haflinghem. Eran cuatro los mantenedores y llegaron hasta doce los aventureros; costó la vida á dos caballeros, y hubo un espinazo, un omoplato, tres piernas y dos brazos rotos, y esto sin mencionar las heridas y contusiones, que fueron tantas que no pudieron contarlas los heraldos. Así es como siempre fueron honradas las damas de nuestra familia. ¡Ah! con que sólo tuvieses la mitad del valor de tus abuelas, no dejarías de hallar medio en alguna corte, donde todavía se honrasen el amor y las proezas, para que se celebrara un torneo de que fuese tu mano el premio, como la de tu bisabuela, de feliz memoria, lo fué de la célebre justa de Estrasburgo; y te asegurarías de esta suerte la mejor lanza de Europa para defender los derechos de la casa de Croye contra la opresión del duque de Borgoña y la política de Francia.

—Pero, querida tía, mi ancianita ama de leche solía decirme que á pesar de haber sido el «Ringrave» la mejor

lanza de la famosa justa de Estrasburgo, y obtenido por ello la mano de mi respetable bisabuela, de feliz memoria, no fué este matrimonio muy dichoso, porque solía reprenderla muy á menudo, y aun sacudirla algunas veces.

—¿Y por qué no?—exclamó Amelina en medio de su entusiasmo novelesco por la caballería.—¿Por qué aquellos brazos victoriosos, acostumbrados á dar de punta y corte en campo abierto, debían refrenar en el hogar doméstico su energía? En cuanto á mí, preferiría que me apalease dos veces al día un marido cuyo brazo fuese tan temible para los demás como para mí misma, á ser la esposa de un cobarde que no se atreviese á cargar la mano ni en su mujer ni en otro ninguno.

—Buen provecho os haga, querida tía, tan turbulento esposo, y no creo que llegue el caso de que yo os lo envidie; pues si puede tolerarse la idea de algún miembro roto en un torneo, no sucede lo propio en el estrado de una dama.

—Pero por más cierto que sea que nuestro antepasado, de gloriosa memoria, el Ringrave Gottfried tuviese algo fuerte el genio y fuese aficionado con algún exceso al vino del Rhin, no por esto debe sacarse en consecuencia que no pueda celebrarse matrimonio con un caballero distinguido sin que medien solfeados de esta clase. El buen caballero es un corderito con las damas y un león en el palenque con sus antagonistas. Hubo un Teobaldo de Montigni, ¡Dios le tenga en gloria! que era el hombre más pacífico del mundo, y tenía por tal grosería el levantar la mano contra una mujer, que venciendo como vencía, en campo abierto, todos los enemigos que se le presentaban, dejábase apalear en su casa por una hermosa enemiga. Ahora bien, culpa fué suya: era uno de los mantenedores del torneo de Haflinghem, y mostró tal brillo y gallardía, que á ser tal la voluntad del cielo y de vuestro abuelo, hubiérase encontrado acaso una señora de Montigni que correspondiese mejor á su bondadoso carácter.

La condesa Isabel, que tenía algún motivo para temer el ponderado torneo de Haflinghem, por ser un punto de que

hablaba su tía en todas ocasiones con mucha difusión, procuró dar á la conversación otro giro; y Quintín, á fuer de joven bien educado, temiendo ser demás su presencia, dió un espolazo al caballo y fué á reunirse con el guía, como para hacerle algunas preguntas acerca del camino.

Entretanto las dos damas continuaron el viaje en silencio, ó hablaron de cosas que por su nimiedad hacemos gracia de ellas á nuestros lectores. El día empezó por fin á rayar, y como discurrieran algunas horas desde su partida, temiendo ya Durward que estarían rendidas de fatiga, mostró gran impaciencia para llegar á la primera parada.

—Dentro de media hora la descubriremos—dijo el guía.

—¿Y entonces nos dejaréis á la dirección de otro?—preguntó Quintín.

—Sí, señor; mis viajes son siempre cortos y en línea recta. Cuando vos y muchos otros, señor arquero, describís una curva en forma de arco, yo sigo siempre la cuerda.

La luna abandonara el horizonte buen rato hacía; pero la luz de la aurora principiaba á resplandecer con vivo fulgor en el Oriente y reflejábase en el cristal de un pequeño lago, cuyas márgenes empezaron á seguir los viajeros pocos momentos antes. Extendíase este lago en medio de una vasta llanura, donde crecían árboles aislados, algunos bosquecillos de arbustos, y una porción de zarzales; pero harto descubierta para que permitiera distinguir ya los objetos con bastante precisión. Quintín echó una ojeada al individuo junto al cual se hallaba, y por entre la sombra de un sombrero de anchas alas, que parecía un chambergo español, reconoció las burlescas facciones de aquel mismo Andresillo, cuyos dedos, de acuerdo con los de su lúgubre cofrade Tres-Escalas, desplegaran poco tiempo antes tan desagradable actividad por los contornos de su cuello.

Como el verdugo es mirado en Escocia con un horror que casi raya en superstición, Quintín, cediendo á maquinal movimiento, no destituído en un todo de temor, que el recuerdo de la aventura que le pusiera á dos dedos de la muerte no contribuía á disminuir, volvió á la derecha su caballo, y picándole al mismo tiempo con la espuela, le

hizo dar una media vuelta que le puso á siete ú ocho pies de distancia de su odioso compañero.

—¡Hola! ¡hola!—exclamó Andresillo;—por Nuestra Señora de la Grève, que el joven no nos olvidó, á lo que parece. Bien, camarada, espero que no por esto me guardáis rencor. Cada cual se gana la vida como puede. Nadie tiene que avergonzarse de haber pasado por mis manos; pues cuelgo de un árbol un fruto vivo con tanta limpieza como lo permite el oficio, y Dios me hizo de más á más la gracia de darme un genio de los más festivos y alegres. ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... podría citaros pasos tan chistosos ejecutados en el centro de la escalera, que me vi obligado á apresurar la maniobra para que mis parientes no se muriesen de risa, lo que hubiera sido un atentado contra mi ministerio.

Al terminar estas palabras avanzó algunos pasos para salvar la distancia que había puesto entre ellos el escocés, y díjole al mismo tiempo:

—Vamos, señor arquero, fuera fanfurriñas, pues en cuanto á mí, cumplo siempre mi deber alegremente y sin rencor; y nunca aprecio tanto á un hombre como cuando le pongo mi cordón al cuello, para crearle caballero de la Orden de San Patíbulo, nombre que el digno preboste «Llévete el diablo» suele dar al santo patrón de la guardia prebostal.

—Retírate, miserable—dijo Quintín al ejecutor de las sentencias de la ley, viendo que intentaba acercarse;—retírate, digo, ó me pondrás en el apuro de enseñarte el intervalo que separa á un hombre de honor de la hez más despreciable de la sociedad.

—¡Hola! ¡hola!—dijo Andresillo.—¡Qué viveza es la vuestra!... Si hubieseis dicho un hombre de bien, vaya con Dios, podría haber en esto algo de verdad; pero en cuanto á los hombres de honor, tengo todos los días que rozarme con ellos tan intensamente, como estuve á pique de practicarlo con vos mismo; pero quedad con Dios: ya me voy, pues así lo queréis. Os hubiera regalado un frasco de vino de Auvernia para anegar la memoria de todo rencor-

cillo; pero ya que vos despreciáis mi atención, echad todo el hocico que podáis. Yo nunca riño con mis parroquianos, mis lindos danzarines, mis compañeros de juego, mis camaraditas, como Jaime el Carnicero suele llamar á sus corderos; en una palabra, con aquellos que, como su merced, llevan escrita en su frente con grandes caracteres la palabra «cuerda.» No, no; que me traten como quieran, no por esto me hallarán menos dispuesto á servirles cuando llegue la ocasión: y vos mismo veréis, cuando volváis á caer en mis manos, que Andresillo es hombre que sabe perdonar un agravio.

Dicho esto, resumiéndolo todo con guiñar los ojos de una manera provocativa, y haciendo con la boca aquel ruído con que se excita á un caballo perezoso, tomó por el otro lado del camino y dejó á Durward digerir sus sarcasmos del mejor modo que le permitiera su orgullo escocés. Sintió Quintín violentas tentaciones de solfearle las costillas con el cuento de su lanza hasta romperla; pero reprimió su enojo, pensando que de una contienda con semejante hombre no podría resultarle lauro alguno en ningún tiempo y lugar, y aun en esta ocasión se reputaría por un delito que podría tener las más fatales consecuencias. Devoró, pues, su rabia, sin contestar una palabra á las imprudentes chanzas del señor Andresillo, contentándose con desear de todo su corazón que no hubiesen llegado á los oídos de las damas que escoltaba, en cuyo espíritu hubieran hecho una impresión poco ventajosa para él, si le consideraran merecedor de tales sarcasmos.

No tuvo lugar de entregarse por mucho rato á estas reflexiones, pues fueron interrumpidas por agudos gritos que profirieron las damas á un mismo tiempo:

—¡Ved, ved lo que pasa detrás de nosotras! Por amor del cielo defendeos y defendednos. ¡Somos perseguidas!

Quintín volvió inmediatamente la cabeza, y vió que, en efecto, dos caballeros armados parecían perseguirles; y con el paso que llevaban sus corceles iban á alcanzarles muy pronto.

—Serán—dijo—algunos soldados de la guardia del gran

Preboste que harán la ronda en el bosque. Adelántate tú—continuó dirigiéndose á Andresillo,—y mira si los conoces.

Andresillo obedeció; y después de haber hecho su reconocimiento, respondió inclinándose ante él con cierta ironía:

—Esos caballeros, mi digno señor, no son camaradas vuestros ni míos: quiero decir, que no pertenecen ni á la guardia del rey ni á la prebostal, pues me parece que llevan casco con visera calada y golas; ¡malditas sean las golas! Es la pieza que más me disgusta de la armadura: algunas veces he consumido más de una hora antes de poder separarla.

—¡Nobles señoras!—dijo Durward sin prestar atención á las palabras de Andresillo,—pasad adelante, no tan aprisa, que tenga ello trazas de fuga, pero lo suficiente para aprovecharse del obstáculo que voy á poner á la marcha de esos dos caballeros que nos siguen.

La condesa Isabel dirigió una mirada á Quintín y dijo al oído algunas palabras á su tía, quien habló al joven en estos términos:

—Hemos puesto en vos toda nuestra confianza, señor arquero, y preferimos correr cualquier peligro en vuestra compañía á adelantarnos con ese hombre, cuya fisonomía no nos parece de buen agüero.

—Como gustéis, señoras—respondió el joven escocés,—finalmente no son más que dos, y por más caballeros que sean, según parece indicar su armadura, experimentarán, si llevan alguna mala intención, cómo sabe un escocés cumplir con su deber en presencia y defensa de personas de vuestro mérito y clase. ¿Quién de vosoros—continuó dirigiéndose á los tres hombres que mandaba—quiere ser mi compañero para romper una lanza con esos dos caballeros?

Dos de ellos dieron muestras de poca resolución; pero el tercero, Beltrán Guyot, juró que «aun cuando fuesen caballeros de la Tabla Redonda del rey Arturo, por vida del cancerbero, se batiría con ellos por el honor de la Gascuña.»

Mientras así hablaban, los dos caballeros, pues no parecían de inferior condición, llegaron á retaguardia de la pe-

queña comitiva, compuesta de Quintín y del alentado gascón: era su armadura de brillante acero, pero no llevaban divisa alguna que les diese á conocer.

Uno de ellos, acercándose, gritó á Quintín:

—Retiráos, señor escudero; venimos á relevaros de un puesto superior á vuestra condición y clase. Haréis muy bien en abandonar esas señoras á nuestros cuidados; y les tendrá á ellas más cuenta, pues con vos van poco menos que prisioneras.

— Para contestar á vuestra solicitud, señores — respondió Durward,—empezaré diciendo que cumplo con un deber que me ha sido impuesto por mi soberano actual; y después, que por más indigno que sea de semejante honor, estas señoras desean continuar bajo mi protección.

—¡Cómo, bribón!...—exclamó uno de los dos campeones. —¿Te atreverías, mendigo vagabundo, á poner alguna resistencia á la voluntad de dos caballeros?

— ¡Resistencia!... Habéis acertado el término — respondió Quintín,—pues mi intento es resistir á vuestro insolente é ilegal ataque; y si existe entre nosotros alguna diferencia en la clase, lo que falta averiguar todavía, vuestra desatenta conducta la hace desaparecer. Sacad, pues, vuestra espada; ó si intentáis serviros de la lanza, preparáos y tomad campo.

Los dos caballeros dieron media vuelta y se colocaron á la distancia de unos doscientos pasos. Quintín, echando una mirada á las condesas, inclinó su cuerpo sobre la silla como para suplicarles que le favoreciesen en sus votos; y mientras ellas agitaban los pañuelos para darle ánimo, los otros dos campeones habían llegado á la distancia oportuna para cargar.

Recomendando al gascón que se portase como valiente, dió Durward el galope á su caballo, y encontráronse los cuatro jinetes en el centro del terreno que los separaba. El choque fué fatal para el pobre gascón, pues su adversario, habiéndole dirigido el arma al rostro, que no estaba guarecido con la visera, introdújole por un ojo la punta de



La lanza de Quintín tocó en el pecho de su antagonista



la lanza, que penetró hasta el cerebro, dejándole muerto en el acto.

De otra parte, Quintín, que peleaba con la misma desigualdad, y á quien atacó su enemigo por el mismo estilo, hizo un movimiento tan á propósito en la silla, que la lanza de su adversario pasó por encima de su hombro derecho, tocándole superficialmente la mejilla, mientras que la suya, hiriendo á su enemigo en el pecho, le derribó del caballo. Quintín echó pie á tierra para quitar el casco á su contrario tendido en el suelo; pero el otro caballero, que no había hablado todavía, viendo la desdichada suerte de su compañero, apeóse con mayor ligereza que el joven escocés, y colocándose delante de su amigo, que se hallaba privado de todo sentido:

—Joven—exclamó,—¡en nombre de Dios y de San Martín, monta otra vez á caballo y sigue escoltando á esas señoras! ¡Fuego de Dios! ¡Harto daño han causado ya esta mañana!

—Con vuestro permiso, caballero—respondió Quintín que no quería ceder al modo altivo con que acababa de dársele este consejo,—yo averiguaré primero quién era mi competidor, y después quién debe responderme de la muerte de mi camarada.

—No vivirás el tiempo necesario para saberlo ni para decirlo—replicó el caballero,—te lo repito, retírate un paso. Si hemos sido bastante locos para interrumpir tu viaje, harto caro nos cuesta, pues el mal que has hecho no podrías repararlo con tu vida y la de tus compañeros... ¡Ah!—exclamó viendo que Quintín había sacado su espada y se adelantaba hacia él,—pues que te empeñas, vamos allá. Pára este tajo.

Al mismo tiempo descargó en la cabeza del joven escocés tan furioso golpe, que Quintín, aunque nacido en un país donde se aprietan bien los puños, no había visto otro igual sino en las novelas. Bajó con la fuerza y rapidez del rayo, desbarató la guarnición de la espada que Durward había levantado para resistirle, y hendió su casco hasta tocarle el cabello, pero no pasó más adelante. El joven guar-

día aturdido por la violencia del golpe, tuvo que doblar una rodilla, y estuvo un momento á la merced de su adversario, que bien hubiera podido repetirlo; pero sea por compasión á su juventud, sea por admiración de su valor, sea, en fin, por un rasgo de generosidad que no le permitía atropellar á un enemigo indefenso, el caballero no quiso aprovecharse de esa ventaja. Entretanto Quintín, volviendo en sí, levantóse diestramente, y atacó á su antagonista con la energía de un hombre determinado á vencer ó morir, y con la serenidad necesaria para hacer uso de todos sus recursos. Resuelto á no exponerse otra vez á golpes tan terribles como el que acababa de sufrir, prevalióse de la ventaja de una agilidad superior, que aumentaba todavía el poco peso relativo de su armadura para hostigar á su enemigo, atacándole por todos lados con tan rápidos é inesperados movimientos, que agobiado éste por la pesadez de sus armas, halló gran dificultad en defenderse sin agotar todas sus fuerzas.

En vano aquel generoso antagonista gritó á Quintín que no había ya motivo alguno para batirse y que sentiría mucho verse obligado á herirle. Durward, que sólo anhelaba lavar el oprobio de su primera derrota, continuó sus acometida con la vivacidad del relámpago, amenazándole ya con el corte, ya con la punta de su espada, y teniendo siempre fija la vista en los movimientos de su adversario, que le diera ya tan terrible muestra de la fuerza superior de su brazo; de suerte que estaba constantemente dispuesto á dar un brinco atrás ó de lado á cada golpe que le aplicaba el arma tremenda de su enemigo.

—Preciso es que el diablo haya radicado en este joven loco la presunción y terquedad—murmuró el caballero...—¿Con que no estarás contento hasta que recibas un buen tajo en la cabeza?...

Variando entonces su modo de combatir, mantúvose á la defensiva, contentándose con parar los golpes que Quintín no cesaba de dirigirle, sin dar muestras de querer volvérselos, pero acechando el momento en que la fatiga, un paso falso ó un instante de distracción del joven guerrero le su-

ministrarían una ocasión para terminar el combate de un solo golpe. Probablemente esta astuta política le hubiera salido bien; pero el destino lo había dispuesto de otro modo.

Estaban todavía batallando con igual ardor, cuando una partida bastante crecida de caballería llegó á todo galope gritando: «¡Detenéos en nombre del Rey!» Los dos campeones retrocedieron desde luego, y Quintín vió con sorpresa que su capitán lord Crawford se hallaba á la cabeza del destacamento que acababa de interrumpir el combate. Conoció también á Tristán el Ermitaño, con dos ó tres de los suyos. Contaríanse entre todos como veinte hombres.

CAPITULO XV

El guía

> Díjome que había nacido en Egipto y descendía de aquellos temibles magos, que empeñaron obstinada lucha con Israel y su profeta, cuando los israelitas moraban en Gessén, haciendo competir sus varas con las de los hijos de Leví, y oponiendo sus encantamientos y hechicerías á los milagros de Jehovah; hasta que descendió sobre Egipto el Angel exterminador, y aquellos orgullosos sabios tuvieron que llorar por sus primogénitos, como por los suyos lloraron los ignorantes campesinos.
>
> «Anónimo».

La llegada de lord Crawford con su destacamento terminó de improviso el combate que describimos en el capítulo antecedente; y levantando la visera de su casco, el caballero entregó presuroso su espada al viejo lord, diciéndole:

—Crawford, me rindo; pero escucha una palabra al oído. Por amor de Dios, salvad al duque de Orleans.

—¡Cómo!... ¿qué decís?... ¡el duque de Orleans!...—exclamó el comandante de la Guardia escocesa.—¿Cómo ha sido eso? Fuerza es que el diablo ande aquí... Esto va á perderle para siempre en la opinión del rey.

—Nada me preguntes—respondió Dunois, pues este era el personaje con quien peleara Quintín:—yo solo soy el culpable, yo únicamente. Vedle que da alguna señal de vida. Todo mi objeto se reducía á apoderarme de la condesita, y asegurarme su mano y sus posesiones. Mirad cuál ha sido el resultado. Haced alejar vuestra gente, para que nadie pueda conocerle.

Diciendo esto, alzó la visera al duque de Orleans, y echóle en la cara agua del lago que se hallaba á dos pasos.

Durward, para quien se sucedían las aventuras con tal rapidez, no podía volver en sí de su admiración. El pálido rostro de su primer antagonista le aseguraba que había derribado al primer príncipe de la sangre real de Francia; y la persona con quien acababa de medir su acero, era nada menos que el célebre Dunois, el mejor campeón del reino. He aquí dos acciones honoríficas en sí mismas; pero, ¿cómo las tomaría el rey? Esto era lo que no se atrevía á decidir.

El duque había recobrado el conocimiento y bastantes fuerzas para poderse sentar, y escuchaba con atención todo lo que pasaba entre Dunois y Crawford, sosteniendo el primero con calor que para nada debía nombrarse en este asunto al duque de Orleans, pues él estaba pronto á cargar con toda la responsabilidad, y á asegurar que el duque sólo le había seguido por amistosa condescendencia. Escuchábale lord Crawford con la vista fija en el suelo, suspirando y moviendo la cabeza de vez en cuando.

—Ya sabes, Dunois—le dijo por fin mirándole,—que tanto por las relaciones que tuve con tu padre como contigo mismo, desearía de todas veras poderte servir...

—Nada pido por mí—respondió Dunois,—ya te rendí mi espada, soy tu prisionero. ¿Qué más queréis? Por quien me intereso yo es por ese noble príncipe, la única esperanza de Francia, si Dios se sirviera disponer del delfín. Sólo á mis ruegos ha venido aquí para contribuir á mi fortuna: el rey mismo me había en cierto modo estimulado á ello.

—Noble Crawford—dijo el duque de Orleans que recobrara entonces el uso de la palabra,—vuestro carácter se parece demasiado al de vuestro amigo Dunois, para no pensar de él lo que corresponde. Por el contrario, yo soy quien le traje aquí contra su voluntad para una loca empresa concebida sin reflexión y ejecutada con temeridad. Miradme todos—añadió levantándose y volviéndose á los soldados:—yo soy Luis de Orleans, pronto á sufrir el castigo de mi falta de juicio. Espero que el disgusto del rey sólo caerá sobre mí, como es muy justo. Sin embargo, como un príncipe de la familia real no debe rendir sus armas á

nadie... ni á vos tampoco, valiente Crawford... ¡Adiós, excelente hoja de mi espada!...

Al decir esto, desenvainó su acero y lo arrojó al lago. La espada trazó en el aire un surco luminoso como un relámpago, y se hundió en el agua, que se abrió ruidosa para recibirla volviendo á cerrarse en seguida. Los espectadores de esta escena estaban sumergidos en la perplejidad y la irresolución: tan elevada era la clase del culpable, tanto se apreciaba su carácter; al paso que atendidas las miras del rey con referencia á él, las consecuencias de su temeridad ocasionarían probablemente su ruína.

Dunois fué quien tomó el primero la palabra y lo hizo con el tono de disgusto de un hombre ofendido, de un amigo agraviado por la poca confianza que en él se tiene.

—¿Así pues, vuestra alteza juzga á propósito perder en una mañana la gracia del rey, echar al agua su mejor espada y despreciar la amistad de Dunois?

—¡Querido primo!—respondió el duque,—¿cómo puedes creer que desprecio tu amistad, cuando estoy hablando según exigen tu seguridad y mi honor, sin apartarme de la verdad?

—¿Y quién os mete á vos con mi seguridad, príncipe mío?—contestó Dunois resueltamente:—esto es lo que yo quisiera saber. ¿Qué os importa á vos ¡vive el cielo! si yo tengo ganas de hacerme apretar el gaznate en horca ó garrote, de que me arrojen al Loira, me cosan á puñaladas, me rompan los huesos en la rueda, me encierren en una jaula de hierro, me sepulten vivo en el foso de un castillo ó me traten del modo que sea del agrado de Su Majestad el rey Luis para desembarazarse de su leal vasallo? No, no tenéis necesidad de pestañear y de guiñar los ojos para indicarme á Tristán el Ermitaño: veo al bribón tan bien como vos, pero no creo que me haya hecho digno de tanto rigor. Lo dicho basta por lo que respecta á mi seguridad. En cuanto á vuestro honor, que es la segunda parte, por el rubor de Santa Magdalena, yo creo que el honor hubiera consistido en dejar á un lado la empresa de esta mañana, ó á lo menos no haber tomado parte en ella.

He aquí á vuestra alteza vencido por un joven escocés, un recluta, apenas entrado en el servicio.

—¡Vaya, vaya!—exclamó lord Crawford,—no hay que avergonzarse de esto; no es la primera vez que un escocés ha hecho una buena suerte: celebro que se haya portado como corresponde.

—No digo lo contrario—replicó Dunois;—sin embargo, si hubieseis tardado algunos minutos más, acaso hubiera habido una vacante en vuestra compañía de arqueros.

—Sí, sí—dijo lord Crawford;—ya conozco vuestra rúbrica en ese casco hendido. Quitádselo al valiente joven, y dadle una de nuestras gorras forradas de acero: ésta le cubrirá mejor el cráneo que esa bacía rota. Pero permítame su señoría que le diga que su fuerte armadura no deja también de tener algunos rasgos de rúbrica escocesa. Ahora bien, Dunois, debo suplicaros, lo propio que al duque de Orleans, que montéis á caballo y sigáis mis pasos; pues, según mis órdenes é instrucciones, debo conduciros á una mansión muy distinta de la que quisiera poderos señalar.

—¿No puedo hablar una palabra á esas hermosas damas, lord Crawford?—preguntó el duque de Orleans.

—Ni una sílaba—respondió Crawford.—Aprecio demasiado á vuestra alteza para permitirle semejante imprudencia... Joven—añadió volviéndose á Quintín,—cumplisteis con vuestro deber; partid y desempeñad la comisión que se os ha confiado.

—Con vuestro permiso, milord—dijo Tristán con su aire brutal acostumbrado,—será preciso que se procure otro guía. No puedo pasarme de Andresillo en una ocasión en que probablemente no le faltará que trabajar.

—No tiene más que seguir el camino de enfrente—dijo Andresillo adelantándose,—y le conducirá al lugar donde debe encontrar al guía. No quisiera por mil ducados alejarme de mi jefe en el día de hoy. Me glorio de haber ahorcado escuderos y caballeros, regidores muy ricos, burgomaestres; hasta condes y marqueses han pasado por estas manos, pero... ¡hum!...—Echó una mirada al duque, como para in-

dicar que debía llenarse el lugar que ocupan los puntos con estas palabras: «¡Un príncipe de la sangre!» Y añadió:—¡Oh! ¡oh! Andresillo, mucho se hablará de ti en la crónica.

—¿Cómo permitís que esos bribones hablen tan insolentemente en presencia de un individuo de la familia real?—preguntó Crawford á Tristán mirándole con enojo.

—¿Por qué no le castigáis vos mismo, milord?—respondió Tristán con aspereza.

—Porque no hay aquí otra mano que la suya que pueda tocarle sin degradarse—replicó lord Crawford.

—En este caso, milord, cuidad de vuestros soldados, y yo responderé de los míos.

Lord Crawford parecía prepararse á contestarle con enojo y resentimiento; pero como si lo hubiera reflexionado mejor, volvióle las espaldas y dirigiéndose al duque de Orleans y á Dunois, que habían montado á caballo, indicóles que se colocasen á su lado. Despidióse luego con la mano de las dos damas, y dijo á Quintín:

—¡Protéjate el cielo, hijo mío!... Has empezado tu carrera con valor, aunque peleando con una mala causa.

Cuando se ponía en marcha, Durward oyó que Dunois le preguntaba á media voz:

—¿Nos conducís á Plessis?

—¡No, desgraciado é impetuoso amigo!—respondió suspirando lord Crawford.—Vamos á Loches.

¡Loches!... El nombre de un castillo, ó mejor dicho prisión, todavía más temido que el de Plessis, resonó en el oído del joven escocés como el tañido de la campana que anuncia la muerte. Oyera hablar de Loches como de un lugar destinado á actos secretos de crueldad con que el mismo Luis se avergonzaba de manchar el interior del castillo que habitaba. Había en aquel sitio de terror calabozos dentro de calabozos, algunos de los cuales eran desconocidos á los mismos carceleros; sepulturas de vivos, donde los infelices que bajaban á ellas no podían contar con más alimento que pan y agua y un aire infecto: no faltaban tampoco en este formidable castillo aquellas horribles prisiones llamadas «jaulas,» donde el desgraciado preso no podía te-

nerse en pie ni tenderse para descansar, invención que se atribuía á La Balue. No debe, pues, causar admiración si el nombre de aquella horrorosa morada, y la certidumbre de que él mismo contribuyera á llevar allí dos víctimas ilustres, llenaran de tal tristeza el corazón del mancebo, que anduvo largo rato cabizbajo, fijos los ojos en el suelo, y llena su imaginación de las más lúgubres ideas.

Cuando iba á ponerse á la cabeza de la pequeña escolta, siguiendo el camino que se le había indicado, la condesa Amelina halló ocasión para decirle:

—¿Parece, caballero, que estáis afligido por la victoria que conseguisteis en nuestra defensa?

Esta pregunta se le hizo en un tono que rayaba en ironía; pero Quintín tuvo bastante tino para responder franca y sencillamente:

—¿Cómo puedo yo afligirme por todo lo que tiende á servir á tan ilustres damas? Pero á no mediar el compromiso de vuestra seguridad, más bien hubiera querido sucumbir á los golpes de un militar como Dunois, que contribuir á enviar á ese insigne caballero y á su desgraciado pariente, el duque de Orleans, á los terribles calabozos de Loches.

—¡Con que era el duque de Orleans!—exclamó la condesa mayor volviéndose á su sobrina:—ya me lo parecía, á pesar de hallarnos tan distantes del campo de batalla. ¿Ves, sobrinita mía, lo que sucediera probablemente si ese monarca cauteloso y avaro nos hubiera permitido presentarnos en su corte? ¡El primer príncipe de la sangre y el valiente Dunois, cuyo nombre es tan conocido como el de su heróico padre!... Este joven ha cumplido bravamente con su deber; pero casi es lástima que no haya sucumbido con honor, pues su indiscreto ardimiento nos ha privado de tan ilustres libertadores.

La condesa Isabel respondió á esto con firmeza y desagrado, y con una energía que Durward no le notara hasta entonces:

—Señora—dijo á su tía,—á no creer que os chanceáis, diría que esto es falta de gratitud hacia nuestro esforzado

defensor, á quien debemos tal vez más de lo que podéis imaginar. Si esos caballeros hubiesen conseguido su temeraria empresa, hasta poner á nuestra escolta fuera de combate, ¿no es evidente que á la llegada de los guardias del rey hubiéramos participado de su cautiverio? En cuanto á mí, deploro la desgracia del soldado que perdió la vida defendiéndonos y mandaré en breve celebrar misas por el descanso de su alma. Por lo que hace al joven victorioso —añadió con tono de mayor timidez,—suplícole que admita gustoso las más sinceras gracias que mi corazón reconocido le tributa.

Al volverse Quintín hacia ella para expresarle una parte de los sentimientos que experimentaba, notó la condesita que una de sus mejillas estaba cubierta de sangre, y exclamó con tono de profunda sensibilidad:

—¡Virgen Santísima!... ¡está herido!... ¡su sangre corre!... Apeáos pronto; es indispensable vendaros la herida.

A despecho de cuanto pudo decir Durward acerca de lo leve de su herida, preciso le fué echar pie á tierra, sentarse en un otero de césped y quitarse el gorro; las señoras de Croye, que á tenor de una costumbre antigua cuya moda no se perdiera aún enteramente, pretendían tener algunas nociones del arte de curar, lavaron su herida, restañaron la sangre, y la vendaron con el pañuelo de la condesa Isabel, á fin de impedir la acción del aire, precaución que juzgaron indispensable.

En nuestros tiempos es rarísimo, y casi extraño, que un galán reciba una herida á causa del amor de su dama; y la dama, por su parte, no se toma nunca el trabajo de curarla. Así cada uno de los dos corre un peligro menos. El que evitan los hombres no necesita mentarse; pero el que trae consigo la curación de una herida tan ligera como la de Quintín, herida que nada presentara de imponente ni peligroso, era casi tan efectivo en su género como el del paciente al recibirlo.

Dijimos ya que Quintín tenía la más bella fisonomía. Cuando se hubo quitado el yelmo, ó por mejor decir el casco, los rizos de sus hermosos cabellos cayeron profusa-

mente sobre su rostro, formando, por decirlo así, un marco á sus interesantes facciones, en que la jovialidad de la juventud estaba sumamente modificada por un encarnado que produjeran la modestia y el placer. Y cuando la condesita se vió obligada á tener la mano sobre el pañuelo aplicado á la herida, mientras que su tía buscaba algún vulnerario en su equipaje, experimentó un no sé qué entre turbación y delicadeza, un movimiento de compasión para el herido, un sentimiento más vivo de gratitud á sus servicios; y todo esto no hizo más que aumentar á sus ojos el mérito de las agradables facciones del joven guerrero. En una palabra, parecía que el destino proporcionara este incidente para completar las relaciones misteriosas establecidas por minuciosas y accidentales circunstancias entre dos personas que, si bien muy diferentes en clase y fortuna, eran muy parecidas sin embargo por la juventud, buena figura y disposiciones de un corazón naturalmente abierto á novelesco cariño.

No debe, pues, admirarnos que desde este momento la idea de la condesa Isabel, ya tan familiar á la imaginación de Quintín, llenase enteramente su corazón; y que ella misma, aunque tuviesen sus sentimientos menos decidido carácter, pensase cada vez más en su joven defensor, á quien acababa de manifestar mayor interés que á ninguno de los caballeros de la primera nobleza, que dos años había le estaban prodigando sus adoraciones. Sobre todo, cuando pensaba en Campo-Basso, el indigno favorito del duque Carlos, con su hipócrita semblante, bajo y pérfido carácter, torcido cuello y mirar atravesado, parecíale su rostro más disforme y repugnante que nunca, y juraba interiormente que ninguna tiranía sería capaz de obligarla á contraer una unión tan odiosa.

Por otro lado, sea que la condesa Amelina gustase de buenos mozos y admirase la gallardía de un joven como cuando tenía quince años menos (porque la buena señora contaba á lo menos sus treinta y cinco, si no mienten las memorias de esta ilustre familia,) sea que la remordiese la

conciencia por no haber tratado á su defensor con toda la atención que merecía por el punto de vista conforme el cual había considerado sus servicios, lo cierto es que empezó á mirarle con mejores ojos.

—Mi sobrina os ha dado un pañuelo para vendar vuestra herida; yo os daré otro para premiar vuestro valor y excitaros á seguir adelante en el camino de la caballería.

Diciendo esto, le presentó un pañuelo ricamente bordado de plata y sedas azules, é indicándole la cubierta de su silla de montar y las plumas que llevaba ella en su sombrero, hízole notar que eran los mismos los colores.

La costumbre de aquel tiempo prescribía imperiosamente el modo de recibir semejante favor, y Quintín se conformó á ella, atándose el pañuelo al brazo. Sin embargo, cumplió con este deber de gratitud con menos galantería de la que empleara acaso en cualquiera otra ocasión y en presencia de otras personas; pues, aunque en realidad la acción de sacar así á la vista el regalo de una dama, sólo se considerase en general como un mero cumplimiento, hubiera evidentemente preferido ostentar en su brazo el que servía de venda á la herida que le hizo Dunois.

Siguieron su camino, marchando Quintín al lado de las dos damas, que parecían haberle tácitamente admitido en su sociedad. Sin embargo, no habló mucho, lleno como estaba su corazón de aquel sentimiento íntimo de felicidad que excita á callar por temor de hacerle público. La condesa Isabel habló menos todavía, de suerte que todo el honor de la conversación quedó para la tía, que parecía estar empeñada en sostenerla; pues para iniciar á Durward, según ella dijo, en los principios y práctica de la caballería, hízole circunstanciado relato, sin omitir el menor requisito, de todo lo que sucedió en el torneo de Haflinghem, donde ella misma había distrubuído los premios á los vencedores.

Tomando muy poco interés, siento tenerlo que decir, en la descripción de aquella espléndida escena y en la de los escudos de armas de los diversos caballeros flamencos y alemanes que campearan en ella, cuyos blasones explicaba

en detalle la condesa Amelina con escrupulosa exactitud, empezó á recelar Quintín que tal vez había pasado el punto donde debía encontrar al guía, accidente muy grave, y que, siendo cierto, podía tener las más fatales consecuencias.

Mientras que estaba dudando si mandaría volver atrás á uno de los hombres de su comitiva para asegurarse del hecho, oyó tocar una corneta de monte, y dirigiendo la vista hacia la parte de donde venía el sonido, vió que un jinete corría á todo escape hacia ellos. El poco cuerpo, larga crín y trazas de arisco, casi de indómito del animal que montaba, recordaron á Durward la raza de caballitos de su país; pero éste era más bien formado, y al paso que daba muestras de poder resistir la fatiga como ellos, notábase más rapidez en sus movimientos. La cabeza en especial, que en los caballos de Escocia suele ser grande y mal conformada, era pequeña y airosa y favorecía mucho al animal, que era por otra parte bien cerrado de boca, de ojos centelleantes, y de abierta y no fatigada respiración.

La figura del jinete era todavía más singular que la de su caballo, aunque éste se pareciese muy poco á los corceles franceses. Tenía apoyados los pies en unos anchos estribos en forma de pala, y tan altos que sus rodillas guardaban el nivel con el arzón de su silla, lo que no le impedía gobernar el caballo con muchísima destreza. Llevaba un pequeño turbante encarnado, sujeto con un broche de plata y adornado con un penacho usado. Su túnica, por el estilo de las que usaban los estradiotas, tropas que levantaban entonces los venecianos en las provincias situadas al Oriente de su golfo, era verde y guarnecida de viejos y deslucidos galones de oro. Unos anchos calzones blancos, aunque no muy limpios, le llegaban hasta las rodillas, á las que se veían sujetos. Sus negras piernas mostráranse enteramente desnudas sin la multitud de cintillas que se cruzaban en ellas para sostener en sus pies un par de sandalias. No necesitaba de espuelas, pues los cantos de sus anchos estribos eran bastante afilados para hacerse

sentir con dolor en los ijares de su caballo. Este extraordinario jinete llevaba un ceñidor carmesí que sostenía á la derecha un puñal, y colgaba de su izquierda un corto sable morisco; la corneta que anunció su llegada, veíase ensartada en un mal talabarte apoyado en uno de sus hombros. Tenía el rostro atezado por el sol, poca barba, negros y perspicaces ojos, boca y nariz bien formadas: finalmente, hubiera podido pasar por hombre de buena fisonomía sin los cabellos negros que le caían en desorden por todos los lados de su cabeza, y sin una falta de carnes y un aspecto feroz, propios más bien de un salvaje que de un hombre civilizado.

—¡Otro gitano tenemos!—dijeron una á otra las dos damas.—¡Virgen Santísima!... ¿Es posible que el rey continúe dispensando su confianza á tales proscriptos?

—Yo le haré mis preguntas si vos lo deseáis—dijo Quintín,—y me aseguraré de su fidelidad lo más que será posible.

Durward, lo propio que las damas de Croye, conoció inmediatamente en el traje y talante de aquel hombre el vestido y modales de aquellos vagabundos con quienes estuvo á pique de ser confundido, gracias á la actividad de Tres-Escalas y Andresillo; y no era de extrañar que pensase correr algún riesgo dispensando su confianza á un individuo de aquella raza errante.

—¿Vienes en busca nuestra?—fué la primera pregunta que le hizo Quintín.

El extranjero respondió con un signo afirmativo.

—¿Y con qué objeto?

—Para guiaros al palacio del de Lieja.

—¿Del Obispo quieres decir?

Nuevo signo afirmativo por parte del extranjero.

—¿Qué seña me darás para que te crea?

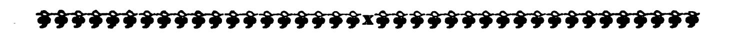
—Tres versos de una antigua canción, y nada más:

«Mató el paje al jabalí,
pero la gloria y honor
se quedó para el señor.»

—Buena es la seña; pasa adelante, amigo; pronto te diré algo más.

Volviendo entonces á las damas, les dijo:

—Estoy convencido de que este es el guía que aguardábamos; acaba de darme una seña que no creo conozca nadie más que el rey y yo. Pero voy á hacerle nuevas preguntas, y procuraré saber hasta qué punto podemos fiarnos de él.



CAPITULO XVI

El vagabundo

> Soy libre como la naturaleza crió en un principio al hombre, cuando no había aún empezado á regir las antiguas leyes de la esclavitud, y cuando el salvaje, grande en su independencia, recorría las selvas.
>
> «La Conquista de Granada».

Mientras Quintín tenía con las damas la corta conversación necesaria para asegurarles que el personaje extraordinario que se les agregara era realmente el guía que el rey debía enviarles, notó (porque estaba con tanta vigilancia observando los movimientos del gitano, como podía éste estarlo por su parte,) que aquel hombre no solamente volvía varias veces la cabeza para mirarlos, sino que con singular agilidad, más propia de un mico que de un hombre, tendíase casi á la redonda sobre la silla con la cabeza vuelta hacia ellos, para poder considerarlos con mayor atención.

Poco satisfecho de ello, adelantóse Quintín hacia el gitano y díjole, mientras éste recobraba rápidamente la posición regular:

—Paréceme, camarada, que nos guiáis á ciegas, pues miráis más la cola que las orejas del caballo.

—Aun cuando fuese realmente ciego—respondió el gitano,—no por esto me hallaría menos en estado de guiaros por todas las provincias del reino de Francia y de los contiguos.

—Sin embargo, ¿no sois francés?

—No.

—¿A qué nación pertenecéis?

—A ninguna.

—¡Cómo á ninguna!

—A ninguna—repito.—Soy un zíngaro, un bohemio, un gitano, todo lo que les plazca llamarnos á los señores europeos en sus diferentes idiomas; pero no pertenezco á ninguna nación.

—¿Sois cristiano?

Hizo el gitano un signo negativo.

—¡Perro!—dijo Quintín, pues en aquella época era muy poco tolerante el espíritu del cristianismo.—¿Eres musulmán?

—No—respondió el guía con tanta indiferencia como laconismo y sin mostrarse ofendido ni sorprendido del tono con que le hablaba Durward.

—¿Sois, pues, pagano? ¿qué sois, en una palabra?

—No profeso religión alguna.

La admiración hizo estremecer á Quintín; pues si bien había oído hablar de sarracenos é idólatras, no creía, ni había jamás pasado por su imaginación, que pudiese existir una raza de hombres que no practicase ningún culto. Sin embargo, su sorpresa no le impidió preguntar á su guía dónde moraba en la actualidad.

—En los países donde me hallo momentáneamente—respondió el gitano,—no tengo morada fija.

—¿Cómo conserváis vuestras propiedades?

—No teniendo otras sino los vestidos que me cubren y el caballo que monto.

—Vuestro traje es vistoso, y excelente vuestro caballo. ¿Cuáles son vuestros medios de subsistencia?

—Los que me presenta la casualidad: cómo cuando me aguija el hambre y bebo cuando tengo sed.

—¿Bajo qué leyes vivís?

—Sólo obedezco á quien me da la gana, y por el tiempo que se me antoja.

—¿Pero quién es vuestro jefe? ¿Quién os manda?

—El padre de nuestra tribu; cuando á mí me place: no reconozco ningún dueño.

—Carecéis, pues—dijo con asombro Quintín,—de todo lo que poseen los demás hombres. No tenéis ni leyes, ni jefe, ni medios de subsistencia, ni morada fija. Os falta patria ¡apiádese de vos el cielo! y no reconocéis—¡Dios se digne iluminaros y perdonaros!—un Sér Supremo? ¿Qué os queda, pues, privado así de religión, de gobierno y de toda felicidad doméstica?

—La libertad. No estoy sometido, ni obedezco, ni respeto á nadie. Voy á donde quiero, vivo como puedo y muero cuando es fuerza morir.

—Pero podéis ser condenado y ejecutado en un instante, á la primera orden de un juez.

—No lo niego: esto no es más que morir con alguna anticipación.

—Y si os sepultan en una cárcel, ¿de qué os sirve entonces esa libertad que tanto encarecéis?

—La encuentro en mis pensamientos, que ninguna cadena puede constreñir; en tanto que los vuestros, aun cuando tenéis libres los miembros, hállanse sujetos por las ataduras de vuestras leyes y supersticiones, de vuestros sueños de adhesión local y fantásticas visiones de política civil. Mi espíritu es libre, aunque sufra mi cuerpo entre cadenas. Vosotros, al contrario, tenéis encadenado el espíritu cuando goza vuestro cuerpo de libertad.

—Pero la libertad de vuestro espíritu no disminuye el peso de las cadenas de vuestro cuerpo.

—Este mal puede durar algún tiempo, y si por fin no hallo medio de evadirle, ó mis camaradas no pueden libertarme, siempre me queda el recurso de morir, y en el seno de la muerte es donde se encuentra la más perfecta libertad.

Hubo aquí un intervalo de silencio que duró algún rato. Rompióle Durward para continuar sus preguntas.

—Vuestra raza es errante, desconocida de las naciones de Europa. ¿Qué origen cuenta?

—Esto es lo que yo no puedo deciros—respondió el gitano.

—¿Cuándo librará á este reino de su presencia, para volverse á su país nativo?

—Cuando se habrá cumplido el tiempo de su peregrinación.

—¿No descendéis de aquellas tribus de Israel que fueron llevadas en cautiverio más allá del caudaloso Eufrates—



preguntó Quintín que no había olvidado las lecciones que le enseñaron en Aberbrothick.

—Si así fuese, ¿no habríamos conservado su fe? ¿No practicaríamos sus ritos?

—¿Cómo os llamáis?—preguntó Durward.

—Mi verdadero nombre sólo es conocido de mis hermanos. Los hombres que no viven bajo nuestras tiendas me llaman Hayraddin Maugrabin, es decir, Hayraddin, el «moro africano.»

—Os expresáis muy bien por haber vivido siempre en vuestra miserable horda.

—He tenido ocasión de adquirir alguno de vuestros conocimientos europeos. Cuando niño, mi tribu fué perseguida por unos cazadores de carne humana. Una flecha atravesó la cabeza de mi madre y murió. Yo estaba envuelto en la manta que llevaba á sus espaldas, y caí en poder de nuestros enemigos. Un sacerdote me pidió á los arqueros del Preboste, y él fué quien me instruyó en las ciencias francas por espacio de dos ó tres años.

—¿Y cómo os separasteis de él?

—Robéle su dinero—respondió Hayraddin con la mayor sangre fría,—descubrióme y me dió de palos; yo clavé en su corazón la punta de mi cuchillo; huí al bosque y me reuní con mi tribu.

—¡Miserable!—exclamó Quintín.—¿Cómo pudisteis asesinar á vuestro bienhechor?

—¿Qué necesidad tenía yo de sus beneficios? El gitanillo no era un perro nacido en su casa, acostumbrado á lamer la mano de su amo y á encorvarse bajo sus golpes, para obtener un mismo pedazo de pan: era el lobezno sujeto á la cadena, que la rompe luego que encuentra ocasión, despedaza á su dueño y vuelve á la selva.

Después de una nueva pausa, el joven escocés, con el objeto de indagar más el carácter é intenciones de tan sospechoso guía, preguntó á Hayraddin si era verdad que su pueblo, aunque sumido en la más profunda ignorancia, pretendía poseer la ciencia de la adivinación, ciencia negada á los sabios, á los filósofos y á los sacerdotes de una sociedad más culta.

—Lo pretendemos—respondió Hayraddin,—y con muchísima razón.

—¿Cómo puede haberse concedido tan admirable dón á una despreciable y envilecida casta?

—¿Qué queréis que os diga?... Sólo os contestaré á esta pregunta cuando me hayáis explicado por qué el perro puede seguir por el rastro los pasos del hombre, cuando el hombre, ese animal más noble, no se halla en estado de

seguir por el mismo estilo los de su perro. Ese poder, que os parece tan maravilloso, poséele nuestra raza por instinto. Según los lineamientos del rostro y rayas de la mano, podemos predecir el futuro destino de un hombre con la facilidad con que viendo la flor de un árbol acertaréis vos el fruto que dará en estación oportuna.

—Dudo de vuestros conocimientos, y no me daréis seguramente una prueba que me convenza.

—¿No os la daré, señor escudero?—dijo Hayraddin.—Sea cual fuere la religión que profeséis, puedo aseguraros que la diosa que adoráis se halla en nuestra compañía.

—Basta—exclamó Quintín sumamente admirado,—por vida tuya, no hables otra palabra sino para responder á lo que te preguntare. ¿Eres capaz de ser leal?

—Soy capaz... de todo lo que son capaces los hombres.

—Pero ¿quieres serlo?

—Y cuando lo jurara ¿me creeríais más por esto?—respondió Hayraddin con irónica sonrisa.

—¿Sabes que tu vida depende de una seña mía?

—Hiere, verás si temo la muerte—contestó el gitano.

—¿Podría el dinero interesar tu lealtad?

—No; si antes no me había decidido á guardarla.

—¿Cuál es, pues, el medio de asegurarme de ti?

—La bondad.

—¿Quieres que te jure ser bondadoso contigo, si nos sirves fielmente durante el viaje?

—No; esto sería prodigar inútilmente tan preciosa mercancía. Te soy adicto ya.

—¡Cómo!—exclamó Durward más admirado todavía.

—Acuérdate de los tres castaños de las orillas del Cher. La víctima que intentaste salvar era Zamet Maugrabin; era mi hermano.

—Y sin embargo—dijo Durward,—te encuentro en relaciones con los mismos que le dieron la muerte, pues es uno de ellos el que me ha dicho que se hallaría aquí, y él mismo será sin duda el que te ha encargado servir de guía á esas damas.

—¿Qué quieres?—contestó Hayraddin con melancolía,—

esa gente nos trata como el perro del pastor á los carneros. Defiéndelos algún tiempo, dirígelos por donde les da la gana, y acaba siempre por conducirlos al matadero.

Quintín tuvo en lo sucesivo ocasión de saber que el gitano le habló verdad en esta parte, y que la guardia prebostal encargada de reprimir las hordas vagabundas que infestaban el reino, contemporizaba con ellos, absteníase por algún tiempo de ejecutar sus deberes, y acababa siempre por enviarlos á la horca. Esta especie de relación política entre el bandido y el oficial de policía ha substituído en todos los países para el provechoso ejercicio de sus respectivas funciones, y no deja de ser conocida en Inglaterra.

Durward se separó entonces del guía para reunirse al resto de la cabalgata, poco satisfecho del carácter de Hayraddin, y no fiándose mucho de las protestas de gratitud que personalmente recibiera de él. Empezó luego á sondear los otros dos hombres que tenía bajo sus órdenes, y vió con sentimiento que eran gente estúpida, con tan poca disposición para darle buenos consejos, como mostraran para auxiliarle en la lucha.

—Pues bien, tanto mejor—pensó Quintín sintiendo crecer su valor y decisión ante las dificultades que le hacía prever la situación en que se hallaba;—así á mí solo lo deberá todo esa amable y joven señora. Me es lícito contar, sin vanagloria, con lo que pueden mi brazo y cabeza. He visto devorada por las llamas la casa paterna, los cadáveres de mi padre y de mis hermanos ardiendo en medio de los escombros; y ni aun retrocedí por esto por una pulgada, combatiendo hasta el último momento. Hoy cuento dos años más, y tengo para obrar con intrepidez el más bello motivo que pueda inflamar el corazón de un hombre.

Tomando esta resolución por base de su conducta, desplegó Quintín tanta atención y actividad durante el viaje, que parecía irse multiplicando hasta el punto de hallarse á un mismo tiempo en diferentes partes. Su lugar favorito, que solía ocupar con mayor frecuencia, era, según se deja adivinar, cerca de las dos damas, que agradecidas al celo que mostraba por su seguridad, empezaban á hablar con

él con cierta familiaridad amistosa y parecían tomar sumo gusto en la ingenua sencillez de su conversación, en que á la par se descubría un espíritu sagaz. Pero tenía particular cuidado en que el placer de esta confabulación no perjudicase con la menor cosa la vigilancia que exigían sus funciones.

Si se hallaba frecuentemente al lado de las condesas, procurando distraer á estas bellas hijas de un país llano con la descripción de las montañas de Escocia y particularmente las de Glen-Houlakin, con igual frecuencia se le veía marchar al lado de Hayraddin, á la cabeza de la cabalgata, interrogándole relativamente al camino y á los puntos donde debían hacer alto, grabando sus respuestas en la memoria para descubrir por medio de nuevas preguntas si acaso meditaba alguna traición. Finalmente, se le observaba también en la retaguardia, procurando captarse la voluntad de los dos hombres de su séquito con afectuosas palabras, algunos regalos, y con ofrecimientos de una recompensa adicional para después de haber desempeñado su comisión.

Viajaron así durante más de una semana, atravesando las más desiertas comarcas, y siguiendo sendas extraviadas y tortuosos caminos para evitar las ciudades populosas. No les sucedió en todo este tiempo cosa particular, sin embargo de hallar de cuando en cuando cuadrillas de gitanos vagabundos, que no les incomodaban á causa de llevar por guía un hombre de su casta; soldados rezagados, ó acaso bandidos, que dejaban de atacarlos, no por su buena cara, sino por el respeto que les infundían sus armas; destacamentos de la «Marechaussée,» como se hacían llamar entonces los soldados que los componían, encargados por Luis, que empleaba el hierro y el fuego para curar y cicatrizar las llagas de la nación, de reprimir los desórdenes de las compañías sueltas que infestaban el país. Estos los dejaban pasar sin dificultad, en virtud del pasaporte que el mismo rey había entregado para este efecto á Durward.

Las paradas hacíanse generalmente en monasterios, cuya mayor parte estaban obligados por sus institutos á conceder

hospitalidad á todos los que pasaban peregrinando: el lector no ignora que este era el pretexto adoptado para que no se trasluciese el verdadero objeto del viaje de las condesas. No se podía hacer á los peregrinos ninguna pregunta indiscreta relativamente á su condición y estado; pues mucha gente de distinción que cumplía de incógnito algún voto, deseaba guardar el embozo. Al llegar, excusábanse regularmente las señoras de Croye con la fatiga del viaje, para poderse retirar á su cuarto; y Quintín, desempeñando las funciones de mayordomo, procuraba que nada les faltase de cuanto podía serles necesario, con una actividad que vencía todas las dificultades, y un celo que no dejaba de valerle un sentimiento de afecto y gratitud por parte de las que eran objeto de sus atenciones.

Como todos los gitanos tenían gran fama de paganos, de vagabundos y de gente que se ocupaba en el ejercicio de ciencias secretas, había siempre grandes dificultades para admitir al guía que era de esta casta, aun en los edificios exteriores situados en el primer patio de los monasterios donde hacía alto la cabalgata, mirándose su presencia como una profanación de tan santos lugares. Este era uno de los mayores trabajos de Quintín Durward, pues por una parte juzgaba necesario tener contento á un hombre que entraba en el secreto de su viaje, y por otra consideraba indispensable vigilarle con la mayor escrupulosidad, aunque ocultamente, á fin de impedir en cuanto le fuese posible que tuviese comunicaciones con cualquiera otra persona sin su conocimiento, lo que no hubiera podido conseguir si Hayraddin no se alojara en el recinto de los conventos donde hacían las paradas. Hasta llegó á concebir sospechas de que el gitano deseaba que le echasen fuera; pues en lugar de estarse quieto y sosegado en el cuarto que le señalaban, procuraba entrar en conversación con los novicios y los coristas, hacía unas muecas y cantaba unas canciones que les divertían sobremanera, pero que no edificaban mucho á los reverendos padres, de suerte que más de una vez fué indispensable que Quintín desplegara toda su autoridad, y hasta acudiera á las amenazas, para obligarle á poner lími-

tes á su harto licenciosa é intempestiva jovialidad, valiéndose de todo su influjo con los superiores para impedir que echaran fuera al perro hereje. Lográbalo fácilmente con la maña y finura con que pedía el disimulo por la falta de decoro de su guía, dando á entender al mismo tiempo su esperanza de que la proximidad de las santas reliquias, la permanencia en recintos consagrados á la religión, y, sobre todo, la presencia de tan virtuosos varones dedicados al servicio de los altares le inspirarían mejores ideas, haciéndole enmendar su conducta.

Sin embargo, al décimo ó duodécimo día de su viaje, después de haber entrado en Flandes, y al acercarse á la ciudad de Namur, todos los esfuerzos de Quintín fueron insuficientes para evitar las consecuencias del escándalo dado por su guía. Pasó la escena en un convento de franciscanos, de estrecha y reformada orden, cuyo guardián era un hombre austero, que murió más adelante en olor de santidad. Después de muchos escrúpulos, que á Durward le costó gran trabajo vencer, como era de esperar en semejante caso, había obtenido, por fin, que el malhadado gitano fuera admitido en un edificio separado que habitaba un lego, á cuyo cargo corría el cultivo de la huerta. Las dos señoras, según su costumbre, se habían retirado á su cuarto; y el guardián, que por casualidad tenía algunos parientes distantes y amigos en Escocia, y que, por otra parte, gustaba mucho de oir á los extranjeros hablar de su país, invitó á Quintín. cuyo porte y conducta le habían interesado, á que le acompañara en su celda á comer una colación monástica.

Habiendo observado Durward que era el guardián hombre inteligente, no dejó de aprovechar esta ocasión para informarse del estado de los negocios públicos en Lieja; pues cuanto había oído decir durante los dos últimos días de su jornada, hacíale temer que las damas que escoltaba no podían llegar con toda seguridad al término de su viaje, y que en caso de conseguirlo, tal vez el mismo obispo no podría protegerlas con completa eficacia. Las respuestas que dió el guardián á sus preguntas no eran muy satisfactorias.

—Los habitantes de Lieja—le dijo,—son hombres ricos, que, como Jeshurun en otro tiempo, han engordado y olvidado á Dios. Hállanse sumamente engreídos por sus riquezas y privilegios, y tuvieron diferentes contiendas con el duque de Borgoña, su señor feudal, á causa de las contribuciones que les imponía, é inmunidades á que pretenden tener derecho. Estas contiendas han pasado varias veces á abierta rebelión; y el duque, que es hombre ardiente é impetuoso, está tan ofendido de esto, que tiene jurado por San Jorge, que á la primera provocación renovará en Lieja la ruína de Babilonia y la caída de Tiro, haciendo con ella un terrible ejemplar que sirva de lección á toda la Flandes.

—Y según lo que he oído decir—dijo Quintín,—el príncipe es hombre para cumplir su juramento; de suerte, que los liejenses tendrán probablemente gran cuidado en no ofrecerle ocasión para ello.

—Así debería esperarse—respondió el guardián,—y esto es lo que todos los días ruega al cielo la gente de bien, que no quisiera ver correr la sangre de los ciudadanos como el agua de una fuente, ni verlos morir como réprobos, sin tener lugar de reconciliarse con Dios. El buen obispo trabaja también día y noche para mantener la paz, como corresponde á un digno servidor del altar, pues se lee en las sagradas letras: «Beati pacifici;» pero... Aquí el buen guardián lanzó un profundo suspiro y no terminó la frase.

Durward le ponderó con modestia lo muy importante que era para él, á causa de las dos damas que escoltaba, tener los más exactos informes del estado interior del país; y añadió que si el digno y reverendo padre quería tener la bondad de ilustrarle sobre este punto, haría un acto meritorio de caridad cristiana.

—Ese es un asunto de que no suele hablarse con satisfacción—respondió el guardián,—pues las palabras que se profieran contra los poderosos del siglo, «etiam, in cubiculo,» toman alas para llegar hasta sus oídos. Sin embargo, para complacer en cuanto pueda tanto á vos, que parecéis un joven bien educado, como á esas señoras que están

cumpliendo devotamente su santo voto de peregrinación, no guardaré reserva alguna sobre el particular.

Diciendo esto, miró en derredor suyo con aire de precaución, y continuó bajando la voz como si temiese ser oído:

—A los liejenses—dijo—les excitan ocultamente á sus continuas rebeliones ciertos hombres de Belial, que pretenden, falsamente á mi ver, tener á este efecto secreta comisión de nuestro rey cristianísimo, quien ha dado hartas pruebas de merecer este título, para que se pueda creer que perturba de este modo la paz de un país vecino. Ello es, sin embargo, que su nombre se halla continuamente en los labios de los que siembran el descontento é inflaman los ánimos entre los habitantes de Lieja. Corre á más de esto por las cercanías un jefe de buena familia, y que goza de temible opinión en la guerra, pero que bajo todo otro aspecto es «lapis offensionis et petra scandali,» germen de delitos y piedra de escándalo para los países de Flandes y Borgoña. Llámase Guillermo de la Marck.

—¿Por otro nombre Guillermo el «Barbudo» — preguntó Quintín,—ó el «Jabalí de las Ardenas?»

—No en vano se le ha dado este último título, hijo mío—dijo el guardián, pues es como el jabalí de la selva, que pisa y desgarra con sus colmillos todo lo que encuentra. Ha organizado una partida de más de mil hombres semejantes á él, es decir, que desprecian toda autoridad civil y religiosa, y con su auxilio se conserva independiente del duque de Borgoña, acudiendo á sus propias necesidades y á las de su gente por medio de rapiñas y violencias, que ejerce indistintamente sobre seglares y eclesiásticos. «Imposuit manus in Christos Domini,» «puso las manos sobre los ungidos del Señor» en menosprecio de lo que está escrito: «No toquéis á mis ungidos, ni agraviéis á mis profetas.» Hasta á nuestra pobre casa tuvo el atrevimiento de intimar que le hiciese entrega de cuantiosas sumas de oro y plata por el rescate de mi vida y de la de otros hermanos, intimación á que contestamos con un memorial en latín,

exponiéndole la incapacidad en que nos hallábamos de satisfacerle, y terminábamos dirigiéndole las palabras del predicador: «Ne moliaris amico tuo malum, cum habet in te fiduciam.» Sin embargo, ese «Gulielmus Barbatus,» ese Guillermo el Barbudo, tan poco instruído en letras humanas como en la humanidad misma, nos contestó con una ridícula gerigonza: «Si non pagatis, quemabo monasterium vestrum.»

—Sin embargo, padre, presumo que no os fué difícil comprender ese bárbaro latín.

—¡Ah, hijo mío! el temor y la necesidad son muy hábiles intérpretes. Nos vimos obligados á fundir los vasos de plata de nuestro altar para satisfacer la rapacidad de ese jefe cruel. ¡Pueda el cielo hacérselo pagar por las setenas! «¡Pereat improbus! ¡Amen amen, anathema sit!»

—Extraño mucho que el duque de Borgoña, que es tan fuerte y poderoso—dijo Quintín,—no acorrale á ese jabalí, de cuyos estragos tanto he oído hablar ya.

—¡Ay, hijo mío!... El duque Carlos se halla en este instante en Perona reuniendo sus capitanes de ciento y de mil hombres para hacer la guerra á la Francia, y así, mientras el cielo envía la discordia entre dos grandes príncipes, queda abandonado el país á opresores subalternos. Pero no sé cómo piensa el duque que no cuida de cortar los progresos de esta interna gangrena, pues últimamente Guillermo de la Marck tuvo abiertas relaciones con Rouslder y Pavillón, jefes de los descontentos de Lieja, y es de temer que les impela muy pronto á alguna desesperada empresa.

—¿Pero el obispo de Lieja—dijo Quintín—no tiene fuerza suficiente para subyugar ese espíritu inquieto y turbulento? La respuesta que os dignéis hacer á esta pregunta, padre mío, será muy interesante para mí.

—El obispo, hijo mío, tiene en una misma mano el acero y las llaves de San Pedro. Está armado del poder de príncipe secular y goza de la valiosa protección de la casa de Borgoña, así como posee la autoridad espiritual en calidad de prelado, y conserva estos dos distintivos con sufi-

ciente fuerza de excelentes soldados de infantería y caballería. Ese Guillermo de la Marck fué educado en su casa y recibió de él inmensos beneficios; pero soltó las riendas á su feroz y sanguinario carácter, aun en la misma corte del obispo, y fué arrojado de ella por haber asesinado á uno de los primeros sirvientes del prelado. Hallándose desterrado de Lieja y con orden de no comparecer en presencia del obispo, declaróse después su constante é irreconciliable enemigo; y en el día, siento tener que decíroslo, ha desenvainado ya la espada de la venganza, armándose contra él.

—¿Con que vos miráis como peligrosa la situación de ese digno prelado?—preguntó Quintín con mucha inquietud.

—¡Ay, hijo mío!—respondió el buen franciscano,—¿existe alguna cosa en este mundo perecedero que no debamos considerar rodeada de peligros? Pero no permita el cielo que yo haya querido significar por esto que el ilustre prelado se halle en inminente apuro. Tiene bien provista tesorería, fieles consejeros y valientes soldados; á más de esto, un mensajero que se dirigía al oriente, y pasó ayer por aquí, nos dijo que el duque de Borgoña, á instancias del obispo, le había enviado cien jinetes, que con el séquito correspondiente á cada lanza componen una fuerza suficiente para resistir á Guillermo de la Marck, ¡cuyo nombre infamado sea! ¡Amén!

Su conversación fué interrumpida en aquel instante por el sacristán, que con voz casi ahogada por la cólera, acusó al gitano de haber hecho las más abominables diabluras contra los religiosos; que echara en su bebida, durante la cena, un licor diez veces más fuerte que el vino más espirituoso, á cuyo poderoso efecto habían sucumbido varios de los hermanos. Aunque el sacristán hubiese sido bastante robusto para resistir á aquella pócima, su gruesa lengua y encendidos ojos indicaban que no se había preservado enteramente de los efectos del profano brebaje. Dijo también que el gitano había cantado diversas canciones que sólo trataban de vanidades mundanas y placeres impuros, bur-

lándose á más de la orden de San Francisco, de sus milagros, y de los religiosos que la profesan.

El padre guardián escuchó por algún rato estos cargos en silencio, como si el horror que le causaba la enormidad de tales crímenes le hubiese impedido el uso de la palabra. Cuando el sacristán lo hubo desembuchado todo, bajó el prior al patio del convento, y mandó á los hermanos legos, so pena de incurrir en el delito de espiritual desobediencia, que se armaran de escobas y de látigos y arrojaran á Hayraddin del sagrado recinto.

Esta sentencia fué ejecutada sin demora en presencia de Durward, que, aun cuando sentía mucho este accidente, no intervino en favor del gitano, porque previó que sería inútil su intercesión.

La disciplina aplicada al delincuente, fué sin embargo más graciosa que rígida, á pesar de las exhortaciones del guardián. Corría y brincaba el gitano por el patio en todas direcciones, en medio de los gritos de los que le perseguían y el ruído de los golpes, de los cuales no le alcanzaban unos porque los agolpeadores no llevaban idea de dañarle, otros evitaba él con gran agilidad, aunque verdaderamente se le aplicasen con decidida intención, y los otros que caían sobre sus espaldas y costillas, aunque en número más corto, sufridos sin quejarse. El trastorno fué tanto mayor, cuanto que los que vapuleaban á Hayraddin podían llamarse soldados sin experiencia, que en lugar de azotar al reo, se daban con frecuencia unos á otros recios golpes. El guardián, por fin, queriendo poner término á una escena más escandalosa que edificante, mandó abrir la puerta del patio, y el gitano precipitándose por aquella salida con la rapidez del rayo, aprovechóse de la claridad de la luna para despedirse del convento.

En este intervalo, una sospecha que más de una vez concibiera Durward, presentóse con mayor fuerza á su imaginación. Cabalmente aquel mismo día Hayraddin le había prometido portarse de un modo más decente y moderado siempre que tuviesen que hacer alto en algún monasterio; y sin embargo, lejos de cumplir su palabra, procedió aún con

más insolencia y descaro que otras veces. Era pues, probable, que obrara así por algún fin particular; porque el gitano, cualesquiera que fuesen sus defectos, no carecía de sensatez, y sabía reportarse cuando le convenía. ¿No era posible que desease tener alguna comunicación con los de su horda, ó quizás con otras personas, y que impidiéndoselo de día la vigilancia de Quintín, hubiese usado de este ardid para que le echasen del convento?

Luego que esta sospecha se hubo introducido en el espíritu de Quintín, listo como solía ser en todos sus movimientos, resolvió seguir á su azotado guía y enterarse con el mayor secreto posible de lo que pasaría con él. Así, pues, en cuanto el gitano acabó de salir del convento, Quintín explicó en pocas palabras al padre prior la necesidad en que se hallaba de no perder de vista á su guía, y partió como el rayo en busca de él.

CAPITULO XVII

El espía espiado

> Ah! ¿es ese villano ruín? ¿es ese espía espiado?... Apartad, apartad... gentes tan soeces no son dignos de que pongáis en ellos vuestras manos.
> BEN JOHNSON.—«Historia de Robin Flood».

Cuando Quintín salió del convento, observó de lejos, gracias á la claridad de la luna, que el gitano efectuaba precipitadamente su retirada, atravesando la calle de la aldea con la rapidez de un sabueso que ha probado el látigo, y vióle en seguida entrar en una pradera que se hallaba al extremo de ella.

—Mucho corres, amigo mío—pensó Quintín,—pero mejores piernas necesitas aún para aventajar á la más ligera planta de cuantas han pisado la hierba de Glen-houlakin.

Como se había quitado, por fortuna, la capa y la armadura, pudo el montañés de Escocia desplegar una agilidad que era sin igual en su país, y que á pesar de la rápida carrera del gitano parecía deberle poner cuanto antes en estado de alcanzarle. No era esto, sin embargo, lo que se proponía, pues Quintín en esta ocasión consideraba mucho más importante descubrir sus proyectos que paralizarlos. Lo que acabó de determinarle á ello fué ver que el gitano continuaba su carrera con celeridad no interrumpida, aún después de cesado el primer impulso que ocasionó su fuga; lo que parecía probar que tenía su dirección un fin más cierto, un objeto enteramente distinto del que hubiera tenido naturalmente un hombre arrojado de un buen alojamiento, á media noche, de improviso, y sin haber pensado en

procurarse otro. Siguióle Quintín sin ser visto, pues el gitano no volvió la cabeza ni una sola vez; pero después de haber atravesado la pradera, hizo alto en un arroyuelo cuyas orillas se veían cubiertas de chopos y sauces, y tocó la corneta, con precaución no obstante, moderando el sonido. Un silbido despedido á corta distancia le correspondió inmediatamente.

—Esto es una cita—pensó Quintín,—¿cómo podré acercarme lo suficiente para saber de lo que se trata? El ruído de mis pasos y el de las ramas que es preciso separar, me descubrirán si no pongo en ello gran cuidado. Por San Andrés, que he de sorprenderlos, lo propio que si fuesen gansos de Glen-Isla. ¿De qué me serviría sino el haber hecho algunos progresos en el arte de montería? Allí están; son dos: si me descubren y tienen proyectos hostiles, como es de temer, me llevarán ventaja, y entonces la condesa Isabel pierde su humilde defensor. ¡Y bien! no merecería este glorioso título si no me hallase dispuesto á lidiar por ella con una docena de bribones como estos. Después de haber medido mi espada con Dunois, con el mejor caballero de toda la Francia, ¿debo temer una horda de tales vagabundos? Ea, pues, prudencia y valor; y con la ayuda de Dios y de San Andrés, he de hallar la horma de su zapato.

Habiendo tomado esta resolución, usó de una maña que le enseñara el hábito de cazar en los bosques desde su infancia. Entró en el arroyuelo, cuyas aguas variando de profundidad, tan pronto le cubrían apenas los pies, como le subían hasta las rodillas, y fué adelantándose así muy despacito, oculto su cuerpo por entre las ramas de los árboles que formaban una bóveda sobre su cabeza y confundiéndose el ruído de sus pasos con el murmullo del agua. De este modo, en otros tiempos, nos acercamos nosotros mismos algunas veces al nido del cuervo vigilante. Pudo así el joven escocés sin ser visto, llegar bastante inmediato para oir la voz de los dos hombres que eran objeto de su observación, pero no distinguía sus palabras. Hallándose en este momento debajo de un magnífico sauce llorón,

cuyas ramas bajaban hasta la superficie del agua, cogió una de las más recias, y empleando al propio tiempo la destreza, la fuerza y la agilidad, izóse en el árbol sin ruído, y se sentó junto al tronco sin temor de ser descubierto.

Vió desde allí que el individuo con quien estaba conversando Hayraddin era un hombre de su casta; pero notó al mismo tiempo con gran sentimiento suyo, que por más que se acercara á ellos no podría comprender el lenguaje que hablaban, puesto que era completamente desconocido. Reían mucho; y como Hayraddin, que gesticulaba con calor, describió muchas veces un círculo con sus brazos y acabó por rascarse las espaldas, dedujo de aquí que estaba contando la historia de la caza que le habían dado, y de la paliza que recibió en el convento antes de su fuga.

Oyóse de repente otro silbido á alguna distancia. Hayraddin correspondió con su corneta, tocando por el mismo estilo que cuando llegó: y pocos instantes después, compareció en la escena otro personaje. Era un hombre alto, recio, de aspecto militar, y cuyos robustos miembros formaban singular contraste con la escasa estatura y delgadez de los gitanos. Un ancho tahalí, que le cruzaba el hombro, sostenía una espada de desmedido tamaño. Llevaba unos calzones acanalados con muchas borlillas de seda y tafetanes de diversos colores, atacados con quinientas agujetas de cintas, por lo menos, á un jubón de piel de búfalo muy ajustado de cuerpo, en cuya manga derecha se distinguía una plancha de plata en forma de cabeza de jabalí, que era el distintivo del jefe que servía. Aparecía sobre su cabeza un sombrerito muy pequeño puesto de lado, como suelen llevarle los camorristas y valentones, oprimiendo un gran tufo de cabellos crespos, que sombreaban su ancha cara é iban á confundirse con su barba no menos ancha y de unas cuatro pulgadas de largo. Tenía en la mano su larga pica, y todo su equipo indicaba uno de aquellos aventureros alemanes conocidos bajo el nombre de «lansquenetes,» que componían en aquella época una parte considerable de la infantería. Estos mercenarios eran una feroz soldadesca que no pensaban más que en el pillaje, y corría entre ellos un

cuento absurdo, á saber, que á un lansquenete se le cerrara la puerta del cielo por razón de sus vicios y no se le quisiera admitir en el infierno por su revoltoso, pendenciero é insubordinado genio; resultando de aquí que obraban como gente que no aspiraba al primero, ni temía al segundo.

—«Donner und blitz!»—fué su primer saludo, hablando en una jerigonza medio francesa, medio alemana, que sólo imperfectamente podemos imitar. «¿Por qué afer fato á mí perder tre noche esperrando á ti?»

—Me ha sido imposible acudir antes, «mein herr»—respondió Hayraddin con cierto respeto.—Hay un escocés que tiene la vista tan penetrante como el gato silvestre y está espiando todos mis movimientos; sospecha ya de mí, y si se confirmasen sus recelos, podría yo contarme entre los difuntos, y daría él la vuelta con las mujeres para Francia.

—«¡Was henker!» —dijo el lansquenete: — nosotrros estar tres; attacar mañana, é robar las muquerras sensa más pelillos. Ti afferme dit ser de poltronas dos guardias; ti é lo camarrada coquerlos á ellos, é «der Teufel,» mi chargarmi del gatico silvestre.

—¡Oh! eso es más fácil decirlo que hacerlo—dijo el gitano,—porque á más de no tener nosotros obligación de batirnos, el escocés es un mozo que ha medido valerosamente su acero con el mejor caballero de toda la Francia. Yo sé de unos que le han visto apretar mucho de clavijas nada menos que á Dunois.

—«¡Hagel und sturmwertter!»—exclamó el alemán,—fostra cobardía, fos fa parlar así.

—No creáis que sea más cobarde que vos—dijo Hayraddin, —pero, lo repito, no tengo obligación de batirme, ni este es mi oficio. Si preparáis la emboscada en el punto convenido, nada hay que decir; si no, los guío con seguridad al palacio del Obispo, y Guillermo de la Marck podrá fácilmente apoderarse allí de ellos, como tenga sólo la mitad de la fuerza de que se alababa ocho días hace.

—«¡Potz Tausend!» Nosotrros estar fortes é más fortes; ma nosotrros entender parlar d' una centenarria de lanzas arrifadas de Borgonia, é á cinco homes pur lanza, pues,

son cabalitos cinq centos, é in tal caso, «¡Der Teufel!» voler más ellos que nosotrros las camorras, pues il Pisiopo afer ponas forsas; ho sí, afer ponas forsas.

—Es preciso, pues, atenernos á la emboscada de la cruz de los Tres Reyes, ó renunciar á la aventura—dijo el gitano.

—¡Renonzar á la afentura! ¡non robar una rica heredera pur esser la muquer de nostro nople Capitain! «¡Der Teufel!» Mi ser antes capable d' atacar l' inferno. «¡Meine seele!» Nosotrros ser todos princes é herzogs, que vosotrros llamar ducas, afer una pona casa, forsa dinerro de Francia, é quizá de ponitas demozelas, cando il Parputo afer bastante.

—¿Así, pues, subsiste todavía la emboscada de la cruz de los Tres Reyes?—preguntó Hayraddin.

—«Mein Gott!» senza duta. Ti curar de levarlos alá, é cando estar bacados de cabalo é postos de rodillas ante la crux, lo que soler far toto il mundo, esceptados los hicos de los erreques como ti, nosotrros caer sur ellos é las muquerras ser nostras.

—¡Muy bien! pero yo no prometí encargarme de este negocio por precisión infame, sino bajo una condición: esto es, que al joven no se le toque un pelo de la cabeza. Si me lo juráis por las imágenes de vuestros tres reyes que están en Colonia, yo os juraré también por los Siete Durmientes que he de serviros con lealtad en todo lo demás. Y si no cumplís vuestro juramento, os prevengo que los Siete Durmientes vendrán á despertaros siete noches consecutivas antes de amanecer, y á la octava os apretarán el gaznate y os devorarán.

—Pero «¡donner un hagel!» ¿Per qué ti estar tan inquieto por la fida de ese joven? El no ser de fostra sangre ni de fostra nación.

—¿Y qué os importa á vos, honrado Enrique? Hay gente que se divierte cortando cuellos, y otra que tiene gusto en salvar gaznates. Así, pues, juradme que no le costará la vida, ni aun una sola gota de sangre; ó por la brillante estrella Aldebarán, este negocio no pasará más adelante.

Jurádmelo por los Tres Reyes de Colonia, según soléis llamarlos, pues sé que no hacéis caso de ningún otro juramento.

—Ti estar feritablemente tonto—dijo el alemán.—E pien; pues, mi curar...

—Un momento—gritó Hayraddin,—media vuelta á la derecha, buen lansquenete; la cabeza hacia el Oriente, á fin de que los Tres Reyes os puedan oir.

El soldado prestó juramento del modo que le prescribió Hayraddin, y dijo en seguida que no dejaría de hallarse en la emboscada, y que el sitio era sumamente á propósito, pues no distaba más que unas cinco millas del lugar donde se encontraban.

—Pero—añadió,—per asicurar pen il negozio, mi pensar confeniente plasar de prafa gente á l' isquerda del mesón, á fin de caer sobre ellos, si ellos afer la fantasía de pasar pur alá.

—No—respondió el gitano después de haber reflexionado un momento,—si se viesen soldados por aquella parte podría alarmarse la guarnición de Namur, y exponerse entonces un combate dudoso en vez de un éxito seguro. Por otra parte, seguirán la orilla derecha del Mosa, porque yo puedo guiarlos por donde me dé la gana, atendido que el montañés de Escocia, á pesar de su desconfianza, se pone enteramente en mis manos, y nunca tomó informe de otra persona en lo relativo al camino que debe seguir. Indudablemente, que fué señalado por un amigo seguro, por un hombre de cuya palabra nadie ha desconfiado antes de haber aprendido á conocerle un poco.

—Intertanto, camarrada Hayraddin—dijo el lansquenete,—mí haber una pequeña demanda á facerfos; mí non poter concefir como ti é il tu hermano essendo, como pretender de grandes «sternen deuter,» que fosotrros apelar astrólogas, non hafer saputo que dovera esser ahorcado. «Henher!» esto é ben singular.

—Si yo hubiese sabido, Enrique—respondió el gitano,—que mi hermano tenía tan poco juicio que fuese á contar al duque Carlos de Borgoña los secretos del rey Luis, hubie-

ra profetizado su muerte con la misma seguridad que profetizaré un hermoso tiempo para el mes de julio. Luis tiene oídos y manos en la corte de Borgoña, y Carlos algunos consejeros para quienes el sonido del oro de Francia es tan agradable como para vos el «glu glu» de una botella. Pero adiós; no faltéis á la cita. Fuerza será que aguarde á mi madrugador escocés al apuntar el día, á un tiro de flecha del convento de esos frailes, sin lo cual sospecharía acaso alguna excursión poco favorable al éxito de su viaje.

—Ti non poter partir senza befer con mí un traco de consolación—dijo el alemán alargándole una botella.—¡Oh pestia de mí! olfidar ti ser pen borrica pur non befer que del agua pura, como un fil vasalo de Mahoma é de Termaganto.

—Tú eres el vil vasallo del vino y de la botella—dijo el gitano.—No me admiro de que hombres sedientos de sangre te confíen la ejecución de las violentas medidas que han imaginado cabezas mejores que la tuya. El que quiera penetrar los pensamientos de los demás, ú ocultar los suyos, debe abstenerse del vino. Pero, ¿de qué sirve predicarte á ti, que estás siempre seco como los desiertos de la Arabia? Adiós, llévate contigo á mi camarada Tuisco, pues el verle por las inmediaciones del convento podría infundir sospechas.

Separáronse entonces los dos ilustres aliados, después de haberse prometido nuevamente no faltar á la cita de la cruz de los Tres Reyes.

Siguióles Durward con la vista hasta que no pudo distinguirlos; después de lo cual bajó del árbol, estremeciéndose su corazón al pensar cuán poco le faltó para que él y las señoras que estaban á su cargo fuesen víctimas de una trama preparada con tal refinamiento de perfidia; y eso aun contando con que le fuese posible frustrarla. Temiendo dar con Hayraddin en su vuelta al convento, hizo un largo rodeo con peligro de perderse por alguna mala senda; y por este medio logró llegar por distinto camino del que tomara al salir.

Andando reflexionó detenidamente en la conducta que de-

bía seguir. Cuando oyó al mismo Hayraddin confesar su traición, había determinado matarle luego que se terminase la conferencia y estuviesen sus compañeros á una distancia regular; pero al oir el interés que tomaba en salvarle, conoció que sería una ingratitud castigar al malvado con todo el rigor y extensión que merecía su perfidia. Resolvió, pues, perdonarle la vida, y aun continuar, si dable fuese, empleándole como guía, aunque con todas las precauciones necesarias para la seguridad de la hermosa condesa, á quien jurara interiormente sacrificar, si era preciso, su existencia. ¿Qué partido, pues, tomar? Las condesas de Croye no podían refugiarse ni en Borgoña de donde se vieran obligadas á huir, ni en Francia, de donde fueran en algún modo echadas. Acaso era para ellas menos temible la violencia del duque Carlos en sus estados, que la fría y tiránica política de Luis en los suyos. Después de largas meditaciones, no dió Durward en medio mejor que evitar la emboscada, siguiendo la orilla izquierda del río Mosa para pasar á Lieja, donde se pondrían las señoras, con arreglo á su primer plan, bajo la protección del digno obispo. Era imposible dudar que no tuviese este prelado voluntad de protegerlas, y no carecía de fuerza si efectivamente había recibido las cien lanzas que se decía. En apuradas circunstancias, si pasasen á ser inminentes los peligros á que las expusieran las hostilidades de Guillermo de la Marck y las conmociones populares de Lieja, siempre le sería fácil enviar á las desgraciadas condesas á Alemania con regular escolta.

Finalmente (pues, ¿qué individuo ha terminado jamás una deliberación mental, sin alguna consideración particular?) Quintín pensó que habiéndole condenado el rey Luis á sangre fría ó al cautiverio ó á la muerte, quedaba libre de sus compromisos con la corona de Francia; y, por lo tanto, tomó la firme resolución de renunciar á ellos. El obispo de Lieja probablemente necesitaría soldados, y acaso podría obtener alguna comandancia con la protección de las bellas condesas, que ya en la actualidad, especialmente Amelina, tratábanle con mucha familiaridad. ¿Y quién sabe si

se le daría la comisión de acompañar á las señoras de Croye á alguna plaza que les ofreciese mayor seguridad que Lieja y sus alrededores? Estas damas, por otra parte, aunque en cierto modo chanceándose, le habían hablado de armar los vasallos de la condesa Isabel, como lo hicieran muchos señores en aquellos tiempos de desórdenes, y de fortificar su castillo en términos de poder resistir á todo ataque. En tono de broma le habían dicho si quería desempeñar el peligroso empleo de su senescal; y como él se mostrase tan celoso como diligente en aceptar la proposición, permitiéronle besarles las manos en señal de promoción á aquel grado de honor y confianza. Parecióle haber notado también que la mano de la condesa Isabel, una de las más hermosas y delicadas de cuantas hubiesen recibido semejante homenaje de vasallos adictos, temblό en tanto que sus labios descansaban sobre ella un instante más de lo que permitía el ceremonial: y que al retirarla, dieron los ojos y mejillas de la joven no leves señales de turbación. ¿No podía resultar de todo esto alguna cosa favorable para él? ¿Qué hombre esforzado, á la edad de Quintín, no diera algún peso á estas consideraciones para influir en su deliberación?

Decidido este punto, tuvo que reflexionar el modo cómo obraría con respecto al pícaro gitano. Había desechado su primera idea de matarle en el bosque: pero si le dejaba en libertad, tomando otro guía, era lo propio que mandar al traidor al campo de Guillermo de la Marck, para llevar la noticia de su marcha. Pensó tomar por confidente al padre guardián, y empeñarle á guardar preso al gitano hasta que tuviesen tiempo de llegar á Lieja; pero bien reflexionado, no se determinó á hacer semejante proposición á un hombre que, dejando aparte la timidez que suele infundir una avanzada edad, miraba, á fuer de buen fraile, la seguridad de su convento como el más importante de sus deberes, y temblaba al solo nombre del Jabalí de las Ardenas.

Adoptó por fin un plan de operaciones sobre el cual creyó poder contar, tanto más cuanto la ejecución dependía de

él; y sentíase capaz de todo por la causa que abrazara. Lleno su corazón de osadía y de firmeza, aunque sin disimularse los peligros de su situación, podía compararse Quintín á un hombre que camina cargado con un peso que le agobia, pero que no considera superior á sus fuerzas. Luego de haberse decidido llegó al convento.

Llamó quedito á la puerta: un fraile que el prior había tenido la atención de destinar para aguardarle, abrió al momento y participóle que todos los religiosos debían pasar la noche en la iglesia hasta rayar el día, para desagraviar á su Divina Majestad por los diversos escándalos que ocurrieron en la comunidad la tarde anterior.

El buen fraile propuso á Quintín que tomara parte en sus devotos ejercicios, pero el joven tenía tan mojadas sus ropas que creyó no deber aceptar la proposición y pidió permiso para ir á sentarse junto al hogar de la cocina, para secarse antes de ponerse en camino. Deseaba, por otra parte, que el gitano cuando volviese á verle no pudiese notar en él cosa alguna que le diera motivo para sospechar su excursión nocturna. El fraile no sólo accedió á sus deseos, sino que aun quiso hacerle compañía; circunstancia que Durward celebró tanto más, cuanto deseaba procurarse algunas noticias relativas á los dos caminos de que hablaron el gitano y el lansquenete.

Cabalmente el fraile, á quien se encargaban muy á menudo los negocios exteriores del convento, era de toda la comunidad el que mejor podía responder á las preguntas que le hizo Quintín sobre el particular; pero observó que, como buenas peregrinas, debían las señoras que acompañaba tomar el camino de la orilla del Mosa, á fin de pagar el tributo de su devoción á la cruz de los Tres Reyes, donde las santas reliquias de Gaspar, Melchor y Baltasar habían descansado cuando eran trasladados á Colonia, y en cuyo lugar hicieron muchos milagros.

Respondióle Quintín que las devotas señoras estaban determinadas á observar con la mayor puntualidad todas las santas estaciones de peregrinación, y que no dejarían por cierto de visitar la cruz de los Reyes al ir ó al volver de

Colonia; pero que habían oído decir que el camino de la orilla derecha del Mosa era poco seguro en aquel entonces, á causa de las frecuentes correrías que hacían en él los soldados del feroz Guillermo de la Marck.



—¡No permita Dios—dijo el padre Francisco,—que el Jabalí de las Ardenas establezca de nuevo su cubil tan cerca de nosotros! A más de que, aun cuando esto suceda, es el río Mosa bastante ancho para servir de excelente barrera entre él y nosotros.

—Pero no levantará barrera alguna entre esas señoras y el desalmado bandido—respondió Quintín,—si le atravesamos para coger el camino de la orilla derecha.

—El cielo tendrá buen cuidado de proteger á los suyos, joven—replicó el fraile.—No es creíble que los Tres Reyes de la dichosa ciudad de Colonia, que no permiten entrar en

su recinto ningún hereje ni judío, padeciesen el enorme olvido de tolerar que unos devotos peregrinos que van á adorar sus reliquias, fuesen robados y maltratados por un perro incrédulo como ese Jabalí de las Ardenas, que es peor él solo que todo un ejército de paganos, con las diez tribus de Israel enteras por añadidura.

Por más que, como buen católico, Quintín pusiese una gran confianza en la especial protección de Gaspar, Melchor y Baltasar, no pudo menos de reflexionar que, como las condesas sólo habían adoptado el título de peregrinas por miras de política mundana, no tenían derecho á esperar que las tomasen en esta ocasión los tres Magos bajo su salvaguardia, y resolvió por consiguiente evitar, en cuanto le fuera posible, ponerlas en una situación en que necesitarían nada menos que la intervención de un milagro.

Sin embargo, con la sencillez de su buena fe, hizo solemne voto de visitar él mismo en persona á los Reyes de Colonia, si estos ilustres personajes, de santa y real memoria, le hacían la gracia de que pudiera llegar á buen puerto con las damas que escoltaba.

Para contraer esta obligación con toda la solemnidad posible, rogó al padre Francisco que le permitiese entrar en una de las capillas laterales del convento; y allí, poniéndose de rodillas, con devoción sincera, ratificó el voto que acababa de hacer en su interior. La voz distante de los frailes que cantaban en el coro, la hora quieta que había escogido para celebrar este acto religioso, el efecto del débil resplandor que esparcía una sola lámpara en aquel pequeño edificio gótico, todo contribuyó á constituir á Durward en ese estado en que el alma reconoce con mayor facilidad la debilidad humana, y solicita aquel auxilio y protección sobrenatural que ningún culto concede sino al arrepentimiento de lo pasado y á un firme propósito de enmienda para lo sucesivo. Si no se veía puesto en el orden el objeto de su devoción, no era esta la culpa de Quintín; y como sus oraciones fuesen sinceras, debemos pensar que las acogía favorablemente el solo verdadero Dios, que atien-

de á las intenciones y no á las formas, y á cuyos ojos la franca devoción de un pagano es más estimable que la especiosa hipocresía de un fariseo.

Habiéndose encomendado, sin olvidar á sus desamparadas compañeras, á la protección de los Santos y al cuidado de la Providencia, fuése Quintín á descansar por todo el resto de la noche, dejando al fraile interiormente edificado del fervor y sinceridad de su devoción.

CAPITULO XVIII

La quiromancia

> Cuando con chistosos cuentos y alegres canciones divertimos las asperezas del camino y deseábamos que éste se prolongase, entonces el camino escabroso volvíase llano y liso, burlando nuestros hechizados pasos, pues todo aquel país estaba encantado.
>
> SAMUEL JOHNSON.

Despuntaba apenas la aurora, cuando Durward, saliendo de su reducida celda, despertó á los palafreneros, atendiendo con mayor cuidado de lo que acostumbraba á todos los preparativos de la marcha.

Examinó por sí mismo si las bridas, los bocados de los frenos y todos los arneses de los caballos se hallaban en buen estado, como también si estaban corrientes las herraduras, á fin de evitar aquellos inconvenientes hijos de la casualidad que, sin embargo de su poca importancia, no dejan de retardar los viajes é incomodar á los viajantes. Mandó dar el pienso á los caballos en su presencia, á fin de asegurarse de que se hallarían en estado de hacer una buena jornada, ó de redoblar la marcha, si así lo exigían las circunstancias.

Volviéndose entonces á su cuarto, armóse con particular cuidado, y ciñóse su espada, como quien recela un próximo peligro y está firmemente decidido á arrostrarle.

Estos generosos sentimientos, infundiéndole una nobleza en el andar y un aire de dignidad que las señoras de Croye no observaran todavía en él, por más que hubiesen visto con interés y satisfacción la gracia é ingenuidad de

sus pláticas y conducta, y la armonía de su penetración natural con aquella sencillez propia de su lejano país y de la educación que recibiera. Dióles á entender que convenía partiesen más temprano que lo acostumbrado: y, por consiguiente, salieron del convento después del desayuno, no sin manifestar las señoras su gratitud á la hospitalidad que en él habían recibido, por medio de un dón cuantioso



que hicieron al pie de los altares, más propio de su verdadera clase, que de aquella á que aparentaban pertenecer. Esta liberalidad no suscitó sin embargo ninguna sospecha: pasaban por inglesas, y los de aquella nación gozaban ya entonces de la misma reputación de ricos de que gozan hoy día.

Dióles el prior su bendición mientras montaban á caballo, y felicitó á Quintín por haber quedado libre del maldito guía; «pues, añadió aquel venerable religioso, vale más

tropezar en el camino, que ser sostenido por la mano de un ladrón ó de un bandido.»

La opinión de Durward no era exactamente la misma, pues aunque tenía al gitano por peligroso, creyó poder aprovecharse de sus servicios frustrando al propio tiempo sus alevosos planes, puesto que los conocía. Su inquietud en esta parte no fué de larga duración, pues apenas la pequeña comitiva se vió á unos trescientos pasos del convento y de la aldea, vió llegar á Hayraddin montado como solía en su casi silvestre, pero activo y fogoso caballo. El camino que seguían costeaba las orillas de aquel mismo arroyo, en cuya margen oyera Quintín la misteriosa conferencia de la noche; y poco rato después de habérseles agregado el gitano, pasaron por debajo del mismo sauce que le proporcionara los medios de ocultarse para oir, sin ser visto, la conversación del pérfido guía con el lansquenete.

Los recuerdos que suscitó este sitio en el ánimo de Quintín, le empeñaron á dirigirse ásperamente al gitano, á quien apenas había hablado una palabra hasta entonces.

—¿Dónde has pasado la noche, profano bribón?—le preguntó.

—Bien podéis adivinarlo viendo mis vestidos—respondió Hayraddin mostrándoselos cubiertos de heno.

—Una hacina de heno—replicó Durward,—es cama harto á propósito para un astrólogo, y mejor de lo que merece un pagano que se atreve á blasfemar de nuestra santa religión y de sus ministros.

—Mi Klepper la ha pasado, sin embargo, mejor que yo—dijo Hayraddin, dando golpecitos en el cuello de su caballo para acariciarle,—pues ha encontrado en ella alimento y abrigo á un tiempo. Los frailes le pusieron también de patitas en la calle. Por fortuna, Klepper conoce mi silbido y me sigue como un perro; sin lo cual no nos hubiéramos visto más, y en vano hubierais silbado para encontrar un guía.

—Te he prevenido más de una vez—le dijo Quintín mirándole con severidad,—que reprimas el desenfreno de tu

lengua cuando te halles en compañía de gente honrada, lo que creo no te habrá sucedido hasta ahora; y te prometo que á considerarte tan infiel en clase de guía, como te creo impío y blasfemo, la punta de mi puñal escocés no tardaría en trabar intimidad con tu corazón de hereje, aunque fuese degradándome con el oficio de matador de puercos.

—El jabalí es primo hermano del puerco—respondió el gitano sin bajar los ojos ante la penetrante mirada de Quintín, y sin variar en lo más mínimo el tono de indiferencia mordaz que afectaba siempre en su lenguaje;—y sin embargo, hay quien encuentra honor, gusto y provecho en matarle.

Admirado del descaro de aquel hombre, y temiendo que conociese algunos puntos de su historia y de sus sentimientos sobre los cuales no quisiera entrar en conversación con él, cortó Quintín de golpe una contienda en que no lograra ninguna ventaja sobre Maugrabin, y volvióse á su sitio ordinario, es decir, al lado de las señoras.

Ya indicamos á nuestros lectores que se había establecidc/e ntre ellos cierto grado de familiaridad. La condesa Amelina, después de haberse asegurado bien de la nobleza de su prosapia, tratábale como igual y favorito; y aunque su sobrina no manifestase tan á las claras la estimación que le merecía, sin embargo, en medio de su timidez y comedimiento, creía conocer Quintín que distaban mucho de serle indiferentes sus pláticas y compañía.

No hay cosa que dé más vida y alma á la jovialidad de los jóvenes que la certeza de agradar al objeto amado. Así Quintín, durante el viaje, había desplegado todos sus recursos para divertir á la hermosa condesa, ora por medio de conversación alegre, ora cantándole romances de su país en escocés, y algunas veces refiriéndole sus tradiciones; y los esfuerzos que hacía para traducirlas al francés, lengua que aun no poseía perfectamente, ocasionaban con frecuencia ciertos equivoquillos más divertidos que las mismas historietas. Pero aquella mañana, embebido en inquietas reflexiones, iba al lado de las señoras de Croye sin hacer, contra su costumbre, tentativa alguna para divertir-

las: de suerte que no pudieron menos de notar y hallar extraordinario su silencio.

—Nuestro joven campeón ha visto un lobo—dijo la condesa Amelina aludiendo á una superstición antigua;—y este encuentro le ha quitado el uso de la palabra.

—De otro modo acertaría diciendo que he rastreado una zorra—pensó Quintín,—pero hizo interiormente esta observación sin mover los labios.

—¿Estáis indispuesto, señor Quintín?—preguntó la condesa Isabel con un interés que no pudo menos de ponerla colorada, porque veía que era adelantarse algo más de lo que le permitía la distancia que los separaba.

—Ha perdido la noche en la mesa con los buenos padres—dijo Amelina.—El escocés se parece en esto al alemán: es tan bullicioso y prodiga tanto la alegría bebiendo su vino del Rhin, que para el baile de la noche no le quedan más que unas piernas trompiconas, y dolores de cabeza para el tocador de las damas la mañana siguiente.

—No merezco tales acusaciones, hermosas señoras—respondió Quintín:—los buenos padres han pasado casi toda la noche en la iglesia; y en cuanto á mí, apenas he bebido un vaso de su vino más común.

—Acaso la parsimonia de la mesa le ha quitado la alegría—dijo Isabel.—Vamos, señor Quintín, consoláos. Si alguna vez vamos juntos á mi antiguo castillo de Bracquemont, aunque yo misma debiese ser vuestra escanciadora, beberéis un excelente vino, superior al que producen las decantadas viñas de Hochheim Johannisberg.

—Un vaso de agua de «vuestra» ilustre mano, señora...—empezó á decir Quintín; pero le faltó la voz, é Isabel continuó como si no hubiese notado el acento de ternura con que salió de sus labios el pronombre personal:

—El vino de que hablo—dijo Isabel,—fué puesto en las bodegas de Bracquemont por mi bisabuelo el Rhingrave Godofredo.

—Que obtuvo la mano de su bisabuela—dijo Amelina interrumpiéndola—por haber probado ser el más valiente de los hijos de la caballería en el gran torneo de Estrasburgo,

en cuya lid diez caballeros perdieron la vida; pero aquel tiempo ya pasó. Nadie en el día quiere arrostrar los peligros en nombre del honor ó en defensa de la hermosura desvalida.

Decía esto con el tono que suele emplear una beldad moderna, cuyos atractivos empiezan á declinar, cuando se queja de la poca cortesía del siglo presente. Quintín se encargó de contestarle, diciendo «que no dejaba de existir aún aquel espíritu de caballería que ella imaginaba amortiguado; y que dado caso hubiese desaparecido del resto de la tierra, se le encontraría aún en el corazón de los nobles escoceses.

—¡Pues!—exclamó la condesa Amelina.—¿Si querrá darnos á entender que su fría y estéril patria conserva aún aquella llama que se ha apagado en Francia y en Alemania? El pobre joven se parece á los montañeses suízos, á quienes vuelve locos la apasionada afición que profesan á su país natal. Apuesto á que nos habla cuanto antes de sus viñas y olivares de Escocia.

—No, señora—respondió Durward,—todo lo que puedo decir del vino y del aceite de nuestras montañas, es que nuestra espada sabe obligar á nuestros vecinos más opulentos á que nos paguen esas ricas producciones. Pero en cuanto á la lealtad sin tacha y terso honor de los escoceses, me veo obligado á experimentar en este instante mismo la confianza que depositáis en estas prendas, por más que el humilde individuo que la solicita nada pueda ofreceros por prenda de su seguridad.

—Habláis misteriosamente—dijo Amelina.—¿Con que vos sabéis que nos amenaza alguna desgracia, algún peligro perentorio?

—¡Lo estoy leyendo en sus ojos una hora hace!—exclamó Isabel juntando sus manos.—¡Virgen Santísima! ¿qué será de nosotras?

—Lo que sea de vuestro agrado—respondió Durward,—así lo espero á lo menos. Pero me veo obligado á preguntároslo: ¡nobles señoras! ¿tenéis confianza en mí?

—¡Confianza en vos!—contestó Amelina.—Sí por cierto.

Pero, ¿á qué viene esa pregunta? ¿Hasta qué punto reclamáis nuestra confianza?

—En cuanto á mí—dijo Isabel,—os la otorgo entera y sin reserva. Si fueseis capaz de engañarnos, Quintín, no creería ya que existiese la sinceridad más que en el cielo.

—Ilustre señora—respondió Durward en el colmo de sus deseos,—vos no formáis de mí más que el concepto que yo merezco. Mi plan es variar de camino y dirigirnos á Lieja por la orilla izquierda del Mosa, en lugar de atravesar aquel río en Namur. Me separo en esto de las órdenes que recibí del rey Luis y de las instrucciones que he dado á nuestro guía; pero he oído decir en el convento que han aparecido hordas de malhechores en la orilla derecha y salido tropas borgoñonas para perseguirlas. Estas dos circunstancias me dan que temer por vuestra seguridad. ¿Me concedéis vuestro permiso para esta variación?

—Con toda mi alma—respondió la condesa Isabel.

—Yo creo como tú, sobrina—le dijo la tía,—que el joven tiene buenas intenciones; pero piensa que es contravenir á las instrucciones del rey Luis, quien nos las repitió tantas veces y con tanto empeño.

—¿Y por qué hemos de tener tanto respeto á sus instrucciones?—dijo Isabel.—Gracias al cielo, yo no soy su vasalla. Púseme bajo su protección y ha abusado de la confianza que me empeñó á depositar en él. No quisiera agraviar á ese mancebo vacilando un momento entre su palabra y las órdenes de aquel astuto y egoísta tirano.

—¡Recompénseos el cielo por lo que acabáis de decir, señora!—exclamó Quintín enagenado de alegría.—Si no me hiciese digno de la confianza que tenéis la bondad de depositar en mí, merecería que cuatro caballos despedazasen mis miembros en este mundo y que fuese precipitado en las penas eternas en el otro: todavía esto fuera harto suave suplicio.

Diciendo esto apretó las espuelas al caballo y fué á reunirse con el gitano. El carácter de este digno personaje parecía ser enteramente pasivo; los denuestos y las amenazas no hacían en él impresión alguna; y si no los perdonaba,

daba muestras de olvidarlos por lo menos. Durward entró en conversación con él, y el guía le respondió tan sosegado como si no hubiese ocurrido ninguna incomodidad entre los dos aquella mañana.

—El perro—pensó el joven escocés—no ladra ahora porque piensa de una vez saldar sus cuentas conmigo saltándome á la garganta cuando pueda hacerlo impunemente; pero veremos si es posible herir á un traidor con sus propias armas.

—Hola, compadre Hayraddin—dijo,—en dieciséis días que vamos viajando juntos no nos habéis dado todavía una muestra de vuestra ciencia en el arte de la quiromancia; y sin embargo, sois tan apasionado para ejercerla, que no dudáis desplegar vuestra habilidad en todos los conventos donde hacemos alto, aunque os cueste pasar la noche sobre un montón de heno.

—¡Cómo! ¿Me lo pedisteis acaso alguna vez?...—respondió el gitano.—Lo mismo sois vos que todos los demás: os contentáis con ridiculizar los méritos que no podéis comprender.

—Vamos, dadme entonces una prueba de vuestro saber—dijo Quintín. Y quitándose la manopla le presentó la mano.

Hayraddin examinó atentamente todas las líneas que la cruzaban, como también las pequeñas eminencias de la raíz de sus dedos, que se creía entonces tener con el carácter, hábitos y fortuna de los individuos, igual relación que se atribuye ahora á las protuberancias del cráneo.

—Hea quí una mano—dijo en seguida,—que indica trabajos padecidos y peligros arrostrados. Columbro que manejó desde la edad más tierna la empuñadura de la espada, y no le son desconocidas las chapas del misal.

—Podéis haber adquirido en alguna parte ciertas noticias de mi vida pasada; habladme más bien de los acontecimientos futuros.

—Esta línea que parte del monte de Venus—continuó el gitano,—y no se interrumpe bruscamente, sino que sigue y acompaña la línea de vida, manifiesta que un matrimonio os procurará una brillante fortuna y que un amor coronado con

la posesión os colocará entre los grandes y poderosos del siglo.

—Estas son esperanzas con que lisonjeáis á todo el mundo. Hea quí uno de los secretos de vuestro arte.

—Lo que os pronostico es tan cierto, como que correréis dentro de poco un gran peligro; pues lo estoy leyendo en esa línea que resalta color de sangre y que corta transversalmente la línea de vida, la cual anuncia alguna estocada ú otra violencia, que no evitaréis sino con el auxilio de un amigo leal.

—¡Cómo tú! ¿no es verdad?—preguntó Durward, indignado de ver que el quiromántico quisiese embaucar su credulidad y ganar opinión y fama prediciéndole las consecuencias de su propia traición.

—Mi arte nada me dice de lo que me concierne—replicó el gitano.

—En este caso—dijo Quintín,—los adivinos de mi país son más sabios que los vuestros, á pesar de su tan cacareada ciencia, pues saben prever los peligros que les amenazan á ellos mismos. No quise yo separarme de mis montañas sin haberla dquirido hasta cierto punto el dón de segunda vista de que están dotados sus habitantes; y voy á daros una muestra de su mérito, en cambio del retazo quiromántico con que me favorecisteis. Hayraddin, el peligro que me amenaza, existe en la orilla derecha del río Mosa, y para evitarle me dirigiré á Lieja por la orilla izquierda.

Oyóle el gitano con una calma que, atendidas las circunstancias en que se hallaba, pareció incomprensible á Durward.

—Si hacéis lo que decís—respondió Hayraddin,—el peligro pasará de vos á mí.

—¿No me decíais hace poco que vuestro arte no os indicaba nada que pudiese seros concerniente?

—No, del modo que me anunció vuestro destino—dijo el gitano,—pero no se necesita de grande hechicería, por poco que se conozca á Luis de Valois, para predecir que mandará ahorcar á vuestro guía, porque á su merced le plugo desviarse de la ruta por él señalada.

—Con tal que lleguemos sanos y salvos al término de nuestro viaje, nadie podrá acusarnos de un leve desvío de la línea que se nos ha trazado.

—No cabe duda, si su merced está bien seguro de que la intención del rey es de que se termine felizmente el viaje como manifestó.

—¿Y cómo sería posible que llevase otras ideas? ¿Qué motivo tenéis vos para suponerle miras distintas de las que no tiene explicadas?—preguntó Quintín.

—Uno y muy sencillo; y es que todos los que conocen un poco al rey Cristianísimo, saben que el plan que más desea llevar á efecto es el de que habla menos por lo regular. Cuando nuestro excelso Luis manda partir doce embajadores, quiero entregar mi garganta á la cuerda un año antes de lo debido, si no hay once de ellos, por lo menos, que lleven una instruccioncita separada de lo que está escrito en sus credenciales.

—Nada tengo que ver con vuestras injuriosas sospechas —contestó Quintín.—Mi deber es claro y positivo; tengo que acompañar á estas señoras á Lieja con seguridad; creo que lo lograré mejor desviándome algo del camino que se nos ha prescrito, y caiga sobre mí la responsabilidad. Seguiremos, pues, la orilla izquierda del Mosa: á más de que el camino es más corto; pasando el río no haríamos otra cosa que perder tiempo, y exponernos á mil trabajos sin ninguna utilidad. ¿Qué motivo puede haber para obrar de otro modo?

—El único que hay es que todos los peregrinos que van á Colonia, pasan el Mosa antes de llegar á Lieja; y como esas señoras quieren ser tenidas por tales, el camino que proponéis probará que no son lo que pretenden.

—Si se nos hace alguna observación sobre este punto, diremos que el duque de Gueldres, Guillermo de la Marck, los desolladores y los lansquenetes que infestan la orilla derecha, nos causaron tanto miedo, que determinamos tomar la izquierda, desviándonos del camino ordinario.

—Como á su merced le plazca. En cuanto á mí, lo mis-

mo se me dará guiaros por la izquierda que por la derecha. Allá os las avendréis con Su Majestad.

Quedó Quintín muy admirado de la facilidad con que accedía Hayraddin á aquella variación de camino, ó á lo menos de la poca repugnancia que mostraba; pero no dejó de celebrarlo mucho, pues necesitaba de sus servicios como guía, y temía que el gitano, viendo frustrado su plan de traición, cometiese algún acto desesperado. Por otra parte, separarse de él era el medio más seguro de atraer sobre sí á Guillermo de la Marck, con quien estaba en correspondencia; cuando conservándolo á la cabeza de la cabalgata, creyó poder vigilarle harto de cerca para impedir que tuviera comunicaciones con nadie sin que él lo supiera.

Renunciando, pues, á toda idea de seguir el camino que al principio querían emprender, costearon la orilla izquierda del caudaloso río, y diéronse tanta prisa, que llegaron al día siguiente muy de mañana con toda felicidad al término de su viaje. Supieron allí que el obispo de Lieja, pretextando falta de salud, pero acaso para ponerse á cubierto de todo insulto de una numerosa y turbulenta población, había fijado su residencia en su hermoso castillo de Schonwaldt, situado como á una milla de la ciudad de Lieja.

Cuando se acercaban al castillo, vieron al prelado que volvía en procesión de la ciudad inmediata, donde celebrara de pontifical la misa mayor. Venía á la cabeza de un numeroso séquito de funcionarios civiles y eclesiásticos confundidos, y como dice una copla antigua:

«De un porta-cruz precedido,
seguido de muchas lanzas.»

Ofrecía aquella procesión bello é imponente espectáculo, serpenteando á lo largo de las verdes márgenes del Mosa, y dando una vuelta á la derecha, penetró por la gran portada gótica que ornaba la entrada del palacio episcopal.

Pero cuando nuestros viajeros se hallaron inmediatos, vieron que todo en el exterior indicaba los temores é inquie-

tudes que reinaban en el interior; lo que formaba un singular contraste con el pomposo ceremonial de que acababan de ser testigos. Había en la puerta y en varios puntos avanzados piquetes de la guardia del Obispo; y la apariencia belicosa de aquella corte eclesiástica, indicaba que el reverendo prelado tenía algunos recelos que le obligaban á adoptar todas las precauciones de una guerra defensiva.

Habiendo Quintín hecho entrar recado, dando aviso de la llegada de las condesas de Croye, fueron éstas respetuosamente introducidas en un gran salón, donde las recibió el obispo á la cabeza de su pequeña corte, y les hizo la más cordial acogida. No quiso permitirles que le besaran la mano, pero él las besó en las mejillas con un aire que participaba de la galantería de un príncipe para con dos lindas damas y del santo afecto de un pastor por sus ovejas.

Luis de Borbón, obispo de Lieja, era verdaderamente un príncipe de excelente corazón y lleno de generosidad. Acaso su vida privada no fuera siempre un modelo de aquel estrecho recogimiento de que el clero debe dar ejemplo; pero siempre sostuvo dignamente el franco y honrado carácter de los Borbones, de cuya casa descendía. Por los años de que se trata, y á medida que iba entrando en edad, adoptara este prelado un género de vida más conveniente á un individuo de su gerarquía; y los príncipes vecinos le apreciaban como á un noble eclesiástico, generoso y magnífico en su conducta particular, aunque poco distinguido por la rectitud y severidad de su carácter, llevando las riendas del gobierno con una indolente indiferencia que, en vez de reprimir las sediciosas tentativas de sus ricos y turbulentos vasallos, parecía aún estimularlas.

Era el obispo tan íntimo aliado del duque de Borgoña, que casi se consideraba este último como asociado á la soberanía temporal de los estados de Lieja, y recompensaba la benévola facilidad con que admitía el prelado ciertas pretensiones que podían ser disputadas, defendiéndole en cualquier ocasión con aquel fogoso y enérgico celo que le caracterizaba. Solía decir que miraba á Lieja como suya, y

al obispo como á su hermano (y, en efecto, podían reputarse tales, pues el duque estuvo casado en primeras nupcias con una hermana del prelado,) añadiendo que quien quisiese ser enemigo de Luis de Borbón se las habría con Carlos de Borgoña: amenaza que, atendidos el poder y carácter del príncipe que la hacía, hubiera impuesto á todo el mundo, excepto á los ricos y descontentos habitantes de Lieja, en lo que ganaba «el dinero al criterio,» según expresión antigua.

El prelado aseguró á las condesas de Croye que emplearía en su favor todo el influjo que tenía en la corte de Borgoña, y se lisonjeaba tanto más del feliz resultado, cuanto á causa de ciertos descubrimientos que últimamente se hicieron no gozaba ya Campo-basso de igual favor en el palacio de su amo. Ofrecióles también toda la protección que podía dispensarles; pero el suspiro con que acompañó el ofrecimiento, parecía demostrar que su poder era más precario de lo que convenía dar á entender.

—En cualquier caso, hijas mías—añadió el obispo con cierto aire, en que, como en el primer recibimiento se notaba una mezcla de unción espiritual y de aquella galantería hereditaria de la casa de Borbón—no permita Dios que en ningún tiempo abandone las inocentes ovejas al lobo devorador, ni damas tan ilustres á la opresión de hombres impíos.—Soy pacífico, por más que resuene ahora mi morada con el estrépito de las armas; pero quedad persuadidas de que atenderé á vuestra seguridad como á la mía; y si el estado de cosas se presentase aquí más peligroso, aunque confío con el favor de Nuestra Señora que los ánimos se calmarán en vez de inflamarse más, tendré buen cuidado de haceros pasar á Alemania con buena escolta; pues la voluntad misma de mi hermano y protector Carlos de Borgoña no fuera bastante para determinarme á disponer de vosotras de un modo contrario á vuestras inclinaciones. No puedo satisfacer el deseo que me manifestáis de colocaros en un convento; pues ¡ah!... es tal la influencia de los hijos de Belial en los habitantes de Lieja, que considero no alcanzará mi autoridad á que os sirvan de

refugio mis dominios como os halléis fuera del recinto de este castillo y lejos de la protección de mis soldados. Pero aquí seréis tratadas como corresponde, lo propio que vuestro séquito, y especialmente ese joven que me habéis recomendado con tantas veras, y á quien doy mi bendición episcopal.

Quintín dobló la rodilla, como era regular, para recibirla.

—En cuanto á vosotras—continuó el buen prelado,—podréis permanecer aquí con mi hermana Isabel, canonesa de Tréveris, en cuya compañía no sufrirá vuestro honor menoscabo alguno, aunque viviendo bajo el mismo techo que un solterón como el obispo de Lieja.

Al concluir este discurso de bienvenida, condujo cortésmente á las señoras al aposento de su hermana; y el mayordomo de su casa, que, habiendo sido ordenado de diácono, ni era enteramente seglar ni eclesiástico, fué el encargado de cumplir con Quintín todos los deberes de la hospitalidad. El resto de la comitiva se dejó al cuidado de la servidumbre inferior.

En medio de todas estas disposiciones, no pudo menos de notar Quintín que la presencia del gitano, que fuera objeto de escándalo en todos los conventos del país, no dió lugar á ningún reparo ni objeción en el palacio de aquel buen prelado.

FIN DEL TOMO PRIMERO







